

Títulos originales:

Private Enterprise Money: A non-political money system.

The New Approach to Freedom.

Copyright © 2003 The Heather Foundation.

© de la traducción, Editorial Hurqualya.

Motivo de Portada: origami de Won Park,
“*One dollar butterfly*”.

Diseño editorial: Hurqualya

Publicado por: Editorial Hurqualya

editorial@hurqualya.com

Agosto 2008

1ª edición, 2008

ISBN: 978 - 84 - 936082 -3 - 1

Depósito Legal:

EL DINERO COMO EMPRESA PRIVADA
UN SISTEMA MONETARIO APOLÍTICO



EL NUEVO ENFOQUE DE LA LIBERTAD



Agradecimiento

*Nuestro más sincero agradecimiento a Spencer Heath
MacCallum y a la Heather Foundation
por su generosidad y las facilidades dadas
para esta edición.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: Riegel contra el Dólar	9
EL DINERO COMO EMPRESA PRIVADA	21
PREFACIO DEL AUTOR	23
Introducción	27
Capítulo 1: El Misterio del Dinero	38
Capítulo 2: Cómo domina el dinero	48
Capítulo 3: La Crisis que se avecina	62
Capítulo 4: Libertad Monetaria	74
Capítulo 5: Cómo dominar el dinero	85
Capítulo 6: Cómo emitimos el dinero	99
Capítulo 7: El límite de cada usuario	104
Capítulo 8: Cómo determinamos la unidad	115
Capítulo 9: Cómo organizar el Intercambio	122
Capítulo 10: Del estado al funcionamiento global	130
Capítulo 11: El liderazgo americano	137
EL NUEVO ENFOQUE DE LA LIBERTAD	149
Prefacio del Autor	151
Prólogo	153

Capítulo 1: ¿Qué es la Libertad?	156
Capítulo 2: ¿Qué es el dinero?	167
Capítulo 3: La Separación del Dinero y el Estado	175
Capítulo 4: El poder del dinero en el hombre	184
Ensayo 1: El Pacto del Dinero	188
Ensayo 2: Ignorancia del Dinero	189
Ensayo 3: Los socialistas de derechas	191
Ensayo 4: La revolución ensombrecida	192
Ensayo 5: La guerra	195
Ensayo 6: Lo natural de la competencia	197
Ensayo 7: El capitalismo esencial	198
Ensayo 8: La democracia realizada	200
APÉNDICE: Esbozo de los requisitos para un Sistema Monetario de Empresa Personal	203

INTRODUCCIÓN

Riegel contra el Dólar

E. C. Riegel ultimaba la redacción de “El dinero como empresa privada” entre la primavera y el verano de 1944. El dato no es irrelevante porque fue en junio de ese año que los aliados desembarcaron en Normandía para darle el giro decisivo a la guerra. Desde el mismo momento en que quedó asegurado el éxito de la operación comenzó a hablarse de las condiciones a habilitar para el periodo de posguerra, y ya en julio tuvieron lugar los acuerdos internacionales de Bretton Woods, que delineaban las reglas básicas del juego para asuntos monetarios, comerciales y financieros en los países más desarrollados. Las reglas del mundo en el que todavía vivimos, a pesar de toda una larga serie de cambios de todo tipo que se continúan acumulando.

La Segunda Guerra Mundial es el ruido de fondo de la obra principal de Riegel; una guerra vista, claro está, desde la relativa lejanía del continente americano. Riegel temía una inflación desastrosa para el dólar en la inmediata posguerra; no es que ejerciera en esto como profeta decidido ni que se abonara abiertamente al catastrofismo, pero el sombrío panorama que consideraba posible no tuvo lugar, y con las cosas ya bajo control, sus propuestas, ya de por sí con poco eco, empezaron a sonar como una extravagancia impropia dentro de un sistema que parecía saber cómo resolver sus problemas. Se logró evitar el desbocamiento de la inflación, y el dólar, lejos de hundirse, consolidó todavía más su hegemonía en el escenario mundial. Y aunque Riegel contemplaba sus ideas sobre el dinero con entera independencia de las medidas de urgencia para épocas de crisis, lo cierto es que, conjurado su fantasma, muy pocos volvieron sobre ellas.

Ahora no son pocos los que comienzan a sospechar el final de la hegemonía mundial del dólar y una lenta agonía para el sistema de Bretton Woods, que entre tanto ya ha sufrido casi todas las transformaciones internas imaginables. No sabemos cuánto tiempo llevará esta transición ni qué es lo que le sucederá, pero esa sospecha de que se acerca el cierre de un ciclo y una época suena cada vez más plausible, y hasta inevitable, aunque resulte imposible de precisar. Es más, existe la sospecha de que incluso en plena vigencia de las viejas instituciones podríamos ya estar pisando el resbaladizo, dudoso terreno de esa transición. Y la crisis económica tal como se manifiesta a mediados del 2008 no sería un disparador del comienzo de esta transición, sino más bien

una de las consecuencias del final de un sistema que ha exprimido ávidamente casi todas sus posibilidades y que afronta una perspectiva de estrangulamiento por su propia complejidad.

Con todo, no hay que juzgar que las ideas de Riegel cobren vigencia por esta mera circunstancia. Siguen sonando casi tan intempestivas como hace seis décadas. La única diferencia es que el éxito apabullante del dólar y su sistema asociado ha tapado hasta ahora la visión de cualquier otra alternativa, y que en este momento, ante las primeras grietas serias de este muro, nadie puede eludir la pregunta sobre lo que habrá detrás y más allá. El mismo Riegel cometió un error profundo al creer que el cambio del sistema monetario estaba a la vuelta de la esquina, por más que aquella Gran Guerra se irguiera ante todos como un cataclismo de dimensiones cósmicas. Más allá de las apariencias, y por desesperante que resulte, la lenta evolución del dinero como herramienta de intercambio ha de ser juzgada a una escala de siglos. Esto no parece dejar mucho margen para la iniciativa individual. El cambio dentro del que se inscribe Riegel, y en el que se erige como uno de sus principales representantes, describe un amplio arco que tiene sus orígenes en el mutualismo de Proudhon y algunos anarquistas americanos desde mediados del siglo XIX, pasa por la mayor frustración a lo largo del siglo XX, y tal vez comience a emerger en el siglo XXI en el terreno de los hechos –en el supuesto, claro está, de que nuestra civilización tenga todavía un largo trecho por delante.

Así de largo hay que verlo. Riegel era el primero en sorprenderse de lo poco que había cambiado el uso y el concepto del dinero en doscientos cincuenta años, desde la fundación de los primeros bancos nacionales a finales del XVII –el Banco de Suecia, y luego el Banco de Inglaterra. Pero piénsese que entre las primeras grandes ciudades de Mesopotamia, tres milenios antes de nuestra era, que coinciden con la aparición de la rueda y la escritura, y la acuñación de monedas por Atenas, allá por la época del tirano Pisístrato, median unos veinticinco siglos –el mismo lapso que media entre aquella Atenas y nosotros. Y después de todo, ¿no es la moneda una rueda destinada a circular en virtud de su inscripción?

El dinero ha fascinado a los teóricos monetarios por su virtual neutralidad; pero esa neutralidad virtual también ha de pagar por sus limitaciones. Existen infinitos grados de neutralidad para otros tantos grados cambiantes de circunstancias. Dicho de otra forma, el dinero no puede cambiar por sí solo las cosas, sino que es más bien un fiel índice del perpetuo balance entre propiedad y capital, compra y venta, consumo y producción, o el ahorro y la inversión mediada por los bancos. Se ha dicho a menudo que puede dividirse a los economistas en dos bandos: aquellos que creen que el dinero en sí mismo no es un elemento

esencial, sino sólo un reflejo de la actividad económica con sus estructuras productivas y de distribución, y aquellos que le conceden una entidad propia con influencia decisiva en la actividad. Los reformadores monetarios han sobrestimado ampliamente su importancia, pero los muchos economistas clásicos que la han subestimado se han relegado a una superficialidad que no hace honor a su reputación. El caso es que el dinero es siempre índice de otras estructuras, y a la vez incide profundamente sobre ellas; es decir, lo que tenemos al nivel más básico es una terna de factores que atraviesa tanto la dualidad de los balances citados como la propia dualidad dinero/estructuras, que no sería sino la edición económica de la vieja y más que dudosa antinomia filosófica apariencia/realidad.

Al menos en un cierto sentido, el dinero, más que sangre de la economía, es su auténtica inteligencia y sensibilidad, y es en ese sentido que tiene su propia autonomía; pero no puede ver nunca más allá de los límites que le imponen estructura y actividad. Este nos parece el planteamiento más justo del problema, y a la vez el más enigmático, puesto que implica que el dinero, con nuestra inexcusable participación, es siempre más sujeto que objeto de la economía. El papel del dinero es siempre el de intermediario: pero no sólo entre las mercancías y servicios. Su rango de intercambio es mucho más amplio que el que le adjudicaron tantos mutualistas y reformadores monetarios, y concierne incluso a nuestra relación con el pasado y el futuro. Verdaderamente el genio del dinero es el genio de Mercurio, el mensajero entre todos los dioses.

Incluso este dibujo simplificado hasta el extremo nos permite vislumbrar la complejidad irreductible de la esfera económica, puesto que además implica de suyo el contacto con otras esferas –política, social, tecnológica, psicológica, etcétera. Mientras que esta incuestionable complejidad ha servido a los economistas de la academia para diluir sus juicios, prejuicios y errores, los reformadores monetarios, generalmente estudiosos independientes y por lo mismo ampliamente denostados e ignorados, han optado por la vía opuesta de exponerse a la concreción en las propuestas –una concreción que además supone a menudo someter a exposición los aspectos menos cuestionados por el mundo institucional y académico. Es decir, como ocurre en todas las ciencias y en la acicalada versión histórica que se hace de ellas, frente a la historia oficial de la ciencia económica ha existido siempre una historia secreta que nos ofrece un impagable negativo y clave del conjunto, sin necesidad de pretender que por sí sola sea la más verdadera.

Para el que desee una perspectiva de conjunto de esta “historia secreta de la economía”, no podemos dejar de recomendar el instructivo “The Money Changers” recientemente escrito por David Boyle ¹. Su

autor clasifica a los proponentes de alternativas monetarias en cinco grupos que ya de por sí evidencian el poco acuerdo que ha existido nunca sobre un tema tan controvertido como cualquiera: 1) Los que han pensado que no había suficiente dinero en circulación, 2) los que piensan que hay demasiado, 3) los que piensan que el dinero está corrompido en su raíz, 4) los que piensan en alternativas basadas en “dinero real”, y 5) los que piensan en una alternativa basada en el “dinero libre”. Por sus misceláneas páginas circulan muchos personajes ilustres y de varia extracción, desde Franklin a William Morris, desde Jefferson y Lincoln a Soddy y Henry Ford, o desde Proudhon y Gesell a Fisher y Hayek. A muchos les sorprenderá encontrar al prudente y moderado Aristóteles en el tercer apartado; pero lo cierto es que dentro del amplio abanico de autores presentado hay demasiados pensadores ocasionales y muy pocos que tengan una teoría lo bastante concienzuda y competente del asunto. En un puesto destacado, Riegel pertenece sin duda a ese reducido último grupo.

E. C. Riegel, que gustaba de presentarse como un “estudioso no académico del dinero”, nació en Indiana en 1879 y murió en Nueva York en 1953. Abandonó el hogar a los 15 años, ya desde entonces preocupado por el problema de cómo armonizar la justicia social y la libertad individual. Sus diversos empleos, a menudo en departamentos de ventas, se convirtieron en meras fuentes de ingresos –y experiencia- para su estudio independiente del dinero. Personaje a menudo aislado y solitario, pudo contar al menos con el estímulo de valiosas amistades dentro del entorno mutualista y libertario americano, como las de Spencer Heath, Charles Sprading o Laurence Labadie. Riegel fundó en 1928 la Asociación de Consumidores de América, en lo que hemos de suponer como una de las primeras asociaciones de este tipo –si bien su asociación se centró desde el comienzo en cuestiones relacionadas con las restricciones de crédito. Tras el crack del 29 y la consiguiente Gran Depresión su atención se dirigió crecientemente a la denuncia de las actividades de los grandes negocios, la floreciente especulación y la manipulación de los mercados por los grupos más poderosos con las variadas connivencias del Gobierno. De esa época datan piezas tan memorables como “La Camorra del Comercio ²”.

Por ese camino una mente tan inquisitiva como la de Riegel no podía dejar de llegar finalmente al Filón Madre de todas las connivencias y arreglos: el monopolio estatal del dinero. Riegel es hombre de una sola gran idea, que gusta de repetir en sus últimas obras con todas las variantes que se permite la insistencia: la separación del poder del dinero del poder del estado. Y si no es el primer autor en presentar esta idea, es sin duda el primero en exponerla con argumentos tan nítidos, tan

abrumadoramente convincentes. Esta separación de poderes o “duocracia”, como la denominó, cogió completamente desprevenida a la mentalidad de su época, y todavía hoy ignoramos con qué vara hay que medirla ni cómo encajarla en las nociones disponibles sobre el espectro político. Y sin embargo, además de ser una idea de largo alcance para la economía, es una de las pocas ideas políticas importantes que han surgido en los tres últimos siglos. La más profunda, tal vez, si juzgamos la relevancia de una idea por su potencial y no simplemente por su eventual aceptación. Y la más claramente enunciada.

Nada podría afectar más a la política que la existencia efectiva de un “dinero apolítico”. Pero todavía hoy tendemos a creer que el dinero ya es suficientemente apolítico, y con tal malentendido es difícil ver su necesidad. Ahora bien, el grado de “elaboración política” del dinero ha cambiado mucho desde la época de Riegel, y aunque el problema sigue siendo exactamente igual de vigente, pocos serían capaces de reconocerse hoy en las circunstancias político-económicas de la Segunda Guerra Mundial. Por aquella época incluso en América el Gobierno se había asimilado de una u otra forma más de la mitad de la actividad económica; en los últimos decenios “neoliberales” no se ha estado hablando de otra cosa que de la desnacionalización de empresas y competencias del estado. Ante una mirada superficial –que por cierto sigue siendo mayoritaria– parecería que la “empresa privada” le ha ganado definitivamente el pulso al “estado”. Pero a gente como Riegel no le habría engañado el nuevo traje del emperador.

En la época de excepción en que Riegel escribía, parecía cierto que incluso la banca quedaba subordinada a los designios del estado; pero en la subsiguiente época de “paz y normalidad” las cosas adquirieron poco a poco otro giro. La parte del gasto estatal, como no podía ser menos, se fue reduciendo ante la ausencia de grandes guerras; pero eso en absoluto significa que haya ganado la “iniciativa privada” o las limpias reglas de la igualdad de competencia. Riegel hablaba a menudo de una lenta infiltración del “comunismo” en los estados modernos, y el lector desavisado podría creer que el que está hablando es un viejo reaccionario americano de la época de la caza de brujas; pero de lo que está hablando en realidad, aunque él no podía prever las variantes e indumentarias que se adoptarían, es de algo que no tiene nada que ver con la ideología socialista, y sí con eso que en nuestros tiempos algunos han llamado “tecnofascismo” y “fascismo sonriente”. Es decir, donde peor suena Riegel y donde más chirría su estilo suele ser donde mejor ha intuido la realidad de fondo. Ésa que nos cuesta tanto divisar.

Naturalmente, hoy los bancos centrales de los países más civilizados intentan seguir una política responsable –dentro de alcance de sus compromisos. Las locuras de la inflación de otras épocas parecen ya

olvidadas, y basta un simple índice anual del 4 por ciento para que se disparen todas las alarmas. Además, los mecanismos de control monetario, la tecnología e ingeniería financiera, han experimentado un cambio espectacular. Los propios expertos nos dicen que el sistema, para sobrevivir, ha pasado a depender menos de los bancos para librarse a las influencias del mercado abierto y el intercambio. Esto es cierto, e incluso parece dar una buena parte de razón a las ideas de Riegel sobre la competencia monetaria. Aunque todavía no sabemos si estas concesiones forzadas no contendrán en sí mismas el germen de concesiones mucho mayores. Pues a nadie se le oculta la dificultad creciente que tienen los organismos centrales para controlar sus propias monedas.

Riegel alumbró algunos conceptos muy simples y elegantes. Valga a modo de ejemplo el de los círculos monetarios y comerciales de carácter cooperativo, que expone en *“El nuevo enfoque de la libertad”*. Como apunta Spencer Heath MacCallum, antropólogo y editor de la obra de Riegel, el sistema de cheques de papel de la propuesta inicial podría hoy simplificarse ampliamente gracias a los medios electrónicos e Internet ³.

MacCallum, a quien debemos la perduración del legado de Riegel, escribía a comienzos del 2008 sobre algo que empieza ya a sonar en la boca de casi todos: la inflación global. Podría tratarse de un fenómeno completamente nuevo, puesto que en otras épocas, que han conocido múltiples inflaciones locales, siempre hubo una moneda de refugio para la seguridad del comercio, la Libra esterlina primero, y luego el Dólar americano. Ahora podríamos estarnos quedando sin una moneda de seguridad, y los efectos de esta circunstancia resultan completamente imprevisibles. Es más, muchos opinan que la inflación actual no sólo se debe a efectos externos como la carestía del petróleo, sino que es la propia desvalorización del dólar, en gran parte debidos al desvío de inversiones extranjeras hacia otras monedas, lo que está detrás. Otros pensarán que en caso de que cunda el pánico el Euro podría actuar como moneda refugio, pero, aun si ese llegara a ser el caso, no parece muy creíble que pueda desempeñar ese papel indefinidamente. Para el Euro sería poco menos que imposible emular el papel que ha tenido el dólar durante todas estas décadas, pues las condiciones internas que lo sustentan nada tienen que ver con la abrumadora supremacía, pujanza y homogeneidad de la economía americana después de 1945.

Circunstancias como éstas dibujan toda suerte de sombras sobre el futuro del sistema que nació en Bretton Woods, y la propia evolución de este sistema hacia la complejidad, con el implícito peligro de autoestrangulamiento, tampoco mejora las cosas. Pero tampoco hace falta ser un catastrofista para tener serias dudas sobre su viabilidad a largo plazo. Son dudas más que justificadas.

El discurso de Riegel, simple y perspicaz, sigue sonando mucho más extraño a los oídos de los europeos que a los de los americanos. Resalta en él un acento rigorista, productivista y puritano más propio de su época que de la nuestra; aunque esto poco afecta al corazón de sus ideas. Sin embargo, oídos como los nuestros tan acostumbrados a las melodías bienpensantes siguen teniendo problemas de recepción y de ubicación ideológica para propuestas como esta. Estamos acostumbrados a encasillar como reaccionarios a todos aquellos que ponen el grito en el cielo por la injerencia del estado en los asuntos privados, y tentados considerarlos como individuos antisociales que lo único que quieren es no pagar impuestos y olvidarse de la injusticia y las desigualdades. Se diría que también en esto la propaganda de los gobiernos ha tenido un éxito extraordinario. Pero lo cierto es que gente como Riegel, como sus predecesores y sus sucesores, han demostrado una incuestionable vocación de activismo y de búsqueda de nuevos compromisos sociales y comunitarios. Ellos no esperaron a que todas esas cosas difíciles las resolviera el estado. Lo que ha ocurrido es que se han encontrado fuera de la lucha de la propaganda ideológica y partidista que ha capitalizado los debates a lo largo del siglo entero para excluir a todo lo demás. Y finalmente lo que tenemos es una inextricable e indiscifrable colusión a muchos niveles de los grandes negocios con los estados, para el insospechado éxito conjunto de ambos bandos y la desorientación completa del individuo, para el que resulta imposible percibir y mucho menos juzgar de qué están hechas estas cosas.

Desde los tiempos de Riegel se han propuesto y usado muchas formas de trueque y dinero alternativas, extragubernamentales y “privadas”, como el crédito mutuo, los círculos de compensación, sistemas de intercambio local, “dólares de tiempo” y un largo etcétera ⁴. Algunos estiman en *siete mil* el número de monedas locales, en las que se realizaría en torno a un *diez por ciento* del comercio mundial. Para tratarse de sistemas de los que casi nunca se habla, no dejan de ser cifras sorprendentes, y aun reveladoras.

Reveladoras porque nos muestran un panorama en el que pocos habían pensado, incluido Riegel. Su idea era que si se creaba un sistema lo suficientemente bueno se expandiría y se impondría en el mundo por sus solas ventajas. Esta ha sido hasta hace poco la forma invariable de considerar las cosas; y sigue siéndolo para muchos, puesto que se sigue hablando de soluciones a nivel global. Pero lo que se observa es que junto a la mayor presión a nivel global coexiste, a modo de puntual reacción, una tendencia creciente e inevitable a la fragmentación, adaptación y diversificación. Y en cuanto a las alternativas monetarias, no podía darse una moraleja más lógica: todos creían haber encontrado

una panacea para todos, y al final lo que hay es siete mil monedas diferentes. Esto no debe entenderse como una mala noticia. Para empezar no parece haber el menor acuerdo sobre cuál sea la mejor forma posible de dinero, y las mismas necesidades de la gente, aunque parecidas en lo más básico, varían en un abanico muy amplio. Los mutualistas han insistido mucho en el concepto del dinero exclusivamente como medio de intercambio, pero siempre habrá gente que quiera ahorrar, y que busquen una moneda que de sentido a su atesoramiento. No vemos por qué motivo habría que considerar ilegítimo; uno debería ser tan libre para ahorrar como para consumir o intercambiar, y hay tantos motivos válidos para una cosa como para otra.

No puede haber entonces un sistema unánime ideal. Pero con esto no se acaba ni mucho menos la historia. Al contrario, empezamos a preguntarnos quién puede desear una misma historia para todos, bajo las formas de un intrincado monopolio. Desde los precursores hasta hoy, romper el viciado círculo del monopolio es el objetivo último de todos estos desvelos; eso es lo que tienen en común, y mal harían si buscaran la uniformidad. Aunque hay que reconocer que si extrapolamos esta tendencia hacia el futuro, las perspectivas crean vértigo.

Es necesario además librarse de la idea de que todas estas iniciativas sean iniciativas antisistema. Para empezar, sólo tienen oportunidad de sobrevivir si presentan ventajas reales, no importa para qué número de gente. Y para terminar, tal vez estén llamadas a jugar en un incierto futuro ese papel de colchón y de estabilidad que algún día puede que sea incapaz de cumplir ninguna moneda estatal por voluminosa que sea. Claro que para eso habría que avanzar todavía mucho en dirección a una banca libre y realmente competitiva. Y la condición básica para hacerlo posible es que cada banco esté en condiciones de emitir su propia moneda.

Al menos desde Proudhon ha existido la idea de que si la banca fuera libre, y siendo el costo de gestión de préstamos menor de un 0,75%, el número creciente de agentes bancarios y la competencia harían caer a plomo las tasas de interés. Los bancos, al decir de Benjamin Tucker, más que a prestar dinero se dedicarían a hacer negocios con el capital de los clientes. El autor de una página titulada “Orden natural y espontáneo-el anarquismo de mercado y la banca libre” nos ofrece un ejemplo más actualizado de cómo lograr esto ⁵. La ley de Gresham, que dice que la moneda mala desplaza a la buena, tiene su verdad sólo dentro del sistema coactivo que imponen los gobiernos. Con un tipo de cambio libre y competitivo, las monedas malas tenderían inevitablemente a desaparecer. La nueva moneda emitida por un banco debería estar respaldada por una cesta de monedas, que podrían incluir

también la moneda del gobierno; la proporción y variedad del cesto de monedas se ajustará en función del mercado, librándose de las de menos valor, para que la propia moneda no se deprecie. El banco estará obligado a aceptar cancelaciones de deudas en su propia moneda o con el valor equivalente de otras monedas. Cuanto más abusen los gobiernos de medidas inflacionarias, más se irían apreciando estas monedas privadas. Las preferencias individuales terminarían por evidenciar qué monedas y qué cestas son las más valoradas, y la responsabilidad de cada banco por el valor de su propia moneda evitaría la emisión incontrolada. El control de cada moneda pasaría básicamente por dos mecanismos: la compra-venta de su moneda a cambio de otras, y la reducción o expansión de los préstamos.

Todo esto debería tender a eliminar las grandes fluctuaciones del ciclo de inflación y devaluación en el que los gobiernos suelen tener la responsabilidad principal. Es decir, ayudaría a estabilizar el mercado y a equilibrar ahorro e inversión por la vía de la flexibilidad. ¿Acaso no nos hablan a todas horas los gobiernos y los bancos de flexibilidad para el empleo y todo lo demás? Pues apliquémosles a ellos la receta. Ayudémosles a disolver sus “contradicciones internas” por la recta vía del mercado. Coincido plenamente con el autor de esta página en que esto sería “sólo un paso para una economía estable y equitativa, y un progreso enorme para alcanzar la sociedad libre tal como un día se la había figurado Proudhon”. Y Riegel. Y muchos otros, en número creciente.

Propuestas como la antedicha, que son una prolongación directa en clave pluralista de las de Riegel, son hechas a menudo por personas que ni siquiera conocen su nombre. Lo que aún es más llamativo es que incluso grandes bancos centrales como la Reserva Federal se inclinen en su cerrado fuero interno a buscar pasillos de seguridad en el mercado abierto. No sería sino otra indicación de que pisamos ya zonas fronterizas. En la economía abierta internacional hay una hipótesis expuesta por Mundell y Fleming conocida como la “Trinidad Imposible”, que dice que no se puede tener a la vez: 1) una política monetaria independiente, 2) un tipo de cambio fijo, y 3) movimiento libre de capitales. Hay que elegir dos de ellas y renunciar a una tercera. Puesto que ya no hay formas viables de control del flujo de capitales, en la práctica el trilema se ha reducido a escoger entre los dos cuernos de un dilema: o reducir la volatilidad de la moneda congelándola o bien optar por la capacidad de maniobra en la política monetaria. ¿Es este otro de esos juguetes teóricos de los que tanto gustan los académicos? Parece que no, pues no es fácil sortear estas alternativas. Uno se puede preguntar si los tipos fijos tienen futuro y si al final no quedará todo librado al arbitrio y auto-

mía de cada moneda. Esto parecería lo más lógico y consecuente con el mundo en el que ya nos movemos. Este “triángulo imposible” puede aplicarse tanto a las monedas de los gobiernos como a las monedas privadas que puedan surgir. Ahora bien, ¿En qué condiciones queda el triángulo si dentro de cada territorio nacional proliferan monedas privadas sujetas a la misma dinámica abierta de mercado? No creemos que pasara nada malo, salvo para la opción de congelar los tipos. A la larga, todo parece apuntar hacia una economía y un mundo más líquido y a la vez más atomizado. O más que líquido, gaseoso; aunque se encontrarán mecanismos de regulación a otro nivel para evitar excesos de inestabilidad. Lejos de excluirse, ambas cosas pueden darse la mano. Pero cada cual es libre de juzgar.

El “cambio de fase” de la economía es una respuesta a unas determinadas condiciones de presión; esta presión sigue aumentando precisamente porque no se dan los cambios de estructura suficientes. Al proceso de evaporación o volatilización de las monedas debería seguirle de nuevo una condensación, aunque en condiciones completamente diferentes. La multiplicación de monedas remitiría y quedaría un número actualmente imposible de estimar, pero en las condiciones elegidas por el mercado, en vez de por la historia y el pasado político. Pues los líquidos sólo se evaporan cuando buscan una apertura para sus presentes condiciones.

La economía clásica o neoclásica –la ortodoxia- partiendo del modelo de equilibrio general, se ha caracterizado por sus modelos ideales y cerrados. Por el otro lado, si hay alguna forma de englobar a las múltiples heterodoxias es por su apelación al carácter abierto de la economía. Hay más que indicios de que ese fenómeno que llamamos globalización, lejos de cerrar el mundo, lo está abriendo y disolviendo por la vía del caldeamiento y la presión macroeconómica. Es el otro “calentamiento global”, el de la economía. Y a la larga es inevitable que esto termine afectando profundamente a las modalidades del dinero.

Si finalmente se rompen los monopolios estatales del dinero, las consecuencias sociales y políticas serán incalculables. Incluso la historia del pasado reciente se haría irreconocible. Y sin embargo habría una lógica persistente en toda esta transformación.

David Boyle nos recuerda que, según algunos estudios de la época victoriana, los campesinos del fin de la edad media necesitaban trabajar unas 15 semanas para conseguir el dinero necesario de un año. Dos generaciones más tarde, hacia 1564 –cuando nacieron Shakespeare o Galileo-, se requerían 40 semanas. Y ahora mucha gente trabaja todo el año sin que ni siquiera tenga posibilidad de tener una casa. Naturalmente que tenemos un millón de cosas con las que aquellos cam-

pesinos no podían ni soñar; también es cierto que el consumo de energía por cápita es probablemente varios miles de veces superior al de antaño. Pero también la productividad se incrementado por cientos o miles en muchos sectores. Lo cierto es que no todo es como nos lo ha pintado la propaganda del progreso, sin necesidad de negar muchas mejoras “evidentes”. Lo que sí cabe preguntarse es porqué diablos, habiendo un espectro de niveles de vida tan enormemente amplio entre ambos extremos, apenas tengamos forma de elegir ninguno de ellos. Es decir, la presión obliga a una gran mayoría a elegir entre sumarse a la locura colectiva o quedarse fuera en condiciones lamentables, siendo muy pocos, a pesar de la abundancia, los que pueden elegir razonablemente lo que desean.

Ante estos hechos se apelan a factores sociológicos y psicológicos como el carácter gregario de la mayoría de nosotros, y se olvida el papel que la moneda del estado, sin alternativas, ha jugado en esta presión por la uniformidad. Pues ha sido el gran metrónomo social que nos ha impuesto a todos el mismo baile, dejando a cada cual con las ventajas adquiridas o las que pueda conseguir. “La Gran Transformación” de la que hablaba Karl Polanyi viene de finales del siglo XVII, y el reloj de péndulo y el primer banco nacional surgen por la misma época. Además, la insistencia de gobiernos y economistas en el crecimiento del producto bruto no deja de ser una alocada vía de escape que responde en gran parte a la dificultad y para muchos imposibilidad de poder elegir otras formas ordenadas de vida. El monopolio de la moneda –con su ramificación en el sistema bancario- tiene en todo esto un papel fundamental. Y es oportuno decirlo porque, aunque Riegel interpreta frecuentemente las virtudes del dinero privado en clave productivista, aún pone mucho más énfasis en su esencial concurrencia en todos los planos de la libertad individual y social –como instrumento que nos permita elegir. Insistamos en que bajo el dinero se esconde el mediador universal de la sociedad, y no sólo el mediador económico, que es una esfera artificialmente aislada por unas condiciones históricas determinadas. Aludimos aquí a su tono o temple, su *timbre*, más que a su cantidad. La revelación completa de este mediador, su desnuda exposición, es imposible; pero con el tiempo no puede dejar de abandonar sus viejas cáscaras. Esta es su ley, y ninguna inercia institucional podrá detener su marcha.

El dinero seguirá reflejando invariablemente las circunstancias de la propiedad y el capital, que continúan su evolución, a la vez que les proporciona a éstos sus condiciones de *apertura o fuga*. Y no cabe duda de que si Riegel hubiera estudiado estos otros elementos con la misma perspicacia que empleó con el dinero, estaríamos hablando de un economista de cuerpo entero absolutamente excepcional. Claro que él ya

hizo mucho, y queda para nosotros y para las generaciones futuras el resto del trabajo.

Referencias

1-David Boyle: *The Money Changers: currency reform from Aristotle to e-cash*
2002 Earthscan Publications

2-Spencer H. MacCallum: *E.C. Riegel on money*
<http://www.newapproachtofreedom.info/documents/AboutRiegel.pdf>

3-E.C.Riegel: *Flight from inflation: the monetary alternative*
Prefacio editorial de Spencer Heath MacCallum | The Heather Foundation,
Los Angeles, California.
<http://www.newapproachtofreedom.info/ffi/index.html>

4-Thomas H. Greco Jr.: *Reinventingmoney.com*
<http://www.reinventingmoney.com/>

5-Orden natural y espontáneo: El anarquismo de Mercado y la banca libre
<http://onhl.blogspot.com/2008/03/el-anarquismo-de-mercado-y-la-banca.html>

Nota sobre la presente edición

Presentamos aquí los dos textos más representativos de Riegel publicados en vida, a los que habría que añadir el póstumo “Salir de la inflación”, con el que el autor estuvo luchando hasta sus últimos días. En primer lugar, “El dinero como empresa privada”, de 1944, permite profundizar en los detalles técnicos de su propuesta monetaria. Se ha traducido el americano *billions* literalmente como billones, si bien es sabido que allí su uso significa miles de millones. También hemos omitido un par de farragosos fragmentos con estadísticas de la época que embrollan la lectura y que en el actual contexto son ya casi indescifrables. Viene a continuación, “El Nuevo Enfoque de la Libertad”, de 1949, y del que Harry Brown dijo en su día que era “la mejor explicación del mercado que haya visto”. Hemos respetado el juicioso criterio de la edición americana de Spencer MacCallum, que junto a algunas podas incluye material adicional en los apéndices. Esta obra es la introducción más directa a las ideas de Riegel sobre la libertad y el estado, y, por así decirlo, su declaración de principios.

El Editor

El Arma Sorpresa

EL DINERO COMO EMPRESA PRIVADA

UN SISTEMA MONETARIO APOLÍTICO

E. C. Riegel

PREFACIO DEL AUTOR

La vida del hombre moderno depende de su dominio del dinero.

Nuestro sistema de dinero político se está rompiendo en pedazos y debe ser reemplazado por uno que sirva para las necesidades del moderno intercambio. De otra forma nuestra civilización perecerá.

Tendiendo las mejoras tecnológicas a especializar y confinar la producción de cada hombre, aumenta la necesidad para el intercambio de productos, y, por tanto, la dependencia del hombre del dinero hace más y más imperativo el dominio de este agente vital.

La producción se va haciendo más mecánica, mientras que el consumo, del otro lado, no tiene máquina ni técnica; funciona todavía con nuestras manos y cuerpos. Por tanto no puede haber nunca un consumo de masas parejo a la producción de masas. El consumo permanece privado e individual. La producción se hace cada vez más interdependiente –exigiendo la coordinación de muchas máquinas y manos –mientras que la función inherente al consumo no puede ser compartida o mecanizada; es humana, individual, y dependiente de uno mismo.

Para satisfacer la función del consumo (sin el cual la producción carece de propósito) el individuo debe ser, como comprador, auto-iniciador y auto-estímulo, y por tanto, el poder del dinero, suficiente para comprar su producción, debe estar a disposición de todo hombre. De otro modo la gente no puede coordinar su consumo con su producción y esta deficiencia causa que la máquina de la producción se atasque y retroceda con indeseables consecuencias. No sólo son estos resultados económicos dolorosos en sí mismos, sino que hacen que la gente se vuelva en busca de intervención política como remedio, y esto complica el problema y aumenta el peligro.

DEBEMOS TENER MENOS, NO MÁS INTERVENCIÓN POLÍTICA, Y ESTE LIBRO MOSTRARÁ QUE ES LA INTERVENCIÓN POLÍTICA A TRAVÉS DEL SISTEMA MONETARIO LA QUE ENGENDRA TODOS NUESTROS MALES. LA EMPRESA PRIVADA, SI ES QUE HA DE SER PRESERVADA Y PERFECCIONADA, DEBE TENER UN SISTEMA DE DINERO DE EMPRESA PRIVADA. EL SISTEMA POLÍTICO PARA EL DINERO ES INHERENTEMENTE ANTIPÁTICO A LA EMPRESA PRIVADA E INEVITABLEMENTE TIENDE A LA CONFISCACIÓN.

Nuestro poder de producción en masa debe estar balanceado por nuestro poder individual de compra y nuestro poder de compra depen-

de de nuestro poder individual para crear dinero. *El dinero no puede satisfacer las necesidades modernas descendiendo hacia la gente; debe surgir de la gente.* Hasta que esto se comprenda la producción en masa estará siempre sujeta a drásticas interrupciones. Nosotros, como consumidores, debemos literalmente hacer dinero o quedarnos pasivos y fritos. El gobierno no puede asumir esta responsabilidad por nosotros. Todo individuo productor debe ejercer el derecho y asumir la obligación de crear dinero, para que haya también necesidad de comprar valor de su propia producción. No puede haber plena distribución de la riqueza sin plena distribución del poder del dinero. Aquel que podría hacer también debe tomar –en proporción. Cada uno debe tener la capacidad de crear dinero de su pluma y con su propia mano. La producción de las máquinas debe coordinarse con el dinero hecho a mano.

Las recurrentes crisis de los negocios, la mal-distribución, sobreproducción, desempleo, pánico y depresión no son sino los más suaves recordatorios de que nuestra vida industrial siempre está en peligro. Al final la guerra aprieta un cañón de fusil sobre nuestra cabeza pidiéndonos el dinero o la vida. ¿Pueden nuestros males económicos y políticos estar compuestos de cataclismos periódicos? ¿Tendrá que hundirse nuestra civilización antes de que dominemos el dinero?

Típica del énfasis puesto por los economistas en la necesidad de un poder de compra sostenido es la siguiente cita de “El dilema del Ahorro” escrito en 1926 por W. T. Foster y W. Catchings:

“De hecho, una demanda del consumidor adecuada y sostenida haría más que cualquier otro medio dentro del control humano por aumentar la riqueza, eliminar la pobreza, mantener el empleo, resolver problemas de trabajo, hacer crecer la buena voluntad de los hombres en general, y mantener la paz del mundo. Ningún otro medio de prevenir la guerra tiene unas posibilidades tan grandes como estas... Es, por tanto, difícil exagerar la importancia de encontrar medios para sostener el poder adquisitivo. La próxima guerra mundial, si llega, bien puede ser la última guerra –al menos la última guerra en la que las actuales naciones puedan tener algún interés, ya que podría destruir a la propia civilización.”

Bueno, “la próxima guerra mundial” ha llegado y está sobre nosotros, y nos lleve o no a la destrucción de la civilización no estará determinada por los resultados de la fase militar de la guerra. La cuestión no puede ser determinada por la victoria militar. Su grieta no está

en el campo de batalla. Tanto las naciones del Eje como los Aliados están entregados al sistema de poder adquisitivo creado por el gobierno, ya sean clasificados como fascistas, comunistas o democráticos. La vasta cuestión que determinará el destino de la humanidad es si las malas prácticas o el poder de compra sintético del gobierno ha de continuar hasta el colapso del orden social o si los productores de riqueza podrán ejercer su poder natural de compra para así evitar el desastre.

Afirmo sin reserva que todo el destino de la sociedad depende de la cuestión de si en esta crítica coyuntura es posible adquirir dominio a través del dominio del dinero y así coordinar el poder adquisitivo con el poder productivo. La cuestión es —el dinero o tu vida.

E. C. Riegel

Introducción

El hombre tiene dos principales problemas.

Su primer problema es:
CÓMO PROSPERAR.

Su segundo problema es:
CÓMO GOBERNAR AL GOBIERNO.

La solución de uno es la solución del otro. Reside en el entendimiento y ejercicio de su poder de dinero inherente en un sistema monetario apolítico.

Es porque el hombre no ha dominado el problema de lograr la prosperidad, que se ha vuelto hacia el gobierno para su solución. De esta forma ha complicado su problema, pues el gobierno no ofrece ninguna solución al problema de la prosperidad, mientras que su intervención en este problema primario ocasiona el problema adicional de cómo gobernar al gobierno. Cuando el gobierno se propone resolverle al hombre sus problemas se está proponiendo igualmente el dominio de la sociedad, y no puede ser a la vez señor y siervo. Así es que ha fracasado en las dos esferas. Entremezclando el problema de la prosperidad con el problema político el hombre ha enredado los hilos, no habiendo ninguna solución posible sin separación.

Cuando el hombre haya dominado el dinero él habrá dominado no sólo su problema económico de prosperidad sino también su problema político, porque él verá que el dinero no tiene cabida dentro de las funciones del estado; y, cuando esté el poder del dinero enteramente en sus manos, dominará fácilmente al estado y definirá claramente sus servicios. Así el dinero debe ser visto como el medio de dominio de todos los problemas políticos y económicos. Hasta que no hayamos dominado el dinero no tendremos dominio de ninguno de nuestros problemas. Porque no es el dinero en sí mismo, sino el falso sistema monetario, la raíz de todo mal.

Encontraremos que el poder del dinero es inherente a todos nosotros; y que este poder no puede ser ejercido por otro en nuestro lugar. Debemos ejercerlo o convertirnos en suplicantes de alguna autoridad que emita dinero, la cual, cuando emita, sólo podrá hacerlo en su propio favor. Puesto que hemos mirado al gobierno para el ejercicio del poder del dinero, ya sea directa o indirectamente por la legalización de

la función bancaria, le hemos dado forma a nuestra propia sujeción, de la que nada puede librarnos salvo la corrección de este error.

Es inútil inquietarse sobre nuestra autoimpuesta opresión o disputar con nuestro gobierno sobre los males que han resultado de haber adjudicado al gobierno la tarea imposible de emitir dinero en nuestro nombre. Los funcionarios públicos son tan ignorantes de la causa real de los fracasos económicos y políticos como nosotros. Por más seriamente que se esfuerzen en ejercer el poder del dinero para el interés público, están condenados al fracaso porque las leyes elementales del dinero hacen imposible otra cosa.

La primera verdad cardinal del dinero es que nadie, ya sea un individuo o gobierno, puede emitir dinero sin comprar algo. Cuando invitamos al gobierno a que emita dinero, lo invitamos a que se convierta en nuestro cliente. Luego discutimos con él si intenta comprar algo que consideramos dentro de la provincia de la empresa privada.

La segunda verdad cardinal del dinero es que el dinero ha de estar respaldado con algo, y el acto que lo respalda no puede ser otro que el acto de vender. Desde el momento en que nos parece objetable que el gobierno compre o venda cualquier cosa útil, y sin embargo insistimos en que emita dinero, lo forzamos al despilfarro o a obras públicas que no entran en conflicto con nuestras empresas privadas. Así obligamos al gobierno a emitir dinero sin respaldo al hacerle imposible vender nada a cambio del dinero que emite. En tanto que este proceso de emitir dinero sin respaldo continua, cada unidad monetaria se hace más débil y ha de incrementarse la dosis. Plagado como lo está el gobierno por nuestras objeciones a su invasión de la empresa privada, pero estando todavía bajo la presión de emitir dinero, es finalmente forzado al programa de gasto con más consumo público posible, que es la guerra.

Obviamente, la economía debe tener suministro de dinero; y puesto que somos demasiado ignorantes como para entender que no sólo el poder sino también la obligación de emitir dinero reside en nosotros mismos, la presión de emitirlo recae sobre el gobierno. Para emitir dinero, el gobierno debe comprar algo. Diferimos en lo que se supone que habría que vender, y estas diferencias sólo tienden a favorecer que el programa de gasto sea fascista, o agrarista, o proletario. Mientras no nos damos cuenta de lo que estamos haciendo, nuestro partidismo es una mera preferencia sobre a través de qué canal ha de pervertir el gobierno la economía; pues sólo perversión puede ser, desde el momento en que los gastos del gobierno sólo conducen o a la apropiación por el gobierno o a la inflación. Cada canal de gasto tiene sus proponentes y oponentes, y el que tiene el mayor atractivo y la menor oposición es la fabricación de armamento —que a su vez alcanza los más amplios horizontes en la guerra. De este modo es como Marte le hace continuas señas al político

mostrándole la salida más fácil para los problemas políticos más difíciles. Nosotros solos nos echamos encima nuestros males, incluyendo la aflicción de la guerra, mediante nuestra ignorancia de las leyes del dinero que ningún gobierno puede alterar o suspender.

Debemos primero de todo asumir nuestra responsabilidad en la solución de nuestro problema primario de buscar nuestra prosperidad. Para hacer esto debemos dominar el dinero. Habiendo echo esto, encontraremos que el poder vicario de emisión de dinero es una pura ilusión y que podemos y debemos ejercer el poder del dinero por y para nosotros mismos. Cuando demos este paso, encontraremos que ya no somos más peticionarios del gobierno sino que el gobierno es completamente dependiente de nosotros. Terminamos con la guerra y resolvemos todos nuestros problemas políticos ipso facto.

El gobierno debe ser gobernado por un principio que defina las esferas separadas de los negocios y la política. Cuando saquemos el poder del dinero de la política, y lo restituyamos a su esfera natural en la empresa privada, estableceremos una coordinación apropiada entre el afán de lucro y los otros afanes de la sociedad. Sin este reparto las dos esferas se hallan en constante conflicto, engendrando todo tipo grupos de presión e ismos que buscan reconciliar lo irreconciliable. El dinero es un instrumento del afán de lucro y debe ser emitido y respaldado sólo por empresarios privados. Las perversiones económicas y políticas son inevitables mientras se asocie al gobierno con el poder del dinero. Puesto que todos los gobiernos nacionales hasta el presente han tenido poderes de emisión de dinero podemos atribuir justamente todos los males económicos y políticos de la humanidad a este simple error. Esto es una generalización enorme –pero la hacemos deliberadamente y con plena conciencia de sus implicaciones. Todavía no hemos aprendido como constituir un gobierno, ni comprendemos el pleno significado de la empresa privada y su poder para traernos prosperidad universal.

Con los poderes para controlar el sistema monetario que tienen los gobiernos hoy, son una constante amenaza a la paz y la prosperidad del género humano. Hombres locos, egoístas, ambiciosos, fanáticos y *crack-pots* pueden en todo momento agarrar las riendas del gobierno y conducir al estado como un mastodonte por encima de la gente. Cuando se inviste al gobierno con poder monetario se eleva sobre el ciudadano y aun afirmando protegerle constituye la mayor amenaza para su bienestar y seguridad. El poder que el sistema del control del dinero da al gobierno para interferir, dirigir, e incluso llevarse la vida del individuo no debería existir en esta tierra. Ningún hombre o grupo de hombres está justificado en sostener este terrible poder sobre sus semejantes.

El gobierno democrático ha sido hasta la fecha una pura ilusión. Todo lo que se ha logrado votando o con revueltas no es más que un

cambio en el personal del gobierno. El poder de distorsión del dinero permanece para servir a los designios de deshonestos políticos y para frustrar los planes de los virtuosos. El poder del dinero significa poder presupuestario y es una insensatez imaginar que el ciudadano puede controlar el gobierno a menos que pueda controlar su presupuesto.

La democracia política es un sistema de tolerancia, no de apoyo activo. El ciudadano se compromete con las obligaciones y problemas de sus asuntos privados, y si el gobierno no los molesta particularmente, él los da por garantizados. Es sólo cuando se lo grava o incordia que se pone en movimiento. Como ciudadano funciona negativamente, es decir, no le importa dar su aprobación; sólo hace constar su desaprobación. Puesto que esta es la actitud natural del ciudadano ante el gobierno, debe estar en situación no sólo de protestar los actos ya perpetrados, sino también de vetar los proyectados. Debe tener tanto poder de voto como de veto. Por tanto el gobierno debe encontrar una ubicación tal que no tenga existencia independiente del ciudadano, y se le pueda preguntar sobre cada céntimo que se proponga gastar. Este control monetario del ciudadano sobre el estado es la única forma de democracia que puede ser efectiva. Mientras no consigamos ésta, de poco nos sirven los procesos electorales.

Debemos tener un proceso de votación más amplio que el mero rellenado de listas y papeletas una vez cada cuatro años. Debemos votar dinero –y, para votar con él libre y efectivamente, debemos controlar este voto todopoderoso sin interferencia del gobierno. De este modo tendremos elecciones todos los días y a cada hora, controlando tanto los negocios como el gobierno por el simple proceso de asegurarle o retenerle el patrocinio. Hasta que no tengamos democracia monetaria sólo tendremos la cáscara de la democracia sin su sustancia.

Mientras nos aferremos a la superstición de que debemos mirar al gobierno para el suministro de dinero, en vez de mirar hacia nosotros, estaremos sujetos al gobierno y en vano intentaremos seguir esta o aquella política o partido o ismo con la esperanza de salvación. Podemos controlar al gobierno y nuestro propio destino sólo a través de nuestro poder de dinero, y hasta que no ejerzamos ese poder es inútil discutir los pros y los contras de los programas políticos.

El primer paso

El primer paso hacia la completa libertad económica y política a través de la abolición del sistema de dinero político es el establecimiento de un sistema de dinero apolítico para demostrar su viabilidad.

El nuevo concepto del dinero es que, para ser sólido y estable, y adecuado, debe surgir exclusivamente de la misma fuente de la que brota

toda la riqueza, a saber –la gente, y que, para coordinarse efectivamente con nuestro sistema de producción masiva, la gente debe emitir el dinero necesario para comprar su producción.

El programa de montar Intercambios de Valun es para la acción de las personas en sus respectivos lugares y estados. (La palabra “valun” está compuesta de VALor y Unidad). Los Intercambios de Valun compensarán cheques para sus miembros y con cualquier otra nacionalidad –para formar un sistema monetario internacional que unifique el comercio con independencia de las divisiones políticas, obviando el intercambio de divisas.

Al nuevo dinero propuesto lo denominamos valun y ha de ser emitido en cheques, billetes y monedas. El valun se colocará en paridad con el dólar de 1939, pero libre de cualquier asociación con él o con cualquier otra unidad política. De este modo puede representar una salida para la inflación que se avecina.

El plan proyectado de un sistema de dinero privado, designado tanto para perfeccionar la empresa privada como para excluir las perversiones políticas, descansa sobre esta proposición básica:

El dinero sólo puede ser emitido en el acto de comprar, y sólo puede ser respaldado en el acto de vender. Cualquier comprador que sea también un vendedor está calificado para ser un emisor de dinero. El gobierno, puesto que no es vendedor ni debería serlo, no está calificado para ser emisor de dinero.

Esta afirmación cardinal lleva decididamente la función del dinero al interior de la empresa privada y la saca de la esfera política. Así la empresa privada se hace realmente privada, y el dinero pasa de ser una herramienta política y financiera a ser una utilidad para la masiva distribución de la igualmente masiva producción de bienes y servicios.

Por el control democrático del Intercambio Valun propuesto, cada persona y negocio podría tener el poder de crear dinero equivalente a su poder de producción, y no habría ninguna élite que guardara este poder en exclusiva y desproporcionadamente. En resumidas cuentas, el sistema capitalista sería un sistema popular y equitativo, puesto que todos serían capitalistas y tendrían el mando de su esfera propia de actividades. La hechura de este mandato sólo puede ser el popular mandato por la prosperidad, paz, y unión económica de todos los pueblos.

Lo que hemos tenido hasta ahora es un capitalismo político –una alianza innatural entre políticos y los negocios que ha corrompido a los dos. El capitalismo no puede realizar su propósito de hacer prosperar a la gente, pacificando así al mundo, y el estado no puede convertirse en un auténtico servidor público imparcial hasta que el sistema monetario político, lazo que a todos ata, sea cortado y el sistema de dinero de empresa privada instituido.

Los males del sistema actual

El actual sistema de dinero tiene tres males básicos:

a) Permite al dinero ser emitido privadamente, sólo para un número limitado de personas y corporaciones que tienen crédito bancario, y hace de este crédito algo sujeto a honorarios. Así establece el crédito como un privilegio más bien que como un derecho, y hace de ello un objeto de lucro antes que una utilidad que promueva la producción y distribución de riqueza. Niega generalmente a los productores el derecho de emisión de dinero, haciendo imposible la expansión del poder de compra del potencial poder productor. Esto supone una derrota para el sistema de producción en masa.

b) Permite al gobierno emitir dinero sin respaldo. La única forma en que el gobierno podría respaldar sus emisiones de dinero sería entrando en la producción de bienes y servicios; y esto sería competir con los negocios privados. Así, el problema nos presenta los dos cuernos de un dilema, y los dos cuernos conducen a la socialización. Si respalda sus emisiones de dinero con bienes y servicios (y no tiene otra forma de respaldarlo), ejecuta un ataque frontal a la empresa privada. Si emite dinero sin respaldarlo (como está haciendo), lo que hace es un ataque por los flancos a los negocios privados a través de la inflación –puesto que emitir dinero sin crear unos valores equivalentes no es otra cosa que inflar los precios.

c) Permite a los hombres ambiciosos, maquinadores o fanáticos que estén en el gobierno encender las chispas y fuegos de la guerra, amenazando así las vidas y fortunas de millones sin cuento. Este terrible poder descansa solamente en el sistema monetario político, puesto que los armamentos provienen del dinero y el dinero surge de una orden del gobierno, cuando debería emanar sólo de la orden de los pueblos con poder de veto.

Confiscación y socialización a través del gasto

El gasto de los gobiernos en todas las naciones del mundo está conduciendo directamente, a través de la propiedad estatal, a la socialización y la destrucción de la empresa privada. No es un triunfo de la ideología socialista; es simplemente una condición forzada por el sistema monetario político. Nuestro propio gobierno se ha convertido en una “adquisocracia” que maneja una burocracia empleando, a fecha de 1943, 3,162,199 empleados civiles. Estos empleados federales, residiendo y actuando en nuestros estados, superan entre tres y seis veces en número a los empleados de cada uno de los gobiernos estatales. Nuestros gobiernos estatales, puesto que no tienen poder de emisión de dinero,

están siendo subordinados a un gobierno centralizado con el consiguiente perjuicio para el autogobierno. Además de los 11 millones en lo militar y los 3 millones de empleados civiles del gobierno, hay en torno a 30 millones empleados en producir para el gobierno, dejando tan sólo en torno a 30 millones para la empresa privada y el servicio en los gobiernos locales.

La “adquisocracia” de Washington está comprando literalmente su control de nuestras vidas. Y sin embargo no hay detrás del dinero que tan libremente emite nada excepto lo que gente pone detrás con su propio trabajo. El gobierno, considerado popularmente como el respaldador del dinero, es de hecho el único que no respalda el dinero. Excepto por el servicio postal, no hay prácticamente nada que se pueda comprar al gobierno con el dinero que emite. Incluso el oro y la plata no pueden ser comprados al gobierno, y por tanto estos bienes no son respaldo de su dinero. La empresa privada provee prácticamente todo el respaldo que existe para nuestro dinero. Puesto que la empresa privada es la única que respalda al dinero, la simple lógica nos dice que debería ser el único emisor.

Cuando el gobierno emite dinero y no ofrece nada a cambio, la emisión es lo mismo que la falsificación de dinero, con esta diferencia: el dinero falsificado puede ser detectado y retirado del dinero circulante, mientras que la moneda de curso legal sin respaldo alguno simplemente se mezcla con todo el otro dinero, haciendo más débil a cada unidad.

El Gobierno Federal, a través de su “adquisocracia”, sostiene ahora hipotecas sobre dos millones de granjas (un tercio de las granjas de la nación), por valor de 3 billones de dólares. Posee 2,500 bases de guerra a un costo de 16 billones, que suponen una cuarta parte del total de plantas industriales de la nación. Las agencias H.O.L.C., F.H.A. y F.P.H.A poseen 719,329 viviendas urbanas a un costo de 2,198,542,204 dólares de los que la mayor parte son alojamientos temporales para la guerra. Las hipotecas sobre hogares urbanos ascienden a \$1,360,154,742. Se está adquiriendo constantemente nuevas tierras y propiedades. (*)

En su reciente libro “La burocracia fuera de control”, dice Lawrence Sullivan:

“¿Adónde nos volveremos hoy para encontrar el área conocida como libre empresa? No a la agricultura, rodeada completamente por las cuotas, paridades, regulaciones y adjudicaciones; ni a la vivienda, ni a la banca, ni al entretenimiento, ni a los seguros, ni a la energía eléctri-

(*) Nota del editor: Omitimos una serie de datos detallados sobre la administración americana de la época, en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, que difícilmente pueden ser informativos para el lector español actual y más bien resultan desorientadores.

ca, ni a la medicina, ni al trabajo ni al transporte. A través de todas sus agencias, el gobierno federal está metido directamente en cuarenta y seis áreas diferentes de negocios. Y a través de créditos y embargos, tiene intereses como propietario en 77 áreas económicas adicionales...

Puede servir para los propósitos de los partidos que están “fuera” echar la culpa a los que están “dentro”. Pero las causas que están convirtiendo al gobierno federal en una “adquisocracia” son mucho más profundas que las que dependen de las alternancias en la administración política. El sistema monetario político que comenzó antes de que nacieran los Estados Unidos, y al que dieron la aprobación los arquitectos de la constitución, sólo está cosechando la fruta que ya estaba presente en la semilla progenitora, y no quedará alterada por los meros cambios de la administración. Dar crédito a la administración presente y a todas las pasadas y futuras con los más patrióticos esfuerzos que caben dentro de un sistema monetario político, ha de ser contrario, con todo, tanto al gobierno como a la gente; y esta afirmación se aplica no sólo a nuestro gobierno sino a todos los gobiernos. Lo que está ocurriendo en América está ocurriendo a lo ancho de todo el mundo. El sistema de dinero político está forzando la socialización en todas partes y la única salida para la empresa privada reside en sistema monetario privado que ofrece además al estado la única seguridad contra una revuelta pública. El dilema que hemos apuntado hace frente a los estadistas de cualquier parte.

Aproximadamente el 60% de todo lo producido por la gente hoy está siendo comprado por el gobierno. Por tanto nuestra producción actual está socializada en un 60 por ciento. Desde luego, se trata de una situación de guerra de la que esperamos salir, pero antes de que salgamos, debemos pasar por la seria prueba de la inflación, durante la que nuestro sistema monetario actual puede quebrar por completo. Pero, no importa cuánto pueda depreciarse el dólar mediante el proceso de gastos del gobierno y falta de respaldo a sus emisiones, los títulos de propiedad adquiridos entretanto permanecerán con el gobierno.

De manera que tengamos claro esto: la cuestión entre la empresa privada y el colectivismo no es una cuestión de elección mientras prevalezca el sistema monetario político. Si el gobierno mantiene el poder de emisión, puede tanto comprarle a la gente y tenerla controlada, como arruinar a la empresa privada mediante la inflación. Si la gente ejerce el poder de emitir el dinero, ellos comprarán los servicios del gobierno y lo controlarán.

La fuente del dinero y su flujo determinan el resultado social, económico y político. Siendo el estado una unidad simple, su poder de emisión monetaria fomenta el control autocrático de la gente; mientras que el poder de emisión en las manos de la gente –y puesto que la gente es muchos- fomenta el control democrático del estado.

Por tanto la soberanía de la gente y la democracia pueden asegurarse solo si la gente ejerce su poder sobre el dinero; y la dictadura en una u otra de sus formas sólo puede realizarse mediante el ejercicio del poder monetario por el gobierno.

Consciente o inconscientemente, nos alineamos ya sea con la empresa privada y la democracia, o con el colectivismo, y adoptamos una postura a favor del sistema monetario privado o del sistema monetario político.

En el caso de que nos opongamos al colectivismo, sólo podremos hacerlo efectivamente oponiéndonos al sistema monetario político. Si queremos mantener la empresa privada y la democracia debemos hacerlo apoyando el sistema monetario privado.

En el juego de la propaganda hay muchas insinuaciones falsas. Mantengamos la vista sobre el factor determinante y no nos dejemos distraer por las frases ocultadoras y los opiáceos ideológicos.

A medida que la crisis de inflación se acerca, es una suerte que dispongamos de un concepto de dinero privado como el que presenta este libro. Podemos empezar ya con un plan de reconstrucción que invierta la tendencia hacia la confiscación y elimine para siempre las distorsiones futuras y las perversiones económicas que son inherentes al sistema monetario político. Podemos construir un mecanismo monetario que se coordine con nuestro mecanismo de producción en masa y dé así rienda suelta a nuestra capacidad productiva. Podemos asegurarnos por nosotros mismos de que cada unidad de dinero esté respaldada por valor, y pueda así prever la inflación y mantener un nivel de precios estable. No sólo podemos terminar con el desempleo, sino que podemos asegurar a cada trabajador el pleno disfrute de su producción. Podemos terminar con los booms y las depresiones y mantener una producción constante. Podemos terminar con los déficits del Gobierno y la insidiosa socialización que se sigue de ellos.

Si queremos conseguir todas estas cosas y con ello perfeccionar el sistema de empresa privada y salvarlo de la inflación y la confiscación; si hemos de preservar la soberanía de nuestros estados y nuestro sistema de gobierno federal, debemos adoptar un sistema monetario privado diseñado como utilidad y que responda a las necesidades de la distribución en masa. Esto es un desafío y una puja de la empresa privada por reivindicar su filosofía y perfeccionar su funcionamiento para asegurar su triunfo en su pugna con el colectivismo.

La libertad, finalmente

Finalmente vamos a ser libres, por que vamos a descubrir que el poder de liberación está dentro de nosotros. Sólo necesitamos comprender nuestro poder monetario inherente.

Libertad significa libertad para dirigirse uno mismo y libertad de las directivas de otros. Resulta entonces obvio que la filosofía de la dirección política que hoy prevalece no puede traer la libertad, sino que más bien la niega. Está predestinada al fracaso; estamos en medio de una gran revolución.

Una nueva dignidad está más cerca de nosotros. De las ruinas que se ciernen sobre nosotros emergeremos como dueños de nuestras vidas privadas, no como conejillos de Indias para los curanderos políticos. Todo problema social, todo problema nacional, todo problema mundial no es sino un compuesto de los problemas de los individuos emergiendo de los males de una dirección externa y su interferencia con la autogestión. El individuo ha sido burlado en su búsqueda de la felicidad; y la suma de estas frustraciones individuales produce convulsiones sociales. Hemos delegado, o se nos ha robado, demasiado poder; hemos ejercido demasiado poco. Hemos de tener una democracia de decisores privados.

Por más que nuestros comienzos y nuestros fines sean inescrutables, sabemos que existimos de acuerdo con una ley natural. ¿No es entonces la más vulgar de las blasfemias dejar que nuestras aspiraciones reposen en leyes hechas por el hombre en lugar de las de la naturaleza? ¿Podría haber algo más irreverente y vulgar que mantener promesas políticas que ofrecen cuidar de nosotros desde la cuna hasta la tumba? ¿Podríamos vivir y gobernar y tener nuestro ser propio si la naturaleza careciera de ley? ¿Por qué entonces nos dejamos engañar por la planificación política? ¿Cómo, sosteniendo la planificación paternalista de un potencial estado-padre, podríamos ser tan depravados como para dar a entender la ausencia o fracaso de las leyes de la naturaleza? Nos estamos ganando una bien merecida reprimenda con el fracaso de la planificación política cayendo sobre nosotros; un fracaso del que tal vez saquemos alguna introspección y respeto por las leyes naturales y la dignidad del individuo.

Esta dignidad del individuo nuevamente encontrada renunciará al apoyo externo y afirmará su poder propio e inherente. Reducirá el estado al status de sirviente y denunciará sus pretensiones de ser patrón y guía. El individuo podrá autoafirmar tanto poder, que poco quedará por ejercer para el estado. Semejante soberanía del individuo se seguirá del simple descubrimiento de que el poder del dinero es inherente al hombre y que su usurpación por el estado sólo puede tener efectos perversos.

Esta verdad será reconocida y nos hará libres. Esta libertad, una vez adquirida, será la garante de todas las libertades; el fin de todas las tiranías de todo tipo. Esas libertades de pergamino, declaraciones políticas, magnas cartas y constituciones son hueca verborrea sin la libertad del dinero –y con ella, se convierten en meros excedentes.

Asaltándonos por todos lados están la propaganda, la pretensión, la hipocresía, la incompetencia y la futilidad como resultado del legal pero ilegítimo ejercicio del poder monetario por parte del estado. Podemos, debemos y llegaremos a ser señores de nuestro inherente poder monetario, asegurando así la serenidad, prosperidad y felicidad para nosotros y nuestros semejantes.

Vuelve tu mirada de la carnicería de la guerra; de la esterilidad de los estadistas –y de la contemplación de las ominosas secuelas-, e imagina una comunidad de hombres y mujeres dentro de la comunidad de uno de nuestros estados americanos, poniendo las bases para un nuevo orden de cosas.

Si un grupo de gente común en un punto de la tierra es capaz de declarar el principio de que el poder del dinero es inherente al hombre, y que el poder del dinero es soberanía, la democracia ascenderá de esta tierra empapada de sangre para triunfar sobre la guerra y la adversidad económica.

Entre las víctimas de la guerra estarán las unidades nacionales de dinero político del mundo, matadas o lisiadas por la inflación. Nacerá el nuevo principio de dinero privado para la empresa privada; apolítico, anti-aislacionista, no manipulable ni sujeto a inflación.

En alguno de nuestros cuarenta y ocho estados residen los pioneros de este orden nuevo –en el que la voluntad del hombre común de trabajar y ganar en prosperidad y paz no será derrotado; en el que *el hombre gobernará al gobierno* y reflejará a través suyo sus impulsos de honestidad, concordia, frugalidad y tolerancia más bien que estar sujeto a su poder de distorsión.

En uno de los cuarenta y ocho estados de esta Unión el liderazgo de la nueva América dará a un mundo trastornado la esperanza de que la humanidad no quedará frustrada, y que el dictador, político, económico y financiero, abandonarán esta tierra, dejando una prosperidad universal y una paz perpetua.

Este libro no es sino un borrador del fuero de libertad, prosperidad y paz que será proyectado por los hombres y mujeres que pongan sus principios en acción, una acción democrática y dinámica, con carne y sangre y determinación mental más bien que con papel y tinta.

Capítulo 1: El Misterio del Dinero

La Herencia de los errores del Viejo Mundo y la Innovación Americana ahora

Habitado como lo ha estado el hombre a usar dineros políticos, se ha olvidado que el dinero tuvo su comienzo en la empresa privada –donde el motivo fue meramente facilitar el intercambio. Cayó en manos del gobierno, donde el motivo pasó a ser el engaño en los impuestos y la explotación pública. Si queremos volver a dominarlo también ha de ser devuelto a su propósito natural y primero.

Cuántas guerras se podrían haber evitado, cuanta pobreza y miseria apartada, hasta dónde habría llegado el progreso humano si el dinero no se hubiera convertido en un instrumento político, son cosas que sólo podemos conjeturar. En todo caso, la culpa de esta desviación no puede echarse sobre el político; pues parece que fueron los hombres de negocios quienes –al darse cuenta de que los orfebres y plateros estaban timando- pidieron al estado que certificara el peso y pureza de las monedas. Irónicamente, cayeron en las manos de un timador de mucho mayores proporciones –porque el estado hizo del corte y esquilado de la moneda un tinglado fundamental y convirtió la función de dar el cambio en una sofisticada industria de repudio e inflación.

La corriente de dineros políticos desde el comienzo hasta el día de hoy corre profunda y suciamente, y aun con todo, la mera sugerencia de que el dinero puede surgir de cualquier otra fuente ocasiona todavía sorpresas y hasta desmayos. Hasta tal punto ha embotado la tradición los sentidos del hombre. No importa cuán a menudo falle el estado en proveer un sistema monetario sano, los hombres vuelven de nuevo a él desesperadamente y le suplican que lo intente de nuevo. Verdaderamente, hasta que no aprendamos que el poder del dinero reside en nosotros, estamos obligados a mendigar abyectamente al estado que nos brinde un sistema de explotación, puesto que no podemos volver a un sistema sin dinero y mantener el nivel de civilización. Y sin embargo, no importa lo seriamente que un estado intente proveer un auténtico sistema monetario, éste tiene que fracasar, puesto que hay una antipatía inherente entre el poder de emisión de dinero y el poder de exigir impuestos. Un emisor de dinero debe ser un vendedor que puja por dinero, no un recaudador que lo requisa en todo o en parte como un expediente político y sin ofrecer nada a cambio.

La temprana experiencia de los comerciantes con el dinero privado fue evolucionando naturalmente. Fueron conducidos paso a paso,

por una senda inexplorada, hacia una meta que no pudieron prever. Sólo sabían que el trueque simple era inconveniente, y que el progreso y el aumento de la riqueza pasaba necesariamente por su superación. Más que perseguir un ideal, ellos huían de un impedimento, puesto que eran incapaces de concebir el ideal del dinero.

El primer recurso para salir del trueque simple fue convenir un bien común que fuera aceptable para la mayor parte de los comerciantes y que no se deteriorara en el almacén. Se usó un gran número de tales bienes, pero era natural que finalmente se seleccionaran el oro y la plata como los más adecuados para este propósito. Eran los más transportables, porque representaban mucho valor en relación a su peso, y no estaban sujetos a la erosión del tiempo.

Lo que así se había logrado era la adopción de un bien representativo, designado por peso o medida, para mediar el intercambio de otras comodidades. Aunque un bien mediador no es, ni puede ser, dinero, es interesante advertir cómo el espíritu del dinero se insinuó inconscientemente a estas alturas. Consideremos el oro como bien intermediario por excelencia. Probablemente nunca ha habido un tiempo en toda la historia en que el valor del oro existente fuera más que una millonésima de los valores pasando en intercambio a lo largo de un solo año. Por tanto, sólo podía mediar una parte infinitesimal de todos los valores intercambiados. Como sólo podía ser, el intercambio adquirió algo adicional para satisfacer las necesidades en expansión. Este elemento adicional fue el espíritu del dinero que emergió por sí mismo bajo la necesidad de mayor libertad y mayor volumen de intercambio. Puesto que el espíritu del dinero nunca ha sido comprendido, el fetiche del oro o algo que aporte materialidad como medio de intercambio ha continuado de una u otra forma.

El espíritu o propósito del dinero es hacer pasar al trueque desde el estadio de transacción completa a otro estadio con dos mitades —con un comerciante (el comprador) recibiendo plena satisfacción en valor, y otro (el vendedor) recibiendo la seguridad de un valor equivalente de otro comerciante más tarde. Así el trueque simple, que es una transacción bilateral en la que ambos comerciantes reciben satisfacción inmediata, da paso al intercambio de dinero, que es una transacción unilateral. Un intervalo de tiempo interviene antes de que el vendedor reciba satisfacción, si bien él tiene la gran ventaja de elegir qué es lo que quiere y de quién. Servir a la necesidad de pasar del trueque bilateral al trueque unilateral, esa fue y es la función del dinero; y en su estado incipiente funcionó de manera apenas percibida ni reconocida. Era algo que tenía que llegar y llegó para quedarse; pero permanece todavía envuelto en los velos de la superstición.

El comercio siguió sobre una base bilateral de trueque simple, con los comerciantes ajenos al concepto del dinero. Pero el dinero se insinuó y cumplió su función de ampliar el intercambio. Después de quedar firmemente establecida la práctica de usar plata y oro como medios de trueque en términos de peso, se desarrolló la práctica de depositar estos metales a buen recaudo. Los orfebres o quienes recibieran estos depósitos emitieron los correspondientes recibos de almacén. Así se encontró que se podían transferir los recibos mismos, en vez de andar sacando y metiendo objetos de metal. Este fue el comienzo del papel dinero, aunque sólo hasta donde llegó la astucia de los depositarios.

Encontraron que un cierto porcentaje de metal permanecía en su posesión continuamente, y que era seguro emitir recibos o promesas para entregar metal contra un metal no existente –recibos y promesas que circularon como dinero. Este fue el origen del negocio bancario. Así algunos recibos (los respaldados por oro real) fueron instrumentos del trueque bilateral, y los que no tenían un respaldo real fueron instrumentos de trueque unilateral, si bien los comerciantes no podían ser conscientes de que estaban usando dinero. Los herreros y depositarios habían creado el dinero como una mera artimaña, y así se expandió el intercambio para el beneficio general.

Se encontró que para pagos en especie (esto es, entrega efectiva de metal), las pruebas de autenticidad y pesajes eran un inconveniente, de manera que los herreros y joyeros desarrollaron la práctica de sellar el metal con signos de peso y grado de pureza. Esto fue el nacimiento de la acuñación de monedas, e hizo posible otro truco mediante el cual el dinero entró de nuevo en intercambio sin que los comerciantes lo reconocieran. Las monedas fueron falsificadas, a veces por los herreros, otras veces por otros que las “rebajaban” o “recortaban” según su ingenio para que contuvieran menos valor, con el resultado invariable de que el intercambio fue avanzando más y más a través de esta introducción subrepticia del dinero.

Le tocó el turno luego al billete de intercambio inventado por los comerciantes para minimizar el transporte de metal, lo que dio al dinero otra oportunidad de romper la camisa de fuerza del trueque bilateral. Básicamente, estos billetes de intercambio eran órdenes por plata y oro a favor de un comerciante en otra ciudad, girados contra otro comerciante en dicha ciudad. Pero también tendieron a circular, permitiendo así al emisor emitir más allá de su capacidad de pago real.

Estos ejemplos ilustran cómo el intercambio fue mediado en parte por instrumentos bilaterales (certificados auténticos de depósitos de valores reales) y en parte por instrumentos unilaterales –dine-

ro (basado exclusivamente en la aceptación común sin reserva de pago garantizada). Ciertamente es que los últimos fueron productos de la codicia y fueron ejecutados por hombres deshonestos, pero desde el momento en que los hombres eran incapaces de concebir el dinero, no había otra manera para que surgiera y sirviera al gran propósito de expandir el intercambio.

Por ilusión y por engaño, el dinero tenía que romper las barreras del sistema de intercambio bilateral para convertirlo en intercambio unilateral, de modo que el comercio pudiera extenderse. Al hacer esto sólo seguía un impulso natural, puesto que los comerciantes no querían realmente el metal; lo que ellos querían era poder de intercambio —el poder de adquirir todos los bienes, no sólo un bien determinado.

Es interesante notar que el espíritu del dinero, que es el espíritu de facilidad en el intercambio, pendía ya sobre el intercambio por trueque cuando intentaba romper su capullo bilateral para emerger como intercambio unilateral; y ahora el fantasma del difunto trueque bilateral todavía ronda en las mentes de algunos hombres que querían llevar a la mariposa al capullo del que salió. Ellos hablan desdeñosamente del “dinero por decreto” y cosas similares, sin darse cuenta de que el dinero sólo puede existir por el decreto del emisor y que un instrumento de dinero es dinero sólo en la medida en que carece intrínsecamente de valor.

Así, incapaces de concebir el dinero como un concepto de contabilidad, ellos se aferran al fetiche del oro, intentando siempre extenderlo por diversos artilugios para que alcance las cimas del dinero contante y galopante. Estos mecanismos van desde elevar el llamado valor del oro a fraccionar la reserva, recurriéndose finalmente a pirámides de deuda que tienen la más nebulosa relación con las piedras de imán supuestamente enterradas bajo ellos —imanes a los que el hombre corriente no concede la menor atención en la práctica. Mientras que él no entiende el dinero, no lo malentiende tanto como las llamadas autoridades monetarias.

Mientras que el dinero ha funcionado hace ya mucho tiempo como un representante de valor convertible en cualquier tipo de bien, todavía perdura la superstición de que representa el valor de un solo bien, como el oro o la plata a un precio fijo. El absurdo de la superstición del estándar de valor se ve inmediatamente cuando uno comprende que el llamado “valor” del bien estándar es un precio arbitrario establecido por el poder de la unidad de dinero que se supone que esté sostenida por ese bien estándar. Se hizo la cola para que se meneara el perro. Así, el bien elegido como “estándar” no respalda a la unidad monetaria; la unidad de dinero respalda al bien “estándar”. Si la unidad de dinero no fuera un poder por sí y en sí, evidentemente-

te no podría subir el precio del oro o de cualquier otra cosa. El termómetro no controla el tiempo que hace.

Podrá sonar muy evangélico denunciar a esas almas deshonestas que nos han llevado a través de ilusiones y engaños hasta el uso del dinero como un instrumento de contabilidad sin valor propio mientras todavía nos aferramos a un concepto material, pero no es muy realista. Sin su astucia (a falta de un dominio de la idea del dinero) no habríamos avanzado. Con esto no estamos diciendo que tales prácticas deban de ser alentadas; sino más bien que podríamos ser lo suficientemente inteligentes para que ya no sean necesarias. Ellas implican un parasitismo del que se debería prescindir –pero, en ausencia de un enfoque inteligente al tema, es mejor que hayamos sido engañados en el intercambio, incluso si ha sostenido a parásitos y explotadores, puesto que el intercambio es el cuello de botella en el ciclo de producción y consumo, y por tanto es el determinante final del progreso humano. El intercambio debe expandirse por medios justos o sucios; pues la sociedad no puede permanecer detenida, y sólo progresa por la expansión del intercambio.

No había ninguna comprensión del dinero cuando era todavía un medio de la empresa privada, pero hay razón para creer que los comerciantes habrían encontrado su camino antes de esto, porque cuando menos actuaban guiados por el motivo correcto, a saber, la búsqueda de medios para facilitar el intercambio, que es el único propósito del dinero. Cuando, de todos modos, la experimentación monetaria cayó en el dominio de la política, el móvil cambió y pasó a ser adecuarse a los propósitos de aquellos que usaron el estado para su ventaja privada y así, durante siglos, el dinero ha seguido esa tangente política que sólo conduce a la frustración. Cuando, al asumir el control del dinero, el estado intervino en la empresa privada, la última pasó a ser, hasta el día de hoy, un sistema de empresa político y no puede ser nunca verdaderamente privado ni servir plenamente a la sociedad hasta que el poder del dinero sea recuperado del estado y su funcionamiento devuelto al sistema de empresa personal al que naturalmente pertenece. Pero antes de que esto pueda ocurrir hemos de dominar el concepto del dinero.

Búsqueda infructuosa

Hace diez años, tras una infructuosa búsqueda de un maestro en asuntos monetarios, leímos en la declaración pública de un economista monetario bien conocido, que había sólo “unas pocas personas en el mundo que entiendan el significado del dinero”. Nosotros preguntamos quiénes eran y recibimos los nombres de 13 americanos y 5

Europeos. De entre estas autoridades internacionales, pudimos conseguir el consentimiento de 6 americanos y 2 europeos para participar en un simposio a ser presentado al Congreso que estaba en ese momento debatiendo teorías monetarias. Enviamos el resultado al Comité de Banca y Moneda del Senado y, en 9 de Junio de 1934, escribimos una carta adjunta para la memoria a la que pertenecen los siguientes párrafos finales:

“El total de 176 respuestas a las 22 preguntas mostraron tales contradicciones, inconsistencias y desacuerdos que consideramos un deber patriótico aclarar que no parece haber ningún entendimiento del tema del dinero ni entre las autoridades que han contribuido ni entre otros cuyos escritos hemos estudiado. No hay establecido ningún principio claro; las teorías proyectadas no son demostrables; parece que todavía no existe ni tan siquiera el concepto básico para la construcción de una ciencia monetaria.

“El significado del dinero todavía está por descubrir, su dominio está por ser probado, el poder de las leyes para dirigirlo o controlarlo todavía está por demostrar, el medio a aplicar, todavía por desarrollar. La gente no debería dejarse engañar por el abracadabra y la pseudo-profundidad. Debe haber una ruptura con el pasado. Un nuevo pensamiento debe desafiar las hipótesis que hoy prevalecen”.

El mismo año apareció un libro del autor inglés Montgomery Butchard, titulado “Dinero”, que el autor describe como “Pasajes Selectos presentando los Conceptos del Dinero en la Tradición Inglesa, de 1640 a 1935”. Se citan aproximadamente 200 autoridades con nombre y anónimas. Repasándolos, el autor concluye con estas palabras:

“¿Qué es lo que prueba este libro? En un sentido definido o positivo supongo que no prueba nada. Pero si algo ilustran los pasajes es la tesis amplia y negativa de que en la historia de los escritos ingleses sobre la naturaleza y función del dinero no ha habido desde los tiempos más tempranos hasta el presente ningún avance visible.”

Estamos completamente de acuerdo con esta conclusión. El año siguiente, el mismo autor pasó de examinar las autoridades ortodoxas al llamado nuevo pensamiento del dinero. Su libro se titula: “El Dinero de Mañana según Siete Herejes Monetarios Actuales”. Ellos son Silvio Gesell, Arthur Kitson, Frederick Soddy, R. McNair Wilson, C. H. Douglas, G. D. H. Cole y Jeffrey Mark. Este es el comentario final del autor:

“Las siete teorías concuerdan, por afirmación directa o por inferencia, en que las medidas para la reforma monetaria como mínimo iniciarán la recuperación de nuestros males económicos y sociales, y que estas medidas monetarias deberían incluir al menos:

1. Control público (comunal, nacional) del dinero y la política monetaria.
2. Control público, directo o indirecto, de los precios.”

De este modo los denominados heréticos todavía visten las principales galas ortodoxas –pues las dos medidas expuestas son cardinales para todas las teorías monetarias hasta hoy existentes, y ambos son falsos. También América tiene muchos sinceros reformistas del dinero potenciales, y algunos acusados de herejía, pero todos, hasta donde llega nuestro conocimiento, aceptan la premisa falsa de que el gobierno debe emitir, controlar y manejar el dinero y los precios. Así sus esfuerzos son inocentemente dedicados a planes diversos para mejorar una perversión. *El gobierno no debería ni emitir ni controlar el dinero; y no es la función del dinero controlar los precios.* El dinero es un agente neutral cuya sola función es facilitar el intercambio, y no influir en los precios de ninguna manera. Nuestro contemporáneo inglés debería mirar hacia América para encontrar herejes, y creemos que sólo los encontrará en la escuela de pensamiento Valun.

Los americanos piensan en la tradición inglesa, que no es mejor ni peor que cualquier otra, puesto que todas son similares en sus fundamentos. No ha habido, hasta ahora, ningún enfoque americano independiente al problema del dinero. Por una extraña coincidencia, en el mismo año que los americanos declararon su independencia política de Inglaterra, un británico, Adam Smith, los puso bajo una sujeción mental que todavía ejerce su dominio a pesar de ser absolutamente inconsistente con nuestra Declaración de Independencia y nuestros principios políticos. El llamado padre de la Economía Política declara así su propósito en “La Riqueza de las Naciones”:

“Considerada como una rama de la ciencia del estadista o legislador, la Economía Política propone dos objetos distintos. Primero, suministrar una subsistencia abundante para el pueblo, o más propiamente capacitarlo para que pueda proveerse de tales ingresos o subsistencia por sí mismo; en segundo lugar, proporcionar al estado o bien público con ingresos suficientes para los servicios públicos. Se propone enriquecer tanto al pueblo como al soberano.”

Aquí está escrito, y por nuestras escuelas aceptado, el puro principio paternalista y autocrático que denunciamos en todas nuestras declaraciones políticas, y al que se debe renunciar si es que el hombre ha de alcanzar su verdadera dignidad y libertad. Y sin embargo domina nuestras prácticas más y más mientras braceamos en la perplejidad. Nos dividimos solamente en el grado de paternalismo y manejo por el gobierno de nuestras vidas que una filosofía así contemple, pero no en el principio. Por esta teoría el gobierno y el pueblo son erigidos

como entidades separadas; con el gobierno como patrón y soberano de la gente. ¿Cómo puede el gobierno (que, en la filosofía política americana no es nada más que una criatura dependiente de los electores) “suministrar una subsistencia abundante para el pueblo”, o cómo, salvo dejándolo tranquilo y no cargándolo con impuestos, puede “capacitar al pueblo para que pueda proveerse de tales ingresos o subsistencia por sí mismo? ¿Cómo el hombre puede ser un dependiente del estado? ¿Le pone el ciudadano impuestos al estado? ¿No es el estado una mera corporación creada por el hombre para prestar servicios a un precio, y no debe ese precio ser pagado por el ciudadano al estado? ¿Y no está la capacidad de pagar tal precio por tal servicio, condicionada por el poder libre y sin restricciones de empresa y producción? Si caemos en el engaño de que podemos conseguir una mejoría económica por medio de un poder inherente al estado, ¿no marchamos sin quererlo por el camino de la comunalización y la completa frustración? ¿No es la doctrina de Carl Marx otra cosa que una extensión lógica de la teoría de Adam Smith? ¿Cómo es que podemos aceptar una y disputar la otra? Una vez que hemos aceptado el principio del paternalismo, ¿cómo podemos defender el principio de la soberanía del hombre? De todas estas falsas teorías que hemos tomado prestadas del viejo mundo ha surgido la idea de controlar al pueblo por el dinero, sin que hayamos conseguido otra cosa que la perversión y el abortamiento de nuestras capacidades de producción de riqueza, y la anulación del genio inventivo de nuestros científicos que podrían habernos llevado mucho más lejos si tuviéramos una ciencia del dinero capaz de distribuir lo que ellos han mostrado que somos capaces de producir. Es el estado el que debe estar controlado por el ciudadano a través de su poder monetario; no al contrario. Ya hemos probado bastante el imposible experimento de combinar en el estado una democracia política con una autocracia económica; los principios de Jefferson y los principios de Adam Smith. La democracia política no puede funcionar sin democracia económica; y el poder monetario es la franquicia de esta última.

Si América ha de reivindicar su liderazgo de la teoría política, también debe aportar un liderazgo en la teoría económica; y ambas deben estar en armonía. Este doble liderazgo implica mandar a tomar viento a todas las teorías económicas tradicionales, como ya se hizo con las tradicionales teorías políticas.

La ficción de la economía política

La economía política es una ficción. La economía no puede tener sino una esfera, a saber, la de la práctica del individuo. La economía

política implica que el estado puede tener una existencia separada como fuerza creativa, cuando no es sino uno de los instrumentos de la economía individual. Toda riqueza –toda planificación económica– sólo puede brotar del individuo por su propia orientación, y en él residen tanto el poder económico como el político. El voto es su instrumento de poder político; el dinero su instrumento de poder económico, siendo el primero fútil sin el último. Es un primo el que cree que el gobierno puede ser a la vez su siervo y su patrón, es decir, que el estado puede fomentar una economía que lo enriquezca. Debe gobernar al gobierno como se gobierna a sí mismo; y debe proveer para el gobierno como provee para sí mismo. Cualquier poder existente fuera de sí mismo es sólo aquello que él ha delegado o ha salido de él; porque él solo es el único motor. No puede delegar su poder monetario, incluso aunque lo intente, porque está indisolublemente ligado a sus compras en las que debe ejercer su discreción privada. Para emitir dinero, uno debe comprar, y para comprar, uno debe valorar. Por tanto, el poder de emitir dinero es indelegable e inusurpable.

Afirmaciones como éstas pueden reconciliarse con la teoría americana de la democracia política; con lo que no se puede conciliar es con la vieja filosofía política y económica de los derechos de origen divino y bendiciones descendiendo desde lo alto. Estamos condenados al fracaso en nuestros experimentos políticos a menos que declaramos nuestro control monetario tanto del estado como de nuestros asuntos privados, y esto sólo puede hacerse por la separación de dinero y estado. El poder natural del dinero en el hombre no puede ser ejercido vicariamente por otros; debe ejercerlo o sufrir el ejercicio de un poder monetario contrario a sus intereses. La única libertad que hemos retenido contra los abusos del estado es la libertad de luchar contra la perversión. Si usamos esa libertad inteligentemente derrocaremos el poder del dinero político y conseguiremos una la libertad del dinero, el garante de un dominio económico y político completo. Es una absoluta memez imaginar que tenemos libertad cuando la misma sangre vital de nuestra empresa privada es controlada por el gobierno, lo que anula a su vez el poder político.

El dinero, como todo lo demás, comenzó con la empresa privada. Debe ser un instrumento exclusivo de la empresa privada inafectado por el estado, que es una empresa pública fuera de la esfera de la competencia que asegura sus ingresos no por la necesidad de buscar patrocinio sino por los impuestos, lo que ya lo descalifica para ejercer el poder sobre el dinero. De haberse dado cuenta de esto los primeros hombres de negocios, el dinero no se habría convertido en un instrumento político; y se hubieran evitado revoluciones, guerras y miserias sin cuento. Queda para nosotros rescatarlo y, para hacer esto, atener-

nos firmemente con nuestras mentes a la teoría antes de poner nuestras manos sobre la práctica. No otra es la intención de estos estudios.

Ya que cerramos este capítulo sobre el pasado, haremos bien en enterrar el fetiche del valor en el dinero. Los banqueros se burlan del “dinero por decreto”, y el lego se burla del “dinero estilográfico”, pero todo esto sólo traiciona la universal ignorancia del dinero.

El propósito del dinero es obviar la transferencia de valor en intercambio. Sustituye el valor por el crédito, pero el crédito es crédito social, esto es, descansa sobre la credibilidad común del conjunto de los comerciantes. El instrumento del dinero, de todos modos, surge de la orden del emisor, una orden que asegura que el emisor está, bajo el pacto del dinero, cualificado para emitir. La creación real de instrumentos de dinero sólo puede tener lugar por la pluma –por todo proceso gráfico, se entiende. Así, todo el dinero que ha existido es dinero decretado por vía estilográfica.

Cualquier cosa valiosa, tal como monedas de metal, no es dinero –es un bien, y en la medida de su valor desplaza en la moneda al dinero. El dinero es un memorando, un instrumento de crédito, un mecanismo contable para efectuar el trueque partido, y es dinero sólo en la medida en que obvia la entrega de valor por el transmisor.

Puesto que todo dinero es dinero ordenado por vía estilográfica, la única cuestión que nos queda por decidir es si su emisión continuará siendo el privilegio especial de unos pocos o si se convertirá en el derecho de todos. Con esta decisión determinamos el destino de la humanidad.

Capítulo 2: Cómo domina el dinero

Cómo el Sistema Monetario Político pervierte todas las actividades económicas y directivas políticas y engendra las guerras

Como ya se ha afirmado, el propósito del dinero es partir el trueque en dos partes de manera que el vendedor sea libre para encontrar su fuente de suministro más tarde y en cualquier parte. Este es el único propósito del dinero. Cualquier esfuerzo por usar el dinero para servir a otro propósito tiene efectos perversos, lo que condena la filosofía entera del dinero controlado.

En un próximo capítulo tendremos una definición completa del dinero. De momento, intentaremos llegar a un acuerdo en lo relativo a la fuente del dinero mediante la siguiente declaración:

Nunca ha habido ni habrá otra emisión de dinero salvo la que realice un comprador en el acto de adquisición.

Cualquier esfuerzo que se haga para refutar esta afirmación (y se debería hacer un serio esfuerzo) traerá una gran clarificación del tema. Pero debemos entender que significa la palabra “emisión”. El papel o la tinta o la acuñación de monedas no hacen dinero. Estas no son sino evidencias de *intentos* de emisión. No tienen más significación que escribir un cheque y dejarlo en el talonario. Ninguna emisión *real* puede tener lugar hasta que haya habido un *intercambio por valor*. En otras palabras, no se realiza ninguna emisión hasta que el vendedor acepte entregar un valor a cambio. La emisión es solamente concomitante de la adquisición, e inseparable de ella. Siendo esto así, se sigue que no puede haber cosas tales como el poder político emitiendo dinero para la comunidad: no hay poder vicario en el dinero. Para emitir dinero, *el emisor debe comprar*.

Cuando un gobierno emite dinero ejerce meramente su *poder económico para comprar* y no su poder *político*. El poder político de un gobierno sobre el dinero es puramente negativo, en tanto que falla en respaldar el poder económico de otros como compradores de emitir dinero. Cuando concede subsidios y pensiones o cualquier otro beneficio, solamente relaja su poder negativo y respalda el poder de los destinatarios de emitir dinero en la cantidad prescrita. Ninguna emisión tiene lugar, en cualquier caso, hasta que los destinatarios designados de ese poder monetario lo convierten en una emisión mediante alguna compra. El gobierno no puede conceder el poder de emisión a un ciudadano; sólo puede sancionar al poder de emisión natural que reside solamente en el comprador, y que él puede afirmar sin necesidad de

sanción con sólo usar una unidad diferente que la unidad del gobierno. Ni tampoco delega el ciudadano el poder de emisión al gobierno; no puede ser delegado ni conferido, es inherente al comprador. La prohibición por el gobierno contra la emisión privada de dinero se aplica solamente a la unidad política; no hay ninguna prohibición contra la emisión privada de una unidad de dinero privada.

Si es un hecho –y lo es- que el dinero puede venir a la existencia sólo de un comprador en el acto de adquisición, y que nadie, ya sea el gobierno o un individuo o institución privada, puede emitir dinero por otro –estamos obligados a hacernos la pregunta que lo define todo:

¿A qué compradores les será permitido ejercer su poder natural de emisión de dinero, y a cuáles no, y por qué?

Trataremos con esta cuestión cuando lleguemos a la parte constructiva de nuestro estudio. El propósito ahora es mostrar que la pregunta ya ha sido respondida en el sistema monetario político de esta forma:

El gobierno nacional es el único comprador que por ley puede emitir dinero y que puede ceder el poder en otros según su propio criterio.

Vemos así que el sistema de dinero político sigue la teoría de los derechos divinos e ignora los derechos naturales. Es de lejos el más sometedor principio autocrático jamás declarado; y su desmentido y negación ofrece al hombre la mayor liberación jamás obtenida por una declaración de derechos humanos.

Sigamos las consecuencias de este postulado del sistema monetario político. Habiendo afirmado el poder exclusivo de emisión de dinero, el gobierno se enfrenta inmediatamente con los problemas que surgen inevitablemente de una premisa falsa. El primero es:

¿Cómo puede el electorado soportar al estado sin empresa privada y cómo puede la empresa privada funcionar sin poder de creación de dinero?

Obviamente, esta exclusión, salvo que se modifique, derrota tanto a los políticos como a la empresa privada. El estado, por su propio gasto, proporciona cierta circulación, dando a los destinatarios de su patrocinio el poder de ceder, por compras ulteriores, el dinero que ellos reciben. Pero esto no es suficiente para la economía. Ha de ser creado algún suministro adicional. Por el postulado del sistema monetario político la entera nación de ciudadanos es declarada incompetente para emitir dinero –y todavía, puesto que el estado puede emitir dinero sólo comprando, no hay (a menos que el estado se meta de lleno en la industria) suficiente dinero para la economía. ¿Cuál es la solución de este dilema?

Por una de esas casualidades, se suscita la cuestión de que aunque un ciudadano no es suficientemente responsable para crear dinero polí-

tico, puede ser competente para crear dinero a crédito o substitutivo. Pero esto nos lleva a otro problema. ¿Cómo puede el estado, que declara ser democrático e imparcial, conceder crédito a algunos y negárselo a otros? Una solución a este problema se encuentra por el recurso de delegar a los banqueros el poder de “prestar” según su propia discreción; y se hacen leyes para autorizarlos a permitir a hombres de negocios el “tomar prestado”, para crear así, no un dinero político, sino un sustituto del dinero privado. Por este proceso el estado se esconde detrás del banquero, y escapa a la vergüenza política de andar separando a las ovejas de las cabras. El banquero se convierte así en un sub-autócrata sobre la empresa privada, y se crea un sistema monetario con un doble estándar –uno primario, y otro secundario o sustituto.

En el proceso de “prestar”, el banquero autoriza al que “toma prestado” a crear dólares de banco privados; pero la nota que evidencia el “préstamo”, el depósito así creado y los cheques girados contra el depósito, todos usan la simple palabra “dólar” sin cualificación. Así los dólares privados o suplentes y los dólares políticos se mezclan en los depósitos de los bancos y un doble estándar es establecido, aunque sin diferenciación en los libros de cuentas de los bancos, lo que conlleva un tren de engaños.

Puesto que el gobierno no proporciona a los bancos dólares políticos para prestar, el banquero debe utilizar promesas-de-pagar-dólares; pero éstas se basan en representaciones falsas –puesto que no hay, evidentemente, suficientes dólares políticos disponibles para hacer buenas las promesas de pagar dólares políticos. Habiendo, con todo, dado al banquero un monopolio en el negocio de dar licencias a hombres de negocios para crear dinero substitutivo, el gobierno encuentra que debe poner un límite a la avaricia del banquero y dispone las consiguientes leyes para la usura. Pero el banquero no está bajo ninguna ley que le *exija* “conceder préstamos” –mientras que los negocios sí que están en la necesidad de buscar préstamos. De ahí que –para inducir al banquero a hacer “préstamos”- se ofrezcan otras consideraciones, y esto explica cómo el banquero gana una posición de poder en las corporaciones industriales y mercantiles. El sistema de dinero político, como veremos, es el creador de los mismos monopolios a los que el gobierno declara oponerse y contra los cuales aprueba fútiles leyes.

Lo que en realidad existe, aunque se haya llegado a ello por ensayo y error más que por designio, es una conspiración entre el gobierno y los intereses bancarios para poner a la empresa privada en una posición en la que deba pagar tributo al prestamista para ganar el poder de intercambio que necesita para funcionar, y el cual, si fuera suficientemente inteligente, se agenciaría por sí mismo sin necesidad de consentimientos ni pago de tributos. Esta conspiración fomenta una aristocracia en

los negocios, compuesta de aquellos que son destinatarios de la inmunidad a la prohibición contra afirmación del poder monetario. La concesión de inmunidad viene del trono, vicariamente expedida por el banquero. Esta aristocracia, en razón de la ventaja competitiva que disfruta (debido al poder monetario que se le permite ejercer, y que es negado a otros), arroja la carga y costo de su sistema de tributo sobre la parte de la comunidad condenada al ostracismo y sobre la que se ha hecho el vacío. De esta forma también la competencia es pervertida –produciendo un pervertido sistema empresarial.

Como ya hemos visto, el sistema de dinero político consta de dos alas, el gobierno y los bancos, y dos clases de dinero, el político y el sustituto privado. Examinemos su funcionamiento. Supongamos primero un gobierno con funciones y gastos limitados y un presupuesto equilibrado. Este gobierno crea a través de sus gastos una cantidad de circulación que es inadecuada para la economía. La deficiencia debe ser colmada a través de los bancos (en tanto lo permitan), y así un gobierno conservador magnifica la importancia y poder de los bancos.

Misterio disipado

Siempre ha existido un misterio en torno a la función bancaria pero es muy simple. El banquero es autorizado por el gobierno, dentro de unos límites, a “prestar” dinero a “prestatarios”, y esto implica el siguiente proceso: El banco ingresa una suma en la cuenta del que pide el préstamo como un depósito contra el cual el prestatario puede girar cheques que serán pagados por el banco cuando se le presenten. El banco mantiene un derecho sobre el prestatario por la cantidad del préstamo, más el interés, que es pagadero en una fecha posterior especificada. En tanto que el prestatario escribe cheques él está creando *dinero sustitutivo privado* que, con cualquier crédito sin usar que permanezca en su cuenta, es suficiente para satisfacer el monto principal de su pagaré cuando sea debido –provisto que él pueda recuperar el dinero que ha repartido antes de esa fecha. En todo caso, lo que no hace ni puede hacer es crear la suma necesaria para pagar al banco su interés. Esta suma debe venir, si puede venir de alguna parte, del suministro del dinero político.

La idea, por tanto, de que el banquero crea dinero es un cuadro colgado del revés. En realidad él reduce el suministro de dinero de la empresa privada estableciendo contra ella una obligación de entregar una suma (el interés) para cuya creación no se ha concedido ningún poder al “prestatario”. Para ilustrarlo: suponiendo que la tasa anual de descuento sea de un 6%, el banquero ingresa en la cuenta del prestatario 94 y mantiene su pagaré por 100. El déficit de 6 no puede ser creado

por el prestatario y debe ser extraído del suministro existente de dinero, que sólo puede ser dinero político desde el momento en que el déficit en dinero sustituto existe también en todos los otros préstamos bancarios. Así, a una tasa del 6%, el banquero crea en un periodo de diez años un 60% de déficit entre el dinero creado por el hecho de prestar y la suma de deuda que se ha creado entretanto. Este déficit es mantenido en suspenso durante las ilusiones de la fase de “boom” –pero se manifiesta por sí solo cuando tiene lugar la llamada fase de “depresión”. Está claro, por tanto, que es el sistema bancario quien manufactura el ciclo de negocio de auge y depresión que se desarrolla a través de la acción positiva de prestar y la acción negativa de reclamar los préstamos. También está claro que su base es una conspiración entre el estado y el sistema bancario contra la empresa privada, puesto que el negocio bancario y su función son el resultado de la aserción del gobierno del monopolio del dinero, y la negación del poder monetario a la empresa privada, salvo que tenga licencia del banco partiendo de la peligrosa base recién esbozada.

Contrariamente a la creencia popular, el banquero no es ni un creador de dinero ni un prestador de dinero. Él meramente se aprovecha de la ignorancia de los hombres de negocios gravándoles para autorizarles a crear su propio dinero, una función que es natural al comprador y que él puede ejercer sin costo si es lo suficientemente inteligente como para formar un pacto de autorización recíproca con otros compradores. El proceso no implica costo alguno y, por tanto, no justifica ninguna clase de honorarios. Puesto que el dinero es creado sólo por el acto de comprar, el banquero, por supuesto, no lo presta, y puesto que él no es el comprador, tampoco lo crea. El dinero no puede ser prestado o pedido en préstamo hasta que haya sido creado por el acto de comprar. Por tanto es correcto decir que un banco de ahorros hace préstamos, pero que un banco comercial no hace préstamos. Solamente permite a los que “reciben el préstamo” que creen dinero, aumentando así el suministro de dinero. Las corporaciones no-bancarias, individuos, prestamistas, etc., prestan dinero de las provisiones existentes. Por tanto el interés puede estar justificado en estos casos de préstamos reales, mientras que no puede estar justificado allí donde el que “recibe el préstamo” es el creador real.

Las directrices y normas políticas pueden variar los efectos del sistema monetario político, pero no pueden hacer de un vicio virtud. En el ejemplo anterior hemos asumido un gobierno de política conservadora que termina por magnificar el poder del sistema bancario sobre la empresa privada con el clímax de sus males en la fase de deflación del ciclo de negocios. Contemplemos ahora la política de un gobierno despilfarrador.

Política de despilfarro fiscal

Mediante la emisión de grandes sumas de dinero a través de obras públicas y burocracia, y extendiendo préstamos y distribuyendo ventajas, subsidios y beneficios —el estado alivia la necesidad económica de peticiones a los banqueros, pero esto no se deshace de los bancos. Simplemente altera su status; puesto que los préstamos del gobierno, que crean nuevo dinero, todavía pasan por sus libros de cuentas. Puede parecer absurdo para el gobierno, que se ha declarado él mismo como única fuente del dinero, que vaya a de-solicitar préstamos al sistema bancario que ha creado para autorizar la creación de dinero sustituto, pero el expediente político dicta este curso. Habiendo disminuido el negocio privado de préstamos de los banqueros, gracias a su política de derroche, ahora debe darles la debida cobertura. A través de sus movimientos de “tomar prestado”, el gobierno proporciona al sistema bancario un subsidio sin el cual el sistema colapsaría —causando así penurias económicas, dado que los bancos juegan un papel muy esencial en la compensación de cheques. De manera que el gobierno, que es la única autoridad monetaria, pasa por el hacer-crear que pide prestado de los bancos —incluso aunque pudiera escribir cheques del Tesoro con la misma fuerza y efecto que si los girara de un depósito bancario.

Este proceso —de incurrir en deuda por parte del gobierno— produce un efecto enteramente diferente que cuando incurren en deuda los “pedidores de préstamos” privados. Un “prestatario” privado sólo puede producir dólares suplentes por el proceso de prometer-pagar. Cuando la mezcla de dólares sustitutos en la piscina de dólares políticos alcanza el punto de saturación y los bancos comienzan a pedir la devolución de los “préstamos” y los ahorrantes empiezan a demandar dinero efectivo, tarde o temprano alguien va a ser pillado en corto. Habitualmente, suelen ser los empresarios marginales que, hallándose en el contorno más externo del perímetro bancario, deben faltar a sus bancos (que también habitualmente suelen ser los bancos más pequeños), forzándolos así a la bancarrota. De este modo el suministro de dinero disminuye debido a la retirada de depósitos, se padece una depresión durante un periodo, la competencia entre bancos se reduce y el ciclo se renueva por sí solo mediante una nueva sesión de “préstamos” bancarios. No es así, cuando el propio gobierno hace los préstamos y distribuciones del dinero.

El pedidor de préstamos-gastador privado crea dólares suplentes que se mezclan pero no se combinan con los dólares políticos. Tarde o temprano son extraídos por el proceso de deflación o bancarrota. Cuando el gobierno pide prestado se promete a sí mismo suministrar dinero corriente a la vista, y como tal crea una provisión adicional de dinero. Los nuevos dólares se mezclan con los viejos, haciendo una uni-

dad nueva o más débil. Siendo el único poder monetario, el gobierno tiene un poder ilimitado para crear provisiones adicionales, pero, bajo una ley natural del dinero que no puede evitar, reduce automáticamente el poder de cada unidad en el mercado a menos que haya una provisión de bienes equivalente. En ningún caso, sin embargo, hay riesgo para los bancos en “prestar” al gobierno; puesto que, sin que importe cuánto pueda caer la unidad de dinero en poder adquisitivo, el mismo efecto surge sobre los pasivos de los bancos en depósitos como sobre sus activos en “préstamos”. En otras palabras, no hay un doble estándar de dólares y dólares sustitutos cuando el gobierno “pide crédito”, pues el gobierno puede imprimir y entregar cualquier cantidad de efectivo requerida. Así lo dólares viejos y los nuevos son indistinguibles entre sí y tienen el mismo poder. Luego no puede darse ningún pánico público o bancario que precipite la deflación y por tanto no hay válvula de seguridad en la inflación política como la hay en la inflación por crédito bancario.

Sólo una acción puede traer deflación de una inflación política. Hacer esto es el propósito deliberado del gobierno, cambiando de un déficit presupuestario a un superávit presupuestario y consiguiendo una deducción neta en la provisión de dinero. Si esto es políticamente inoportuno, lo más cercano a un correctivo que puede esperarse es una suspensión de la inflación añadida mediante la adopción de una política de equilibrio presupuestario.

Final del ciclo del crédito bancario

Dentro de la dinámica de una política de derroche, el móvil de la expansión monetaria ya no es el beneficio del banquero, pues el banquero queda ahora reducido a una tasa de interés de subsistencia y pierde toda oportunidad de ganar ascendencia industrial y comercial; puesto que sus préstamos ya no van a la empresa privada sino al gobierno. Ahora el criterio es la conveniencia política, más que el beneficio; y al actuar como expendedor y prestador de dinero, el gobierno gana control directo sobre la empresa privada.

Se forman ahora grupos de presión entorno al parlamento, y el poder del dinero se distribuye bajo el vago y amplio pretexto del interés público –si bien quienes lo reciben son siempre intereses particulares. Después de que este proceso establece una tendencia definida, vemos como el sistema de dinero político reacciona contra el gobierno con una enfermedad que hace peligrar tanto al estado como a la empresa privada. Esta enfermedad es la inflación.

Puesto que requiere un coraje sobrehumano invertir deliberadamente la inflación adoptando un presupuesto con superávit –o incluso

contenerla por un presupuesto equilibrado-, sólo quedan dos vías disponibles para el gobierno. Estas son, a) continuar con la inflación hasta que la unidad monetaria sea destruida y la economía sea arrojada en el caos hasta que se adopte una nueva unidad, o b) hacerse con el poder de la empresa privada y por un proceso sumario destruir el intercambio; en breve, adoptar una dictadura comunista.

Vemos así que la empresa privada se halla constantemente sumida en la mudanza entre un tipo de ciclo o el otro. El ciclo bancario se sigue inevitablemente de una política gubernamental conservadora; y el ciclo inflacionario tiene lugar inevitablemente cuando el gobierno actúa como el proveedor de dinero. El sistema de empresa privada es meramente una pelota de fútbol que es pateada por el banquero o por el gobierno y los postes de gol son los ciclos de un tipo u otro. En uno y otro proceso hay grandes segmentos de la comunidad a los que apenas les toca otra cosa que la fase de purga del ciclo; ellos se encuentran en necesidad en ambos tipos de ciclos y en ambas fases de cada uno de ellos porque en ningún caso se les permite invocar el poder del dinero.

La propia esencia del principio de empresa privada es el poder de adquirir propiedad y disponer de ella. Puesto que adquirir o disponer de propiedad requiere intercambio y puesto que el gobierno o su criatura, el banquero, pueden vetar el intercambio por la retención de los medios de intercambio, puede verse que no hay sistema de empresa privada en sentido pleno. El nuestro es, y ha sido desde el comienzo del dinero político, un sistema político de empresa, dominado completamente por el gobierno, ya sea directamente, ya por el sistema bancario que es su satélite.

Hay una analogía entre el poder de concesión de patentes del gobierno y el poder de conceder dinero. Cuando un ciudadano inventa un dispositivo, el gobierno le concede, a través de la oficina de patentes, un monopolio sobre su venta. Cuando un ciudadano produce algo, tiene libertad para usarlo; pero si él quiere venderlo, su capacidad para hacerlo depende de su capacidad para encontrar alguien que tenga el dinero. Puesto que los compradores sólo pueden tener tal dinero en tanto que el gobierno lo distribuya a través de sus adquisiciones, préstamos y obsequios (o un dinero sustituto que su criatura, el banquero, autorice), puede verse que comprar está sujeto a concesión, igual que, en el caso de una patente, vender está sujeto a concesión. En el caso de las patentes, al poseedor de la patente es el concesionario del poder de veto; en el caso del dinero, el banquero es el concesionario del poder de veto. Estos dos son los cultivadores de nuestros monopolios y de los dos, la concesión de dinero y el poder de veto es de largo el mayor. De hecho hace posible la adquisición del poder de concesión de patentes de inventores que, no teniendo poder monetario, están obli-

gados a venderlo a aquellos que lo tienen. El gobierno, que promulga leyes contra monopolios en la competencia, es él mismo el autor de estos cultivadores gemelos de monopolios.

El sistema de dinero político no puede evitar funcionar adversamente para el pequeño empresario porque sus recursos de capital, sobre los que se basa el crédito bancario, le da derecho a un crédito tan pequeño que el proceso de calificación implica un gasto desproporcionado con los posibles ingresos por interés para el banquero, y sus posibilidades de beneficio están demasiado limitadas como para suscitar en el banquero un deseo de participación. Por tanto, probablemente un 95% de todas las empresas están por debajo de la línea mínima de un banco. Las leyes de usura son, efectivamente, leyes contra el préstamo a empresas pequeñas porque ellas confinan los préstamos a sumas que son beneficiosas con unos intereses máximos. Así los empresarios quedan divididos entre los aristocrático-monopolísticos y los “intocables” condenados al vacío y el ostracismo. Mientras que los compañeros pequeños deben enzarzarse en una competencia a degüello, los grandes compañeros tienen sólo una competencia modificada y modulada. Para ir del nivel inferior al superior, el banco de inversión ofrece a las unidades pequeñas la salida de la fusión, y de este modo él participa de los beneficios y control de la nueva corporación aristocrática que adquiere así una posición competitivamente privilegiada sobre el grupo restante inferior. Así el sistema de dinero político fuerza el gran tamaño como un medio de supervivencia. Ser pequeño es estar excluido del poder del dinero.

A menos que encontremos un método por el que cualquier emprendedor sea capaz de crear un poder de intercambio acorde con su tamaño, lo que tenemos es sólo una farsa de competencia que se mofa de la llamada libre empresa.

Debe ser obvio para cualquier persona pensante que nuestro progreso desde los estándares primitivos a los modernos se debe enteramente a la especialización del trabajo y que la especialización del trabajo implica la producción eficiente de bienes que no sean directamente usables por el productor. Esto implica la necesidad de un intercambio fácil de productos entre los productores, y estando el grado de beneficio de la producción íntimamente ligado a la facilidad de intercambio. Por tanto, sea lo que sea que limite la facilidad intercambio, limita la eficiencia de la producción, puesto que la producción más allá de la capacidad de intercambio es una pérdida.

El intercambio es trueque

El intercambio procede por trueque, siempre lo ha hecho y siempre lo hará, puesto que los valores sólo serán cambiados por otros valores.

La introducción del dinero en el proceso de intercambio es meramente para partir el trueque en dos partes de forma tal que cada parte pueda buscar y encontrar su recíproca. Vemos así que no abandonamos el trueque; su esencia permanece, sólo se mejora su modo de operación. Resultaría chocante para nuestro sentido de la libertad si el gobierno, o una criatura del gobierno, intentara hacer a las transacciones de trueque simple objeto de un permiso especial. Lo denunciaríamos como intolerable tiranía. ¿Cómo es entonces que toleramos la idea de que el trueque partido sólo puede tener lugar cuando el comerciante sostiene un certificado (dinero) emitido o autorizado por el gobierno o un certificado sucedáneo emitido por un banquero? ¿Cómo es que la transacción a trueque completo no necesita licencia, mientras que la transacción a trueque partido sí la necesita? ¿Cómo es que un zapatero y un sastre pueden intercambiar sus productos sin interferencia, pero si ellos desean comprar los productos de otros por medio de dinero, estén sujetos a un poder de veto?

¿Cómo podemos desarrollar toda la inventiva y el genio productivo del hombre cuando tal poder de veto existe sobre la empresa privada? ¿Cómo puede ser posible la libre competencia y el juego limpio cuando el poder de derrotarlos reside en las manos de los usurpadores políticos y sus concesionarios? ¿Cómo puede un gobierno, por bien dispuesto que esté, ser capaz de proveer dinero para la empresa privada desde el momento en que, como sabemos, no puede emitirlo sin comprar, y cuando más compra más invade la empresa privada y fomenta la propiedad estatal? Si el productor de riqueza no puede invocar el poder monetario para intercambiar esa riqueza, ¿no está la producción de riqueza impedida, y acaso necesitamos buscar más lejos las causas de nuestros males económicos y políticos? ¿Es entonces extravagante decir que nuestros achaques económicos y políticos se remontan a nuestro falso sistema monetario? ¿Por qué ha de estar coartado nuestro genio para aumentar la producción por nuestra incapacidad de requerir la producción por el consumo?

El poder monetario político que comporta una función innatural del sistema político afirma una dictadura que pervierte no sólo los negocios sino también el propio gobierno —como no puede dejar de hacer siempre el poder autocrático. Es ocioso que debatamos los méritos comparativos de la dictadura y la democracia cuando el dado ya ha sido preparado y lanzado por la usurpación por el gobierno del poder monetario. La capacidad del ciudadano para controlar al gobierno simplemente no existe mientras se le sitúe en una posición de suplicante de dicho gobierno. Puesto que el dinero es indispensable para nosotros y puesto que el gobierno controla el dinero, debemos suplicar al gobierno, y así sólo somos sujetos sometidos —no ciudadanos. Este proceso de obtener

la preferencia gubernamental comienza como paternalismo; pero, a medida en que números mayores buscan asegurarse favores especiales, el paternalismo evoluciona, bien hacia la estatalización, bien hacia la convulsión económica y política. No podemos ser hombres libres en tanto que seamos esclavos del dinero; y bajo el sistema del dinero político nuestro sometimiento es una cuestión progresiva.

Autocracia monetaria

Si se comparan los estados de la Unión Americana con el Gobierno Federal, y la virtud del gobierno sin poder monetario, con el vicio del gobierno con tal poder, las diferencias son evidentes. Y sin embargo los estados no carecen por completo de poder monetario –desde el momento en que pueden crear dinero sustituto a través del sistema bancario, igual que las corporaciones privadas. Pero este poder es limitado, porque el banquero está aquí sujeto a la misma cautela y riesgo cuando presta al estado y los gobiernos locales como cuando presta a prestatarios privados; comportando riesgos altos si mantienen un presupuesto desequilibrado.

Los estados son realmente naciones que han acordado mutuamente renunciar a sus derechos de imponer tarifas y barreras aduaneras, acuñar moneda y hacer la guerra. Nunca pretendieron entregar su soberanía al Gobierno Federal, y, por supuesto, bajo la ignorancia que ha prevalecido universalmente, nunca comprendieron que al entregar el poder monetario al Gobierno Federal estaban perjudicando su soberanía y subordinándose por sí solos, ni contemplaron Alexander Hamilton y sus contemporáneos tal eventualidad. Pero en eso es en lo que ha resultado todo.

Un gobierno con poder monetario inevitablemente atrae poder hacia sí a expensas de aquellos que han entregado este poder, porque el poder monetario, tal como estamos averiguando, es un poder impositivo muy engañoso. Un gobierno sin-poder-monetario debe, como mínimo, equilibrar aproximadamente su presupuesto, y para hacer eso debe recaudar impuestos obvios y dolorosos. De este modo el electorado, consciente del costo del gobierno, sujeta a prueba al gobierno. También, desde que tal gobierno no es una fuente monetaria, tampoco es el objeto de grupos de presión por dinero y genera menos burocracias.

En contraste con esto tenemos al Gobierno Federal, que es el soberano del dinero. Es la fuente del dinero, y puede emitirlo sin consideración a las recaudaciones de impuestos, de manera que no se encuentra con las resistencias efectivas que plantean los pagadores de impuestos. También puede satisfacer cualquier petición de fondos por parte de los buscadores de dinero, a los que por supuesto atrae. Con las pujas cons-

tantes que recibe por concesiones, préstamos, gastos y subsidios, está en posición de obtener concesiones para los peticionarios; y se convierte en el supervisor lógico de tales fondos, generando naturalmente una burocracia y asumiendo más y más funciones de gobierno.

Si decide distribuir el costo de un programa sobre los estados, estos estados deben sostener la parte que les toca por la vía dura de los impuestos, mientras él aporta su parte por la vía fácil, simplemente tomando prestado y aumentando el déficit. Si estuviera obligado a presentar la factura inmediatamente al que paga los impuestos, como deben hacer los estados, éste protestaría y pondría rápidamente fin a tanta largueza. Pero el que paga los impuestos es mantenido en la ilusión de conseguir algo por nada hasta el día de final de cuentas. La política de financiación del déficit, que es una política de impuestos parcialmente diferidos, ha avanzado durante doce años con un efecto acumulativo de pirámide. Ahora no podría detenerse antes de un colapso. Los impuestos aún no pagados que constituyen el déficit caerán sobre la ciudadanía con brusquedad catastrófica en forma de inflación, dejándolos desconcertados sobre cuál pueda ser la causa. Y sin embargo la inflación en su fase galopante no es sino el reventón de la presa que ha levantado el déficit. La gente ha de pagar a través de precios más altos sus impuestos delincuentes, que no han necesitado de recaudación.

Lo que tenemos en los Estados Unidos es 48 democracias coronadas por una autocracia monetaria que subordina estas democracias y sus ciudadanos por su poder monetario. Es poder y ley por sí mismo. Tanto los ciudadanos como el estado y los gobiernos locales deben acercarse a él con el sombrero en la mano porque controla la sangre vital de la nación. Pone en peligro tanto la economía como la estructura política.

El gobierno político es un sistema social bajo el cual el ciudadano, en quien reside la soberanía primaria, entrega una parte de su libertad natural a cambio de beneficios reales e imaginarios; pero la fuente es siempre el ciudadano y no cabe invertir el flujo de poder. Este es el ideal democrático. En el sistema americano nuestros estados son los depositarios de la soberanía emanada del ciudadano y a cambio confiere poderes sobre ciudades y otros gobiernos locales dentro del estado. Al entrar a formar parte de la Federación, los estados entregaron ciertos poderes al gobierno nacional –pero no con la intención de subordinarse ellos mismos. ¿Qué es entonces lo que los ha subordinado y ha magnificado los poderes del gobierno federal? Únicamente el poder del dinero que no sólo subordina al gobierno sino al propio ciudadano, porque el poder del dinero es soberanía. Quítale al hombre su poder monetario y ya ha perdido su soberanía, convirtiéndose en un suplicante en vez de ser señor de su dominio. Basta con que repose en un gobierno en vez de otro para que subordine inevitablemente al que se ha quedado sin él. El poder del

dinero es la misma esencia de la soberanía y si el ciudadano no es capaz de afirmarlo la democracia se hace demasiado fútil.

El poder del dinero es poder de guerra

El poder de hacer guerras del Gobierno de los Estados Unidos y de todo otro gobierno nacional está más allá del control de sus ciudadanos solamente a causa del poder monetario político. ¿Cómo podrían Alemania, Italia o Japón haberse preparado para la guerra excepto por la creación de déficit a través del poder de fabricación del dinero? En breve, ¿cómo podría ser arrastrada la gente a guerras de agresión salvo por engaños financieros? ¿Pueden planearse y llevarse a cabo guerras sobre una base de dinero contante y sonante a menos que la gente esté a favor de ella? Ciertamente no. El poder del dinero es el poder de guerra; y el apetito de guerra en los políticos es creado por la frustración de sus asuntos domésticos –frustraciones que son el resultado de la imposibilidad de desarrollar una economía próspera bajo el sistema de dinero político. El sistema de dinero político mata de hambre a la empresa productiva pero financia espléndidamente las actividades destructivas de la guerra.

Si el gobierno estuviera obligado a ir hacia la gente a por dinero en lugar de lo contrario, el pueblo mantendría al gobierno bajo control y la economía se desarrollaría de forma satisfactoria en paz y prosperidad. Las gentes de las naciones no hacen las guerras. Para ellos la paz es el orden natural y permanente. Las guerras son planeadas y perpetradas por políticos y sus diplomáticos; y el poder del dinero del gobierno es el medio por el que la gente es maniobrada y conducida hacia la guerra.

Con esto no se afirma que no habría guerras si el poder del dinero estuviera exclusivamente en manos de la gente. Lo que decimos es que el poder de veto estaría en sus manos, y con seguridad el propósito de una guerra en tales condiciones sólo podría ser defensivo, puesto que es inconcebible que ellos financiaran una guerra de agresión.

Así, para resumir, encontramos que el poder del dinero político hace una guerra económica constante sobre nosotros; y, en el extremo de sus frustraciones, toma nuestra sangre para la guerra militar. Los hombres viejos ya han padecido toda una vida de pruebas de esto; los jóvenes sufren la muerte a manos de él.

Sea dicho esto como una crítica de nosotros mismos y nuestra ignorancia –y no de los motivos de los hombres que llevan nuestros gobiernos. Ellos (con escasas excepciones) están profundamente interesados en los problemas de la empresa privada y el servicio público y la paz, y se esfuerzan sinceramente por hacer funcionar la democra-

cia. No deberíamos impugnar sus motivos, sino que deberíamos señalar sus insensateces y fracasos. También ellos, como ciudadanos privados, son víctimas de un sistema que no podría funcionar para beneficio del estado y la industria incluso si los legisladores y administradores estuvieran dotados con la sabiduría de un Salomón y las virtudes de un santo. Pero las buenas intenciones no son ninguna justificación para la violación de las leyes naturales.

Ni siquiera hemos empezado con la democracia por el mero hecho de poner a disposición del hombre un voto ocasional para elegir quién debería ser su gobernante bajo un sistema que es inherentemente paternalista y autocrático. El hombre debe poder disponer sin ataduras de un voto a diario e incluso a cada hora que pueda arrojar en el mercado para apoyar las cosas y servicios que desea y que niega a otros y que transmite al estado o se lo deniega según lo merezca su auspicio. Debe tener el poder de crear este voto monetario en una medida proporcionada con su poder de producción y servicio a sus semejantes sin impedimentos de su servidor, el estado. Desde el momento en que limitamos, coartamos o influimos en este poder monetario que es natural al hombre, y el criterio genuino de su soberanía, pervertimos la democracia más allá del alcance de ningún voto político o remedio parlamentario. El poder del dinero no puede separarse del poder democrático sin abortarlo ni causarle frustración —política y económica. La democracia implica la soberanía del hombre; y, puesto que el hombre no puede ser soberano sin el poder sobre el dinero, no puede haber democracia bajo ningún sistema monetario político.

Hasta que, mediante la aserción de su poder monetario, el hombre no pueda requerir de la industria todo lo que él produce, y ponga al gobierno bajo su auspicio directo, las aspiraciones humanas serán inalcanzables.

Puesto que crear o emitir dinero es comprar, y no hay otra manera de que entre el dinero en la existencia, los programas de gasto del gobierno conducen inevitablemente a la apropiación gubernamental y a la dictadura y al despojo y la sujeción. El desafío es claro. O bien afirmamos, a través de nuestro poder de compra y creación de dinero, nuestro dominio sobre nuestros asuntos económicos y políticos, o el poder de compra y creación de dinero continuará siendo impuesto por el gobierno para nuestra completa degradación.

Capítulo 3: La Crisis que se avecina

La inflación, y cómo conjurar el caos que amenaza

Después de doce años sembrando las semillas de la inflación, ahora nos toca recoger la cosecha. Examinando las causas y efectos de la inflación seremos capaces de afrontar la incipiente crisis con el mínimo de penurias.

La inflación es la creación de unidades de dinero sin una creación proporcional de riqueza. Que se dispare la inflación, esto es, que se aprecien sus efectos, no es otra cosa que la elevación de los precios cuando la expandida provisión de dinero se confronta con la provisión de bienes en el mercado. Hemos estado creando inflación durante doce años mediante el aumento de la provisión de dinero sin proporción con la provisión de bienes, y durante los últimos tres años incluso hemos disminuido el suministro de bienes civiles mientras se ha estado acelerando la inyección de dinero. Con todo, a día de hoy todavía hemos acusado muy pocos efectos de inflación, es decir, muy poco del exceso de la provisión de dinero ha llegado todavía al mercado. Esto significa que la hemos estado conteniendo y almacenando, creando así una situación explosiva.

Para entender la presente inflación de origen político, debemos distinguirla de la llamada inflación por crédito bancario. Cuando, como ya se ha señalado, se crean dólares sustitutos a través de los bancos, no son los bancos los que los crean, sino los que toman prestado. Los prestatarios, al escribir cheques, crean dólares suplentes o bancarios; y, en la suposición de que reciben todo su valor, no crean inflación, puesto que los dólares están respaldados por riqueza real. Todas las adquisiciones que resultan del préstamo se compran con dólares de banco, excepto una. El préstamo provee para la adquisición de todo salvo el “servicio” del banquero –la carga de interés; esto no puede ser pagado por dólares creados por el banco.

Así, lo que llamamos una inflación bancaria es meramente un boom causado por soltar poder de intercambio que a su vez libera potencia productiva, pero crea una absorción potencial de dólares del gobierno a causa de la necesidad, para una fecha posterior, de tomar del suministro de dólares del gobierno una suma para afrontar la carga de interés del banquero. Esta carga de interés no ha creado nada; y por lo mismo, no tiene riqueza que lo respalde. Cuando, por la reclamación de los préstamos, los dólares del gobierno son extraídos por los acreedores del suministro total de dinero, tiene lugar una deflación de provisión de dinero y aparece un excedente de bienes que no pueden venderse. Así

vemos que el sistema-de-interés-por-préstamo-bancario crea siempre un desequilibrio entre provisiones de dinero y provisiones de bienes; y lo que llamamos fase de depresión del ciclo de negocios no es sino la flor de la semilla que fue plantada en la fase del boom. El aumento del interés es de hecho la disminución del dinero. Esta es la termita que alimenta constante e insidiosamente el sistema circulatorio y reduce el suministro de dinero, disminuyendo el consumo y la producción, para causar la depresión.

La fase de depresión o deflación del ciclo de los negocios siempre sigue a la fase expansiva del boom a causa de la pérdida final de confianza de los acreedores, y así hay una reacción automática y un término de la inflación del crédito bancario. No así con la inflación política.

Puesto que la peculiar posición y función del banquero en el esquema de nuestra economía es tan universalmente malentendida, incluso por el banquero mismo, no estarán de más unas palabras añadidas para la aclaración de este misterio.

El banquero es el poseedor de una licencia del gobierno para especular en dinero. Como ya hemos afirmado, él ni crea dinero ni lo presta. Él permite a los hombres de negocios, por unos honorarios, crear dinero sustituto o dinero suplente por un proceso de “préstamo” en el que adopta esta posición hacia su “prestatario”: “Si tu me pagas en el futuro unos honorarios yo estableceré un crédito en mis libros de cuentas que te capacitarán a ti, mediante el giro de cheques, a crear el dinero de los hombres de negocios. Yo adoptaré la posición, con todos mis depositantes, para que ellos puedan sacar dinero de los hombres de negocios por medio de cheques pagaderos a alguien más a través de un crédito en los libros de algún banco, o bien yo entregaré monedas del Tío Sam a la vista”.

La promesa del banquero es un fraude legal porque declara que todos los libros de crédito establecidos por el proceso de “pedir préstamos” son recibos de almacén para dinero circulante, lo que es cierto sólo en la medida de la moneda corriente realmente poseída o disponible. De este modo la banca meramente ha evolucionado, desde la falsa representación del orfebre-depositario u orfebre-banquero de poseer oro para respaldar todas sus promesas extraordinarias, al método moderno de declarar que tiene un respaldo al 100% de moneda circulante.

Bajo este sistema se sigue que como el dinero de la gente de los negocios se expande a través de “préstamos” y la suma de dinero del Tío Sam permanece igual o aumenta o disminuye pero sólo levemente, el compromiso del banquero se hace más arriesgado y a su debido tiempo se vuelve tan manifiestamente imposible de cumplir, que comienza una lucha apurada por dinero circulante para los bancos y los depositantes, resultando en un pánico de dinero y depresión.

Para distinguir esta condición de una inflación política, basta con poner al Tío Sam como el “prestatario”. Puesto que el Tío Sam puede entregar una cantidad ilimitada de dinero del Tío Sam, es obvio que el banquero no tiene por qué preocuparse, y puede “prestar” sumas sin fin de dinero para que, en vez de producir un pánico por el dinero, el efecto sea producir un pánico por bienes a intercambiar por una pletórica abundancia de dinero.

Una inflación política puede ser detenida o invertida solamente por la acción del gobierno. Aquí el deudor –el gobierno- controla la situación, porque, a diferencia de un deudor que promete entregar más de lo que puede crear, el gobierno puede hacer buena su promesa de entregar cualquier número de dólares. Estos dólares, de todos modos, se hacen progresivamente más pequeños, pero en todo caso cumplen las obligaciones del gobierno con el préstamo que están escritas en la simple palabra, dólar, sin especificación de su poder. Un dólar es cualquier cosa que el gobierno emita como un dólar –no hay otra forma de fijarlo.

Una inflación política, por tanto, no tiene un correctivo automático; es acelerada, retardada o invertida enteramente por la acción del gobierno. La acción para detenerla o invertirla puede tomar una forma o dos formas a la vez, a saber, rechazo de las promesas, o acción presupuestaria para equilibrar o crear un superávit del que retirar obligaciones. Equilibrar el presupuesto significa recuperar tantos dólares como se han puesto fuera, dejando de alimentar más la inflación. Un presupuesto con superávit significa recuperar más dólares de los que se han sacado, ocasionando una deflación del suministro total del dinero.

El gobierno se hace cargo

Ahora estamos inmersos en un movimiento inflacionario de orden político durante cuya vida, y probablemente para siempre, ha terminado con el peligro de las inflaciones por crédito bancario y las deflaciones. Esto se debe a un cambio radical en las medidas políticas, desde las adoptadas en 1933 después de la depresión que comenzó en 1929. En las anteriores deflaciones por crédito bancario el gobierno no intervino sino que permitió a la depresión seguir su curso para que el ciclo se renovara por sí mismo. Sin embargo en este caso el gobierno se hizo cargo de la función bancaria expandiendo el suministro de dinero. No hay ahora manera por la que los bancos puedan recuperar su función porque no hay manera de que el gobierno pueda soltarla. Los bancos son ahora meros pensionistas en manos del gobierno, y, como ya hemos explicado, es políticamente oportuno mantenerlos vivos por la farsa de proceso en la que el gobierno declara tomar prestado de ellos. Como un ejemplo de su reducida posición, podemos comparar el interés promedio de 4-1/2%

pagado por el gobierno para financiar la última guerra, con el promedio de tipo de 1-3/4 al que se está financiando la guerra actual.

Otro índice que señala la misma tendencia es el hecho de que la deuda privada total —de corporaciones, hipotecas de granjas, hipotecas inmobiliarias urbanas y de los gobiernos estatales y locales— subió de \$72.4 billones en 1916 a \$90.8 billones en 1919, un aumento del 25.5% , mientras en esta guerra ha habido un aumento en el mismo grupo de \$125.3 billones en 1939 a \$129.2 billones en 1942, o sólo el 3%. Por el otro lado, la deuda Federal subió de \$1.2 billones en 1916 a \$25.6 billones en 1919 para bajar luego, mientras en esta guerra subió de \$47 billones en 1939 a \$112.5 billones en 1942, y subió a \$171.2 billones en 1943. Al final de la última guerra (1918) la deuda Federal era sólo un 19% de la deuda combinada privada y pública, mientras hoy, en medio de la guerra, está por encima del 60%. Puesto que la deuda privada, estatal y local prácticamente se mantienen, y la deuda pública Federal se expande rápidamente, las posiciones relativas de las dos clases de deuda se invertirán sin duda, con la deuda Federal siendo un 80% de la deuda combinada privada y pública, en vez del 19% al final de la Primera Guerra Mundial.

Los bancos ya no tienen influencia en materias monetarias; el gobierno controla ahora completamente la situación; y al hacer pronósticos tenemos que considerar, por tanto, sólo la oportunidad política y la acción política. Esta es una condición enteramente nueva en América, y por tanto no tenemos precedentes que nos guíen. Muchas personas caerán en el error siguiendo las antiguas vías y esperando por tanto una deflación que siga a esta inflación, sólo por que la deflación ha seguido siempre a las inflaciones previas. Pero esto es inflación total; no habrá deflación.

Ahora el sistema bancario está siendo usado, no para crear dólares sustitutos o de banco, sino para crear dólares del gobierno, porque el gobierno es el creador-de-pedidores-de-préstamos. La provisión de dólares del gobierno es ahora tan grande que la adición de dólares sustitutos no ofrece ninguna clase de riesgo, y los días de pánicos bancarios han pasado. Los bancos no van a fallar; podrán, en todo caso, liquidar y retirarse del negocio. Esto depende de si el aumento a sus expensas, debido a la inflación, será contrabalanceado por aumentos de ingresos de préstamos gubernamentales. Tales aumentos de ingresos llegarán probablemente de forma automática sin un aumento del tipo de interés. Los bancos están tomando ahora en torno al 40% de los bonos del estado y los inversores privados, un 60%. A medida que la inflación progresa este último porcentaje disminuirá y el primero aumentará correspondientemente. Los inversores privados mostrarán una resistencia creciente a vender bonos, y los bancos absorberán lo que no

quiera el público. Así el volumen aumentado de préstamos producirá ingresos superiores para los bancos sin aumentar la tasa de interés.

La deuda del gobierno examinada

Existen tantos malentendidos sobre el significado de la llamada deuda del gobierno que se hace necesario analizarlo. No es apropiado llamarlo deuda del gobierno; es una deuda de los contribuyentes que pagan los impuestos. Surge tan solo de posponer las recaudaciones de impuestos para el equilibrio presupuestario. Lo que significa que el ciudadano ha estado obteniendo servicios y perjuicios del gobierno a un precio parcialmente fiado. Por el proceso de tomar préstamos el gobierno ha estado induciendo a sus poseedores de títulos a adelantar el precio por pagar al contribuyente; y, así, por “sostenerle la cartera”, el gobierno paga al poseedor de títulos un interés que se añade a las obligaciones del contribuyente. El gobierno es sólo un intermediario entre los acreedores y los contribuyentes-deudores. Cómo servirá a sus respectivos intereses es algo que depende de la conveniencia política y de las reacciones de ambas clases. Sin duda, el poseedor de títulos y el contribuyente son a menudo la misma persona, pero no siempre –y raramente en el mismo grado. También la conciencia del contribuyente puede ser más aguda que la conciencia del acreedor, o viceversa. Hablaremos de los dos como el interés del inversor y el interés del contribuyente.

Hay dos formas para hacer que el interés del contribuyente pague su deuda al interés del inversor. Una es la vía simple y atrevida de recaudar impuestos para crear un superávit presupuestario con el que pagar al poseedor de títulos. La otra es pagar al poseedor de títulos con dinero a la vista mientras se continúa la política de déficit. La última es indudablemente la vía a elegir, puesto que la primera es un método peligroso y con un gran costo político. Por supuesto, esta última significa entregar fondos de valores del estado y aumentar la presión de fondos líquidos sobre la provisión disminuida de bienes.

¿Cuáles son los retrasos y los alicientes de este proceso de liquidación? Tenemos techos para los precios y racionamiento. Estos son restricciones al alza de precios, pero sólo son efectivos mientras la gente permanezca en la ilusión de que no-gastar significa ahorro. El alza de los precios no ha sido demasiado grande hasta hoy (1944), y la continuidad de su ascenso no ha sido lo bastante larga como para destruir esta ilusión. Algunas personas ya son conscientes de que el dinero ahorrado decrece más en capital de lo que acumula en interés; pero mantienen todavía otra ilusión, a saber, que habrá otra deflación como ha sido el caso con todas las subidas drásticas de precios de

nuestra historia anterior. Del otro lado el aliciente del poseedor de títulos por liquidar actúa persistentemente para acelerar la subida de precios –forzando a algunos a vender para afrontar gastos corrientes, y llevando a otros hacia el pánico.

¿Cuáles son los índices de que se aproxima la tendencia a la liquidación? Uno se muestra en la creciente cantidad de reembolsos que van haciéndose necesarios; y el mejor ejemplo de esto son las Series E de bonos de ahorro. En enero de 1942 los pagos en comparación con las ventas fue menos de 1/2%. Esto ha subido en diciembre de 1943 hasta el 25% y en Marzo de 1944 hasta el 42%. Otro índice es el porcentaje comparativo de títulos poseídos por los bancos en total. Comparando julio del 42 con diciembre del 43, pasamos del 38% al 43%. Como los inversores privados y las corporaciones adquieren menos, los bancos deben adquirir más y así el porcentaje creciente de posesiones bancarias es un reflejo de la creciente resistencia a la venta pública.

No hay poder que pueda invertir esta tendencia hacia la liquidación salvo un drástico aumento de impuestos; y el gobierno, faltándole el coraje de adoptar esta política hasta aquí, por supuesto que no la va a considerar como políticamente oportuna en esta etapa crítica de la guerra y en un año de elecciones, ni hay que esperar que la próxima administración, ya sea Demócrata o Republicana, vaya a tener un valor sobrehumano. Ocurrirá más bien que la administración que toque se golpeará el pecho, hará muchos pronunciamientos demagógicos de sus incondicionales esfuerzos por proteger al consumidor y muchas denuncias de “especuladores”, “estraperlistas”, “mafiosos”, “estafadores” “trileros” y “contrabandistas”, y esto desviará en gran medida las críticas de ellos a los indefensos comerciantes que serán objeto de la ira pública así suscitada. Y si el año que viene pasamos a una administración republicana, lo primero que hará será culpar a sus predecesores.

¿Cuál es la evolución y culminación de la citada tendencia a la liquidación? A medida que más poseedores de títulos, por diversas razones, los hacen efectivos, tendrá que ser, por supuesto, con el propósito de comprar. Así, con el mayor gasto de efectivos y depósitos bancarios ya disponibles, se fuerzan los precios hacia el alza con velocidad creciente –y esto, a su vez, fuerza más liquidaciones y mayores subidas de precios. Así, mediante la disminución del poder adquisitivo de sus dólares, el interés del contribuyente pagará su impuesto de recargo y el interés del inversor tendrá una pérdida. La deuda reclamada será pagada entera, dólar por dólar, pero los dólares podrán comprar cada vez menos.

El proceso de liquidación implica que la posesión pública de títulos disminuirá y que las posesiones bancarias se expandirán no sólo proporcionalmente sino más, porque el gobierno estará obligado a emitir no sólo títulos de reembolso sino también cantidades adicionales.

les para cubrir su déficit corriente que crecerá en tanto que los precios suban. Para ilustrarlo; el público posee ahora (mayo de 1944) en torno a \$110 billones de bonos del estado. Asumamos que el punto de saturación es \$150 billones, tras lo cual las posesiones decrecerán por liquidaciones. Tal liquidación implica más dinero en los mercados, con las consiguientes alzas de precios. Por tanto el gobierno debe añadir apropiaciones para cubrir sus compras programadas. Asumamos que el precio sube durante un año promedios del 50% mientras el gobierno calcula un gasto de \$100 billones. Debido al alza de precios, los gastos totales se elvarán a \$150 billones, y si la recaudación de impuestos fuera de 40 billones, el déficit sería de \$110 billones; y esta suma, más los reembolsos de, digamos, \$50 billones de las posesiones públicas liquidadas, significaría que \$160 billones serán lanzados sobre los bancos. Asumiendo que ellos tuvieran ya \$75 billones, su total alcanzaría los \$235 billones.

Comienza el desenfreno

En este punto la inflación habría alcanzado su empuje y asumiremos que en el año siguiente el público liquide sus \$100 billones remanentes, y la subida de precios sea de 1,000%. Si el gasto del gobierno está programado en \$150 billones, se hincharía hasta los 1 1/2 trillones (*). Sus ingresos podrían estar calculados en \$75 y subir hasta, digamos, \$225 billones para hacer un déficit de 1 trillón, 275 billones, que tendría que ser absorbido por los bancos —llevando su total a 1 trillón y 500 billones, que representaría el total de los títulos pendientes. Habría entonces esta suma aproximada de dinero en manos privadas, ya fuera como depósitos bancarios o moneda corriente en circulación. Estas cifras continuarían creciendo hasta el fin.

Mientras que este esbozo imaginario es solamente un esqueleto, no está recargado para una inflación total tal como la que anticipamos. No es irracional aumentar los gastos programados del gobierno por 10 a 1 mientras estimamos un aumento en sus ingresos programados de 3 a 1, porque hay un retraso en el ingreso fiscal que es la principal recaudación de impuestos. La ironía de la medida de impuestos contra la inflación es que es preventiva y no una cura, puesto que no puede rebasar la inflación una vez que ésta ha adquirido impulso. En

(*) Nota del editor: Los trillones americanos son millones de millones, es decir, nuestros billones (10¹²); del mismo modo que los billones americanos son miles de millones (10⁹). Es decir, los americanos aumentan cada tres cifras, mientras nosotros lo hacemos cada seis.

el arranque de una inflación los gobernantes no aplican suficientes impuestos, y cuando llega el diluvio ya no pueden hacerlo. El cuadro tampoco ignora el hecho de que cerca de un 20% de todos los títulos en manos privadas los tienen compañías aseguradoras que no son tan aptas para liquidar como los individuos y muchas corporaciones. Con todo estarán obligados a desembolsar vastas sumas para préstamos y entregas en efectivo, especialmente a los trabajadores de cuello blanco cuyos ingresos no podrán mantenerse con el alza de los precios. Así las compañías estarán forzadas a liquidar hasta cierto punto y escogerán en cierta medida hacerlo a favor de inversiones inmobiliarias para asegurar sus reservas. Su nuevo negocio también desaparecerá virtualmente y sus ingresos corrientes se quedarán cortos en relación con las salidas.

El aumento astronómico en préstamos bancarios mostrado no es improbable –pues hay que recordar que los llamados préstamos al gobierno no son como préstamos privados, y no tienen un límite de seguridad. Un préstamo al gobierno significa meramente poner dos cifras en los libros de un banco, cada una compensando a la otra y ambas siendo de la misma cualidad y variando igualmente en peso. Como ya señalamos, el proceso no es sino un gesto vacío por el que el gobierno subvenciona a los bancos a través de un pago de interés. Que el gobierno ordene al banco apuntar en sus libros un millón o un billón o un trillón no es sino una cuestión de cifras; pero estas cifras añadidas son muy bienvenidas por el banco, puesto que cada una es un huevo al que empolla aumentando los ingresos por interés para el banco. Es muy posible que en la general desmoralización y desbocamiento de la inflación, los bancos puedan incluso extender imprudentemente préstamos privados, viendo que no habría riesgo en vomitar algunos dólares sustitutos en la avalancha de dólares del gobierno. La base de los dólares del gobierno es ahora tan amplia que no hay ya peligro en añadirle una estructura de dólares sustitutos.

¿Cuál es el final de todo esto? El final es lo que se conoce como estabilización o finalización oficial de la inflación. Esto se conseguirá cambiando una nueva unidad para el dólar existente a razón de uno nuevo por algún múltiplo del antiguo. Este múltiplo puede ser 100 o 1000, dependiendo de cuándo elija el gobierno terminar con la agonía sin que haya probabilidades de que la enfermedad se transfiera a la nueva unidad. Si los depósitos totales de los bancos y el dinero circulante anterior a la estabilización fuera de, digamos, \$2 trillones, y la conversión bajo la estabilización se hizo a una ratio de 1 por 200, el dinero total que queda tras la estabilización será de 10 billones de la nueva unidad y los precios volverán aproximadamente a 1/200 del nivel anterior a la estabilización. La pizarra será borrada y dejada bien

limpia. Nadie tendría deudas porque toda la deuda pública y toda la privada habrían sido borradas también.

El público habrá vendido todos los títulos de nuevo al gobierno y los \$2 trillones mencionados en la hipótesis serían el agregado de depósitos de bancos y moneda corriente. Sólo los bancos podrían mantener títulos del gobierno y todos serían equivalentes a dinero en efectivo y serían borrados con la moneda por el decreto de estabilización. Así el gobierno comenzaría una nueva era fiscal sin un solo dólar de deuda, y la obligación del contribuyente y la demanda de poseedores de títulos quedaría liquidada. La completa destrucción de la deuda con un completamente nuevo barajado de cartas es una consumación que puede tener un atractivo popular y por tanto hacer bienvenida a la inflación total para una gran parte de la gente.

El lado humano

Este es un cuadro frío y matemático de un colapso que se acerca. Carece de todos los colores de las reacciones racionales y emocionales humanas, pero en la realidad la experiencia será cualquier cosa menos fría; será llevada y manejada con pasiones. Los hombres no pueden observar tranquilamente cómo sus fortunas se esfuman —especialmente cuando otros se están beneficiando con lo esfumado— y hablando en general, la clase entera de los deudores se beneficiará por la depreciación de sus deudas y muchos hombres, previendo esto, acumularán deudas como un medio de adquirir propiedad barata. Desaparecerán fondos imaginados por sus testadores como permanentes; y se encontrarán en bancarrota no sólo individuos privados dependientes de los mismos sino también instituciones de enseñanza, hospitales e instituciones de caridad. Las compañías de seguros pueden capear la tormenta, pero sus pagos por beneficios bajarán a una pequeña fracción de lo que pagaron los asegurados y las compañías saldrán consumidas y encogidas, si es que realmente sobreviven. Los beneficios de toda la seguridad social del gobierno, con bonificaciones para los soldados, tendrán igualmente que reducirse hasta el punto de fuga a menos de que el gobierno vea adecuado aumentar los pagos mientras el dólar baja, alimentando todavía más las ya fieras llamas de la inflación.

Muchos negocios, siguiendo el margen de beneficios normal sobre costos sin anticipar los costos de sustitución, serán borrados del mapa y sus poseedores se sumarán a los desempleados. El malestar social intensificará los problemas raciales. Aumentarán la bebida, la disipación y la inmoralidad. El ambiente se hará disoluto y favorecerá disturbios y rebeliones. América será probada como no lo ha sido nunca —pero la experiencia en conjunto será soportable si evitamos que colapse el inter-

cambio. Si fracasamos en esto no sólo paralizaremos la producción y el consumo interior sino que también nos veremos obligados a retirarnos de la guerra si es que la paz no se ha firmado ya por entonces. El fin de la guerra puede precipitar la fase galopante de la inflación; pero la inflación puede forzar el fin de la guerra. Uno y otra no han de coincidir necesariamente.

La primera crisis vendrá cuando la rápida subida de precios haga imposible que continúen nuestras prácticas de crédito. El vendedor no será capaz de pasar la factura de los bienes en términos de crédito cuando el dólar en la fecha de pago valga una incierta cantidad menos; y cuando sea en ventaja del deudor retrasar el pago para tener la ventaja de la bajada ulterior. Este colapso de nuestra práctica de crédito será una seria inconveniencia –más que para cualquier otro país que haya padecido la inflación, porque la práctica del crédito existe aquí mucho más que en cualquier parte. Nos veremos forzados a una base de dinero en efectivo, que no significa una base de moneda corriente. Continuaremos usando nuestro sistema de cuentas y cheques, pero habrá un gran aumento en circulante.

La prueba suprema de si podemos evitar el descenso al trueque –y a los disturbios, rebeliones o incluso revoluciones- descansa en nuestra capacidad de asegurar una unidad de dinero estable para así preservar nuestro intercambio monetario. Puede llegar un momento en que el dólar decline tan rápidamente que ya no sea viable conducir el comercio en sus términos –con el trueque como única alternativa visible. El trueque simple es extremadamente inviable para una sociedad que se ha especializado tanto como la nuestra, y que se ha alejado del suelo. Los granjeros no transportarán comida a las ciudades si, antes de que puedan comprar con el dinero que reciben, éste se ha devaluado hasta un punto incierto o tal vez incluso de fuga. Del otro lado, mientras ellos podrían hacer trueque, están tan apartados del hombre urbano que el contacto es imposible sin transporte. Pero los ferrocarriles podrían no funcionar sobre una base de trueque; ellos tendrían que dejar de rodar cuando el dólar dejara de rodar. Con el transporte roto, la gente de las ciudades podría enfrentarse al hambre y con semejante amenaza no puede mantenerse el orden y la violencia puede tomar cualquier curso.

Prevenir el caos

Si la inflación total, tal como esbozamos, no puede ser vista como una probabilidad, debería ser contemplada como una posibilidad, para estar prevenidos contra el caos. La solución del problema reside en cambiar los negocios de un dólar inestable a una nueva unidad que permanezca estable con independencia del declive del dólar hasta el punto de

fuga. Esto no salvaría a los pasados contratos en dólares de pasar por el proceso inflacionario, pero podría permitir que se hicieran nuevos contratos cubriendo los negocios corrientes de la vida en términos de la nueva unidad. Si podemos mantener el intercambio en dinero funcionando podemos evitar todo el caos de un descenso al trueque que para nosotros sería prácticamente imposible. Bajo tales condiciones la inflación podría seguir su entero curso sin destruir la vida pacífica. Ningún país que haya pasado por la inflación total ha tenido la oportunidad de utilizar esta única salida para la fase del caos.

El concepto del valun es el resultado de estudios comenzados hace 10 años y no se presenta como una mera medida de emergencia. Se presenta como un verdadero sistema monetario, para servir en lugar del sistema monetario político existente en cualquier tiempo y lugar. Ocurre, sin embargo, que ahora parece oportuno para librarnos del caos inminente. El valun puede llenar el hueco y salvar a la gente de una gran miseria y derramamiento de sangre; y tras la crisis puede permanecer para asegurar un cambio estable y equitativo —y descartar futuras inflaciones, deflaciones y otros males que nos acosan con el sistema monetario existente.

Las inflaciones desastrosas como resultado de los esfuerzos políticos de subvencionar la economía por la financiación del déficit son comunes en la historia —seguidas siempre por la continuación del sistema monetario político que reproduce la enfermedad. El pueblo americano tiene ahora la oportunidad de demostrar al mundo que su primera inflación política sea la última, y puede ser también la última en el mundo si otros pueblos siguen nuestro ejemplo en establecer un sistema de dinero como empresa privada.

En la segunda mitad de esta serie de estudios describimos en detalle el valun y su sistema —el sistema propuesto de empresa privada. El propósito de este estudio es señalar la seriedad de nuestra actual situación monetaria y la urgente necesidad de adoptar ahora un sistema como el valun para ahorrarnos miserias sin cuento.

ADENDA

Como un ejemplo de una obligación estabilizada y en contraste con las que ahora prevalecen, tenemos el privilegio de copiar de la colección privada de Mr. Farran Zerbe el siguiente contrato de obligación en los años de la revolución:

ESTADO DE LA BAHÍA DE MASSACHUSSETS
Nº 6025

£373-3-9 Día Primero de enero A.D. 1780

En nombre del Estado de la Bahía de Massachussets, Yo el que suscribe hago por la presente promesa y obligación Mía y de mis Sucesores en la Oficina de Tesorería de dicho estado, de pagar a Charles Steward o su Orden, la Suma de Trescientas setenta y tres Libras 3/9 en o antes del Primer Día de marzo, en el año de Nuestro Señor Mil Setecientos Ochenta y Uno con interés al Seis por ciento por Año: Tanto el Capital Principal y el Interés a ser pagado en el que entonces sea Dinero corriente de dicho Estado, en mayor o menor Suma, lo correspondiente a Cinco Fanegas de Maíz, Sesenta y ocho Libras y cuatro séptimas partes de ternera, Diez Libras de Lana de Oveja, y Dieciséis Libras de Cuero para Suelas que costarán entonces, más o menos que Ciento Treinta Libras de Dinero corriente, a los Precios entonces en uso de los artículos dichos –Esta Suma siendo Treinta y Dos Veces y Media lo que las mismas Cantidades de los mismos Artículos costarian a los Precios fijados para ellos en una Ley de este Estado hecho en el año de Nuestro Señor Mil Setecientos y Setenta y siete, titulado, “Una Ley para prevenir el Monopolio y la Opresión”. Los Precios corrientes de dichos Artículos, y el consiguiente Valor de cada Libra de la Suma por la presente prometida, a ser determinada de acuerdo con la LEY de este Estado, titulada, “Una Ley para proveer por la Seguridad y Pago de los Balances que pueden parecer ser debidos por Virtud de una Resolución de la Asamblea General del Seis de febrero de Mil Setecientos Setenta y nueve, a la Cuota del Estado de la ARMADA CONTINENTAL, de acuerdo con la Recomendación del CONGRESO, y para Suministrar al Tesoro con una Suma de Dinero para ese Propósito”.

M. S. Dawes Testigo de mi Mano, Comité R. Cranch

H. Gardner, Tesorero

Contemplemos la fidelidad de esta obligación. Es pagadera en “el que entonces sea Dinero corriente de dicho Estado” independientemente de que pueda ser la libra inglesa o dinero revolucionario, siempre que, en todo caso, el poseedor debiera recibir ya más o ya menos como pueda requerirse para adquirir los bienes en las cantidades nombradas. (La razón por la que la segunda suma declarada es diferente de la primera es porque la última era una unidad fijada impresa en la obligación como la base de cálculo, mientras que la primera es el préstamo real y está escrito a pluma). Otra revelación interesante es que en la época en que la obligación fue emitida, la inflación había llevado los precios 33 y 1/2 veces el nivel fijado por una fútil ley de control de precios, (“Una Ley para prevenir el Monopolio y la Opresión”) aprobada sólo tres años antes.

Capítulo 4: Libertad Monetaria

El Ideal Económico y Político Consumado, que Engloba Todas las Libertades

La libertad de pensamiento en cualquier lengua ha expresado siempre el más común ideal del hombre en todas las épocas de su progreso. Cada página de la historia registra el fervor de los pueblos en su búsqueda de la libertad. Las denuncias apasionadas de la tiranía, himnos de alabanza a las bendiciones de la libertad, e incontables cartas proclamándola forman la canción de la civilización.

La siguiente en profundidad de significado y conciencia universal es la palabra dinero. El dinero no tiene una tradición tan larga debido a que entró en uso solamente en la historia tardía del hombre, pero es tan profunda que es casi sinónima de la palabra libertad. Ciertamente la unión del dinero y la libertad hacen posible una declaración más completa de las aspiraciones humanas. La libertad monetaria abarca todas las demás libertades.

La libertad es el estado natural del hombre; no le puede ser conferida por nada. El hombre nació en libertad. ¿Por qué entonces la ha estado persiguiendo desde el principio? Porque desea la libertad junto a la prosperidad, y en la búsqueda de esta última ha comprometido su libertad. En parte por su propia codicia, y en parte por el ingenio de los explotadores, la necesidad de progreso lo ha llevado siempre a enredarse en circunstancias que le negaron tanto la libertad como la prosperidad. Y sin embargo ambas deben conseguirse para disfrutar plenamente de una y otra. Libertad para vivir y moverse sin dominio de riqueza es una libertad vacía. Debemos tener la libertad de la prosperidad.

El problema más difícil que ha encontrado el hombre en su progreso social es cómo hacer uso del gobierno sin autosujeción. Se han necesitado siglos para rebatir la pretensión del derecho divino a reinar. Llevó siglos conseguir la separación de la iglesia y el estado. Han hecho falta varios siglos más para promulgar el principio de separación del dinero y el estado y, con él, concebir la libertad monetaria que es la culminación de la libertad.

Hoy los gobiernos están constituidos por consentimiento de los gobernados y se incorporan en sus constituciones salvaguardas de la libertad contra la invasión por el gobierno de los derechos privados. Este objetivo de convertir al gobierno de soberano a sirviente ha sido constante. El esfuerzo más imperioso se hizo en la redacción de la Constitución de los Estados Unidos, donde (bajo el tema jeffersonia-

no: “El mejor gobierno es el que gobierna menos”) se hizo el más celoso empeño de evitar los males de la autoridad centralizada y la usurpación de poderes. Después de que los fundadores llevaran a cabo una redacción repleta de “no será...”, los diversos estados llevaron a introducir en el documento, a través de la Declaración de Derechos, diez prohibiciones más contra las invasiones gubernamentales de los derechos privados. Pero el poder del dinero, el más insidioso y pernicioso de todos, no sólo no fue prohibido, sino que fue realmente entronado.

A través de la historia de la lucha del hombre para amaestrar al gobierno el proceso de recortar los poderes mostró triunfos sostenidos; pero, cuando el dinero emergió, entró en juego un nuevo factor. Ignorante de su naturaleza, los hombres pensaron que su emisión y control debería ser una función del gobierno. La proyección del poder del dinero (por los comerciantes con quienes el dinero se originó) en las manos de las autoridades políticas y la aceptación de ese poder por las últimas, parece haberse realizado en completa ignorancia (por ambas partes) de sus implicaciones de largo alcance. En la escuela de pensamiento Valun nos damos cuenta por nuestro estudio que el poder monetario es una constitución en y por sí misma, y que su adquisición por el gobierno comportaba una segunda constitución que tiende progresivamente, a medida que el dinero se vuelve más importante en las vidas de los hombres, a neutralizar la constitución política, no importa cuán celosamente fuera construida esta primera. La letra de la constitución política puede ser observada fielmente por el gobierno y aun así quedar derrotados sus propósitos por el poder del dinero del gobierno que es su segunda constitución y su carta económica. De aquí la contradicción y confusión entre la práctica y nuestros principios políticos.

El sueño de democracia y la perspicacia de los padres de la constitución ha sido, por tanto, derrotado. Vemos ahora la gradual subordinación de la constitución política a la constitución económica, con crecientes poderes gubernamentales y menguantes poderes privados. Y con todo, esto no necesitado ningún cambio ni ofensa a la constitución. Ni implica tampoco un mayor deseo de poder por parte de los políticos. Extraño como pueda parecer, es y ha sido siempre un movimiento proveniente del pueblo, urgiendo al gobierno a ejercer un poder perversivo. Incluso el político es inconsciente de cuál es la causa que mueve el crecimiento del gobierno y el declive de la empresa privada. Es una tendencia mundial, pero su manifestación más chocante se observa en los Estados Unidos.

Las trece colonias americanas, cuando se liberaron por la revolución, se hicieron naciones independientes y, a la manera de las naciones del viejo mundo, cada una estableció su propio sistema moneta-

rio. Más tarde, cuando se federaron en el gobierno de los Estados Unidos así creado, éste se convirtió en el único poder político monetario y de este modo se centralizó en Washington la máquina potencialmente mayor de crear dinero que ha visto el mundo. El poder, mediante el dinero, de derrotar a la democracia ha existido siempre en el gobierno Federal (como en todos los gobiernos modernos), pero ha sido lento en manifestarse. Sólo en los años recientes hemos empezado a apreciar su fuerza.

La incógnita en la Constitución

Vamos a examinar en nuestra constitución esa incógnita de la que ha salido el gran mal que ahora padecemos. Reside en el Artículo 1, Sección 8, Párrafo 5, a saber: “acuñar moneda, regular su valor y el de las monedas extranjeras”. Aquí se hace constar la ignorancia del dinero, que todavía prevalece, de los padres fundadores. La misma brevedad de la disposición muestra que los redactores no tenían comprensión del tema con el que trataban. Se han escrito literalmente cientos de miles de palabras para leyes monetarias por el Congreso en un intento de verter la obligación que implican las palabras citadas y no se ha conseguido otra cosa que una perversión. La Constitución podría haber declarado también que el Congreso habría de regular el curso de los planetas. Ahora sabemos que el dinero no tiene valor y que, por tanto, la “regulación” del valor del dinero es un absurdo. Sabemos que el dinero puede ser emitido sólo por un comprador en el acto de adquisición; y que la función atribuida al gobierno de emitir dinero para la circunscripción es otro absurdo igualmente.

Mientras que la disposición constitucional es literalmente un sinsentido, las implicaciones que se han seguido de ella son las más importantes de la Constitución entera. Estas once palabras que ponen en juego el poder más importante de todo el documento, constituyen el germen del error que puede anular todas las otras provisiones dado que implican la monopolización por el gobierno del poder monetario —un poder que debería y debe permanecer con el pueblo, y que sólo puede ser ejercido sanamente por el pueblo. Pero el pueblo, confiando en una disposición constitucional abortiva, es incapaz de ejercer sus poderes naturales. Con este falso arranque, hemos llegado a las más imprevistas consecuencias.

Bajo el sistema monetario político solo hay dos fuentes de dinero. Una es la emisión por el gobierno (y sus concesiones); la otra es la emisión por los que piden préstamos a través del sistema bancario. La emisión del gobierno brota solamente de los gastos del gobierno; puesto que no hay otra forma de que pueda emitir. Este es el dinero

básico o de curso legal –y constituye los únicos dólares reales, ya sea en forma de moneda corriente o en promesa de moneda corriente. A través de los bancos, a los hombres de negocios que tienen crédito bancario se les permite emitir promesas-de-pagar-dólares. Es importante reconocer que hay sólo una fuente de dinero primario o de circulación legal, concretamente el gobierno Federal, y sólo una fuente de dinero suplente o sustituto, los que piden préstamos a los bancos. Así, nuestro suministro de dinero está monopolizado.

Importa también recordar que ni el dinero primario ni el suplente pueden ser emitidos de otro modo que por el acto de compra. En otras palabras, si el gobierno ha de emitir dinero debe hacerlo comprando algo; no hay otra manera de que pueda poner dinero en circulación. Dado que la sociedad moderna depende completamente de la circulación del dinero, está claro que no somos hombres libres sino sometidos porque debemos suplicarle al gobierno esta sangre vital. Pero no estamos sometidos por mandato gubernamental; estamos sometidos sólo por la fuerza de la ignorancia y de la inercia. El gobierno no nos niega el derecho a ejercer nuestro poder natural de emitir dinero; somos nosotros mismos los que echamos sobre el gobierno la imposible función de poder emitir en nuestro lugar.

Debido a la evolución que ha tenido lugar en los pasados 12 años, el sistema bancario es ahora impotente y el gobierno es virtualmente nuestra única fuente de dinero. Contemplemos la anomalía de nuestra posición. Votamos por la presidencia cada cuatro años; por la Cámara y el Senado votamos cada dos y cada cuatro años respectivamente. Estos son todos nuestros mandatos. Esto es todo lo que, por lo que respecta al gobierno Federal, llamamos nuestra democracia política. Pero debemos votar dólares varias veces al día para nuestras necesidades económicas. Estos votos en dólares están controlados por el gobierno.

Nuestra ilusión democrática

Hemos estado persiguiendo la ilusión de que por emitir votos políticos bienal y cuatrienalmente, nosotros controlamos nuestros asuntos. Mientras el gobierno debe suplicarnos cada dos años nuestro voto político, nosotros le suplicamos al gobierno cada día por nuestro voto económico. Puesto que somos dependientes del gobierno por nuestro diario voto en dólares, se levanta por encima de nuestra democracia política una autocracia monetaria. Por tanto, nosotros no somos gobernantes democráticos; somos sujetos económicamente sometidos. Se puede mostrar el más escrupuloso respeto en el gobierno por todas las prohibiciones incorporadas en nuestra constitución

política contra la invasión gubernamental en nuestros derechos privados, y todavía destruir nosotros mismos la sustancia de esos derechos —dejando nada más que cáscaras e ídolos de barro.

El proceso por el que todo ese venerable pergamino de libertades se vuelve estéril es bien simple. Empieza por el hecho de que necesitamos un suministro constante de dinero para efectuar nuestros intercambios por los que vivimos. El suministro está completamente en manos del gobierno. Le pedimos al gobierno que lo produzca. La única forma en que puede producirlo y emitirlo es gastando. Para el gobierno hay dos vías de gasto abiertas. Puede gastar para algún propósito no productivo, tal como ayudas, pensiones, subsidios, obras públicas sin finalizar, burocracia o guerra. Tales gastos crean dólares con poco o ningún valor de mercado que los respalde, y el resultado es la inflación o depreciación de los dólares. Tales gastos tienen consecuencias funestas. La otra alternativa que le queda al gobierno es gastar para proyectos que le produzcan ingresos. Esto pone al gobierno en los negocios y saca fuera de ellos a la empresa privada. Esto es comunismo, o si así preferimos llamarlo, estatismo y estatalización. No es necesario determinar cuál es el mal peor, pues ambos conducen a la desmoralización tanto de los negocios como del gobierno. El proceso entero parte del clamor popular bajo la teoría de que el gobierno debe a cada ciudadano medios de vida y la falsa noción de que el gobierno puede suministrarlos a través de su poder sobre el dinero.

¿Acaso no es todo gasto público el resultado de la presión de algún segmento grande o pequeño de la ciudadanía? ¿Y acaso no están impelidos estos grupos por la necesidad de hacer peticiones al gobierno en tanto que es la única fuente de la sangre vital de la economía? ¿Cómo podemos echarle la culpa al gobierno por gastar, y, del otro lado, cómo podemos echarle la culpa a aquellos que traman planes para el gasto, cuando sin ellos la economía quedaría estancada? Es el falso concepto del poder monetario político el que convierte a los ciudadanos en peticionarios, y hace del gobierno un dispensador de patronazgo en vez de un sirviente público. Este poder de patronazgo destruye completamente el sistema democrático del gobierno —puesto que la gente no puede ser peticionario y gobernante a la vez. El producto de tantos siglos de lenta y laboriosa y sangrienta lucha por someter el gobierno al ciudadano se destruye porque no hemos conseguido dominar el dinero y, buscando que lo domine el gobierno, creamos nuestra propia sujeción. Si no dominamos el dinero, y ejercemos nuestro poder monetario, no sólo destruimos la democracia sino que destruimos el gobierno —puesto que el gobierno no puede sobrevivir sin apoyo popular.

El gobierno local sometido

Observemos cómo el poder de patronazgo está minando los fundamentos de nuestra forma múltiple de gobierno. El gobierno Federal hace concesiones de dinero a los estados y los estados a su vez hacen concesiones a las ciudades y pueblos. Así se establece una cadena de sumisión y queda destruido el gobierno local. Las subdivisiones del gobierno designadas para ser independientes dentro de las limitaciones establecidas por las constituciones federal y estatal tienden a convertirse en satrapías de un solo gobierno. Si se parte de la teoría de que el gobierno tiene sólo los recursos que puede extraer a través de los impuestos, puede parecer extraño que los gobiernos locales y estatales no vayan directamente hacia sus ciudadanos en busca de fondos. La explicación de esto reside en un secreto del poder de emisión del dinero.

El estado y el gobierno local sólo tienen el poder de crear dólares suplentes tomando prestado de los bancos. Aparte de esta fuente de dólares frescos, ellos pueden girar sólo sobre dólares existentes de sus ciudadanos a través de impuestos o préstamos. Cuando piden préstamos a bancos ellos deben prometer devolver dólares USA, que ellos no tienen ningún poder de crear, y no les queda más remedio que equilibrar sus presupuestos o los bancos consideran sus promesas como arriesgadas y por tanto quedan limitados. Esto es por lo que los gobiernos estatales y locales combinados tienen una deuda total de menos de un 8% del de el gobierno Federal, y dejando sólo a los estados, menos de un 2%.

El gobierno Federal no necesita equilibrar su presupuesto y puede pedir prestado sin límite alguno, puesto que cuando pide prestado, sólo promete aquello de lo que tiene una provisión igualmente ilimitada —y así los bancos haciendo préstamos al gobierno Federal carecen de riesgos, porque todo lo que ellos prometen a sus inversores es la misma cosa que el gobierno Federal les promete, a saber, dólares con un poder adquisitivo que disminuye constantemente. Así vemos que el gobierno Federal, al tener el poder de emisión del dinero, no tiene las limitaciones de los gobiernos estatales y locales, pudiendo por tanto subsidiarlos y, a través del poder del subsidio, controlarlos. La libertad de la necesidad de equilibrar el presupuesto significa libertad de la necesidad de recaudar impuestos de los ciudadanos por el obvio y usual y doloroso método. Pero el ciudadano no por ello escapa de los impuestos. Le son impuestos de una forma engañosa a través de la inflación.

Estos impuestos más sutiles, que sólo el gobierno central puede emplear, permite a los ciudadanos retener más dólares e incluso dis-

frutar de una ilusión de riqueza; pero cada dólar se hace más débil –haciendo falta más y más dólares para pagar el coste de la vida diaria. Son impuestos de inflación, y, debido a nuestra ignorancia del dinero, la gente es inducida a creer que la demanda del comerciante de unos céntimos o dólares más con cada compra se debe a la avaricia de la empresa privada. Así el gobierno escapa al resentimiento que se haría manifiesto si el presupuesto se equilibrara y el coste del gobierno fuera pagado en impuestos directos sobre el mostrador. Por este fácil método de escapar a la vigilancia pública el gobierno crea un aplazamiento para el día de la revelación –pero el reconocimiento llega necesariamente con impacto para la economía y el estado.

Esto no implica que un sistema monetario político bajo el ejercicio de presupuestos equilibrados sea o pueda ser bueno. Algunas políticas fiscales de un gobierno emisor de dinero pueden ser menos malas que otras, pero es imposible para ellas el ser sanas y beneficiosas para la economía y el orden social porque, cuando el poder de emisión está monopolizado, dejar de emitir es un mal, tanto como el acto de emitir. Ambos suponen una dictadura sobre la economía. O el pueblo tiene el poder de emisión de dinero, o se pierde el ejercicio del poder democrático. Ningún poder puede trascender el poder monetario político, una vez que aceptamos su dominio, porque el dinero es una licencia para comprar y una licencia para comprar es una licencia para vivir. Dependemos del dinero; y cuando cualquier poder fuera de nosotros mismos controla el dinero nosotros pasamos a depender de ese poder.

Auto-sujeción

Esta declaración tan positiva no implica sin embargo una tiranía deliberada, porque, repetimos, el gobierno queda forzado a convertirse en patrón de la gente por la gente misma. De nada vale, porque, debido a un error tradicional, ha asumido una función que por ley natural es imposible que se pueda ejercer en beneficio público. Pedimos nuestra sujeción como pedimos al gobierno que se implique en la perversión. Y con todo debemos suplicar porque necesitamos dinero e ignorantemente consideramos al gobierno como nuestra única fuente de provisión. El gran engaño de la gente es que la dictadura del estado sólo puede sobrevenir a través de la conspiración y el uso de poder militar y que ha de haber antes una revolución. Los procesos graduales, perniciosos y sutiles, operando a través del poder monetario del gobierno, pueden traerla sobre nosotros sólo con nuestros ruegos de dinero –e incluso contra la voluntad del propio gobierno.

Tenemos ahora ante el Congreso un programa para subvencionar la prensa a través de la publicidad gubernamental. ¿Hubo alguien en el gobierno que se propusiera esto? Claro que no, fue una petición de un grupo de periódicos sedientos de fondos provenientes de la fuente mágica. Si este proceso tiene éxito muchos periódicos lo rechazarán al principio, pero las condiciones forzarán su aceptación. ¿Puede una prensa pagada por el gobierno ser libre? Y con todo nadie podrá decir que la garantía constitucional de libertad de prensa ha sido violada. Las iglesias están necesitadas de fondos. Si ellas caen bajo la subvención del gobierno, como lo harán de seguir la actual tendencia, ¿tendremos separación de la iglesia y el estado? Tenemos libertad de reunión, pero nos cuesta dinero reunirnos. ¿No es este dinero el que tenemos que recibir por la gracia del gobierno y que equivale a una licencia para reunirse y discutir? ¿No está nuestra vida entera basada en una licencia de dinero –puesto que no ejercemos nuestro poder natural de crear dinero sino que lo buscamos en el gobierno? No importa que individualmente no roguemos al gobierno; persiste el hecho de que aquellos de quienes lo recibimos son beneficiarios de privilegios especiales y nos obligan a nosotros a buscarlos. Fuera de contacto con la fuente, aunque la Constitución nos garantice el derecho de trato, tenemos menos derecho de trato que aquellos que pueden llevar el cubo al pozo.

La libertad de prensa, libertad de religión, libertad de comercio, etcétera, no significa que la prensa, la iglesia y el comercio tengan que estar libres de control. Significa que su único control han de hacerlo sus clientes. Ahora, si el gobierno se convierte en su cliente, ellos caen bajo el control natural de los clientes –que no es político, sino económico. Si este segundo gobierno, el gobierno económico, debido a la incapacidad de compra de las gentes, cubre el hueco entre ellos y el proveedor, la conciencia del cliente del proveedor se extenderá al gobierno, no a la gente. El poder de patronazgo no puede revocarse; es natural.

Para satisfacer el clamor público de controlar los precios, el gobierno está recurriendo a pagos de subsidio encubiertos a productores, proveedores y compañías de transporte –para compensarlos de las pérdidas de aplicar techos de precios. Así el gobierno se convierte en cliente de estas industrias; ¿Y acaso no tiene siempre el cliente razón? ¿No deciden la mayor parte de los beneficiarios de ayudas que la administración al mando es digna de apoyo porque a través de su influencia ellos reciben auxilio del gobierno? ¿No están influidos los agricultores por los beneficios que reciben directamente del gobierno? ¿No son la mayoría de nuestras industrias de ahora “clientes agrade-

cidos” del gobierno? ¿Mantiene su sustancia el derecho a la propiedad privada y libre empresa cuando un cliente tiende a dominar?

¿No es el problema de la posguerra, objeto ahora de tanta preocupación, sino un problema de salirnos del patronazgo de ese irresistible y abrumador cliente, el gobierno? ¿Y no están los empresarios privados divididos entre la esperanza de que puedan depender de nuevo de los consumidores privados y el miedo de que no puedan funcionar sólo con eso y sin la ayuda del gobierno? ¿No nos acercamos así a una desmoralización en un complejo de miedos y esperanzas por nuestra dependencia del poder monetario del gobierno? ¿No nos hemos convertido en enervados adictos de estímulos artificiales?

Lo que debemos aprender de nuestra experiencia hasta aquí y lo que afrontamos es el hecho de que ningún gobierno, no importa cuán bienintencionado, puede crear dinero sin enormes consecuencias; porque sólo puede crear dinero por el gasto —y ese gasto debe ser, o bien improductivo, y por tanto inflacionario, o bien productivo, para invadir inevitablemente la empresa privada, produciendo formas directas o indirectas de estatismo y estatalización.

El dinero por encima de las leyes humanas

El dinero es una ley en sí misma y por derecho propio; los estatutos políticos no pueden enmendar ni ningún poder trascender esta ley, que decreta que el emisor de dinero dispone de su esfera de influencia. Dejando el poder monetario en las manos del gobierno le concedimos una segunda constitución, económica, que prevalece por procesos no vistos ni reconocidos sobre la constitución política y que puede destruir al gobierno mismo. No existe en ninguna parte una prohibición contra nuestro ejercicio de nuestra potencia natural para emitir dinero; solamente, no hemos acertado todavía a ejercerla —y, por nuestra ignorancia, arrojamos sobre el gobierno la imposible tarea de emitirlo por nosotros. El gobierno no puede emitir dinero por nosotros; sólo puede emitirlo para sí mismo, y nosotros sólo lo obtenemos de rebote. Esta es una ley del dinero que el gobierno no puede alterar. En su esfuerzo por entregarnos dinero sólo puede originar efectos perversos y males económicos y políticos.

El dinero, si ha de ser sano y fundado para la economía y el gobierno, debe ser emitido únicamente por compradores privados bajo la salvaguarda del trato competitivo para beneficio privado. La gente debe controlar el poder del dinero; y, a través de él, controlar sus asuntos económicos y políticos. Sólo a través del ejercicio de nuestra potencia monetaria natural, que es nuestra soberanía real, podemos adquirir libertad, un gobierno sólido y prosperidad. Esta es la

libertad monetaria. Significa tranquilidad dentro del estado y paz fuera. Significa vida, libertad y felicidad realizadas. Es la sustancia de todas las libertades, sin la cual todos los estatutos que las decreten no son sino cáscaras vacías.

¿Cómo puede el individuo afianzar su vida, libertad y búsqueda de la felicidad cuando los mismos medios para ello están controlados fuera de él y es demasiado ignorante como para afirmar sus poderes inherentes? ¿Cómo podemos proclamar la dignidad y supremacía del individuo y la subordinación del estado cuando la maza de su poder ni siquiera está en nuestra conciencia? ¿Qué es la vida sin el poder de enriquecerla y darle forma a gusto en plenitud de propósito para producir y disfrutar? ¿Qué es la ciudadanía sin soberanía? ¿Qué importa una constitución llena de prohibiciones contra la invasión de los derechos privados cuando no reconocemos nuestro derecho más precioso —minando con este fracaso la sustancia de todos los otros derechos para dejar patéticos fetiches?

La oportunidad de América

América dio al mundo el mayor documento político nunca concebido por el hombre. América tiene ahora la oportunidad y el desafío de dar a la humanidad —a través de un sistema monetario universal y apolítico- la más grande carta de libertad. Ese fuero liberará las vastas fuerzas productoras de riqueza, unificará a los pueblos del mundo sobre el plano económico, preservará y llevará a efecto la democracia —y desterrará la guerra y la pobreza de la tierra. Tal carta sólo puede ser escrita en términos de libertad monetaria.

Todos los asuntos de la terrible guerra en la que ahora se hallan las naciones, todos los problemas de la planificación de la posguerra, todas las esperanzas de la humanidad para un mundo mejor, se resuelven en una sola cuestión: ¿Puede el hombre en esta crisis dominar el dinero? Debemos someter a revisión todo nuestro pensamiento sobre este tema. La ausencia obvia de una ciencia del dinero, tras tantos siglos de experiencia con él, debería sugerir a todos que hay en el pensamiento y práctica pasadas un error básico. En vano acudiremos a los parlamentos, academias, contadurías, mercados, en busca de un entendimiento del dinero. No encontramos maestría, sino misterio.

Nadie necesita sentirse en inferioridad al confesar su falta de confesión sobre este tema, pues la ignorancia es universal excepto entre aquellos que osan desafiar los conceptos ortodoxos. Tampoco se necesita más inteligencia para dominar el problema; lo que se requiere sólo es el coraje para romper con los viejos conceptos y abrir la mente

a los nuevos. Estamos perdidos si no tenemos este coraje en esta grave crisis. Si nos aferramos a las viejas ideas cuando los hombres están sacrificando sus vidas, los muertos habrán muerto en vano. Pero la sangre de los muertos no se corresponde con los cerebros de los vivos.

La libertad en el dinero es una causa nueva en la historia del progreso humano. No ha tenido todavía su clarín. La nuestra no es sino una pequeña voz en un mundo que resuena entre tormentas de acero. Pero eso hace todavía más grande nuestra responsabilidad. Somos custodios de una idea –y las ideas son más poderosas y duraderas que el acero. La sabiduría inescrutable que inspira a los hombres para emprender nuevas causas asigna a menudo a personas humildes y oscuras la tarea, el honor y el privilegio de nutrir la causa que pugna por crecer y, con ello, no sólo sirve al género humano sino que sale fuera de su oscuridad.

Asumamos cada uno de nosotros el liderazgo en el círculo de nuestros contactos, sin importar lo limitados que sean, con el ferviente propósito de traer a nuestros semejantes una nueva era de libertad, una nueva inspiración y una nueva esperanza para un tiempo mejor. Y este día y todos los días pueden ser mejorados dedicando la mente a una causa constructiva, antes que a rezar agobiados por los deprimentes pensamientos de la guerra y la destrucción.

No nos entreguemos a las preguntas desesperadas como “¿a dónde vamos a llegar en este mundo? Afirmemos con confianza “a esto es a lo que está llegando el mundo y yo soy una parte del gran poder constructivo que lo mueve”. Si aquí y ahora nos decidimos a aprovechar la oportunidad que el destino ha traído sobre nosotros, cosecharemos de este día una reparación y un orgullo que durará tanto como la memoria.

Capítulo 5: Cómo dominar el dinero

La afirmación del poder monetario inherente al hombre y la negación del poder monetario político

No basta con criticar el sistema monetario político. Nuestro estudio debe tener conclusiones constructivas; y éstas requieren la maestría o dominio del dinero. Acerquémonos al tema por la secuencia económica que desarrolló la necesidad del dinero.

El hombre ha aprendido que puede mantener una simple pero precaria existencia si dedica su pensamiento y trabajo a recoger o producir sólo las cosas que consume. Para elevarse sobre este nivel debe hacerse eficiente en alguna ocupación que produzca riqueza intercambiable. Esta especialización del trabajo podría no rendir beneficios a menos que existan otros hombres que se especialicen a su vez; y es además necesario que ellos se encuentren para intercambiar sus productos. Esto implica una reunión o plaza de mercado. Vemos así que tres actitudes resultan básicas para la elevación del hombre y su progreso sostenido, a saber: (a) la búsqueda de una ganancia, (b) la especialización del trabajo que pueda satisfacer la búsqueda de ganancia, y (c) intercambio para hacer efectiva la ganancia.

La ganancia o motivación de progresar empuja al hombre hacia medios de mayor producción y él la encuentra en la especialización del trabajo. Una mayor producción requiere un mayor intercambio para obtener beneficios; y así el intercambio se convierte en el cuello de botella de la producción y el consumo. El intercambio, entonces, es la medida del progreso humano y limita o expande la producción porque la producción (por encima de la subsistencia) no tiene sentido sin él. Por tanto el hombre sólo puede tener riqueza en la medida en que es fácil su intercambio.

Es interesante observar que el comercio continuó durante muchos siglos como un asunto puramente privado basado en el interés mutuo y el entendimiento entre comerciantes. Aunque estuvo sujeto al robo, los impuestos y la tributación, la idea de que el estado lo regulara o emitiera certificados de permiso no se le ocurrió a nadie. La concepción del comercio por los comerciantes fue siempre que descansaba meramente en la ventaja mutua de ambos comerciantes y estaba sujeto a los riesgos del bandidaje. No entraba aquí el factor político. Esta actitud libre e independiente se perdió cuando el dinero se convirtió en instrumento del poder del estado. Con el paso del tiempo, la psicología del comercio se ha ido esclavizando más y más por la superstición de que el comercio mediante dinero debe estar regulado y permitido por el estado.

Esta falsa actitud ha sobrevenido porque el hombre no ha entendido el dinero; y ha creído que, en el paso del intercambio por trueque al intercambio en dinero, estaba pasando del trueque a un plano más elevado donde, por la magia de la política, se había conferido sobre él un poder que él no podía ejercer sin la sanción del estado. En verdad, el comercio no se ha elevado, ni puede elevarse, por encima del trueque –porque es inconcebible que un comerciante entregue un valor sin que tenga la seguridad de recibir otro valor a cambio. A través del dinero, el trueque sólo ha sido mejorado por la introducción de un intervalo de tiempo entre la entrega del valor y la requisición del valor, lapso durante el cual el instrumento que es el dinero certifica el derecho del vendedor dentro de la comunidad de comerciantes. El dinero como instrumento no tiene valor, el valor reside solamente en la cosa o cosas que permite sucesivamente requerir.

Crear en un estándar metálico o de otro tipo, o identificar el dinero con cualquier bien, o “respaldarlo” o “cubrirlo” o “reservarlo” o atribuirle valor es confesar la incapacidad de dominar el concepto del dinero. El concepto del dinero es un concepto contable y se halla tan abstraído del valor como las mismas matemáticas. El dinero es la matemática del valor y carece de valor en el mismo sentido que la matemática carece de valor o realidad. Ninguna cantidad de valor puede crear dinero, pero cuando los hombres hacen un contrato para comerciar entre sí por medio de la contabilidad, en términos de una unidad de valor, un sistema de dinero se forma, y el dinero entra en la existencia cuando cualquiera de ellos, por medio del acto de pagar para una adquisición, aparece como deudor en el sistema de contabilidad. Y a la inversa, el dinero se destruye por el proceso de venta en la que el crédito es recuperado frente a la deuda previamente contraída. Sin embargo el valor no se crea ni destruye por el proceso de crear y destruir dinero porque el dinero no es sino un concepto.

Todo abogado sabe cuando establece un contrato que el contrato real existe en las mentes de las partes contratantes y que el papel y tinta no son sino la evidencia del contrato. Del mismo modo, la sustancia del dinero es un acuerdo entre comerciantes para mantener un trueque partido. El instrumento del dinero no es sino la evidencia y el mecanismo contable para el trueque partido, consumado con el acuerdo de los comerciantes.

Sin duda, la unidad en que todo esto se expresa implica un concepto especial, pero este concepto no se relaciona en modo alguno con el estado o la política. Ni comporta legislación, ni poder ejecutivo; ni el poder judicial del estado. Sólo es la concepción de valor abstraída de su imagen, y vaciada en una relación matemática. En el trueque simple o completo evaluamos las cosas comparándolas entre sí; y la rareza y la

deseabilidad (la oferta y la demanda) nos influye a la hora de valorar las cosas más o menos. No es necesario en el trueque simple darse cuenta de que todos los valores son múltiplos de un común denominador que constituye la unidad mínima. En el intercambio en dinero nos es necesario comprender esto antes de que podamos tener dominio del dinero y determinar una unidad que nos permita matematizar o calcular el valor.

En todo caso, no necesitamos aislar la unidad mínima de valor más de lo que necesitamos encontrar la más pequeña unidad física para entender problemas de física. Sólo necesitamos saber que hay una unidad que es el valor más bajo y que todos los valores son múltiplos de tal unidad. Ni podemos concebir un múltiplo de la unidad de valor indeterminada más baja excepto en alguna forma física, y entonces también el múltiplo es indeterminado. Para propósitos prácticos de cambio debemos tener algún objeto con valor, que contenga un número indeterminado de unidades mínimas de valor indeterminado, y aceptarlo como nuestra unidad de dinero.

También debemos darnos cuenta de que hay un valor máximo y este valor es la propia vida, la concepción más integral de valor que la mente puede concebir. Entre la unidad mínima de valor y la máxima, todos los valores se extienden en relatividad. Puesto que la vida queda investida con más objetos de valor, cada uno de ellos sostiene un número menor de unidad de valor, pero la suma total de valor de todos los objetos es la misma; es la vida. Las unidades de valor están invertidas en o despojadas de, todos los objetos por las mentes de los hombres reaccionando entre sí y produciendo lo que llamamos precios del mercado.

Es esencial entender que el valor objetivado no tiene fijeza, sino que está constantemente en flujo bajo la operación de la ley de la oferta y la demanda. Pero, mientras todos los objetos ganan o pierden en valor, ningún valor se pierde porque, bajo el mismo concepto de relatividad del valor, el valor que escapa de un objeto debe invertirse en otro u otros —permaneciendo igual el total. Entendiendo la fluidez del valor, está claro que no pretenderemos la locura de intentar encontrar o crear un objeto de valor fijo para adoptar como unidad monetaria. Proseguiremos con el tema mediante un ejemplo.

Un intercambio hipotético

Vamos a imaginar un grupo de comerciantes reuniéndose para desarrollar una unidad de dinero y un sistema monetario. Ellos se juntan en el mercado y traen cada uno sus bienes. Comerciar es un proceso que implica relatividad de valor y esto requiere un polo positivo. Cuando el polo se ha determinado, se convierte en la figura uno y de ahí en ade-

lante esta relatividad matemática puede operar matemáticamente. Cualquiera de los bienes en el mercado podría servir como polo o figura uno. Elegiremos arbitrariamente a la oveja como unidad comercial y supondremos la siguiente tabla de valores relativos.

oveja	1
Carreta de arena	0.10
Par de zapatos	0.50
pantalones	1
arnés	2
pollo	0.10
Barril de trigo	0.20
Barril de maíz	0.10
vaca	3
caballo	5
vela	0.01
cerdo	1
Onza de oro	5
Onza de plata	0.50
	<hr/>
	19.51

Cada uno de todos los bienes en este universo imaginario de valores suma 19.51 unidades o 19.51 veces la unidad, que en este caso era la oveja. Supongamos ahora que los mismos comerciantes traen los mismos bienes el próximo día de comercio y que entretanto, como también es de suponer, la ley de la oferta y la demanda ha seguido en marcha y los valores han cambiado y que ahora ofrecen esta oscilación:

oveja	1.10
Carreta de arena	0.10
Par de zapatos	0.40
pantalones	1.10
arnés	2.00
pollo	0.10
Barril de trigo	0.18
Barril de maíz	0.11
vaca	2.75
caballo	5.25
vela	0.01
cerdo	0.91
Onza de oro	4.90
Onza de plata	0.60
	<hr/>
	19.51

Nuestro universo de valores no ha cambiado en su valor total pero sus valores relativos se han alterado. Lo que un bien ha perdido ha sido recogido por otro y esto ilustra que nada se ha perdido ni ganado en la suma total –que es la vida-, pero algunas cosas representan una parte

mayor del total y algunas otras una menor. Si hubiéramos introducido en este universo hipotético de valores una o más nuevas comodidades el segundo día o dejado fuera una o más como faltas de valor, seguiríamos teniendo el mismo número total de unidades de valor. La multiplicación de cada artículo por la provisión total de ese artículo no habría hecho ninguna diferencia puesto que la abundancia o escasez de cada uno se refleja en el precio arrojado. Eso es de hecho lo que determina el precio y los cambios de precios.

¿Pero qué se ha hecho de la unidad? ¿Acaso ha cambiado? En absoluto. La unidad no es la oveja sino el valor de la oveja en el momento en que se adoptó como unidad. Esto demuestra que mientras podemos dar comienzo a una unidad sólo imaginando un objeto de valor, no podemos congelar la suma de valor en ese objeto; puesto que él, como cualquier otro objeto, está en constante flujo de valor bajo la ley de la oferta y la demanda.

La unidad, una vez que es adoptada, es como la nota clave o tónica de la orquesta del comercio y pierde toda identidad con el objeto con el que se identifica de entrada. Esta liberación de la unidad de lo concreto a lo abstracto es el concepto más difícil de la ciencia del dinero y es a causa de su incomprensión que se ha proyectado la idea del valor fijo o estándar, ocasionando un engaño casi universal en el mundo académico. El patrón oro es rotundamente defendido por economistas y banqueros que no pueden dominar el concepto de una unidad abstracta de valor —aferrándose por tanto desesperadamente a la idea del valor fijo o estándar, que es una ilusión. El hombre común, de cuya actitud mental depende toda la práctica del dinero, no sabe nada ni se preocupa por la ficción conocida como estándar, puesto que no está llamado a explicar el dinero. Son los llamados pensadores y profesores los que elaboraron la idea de un estándar —porque supone una coartada para su falta de comprensión del concepto abstracto del valor.

No existe un bien estándar

Por supuesto, no existe un bien estándar; porque la ley de la oferta y la demanda no puede suspenderse en favor de algún bien. El apuntalamiento del precio de un bien tal como el oro o la plata puede impedir la variación de precios, y esto dar una apariencia de estabilidad, pero no puede congelar el valor. En la lista anterior hemos incluido el oro y la plata, y en el ejemplo del mercado en un segundo día, se ha mostrado a ambos con una variación de precio. Para dar la ilusión de estabilidad al oro o la plata, o a cualquier otro bien, es necesario que algún poder haga un mercado para él a un precio por encima de su valor real, pareciendo así no variar. Pero un precio apuntalado no es un valor. Un engaño pla-

nificado semejante no es posible en un sistema de dinero privado porque ningún comerciante privado sería lo bastante fuerte para mantenerlo; y por supuesto no tiene propósito si no hay nadie que se deje engañar. Es parte del escapatismo del sistema monetario político y sólo puede ser perpetrado por un gobierno —puesto que, en un sistema monetario político, el gobierno tiene un suministro ilimitado de dinero que gastar en semejante fantasía.

La idea entera del “estándar” ha sido improvisada bajo la falsa creencia de que el emisor de dinero es quien lo respalda, cuando en realidad, es el vendedor quien respalda al dinero. Emitir dinero es una función del comprador; respaldarlo es función del vendedor —el único que pone valor detrás de él. La gente, al aceptar el dinero, siempre lo ha respaldado. El gobierno simplemente lo ha requisado a través de impuestos, que es la única forma que tiene de recuperar su emisión.

En nuestro intercambio hipotético de dinero nada se ha dicho hasta ahora de los instrumentos del dinero, y, antes de que entremos en ello, es conveniente darse cuenta de que el concepto del dinero debe venir antes que el instrumento del dinero; y que puede haber un intercambio de dinero real sin tan siquiera instrumentos. Cuando los comerciantes son capaces de evaluar cosas en términos de una unidad abstracta o matemática, ya han concebido el dinero; y pueden realizar intercambios monetarios sin registro o instrumentos. Por supuesto, esto no es viable aplicado a gran escala; y esa contabilidad e instrumentación que se sigue no es sino el registro de transacciones consumadas en el concepto.

Si un granjero se acerca al comerciante con la cuestión: “¿Qué estás dando por huevos?”, y el tendero responde, “un picotín de maíz o tres yardas de percal”, el comercio se hace sobre una base de trueque completo. Pero si la respuesta es “30 céntimos”, el comercio se hace sobre una base de dinero o trueque partido. Se ha de alcanzar un trato por el que el granjero entregue 5 docenas de huevos y obtenga en los libros del tratante un crédito por un dólar cincuenta —contra el que pueda ordenar mercancías-, y este método puede continuar indefinidamente sin un solo instrumento de dinero pasando entre ellos; y todavía esta transacción sería una transacción monetaria perfecta. Ellos habrían realizado comercio por medio de dinero simplemente porque los comerciantes fueron capaces de establecer un precio en términos de una unidad abstracta de valor. Es importante para nosotros darnos cuenta de que la suma de los instrumentos de dinero usados en el comercio está lejos de ser proporcionada con la suma de las transacciones en dinero. Los artículos de compensación son comunes en los negocios, reduciendo así la necesidad de instrumentos monetarios para fijar balances.

Dinero estilográfico

Asumamos que nuestra hipotética comunidad de comerciantes – habiendo encontrado la necesidad de instrumentar su intercambio con instrumentos de dinero- contratan a un contable para tener constancia de sus transacciones. Cada miembro del intercambio podría recibir trozos de papel en blanco con los que ordena al contable cargar en su cuenta, e ingresar en la cuenta del vendedor, un número especificado de unidades de dinero o sus fracciones. No se requiere depositar nada ante el contable para autorizar tales órdenes y esto implica que los comerciantes estarían autorizados a empezar el intercambio con una contabilidad con saldo deudor o al descubierto. Detengámonos un momento para comprender que el dinero puede brotar sólo de la deuda y no del crédito, para mostrar así que la base del dinero es una promesa de entregar valor a la vista –una promesa que, como veremos más tarde, es una promesa compuesta o mutua y no una deuda privada, la cual, incidentalmente, el gobierno no es competente para hacer, porque no es capaz de pagarla.

Si asumimos que en un día de comercio, en el intercambio hipotético, los compradores emitieron cheques por la suma de 950 unidades, y que cada tratante depositó sus cheques en el registro contable, el contable tendría 950 unidades como entrada contable; pero supongamos también que al recibir las cuentas de los comerciantes, las compensaciones muestran una deuda de sólo 50 unidades en las cuentas de aquellos que compraron de *más* y la misma cantidad de crédito en las cuentas de los que compraron de *menos*. Así, la cantidad real de dinero existente al final de la liquidación es sólo 50 unidades; mientras que han tenido lugar transacciones monetarias por valor de 950 unidades. Es incluso concebible que no quede ningún balance de deudas; y así, no habría venido ninguna clase de dinero a la existencia, a pesar del abundante intercambio de dinero. El dinero es creado por el proceso de incurrir en una deuda y es destruido por el proceso de compensar o pagar una deuda.

Esto demuestra que el volumen de dinero existente no tiene ninguna relación con el volumen de transacciones de negocios hechos en su nombre. El volumen de dinero existente es determinado por la cantidad de *gasto aplazado* o “*ahorros*” que exista. En el ejemplo, los comerciantes con balance acreedor tienen un derecho sobre valores poseídos por otros comerciantes, y estos comerciantes que tienen balance deudor son los emisores de dinero y han proclamado por tanto su obligación para con otros comerciantes. Esto demuestra que el dinero, ya quede evidenciado como un registro contable o mediante moneda corriente, no es sino un medio de evidenciar balances de

trueque –y, puesto que nunca iguala los valores que fueron negociados en su concepto, es absurdo pensar en él como algo que tiene valor. También es absurdo pensar en una reserva o almacén de valor que respalde o sostenga al dinero existente. No es un derecho sobre ningún bien en particular ni ningún comerciante en particular sino sobre cualquier bien en las manos de cualquier tratante. Sólo en tal sentido hay un almacén de respaldo de los instrumentos del dinero existente o potencial. Todos los esfuerzos por planificadores del dinero ignorantes de particularizar el dinero estableciendo “fondos de pago” y “autoridades de garantía” son por tanto contrarios al auténtico y único propósito del dinero –que es hacer posible el comercio escapando a la particularización y entrando en la generalización.

La esencia del intercambio en dinero es un pacto entre tratantes para emitir dinero para compras *de* cualquier tratante y para aceptar ventas *a* cualquier tratante –no a ningún precio fijado, sino a precios marcados por el funcionamiento corriente de la ley de la oferta y la demanda.

Introduciendo la moneda corriente

Para comprender el uso de moneda corriente en lugar de cheques en este ejemplo de comercio, sólo necesitamos imaginar una pieza de papel o moneda, con una leyenda apropiada, que no requiera firma alguna del portador o identidad del emisor, y suministrada por el contable, en lugar de los anteriores cheques de los comerciantes. El contable pondría la deuda en la cuenta del receptor de moneda corriente o circulante la cantidad de su cheque, y la ingresaría en la cuenta de cualquier comerciante que devolviera esa moneda. Puesto que el circulante sólo podría ser obtenido escribiendo un cheque por ello, sería tanto una creación del escritor del cheque como del cheque. Es por tanto imposible que se emita dinero, ya sea forma de cheque o circulante, salvo *por un comprador*, y la emisión real tiene lugar sólo *en el acto de pagar*.

Observaremos que en nuestro intercambio imaginario no ha entrado ningún factor externo, y es imposible ver cómo podría entrar alguno, o pudiera aportar algún elemento que no tengan los comerciantes mismos. Ellos tienen todos los valores que son comerciados. Ellos tienen todas las necesidades que han de ser cubiertas. Ellos tienen todos los poderes para formar un pacto que afecte solamente a sus propios intereses. Ellos no toman nada de ninguna parte. Ellos no interfieren con los derechos de nadie. Sus tratos comerciales no pueden tener ningún efecto adverso sobre nadie excepto sobre aquellos a los que se les niegue la oportunidad de explotarlos. Con toda certeza, ellos deben establecer reglas prácticas para su intercambio, pero en esto también ellos son

competentes como para hacerlo sin necesidad de ninguna asistencia externa.

La regla más esencial que ellos deben establecer es la determinación del límite de creación de deuda o dinero para cada miembro. El poder de crear deuda o dinero es la verdadera energía o sangre vital del sistema; y el restringirlo indebidamente sería negativo para todos. Por el otro lado, distorsionarlo permitiéndolo en exceso para algunos e insuficientemente para otros ocasionaría males. Este problema lo tratamos en detalle en el Capítulo 7.

Dejando para más adelante la consideración de determinar el límite a la cantidad de poder de creación de dinero o deuda a ser autorizado para cada participante en el intercambio de dinero, trataremos ahora sobre las cualificaciones para tal participación. Hay dos clases de participantes en un intercambio de dinero. Cualquier persona que acepte dinero, se vuelve automáticamente un participante en el intercambio que autorizó el dinero. Él adquiere así el poder de requerir valor de otro participante simplemente con transferir el dinero que ha recibido. Un participante así no requiere ninguna cualificación formal como miembro, ni cualificaciones de cualquier otra especie. A esta clase de participantes la llamaremos participantes con poder de crédito. El participante con poder de crédito (al que llamamos Clase B en el Capítulo 9) puede comprar solamente después de que ha adquirido dinero vendiendo. Él no tiene el poder de crear dinero.

La otra clase de participantes son aquellos que han sido formalmente cualificados como miembros en el intercambio, a los que por tanto se ha asegurado el poder de compra antes de vender, o en otras palabras, órdenes de deuda o de poder de sobregiro más allá del descubierto. Estos participantes son los creadores de dinero y los llamaremos miembros con poder de deuda (llamados Clase A en el Capítulo 9). Para determinar la cualificación para tales participantes debemos entender el pacto con el que ellos establecen el intercambio de dinero.

El pacto de dinero es una promesa mutua de comerciantes en competencia para comprar y vender en términos de una unidad abstracta de valor, para emitir instrumentos de dinero en términos de esa unidad dentro de los límites prescritos, y para aceptar tales instrumentos emitidos por cualquier miembro del pacto a cambio de valor a precios competitivos.

Los comerciantes competitivos son puestos por la competencia en una igualdad de disciplina que los hace participantes ideales en un intercambio de dinero como miembros con poder de deuda, porque cada uno se ocupa de que no se emita dinero salvo por valor recibido —y ninguno está capacitado para imponer un precio sobre otros que no sea resultado de la libre competencia. De este modo toda unidad monetaria emiti-

da está respaldada por el intercambio real de valor y la unidad y el nivel de precios permanece estable. El control disciplinario de la competencia cualifica a los tratantes competitivos, como partes responsables, a entrar en un pacto monetario con otros tratantes similarmente disciplinados.

Cualquier tratante que, en razón de una subvención política, queda libre de la competencia no es un participante deseable en el intercambio de dinero porque se encuentra en posición de forzar la emisión de dinero por encima del intercambio libre de valor de su producto. Esto introduce un elemento inflacionario en el intercambio que tiende a elevar todo el nivel de precios, o, en otras palabras, a alterar el poder de la unidad.

El gobierno no cualifica

Cualquier monopolista es un factor de distorsión en el intercambio, y el tipo peor de monopolio es el gobierno político. El gobierno es una empresa pública sin fines lucrativos; el dinero es un agente inherentemente dedicado a las empresas que buscan ganancias y libre intercambio. El gobierno no tiene restricciones competitivas; no vende sus servicios por incentivos. No hace puja sobre el mostrador por su emisión. Impone meramente tributos sobre la riqueza de la comunidad sin consideración por el valor, o alguna forma de determinar el valor, de sus servicios. No tiene método de intercambio libre para respaldar su emisión de dinero, y si carece de esto, no está cualificado para emitir.

Los gobiernos son gestionados por hombres falibles que no son individualmente responsables de sus actos, como son los hombres en la vida privada. Las consecuencias de sus actos fallidos caen sobre el ciudadano y no sobre los funcionarios. El paternalismo que el sistema monetario político ha permitido adoptar al gobierno es el reverso de la verdad. El ciudadano es el padre y el gobierno es el hijo. Los ciudadanos deben nutrir y disciplinar al gobierno, y su control exclusivo del sistema monetario es el instrumento esencial para ello. Perderlo es perder la soberanía. Un gobierno con poder monetario puede librarse por sí solo del control del ciudadano y pervertir la economía inyectándole dinero sin respaldo.

El costo del gobierno debe ser soportado por la empresa privada pero al gobierno puede y se le debe negar el poder de introducirse en el costo de los precios y el costo de la vida. Puede y debe ser obligado a presentar sus costos de forma abierta y evidente, de forma que pueda suscitar la resistencia que cualquier exceso pueda justificar. Permitir al gobierno el poder de crear dinero es capacitarlo para que a través de un presupuesto desequilibrado aumente el costo de la vida y engañe a la ciudadanía sobre el costo real del gobierno, librándose así del control

ciudadano. Debe por tanto ser confinado al status de un poder de crédito participante en el intercambio (Clase B). En otras palabras, antes de que pueda gastar dinero, debe recolectarlo de entre las sumas ya creadas por los ciudadanos. Debe ser incapaz de crear dinero por el poder de deuda, poder que está confinado a los empresarios privados. Esto lo obliga a mantener un balance equilibrado y protege a la economía contra la inflación, su peor enemigo, asegurando al ciudadano un servicio público económico y responsable.

Vemos así que el dominio del dinero implica no sólo el dominio económico sino también el dominio político. Reserva para el ciudadano-tratante la parte esencial de su soberanía, y trae bajo control democrático tanto al gobierno como a los negocios.

La propuesta exclusión del gobierno del poder de crear dinero es afirmada como un ideal y no implica que el sistema monetario privado no pueda funcionar sin esto como condición. Un sistema monetario privado tendrá probablemente que empezar mientras el sistema monetario político está en funcionamiento; y por tanto, la amplitud de la participación del estado en el sistema monetario privado probablemente no será de entrada una cuestión. El principio de no-participación gubernamental en el poder de deuda tampoco implica que tal participación sea ruinoso para un sistema monetario privado. Tiene efectos perversos, pero todos los sistemas monetarios en la historia del dinero han sido perversivos sin que por ello hayan dejado de funcionar, puesto que se necesita un sistema de alguna clase y el comercio ha de usar cualquier sistema en ausencia de uno mejor.

En conclusión es quizás apropiado definir el dinero, y contrastar nuestra definición con la definición o descripción ortodoxa.

La palabra dinero tiene dos significados:

a) un concepto de valor abstracto como unidad de recuento.

b) un instrumento que expresa, en algún numeral de la unidad de recuento, una mitad consumada de una transacción a trueque partido, implicando a tratantes en un pacto para aceptar en intercambio por un valor equivalente a aquel que medió en el intercambio previo.^(*)

La “definición” convencional del dinero es la que sigue:

El dinero es un medio de intercambio; una medida de valor; un almacén de valor; y, un estándar de valor.

Esta es una afirmación de cuatro funciones que se supone ha de satisfacer el dinero, dentro del confuso concepto ortodoxo.

(*) Comerciar por medio de dinero es algo que puede ser practicado en el concepto (a) y bajo el pacto declarado en (b) por medio de registro mental o escrito y sin el uso de instrumentos negociables o transferibles.

MEDIO DE INTERCAMBIO. Esta es tan amplia que no transmite ninguna comprensión. Un vehículo, un memorando, un agente, un intercambio verbal, etc., son medios de intercambio. Si decimos “un medio de trueque partido”, la afirmación es definitiva, porque sólo el dinero puede servir a este propósito. La palabra “intercambio” incluye el trueque completo (en el que es un bien y no el dinero el que actúa como medio) tanto como el trueque partido.

MEDIDA DE VALOR. El dinero no es una medida de valor. El valor puede medirse solo por el valor y el dinero no tiene parte alguna en el proceso de evaluación. No teniendo valor, no es un criterio de valor. El dinero es meramente un medio de expresar valor después de que ha sido determinado. El dinero (el concepto) es la herramienta del lenguaje del trueque partido. El dinero (el instrumento) es la evidencia de un trueque partido consumado por una suma en una unidad.

ALMACÉN DE VALOR. Esto aparentemente se relaciona con el instrumento de registro de créditos de dinero. Decir que es una demanda de valor es lo más que puede concederse a esta afirmación. El valor que el instrumento de dinero o registro de dinero sobre el que se tiene una demanda, está en otras manos que las del poseedor de dinero y no está almacenado, prometido ni identificado en forma alguna, y la medida de esa demanda de valor depende de la fidelidad del sistema monetario. Por ejemplo, si un dólar de plata contiene 36 céntimos de valor en plata, la moneda es dinero en un 64% y bien en un 36%.

ESTÁNDAR DE VALOR. Esto se aproxima a “medida de valor”, pero es un esfuerzo por capturar algo de la supersticiosa cualidad que se adhiere a la idea de que el dinero descansa sobre un bien estándar.

Estas “definiciones” son parte del arsenal del abracadabra que ayuda a confundir al estudiante y a oscurecer la ignorancia del maestro en el tema del dinero. Los dos significados de la palabra dinero, el concepto y el instrumento de registro, se mezclan indiscriminadamente en esta jerga de papagayos.

Las cuatro verdades cardinales de la práctica del dinero son: El Propósito del Dinero, La Fuente del Dinero, El Respaldo del Dinero, y La Democracia del Dinero.

EL PROPÓSITO del DINERO es facilitar el trueque partiendo cada transacción en mitades, obviando la entrega de valor por un comerciante (el comprador) y permitiendo al otro comerciante (el vendedor) hacer requisición por su mitad sobre cualquier comerciante en cualquier tiempo. Esta es la única intención del dinero. Cualquier esfuerzo por emplearlo para influir en los precios o controlar el comercio es perversiva.

LA FUENTE del DINERO es el comerciante (el comprador) que recibe su mitad del trueque. Puesto que surge del proceso de compra, y está basado en la evaluación del valor adquirido hecha por el comprador, es obvio que no puede tener otra fuente, y que *es creado sólo por el acto de pagar por una adquisición*.

EL RESPALDO del DINERO. Al dinero se le da su respaldo material por el vendedor a través de su aceptación a cambio de valor. Su respaldo moral es la promesa del comprador de aceptarlo por valor equivalente en librecambio.

LA DEMOCRACIA del DINERO. Puesto que el comercio es democrático, y puesto que el dinero es un instrumento para facilitar el comercio, y dado además que sólo puede surgir de un comerciante en el acto de comprar, y ser respaldado únicamente por el comerciante en el acto de vender, es obvio que el dinero es un instrumento de democracia y la esencia de la soberanía del hombre sobre los negocios y el gobierno.

Uniendo el poder productor y el poder monetario

Estas declaraciones implican una total revolución en la racionalización del dinero. Por vez primera la fuente de la riqueza y la fuente del dinero son vistos como idénticos. Hasta ahora, la economía ha puesto la fuente de producción en un punto y la fuente del dinero en otro, de manera que la sincronización y balance entre potencia productiva y potencia monetaria resulten imposibles. Con el concepto de valor los dos están unidos, sincronizados y se hacen coextensivos de modo que nunca hay escasez, nunca exceso y nunca retraso. Así el individuo transmite sus servicios con una mano y requiere el producto del trabajo de su semejante en igual medida con la otra, manteniendo la producción y el consumo siempre en equilibrio al nivel más alto. Esta garantía de distribución y consumo masivos es el factor perfeccionador en el sistema americano de producción en masa.

El viejo concepto de dinero es que el trabajador debe primero obtener el consentimiento de un poder fuera de él mismo antes de que pueda requerir valor. Así su poder adquisitivo queda restringido y esto, a su vez, reacciona sobre su poder de venta, y esto limita su poder productivo. En otras palabras, el viejo método, al limitar el poder de compra, necesitó reducción del poder productivo y derrotó a la producción masiva, mientras el nuevo concepto permite comprar tanto como se puede producir.

No tiene sentido aumentar las capacidades del hombre para producir, si sus capacidades de consumo no aumentan proporcionalmente. Como explicamos en el Capítulo 7, cada uno de nosotros es su propio cliente. Todo hombre ha de vender todo lo que produce, o se desarrollan

excedentes en algunos lugares y escasez en otros, para desequilibrio de la economía. Por tanto no es sólo el derecho, sino también la obligación de todo hombre comprar los productos y servicios de otros hasta un valor como el de su propia producción. Si esto se cumple, nuestros hombres de ciencia podrán desarrollar las técnicas de producción masiva hasta su límite natural. Si esto no se cumple, han de quedarse estancados.

Si podemos coordinar el consumo con la producción podemos desarrollar nuestra producción en masa hasta el punto en el que la plenitud de producción traerá por sí misma la disminución de las horas de trabajo, la abolición del trabajo infantil y de ancianos, y nos dará menos trabajo y más tiempo libre, hasta que consigamos el balance ideal entre trabajo y tiempo libre. De que nuestros ingenieros de producción pueden llevar a cabo su parte en este objetivo, no puede haber dudas. La única cuestión es: ¿alcanzaremos el dominio del dinero igual que ellos han dominado la producción? Si no lo hacemos, frustraremos su empeño y la consecución de este gran objetivo social, así como la justificación del sistema de empresa privada.

El arma sorpresa

La sociedad está en el crepúsculo de un día que pasa. El estado se compromete ahora a financiar la economía, y, puesto que una economía libre es manifiestamente imposible donde el estado asume la responsabilidad de controlar la circulación del dinero, el político está obligado a elegir entre el fascismo y el comunismo. Con cualquiera de los dos la libertad es abolida y la gente esclavizada. Mientras los planificadores a lo largo y ancho del mundo abrazan los instrumentos para la economía dirigida, y los ideólogos y los repetidores de eslóganes preparan sus justificaciones para condicionar las mentes de los hombres hacia sus maquinarias de control, y la causa de la libertad humana parece indefensa, cae en manos de la gente un arma sorpresa que cambiará la tendencia de la batalla y dará a la gente el dominio, no sólo sobre sus asuntos privados, sino sobre los potenciales planificadores políticos. Este arma es el poder monetario de la gente tal como lo definimos en las páginas siguientes. Cambiará el curso entero de los acontecimientos humanos hacia las vías de la libertad, la prosperidad y la paz.

EL SISTEMA VALUN DE DINERO COMO EMPRESA PRIVADA, siendo apolítico, no tiene nacionalidad ni fronteras. Es por tanto naturalmente un sistema monetario universal, aunque pueda empezar en un área de comercio local en cualquier parte y extenderse por cualquier parte a despecho de fronteras políticas. Ofrece así una nueva base para la unión internacional de los pueblos sobre el plano económico con independencia de sus diferencias políticas.

Capítulo 6: Cómo emitimos el dinero

Cheques, moneda corriente y su base

Un sistema monetario es un gran mecanismo de contabilidad. Las cuentas privadas que son guardadas en los millones de libros de comerciantes privados son todas auxiliares de este libro maestro que determina el significado de la terminología en la que estas cuentas son guardadas. Si distorsionamos el libro grande, afectamos igualmente todos los millones de libros subsidiarios en la economía. La sociedad debe tener un sistema monetario estable para preservar su propia estabilidad.

Cuando los hombres de negocios deciden establecer un sistema monetario, ellos acuerdan mantener en fideicomiso unos para otros bienes y servicios que son prometidos contra los cheques que han emitido en la forma de dinero. Estos valores —que son mantenidos en fondo por todos para cualquiera que pueda presentar un cheque de dinero— constituyen una vasta reserva que no está almacenada en un solo lugar, sino dispersa por toda la esfera comercial. Esta vasta reserva de bienes y servicios es la base o respaldo para la provisión de dinero circulante. Las “reservas” y depósitos en metal no son sino escaparatismo. Sólo aquello que es adquirible es un respaldo para el dinero.

Mientras todos los comerciantes en intercambio mantienen valores en fondo, nadie sabe quién puede realmente presentar una demanda de propiedad por la oferta de dinero, ni si hay una justificación para tal oferta. Ha de haber por tanto una contabilidad central, con un ojo que todo lo vea, para guardar las cuentas de quien tiene valores y quien tiene demandas sobre ellos. Deben estar disponibles ciertos medios de transmitir esta información a y desde la contabilidad central.

Con objeto de fijar en nuestras mentes el hecho de que el intercambio de dinero es contabilidad y que no se adhiere ningún valor a los instrumentos de dinero, supongamos que el contable central opera por teléfono, sin instrumentos de dinero. A telefonea a la oficina central y declara que B ha ordenado algunas mercancías a un precio determinado de dinero y pregunta si la cuenta de B permitirá el cargo. Si obtiene la confirmación de que podrá hacerlo, los bienes son enviados y la contabilidad central carga en la cuenta de B e ingresa en la cuenta de A. Se ha consumado así una transacción monetaria perfecta porque los valores fueron declarados en términos de una unidad de dinero y el valor sólo se ha movido en una dirección, y de la cual han surgido una deuda y un saldo favorable garantizado por las reglas del sistema monetario. Y sin embargo no se ha utilizado ningún instrumento, y por tanto no hay nada material sobre lo que la mente pueda fijar un valor o concederle un

supersticioso poder. Esto demuestra que el dinero es ante todo un concepto de contabilidad y que puede ser expresado verbalmente. Podemos ir más lejos y suponer que, en confirmación de la anterior transacción entre A y B, B envía al contable central un duplicado de la orden de A. Y todavía seguimos concibiendo la operación como una simple transacción contable sin que se añada ninguna superstición al duplicado de la orden.

Atengámonos a este concepto de contabilidad y supongamos que, con la orden para los bienes, B envía por medio de A una orden conocida como un cheque ordenando al contable central adeudar su cuenta e ingresar en la cuenta de A, y que A envíe esto al contable central en lugar de un duplicado de la orden. A pesar del hecho de que el cheque es conocido como un instrumento para el dinero, todavía no es otra cosa que un memorando de contabilidad –y no admite mistificaciones.

Supongamos ahora que B llama al contable y dice que no es oportuno escribir cheques para transacciones insignificantes; y le pregunta al contable si no tiene algún plan mejor que lo exima de andar escribiendo cheques. El contable le dice, “si. Tengo algunos billetes, con diferentes denominaciones y monedas, que no requieren firma y son buenos en manos de cualquiera”. B le pregunta que cómo puede conseguirlos. El contable dice: “envíame tu cheque por la cantidad que quieres y yo te los daré. Te asignaré una deuda en tu cuenta por la cantidad del cheque de la forma ordinaria.” Ahora, puesto que se ponen ante nuestra vista hermosas monedas y pedazos de papel primorosamente grabados, nos encontramos en el umbral en el que surge la mayor superstición. Para la mayoría de la gente sólo estos instrumentos son el dinero, y ninguna otra cosa. Y sin embargo no son más que instrumentos de contabilidad como el cheque y el duplicado de la orden, aunque el circulante sea más adecuado que el cheque para ciertos propósitos. Ni el cheque ni el circulante lleva a cabo más cosas que la llamada telefónica; todos son instrumentos de contabilidad y cada uno realizó una transacción en dinero.

¿Cómo entra el dinero circulante en la existencia? Como ya hemos visto, alguien tuvo que ordenarlo y autorizarlo. El método de contabilidad consiste en establecer una autoridad especial para el dinero corriente que ha hecho que se fabriquen monedas y piezas de papel. Cuando se escribe un cheque para ello, la cantidad del cheque es puesta en las deudas de la cuenta del que escribe el cheque, que recibe el circulante, y la misma cantidad es ingresada a la autoridad del dinero corriente. Así el dinero corriente es una creación del que escribe el cheque en igual medida que lo era el cheque que lo requería. Se convierte en el equivalente de un cheque certificado pagadero al portador. No tiene más misterio, ni magia, ni nada de impresionante. Cuando el dinero corriente vuelve al contable, es ingresado a quienquiera que lo devuelva y es cargado a la

autoridad del dinero donde es mantenido en espera de que algún otro lo requiera. Advertimos que el dinero corriente surgió de un libro de cuentas, exactamente igual que el cheque, y que por lo tanto ambos tienen la misma base.

El dinero circulante en el sistema Valun ha de ser por supuesto manufacturado en alguna planta central donde se establezcan garantías adecuadas contra el robo; y existirá el problema de la falsificación como lo ha existido con cualquier sistema monetario. Será el deber de la Junta Central de Intercambio Valun suministrar el circulante en billetes y monedas a la vista de los diversos intercambios, de manera que haya uniformidad y control central.

No serán usadas la promesa de pagar y la promesa de cumplir o canjear –formas que se usan con los instrumentos existentes de dinero. No hay nada que pagar y nada que cumplir en el dinero verdadero. Su finalidad es requerir bienes y servicios, no requerir alguna otra forma de dinero. La forma del cheque no necesita decir más que, “Ingresar la cantidad de y adeudar la cantidad del aquí firmante.” Los billetes de circulante sólo necesitan llevar la palabra VALUN y la denominación. Las monedas sólo necesitan llevar la palabra VALUN con la fracción que representan, tal como $1/100$, $1/20$, $1/10$, $1/4$, $1/2$. El nombre de $1/100$ sería un cend (en esperanto), la pieza de cinco cend podría llamarse un quin, la de diez cend un décimo. El material de base para las monedas sería el más barato de los que sirviera para finalidades de uso y peso. Habría que hacer concesiones a la industria de máquinas expendedoras.

Para capacitar al sistema Valun para que ofreciera el servicio de compensación de cheques que ofrecen los bancos –sin sus lujosas dependencias y extensas unidades y sucursales- se propone que sólo se establezca un Intercambio para cada estado; en cualquier dependencia satisfactoria, incluso si es en una sección industrial. Este plan excluye la necesidad para los miembros de visitar el Intercambio, y descansa enteramente sobre el correo para transmitir depósitos y devolver comprobantes. Un plan así debe proporcionar los medios para girar y depositar dinero corriente, y para servir a esta necesidad se propone tener Contadores de Dinero Valun en las cercanías de los negocios.

Contadores de dinero en vecindarios

Un Contador de Dinero Valun sería autorizado por franquicia emitida por el Intercambio Valun por un miembro candidato localizado en un barrio de negocios donde pudiera haber suficiente demanda como para justificarlo. La función primaria de un C. D. V. sería aceptar depósitos de dinero corriente o cheques por dinero a la vista. Los miembros que requieran dinero emitirían cheques pagaderos al comercial del

Contador –que entregaría el dinero circulante como ahora lo hacen los bancos. Si un miembro quisiera disponer de dinero, el comercial del Contador le emitiría un cheque con tal fin. Si el miembro quiere depositar dinero al Contador por la noche o el fin de semana, podría hacerlo estando asegurado frente a pérdidas. El comercial del Contador tendría por supuesto que disponer él mismo de un adecuado sistema de seguridad. El dinero del Intercambio estaría disponible para el comercial del Contador mediante una transmisión segura, pero aquí tenemos la idea de que habría pocos casos en que el dinero regresara al Intercambio –porque un comercial encontrándose con mucho podría encontrar probablemente a otro comercial, en la misma ciudad o vecindario, que tuviera poco-, el cual compraría el excedente con su cheque.

La función secundaria de los comerciales C. D. V. sería comprar valuns por dólares, o dólares por valuns, al índice de cambio corriente. Puesto que todos los miembros valun deberían estar obligados de entrada a hacer negocios tanto sobre la base del dólar como sobre la del valun, y puesto que algunos no-miembros podrían entrar en posesión de valuns, resulta evidente la necesidad de semejante servicio de “cambio de divisa”. La existencia de tal mercado de dinero serviría al propósito adicional de establecer un diferencial oficial entre el dólar y el valun, con objeto de poner precios a bienes y servicios en ambas unidades.

Los comerciales del Contador estarían organizados en una Asociación de Contadores de Moneda Valun, y darían parte de sus tratos valun-dólar diariamente a su oficina central, en la que se determinarían los tipos cambiarios después de la sesión de negocios todos los días para ser transmitidos por la mañana a los miembros de la Asociación. Estos tipos, por supuesto, estarían determinados por la ley de la oferta y la demanda. Si hubiera mayor demanda de valuns que de dólares, el precio en dólares de los valuns subiría. Si hubiera mayor demanda de dólares, el precio en dólares de un valun bajaría. Sería de esperar que hubiera una tendencia continua favorable al valun (esto es, que el precio en dólares de los valuns mostraría una tendencia a subir), pero pueden haber todo tipo de reacciones, y la variación diaria sería probablemente irregular.

La Asociación C. D. V., en anunciándose el tipo diario de cambio, proporcionarían una guía a los comerciantes para la doble apreciación de sus existencias en valuns y dólares. Así, si se anunció un tipo para el valun de \$6.65, significaría que cualquier mercancía comprada por el comerciante sobre la base del valun y dado el usual margen cambiario, sería multiplicada por 6.65 para obtener el precio en dólares. Si el artículo hubiera sido comprado sobre la base del dólar y dado el margen de cambio usual, se haría una reducción del 85% para llegar al precio en

valuns. Este porcentaje se anunciaría públicamente cada día de forma que los compradores y los vendedores conocieran el diferencial.

No habría ningún acuerdo entre comerciantes para seguir estos diferenciales de precios, y esto no afectaría la escala de precios de los diferentes comerciantes. Sin embargo, si un comerciante no siguió el diferencial en su fijación de precios en valuns y dólares, la tendencia para los compradores sería comprar, en los Contadores de Dinero corriente, valuns o dólares a cualquiera que le diera una ventaja sobre el comerciante que no hubiera seguido el diferencial oficial en sus precios. Esto a su vez obraría en desventaja del comerciante cuando fuera a convertir sus dólares en valuns o viceversa. La influencia de los Contadores de Dinero Valun consistiría así en hacer uniforme el diferencial entre el dólar y el valun en todas las tiendas, por más que sus escalas de precios puedan variar. De entrada, la práctica sería indicar los precios exclusivamente en dólares, con el descuento para valuns. A medida que el comercio en valuns gane ascendencia, la práctica sería probablemente nombrarlo exclusivamente en valuns, con el tipo de recargo en dólares.

Los Contadores de Dinero Valun serían propiedad privada y se gobernarían en los términos de la franquicia emitida por el Intercambio Valun. Todos los servicios prestados por ellos estarían sujetos a honorarios apropiados que serían estipulados por el Intercambio o regulados por competencia. Cualquiera que fuera el costo para los miembros, sería menor que el del costo de mantener sucursales a la manera del actual sistema bancario con sus muchas unidades lujosamente equipadas.

Los cheques que pasaran a través del Intercambio serían su corriente continua de ingresos a razón de un cargo sobre cada cheque liquidado o compensado, y este cargo por cheque sería minimizado con toda la frugalidad y economía posible. No hay en el sistema valun ninguna necesidad de esa cosa pretenciosa que ahora se pretende inspirar, esa ciega e intimidatorio confianza. No hay lugar aquí para escaparatismo o despliegues de ninguna clase. El sistema ha de ser una institución de hecho –sirviendo a las simple necesidad de intercambio, reflejando el control democrático de los miembros, y sirviéndoles esencialmente como un contable comunitario.

Capítulo 7: El límite de cada usuario

La determinación del Límite de emisión de dinero para cada persona y su pago y mantenimiento del adecuado suministro sin Inflación ni Deflación.

Llegamos ahora al punto crucial de nuestro problema para determinar el poder de emitir dinero. A través de la práctica tradicional del crédito bancario, que es un producto de la antigua actitud aristocrática, nuestras mentes han llegado a habituarse a atribuir la capacidad de crédito con la posesión de recursos materiales. Deberíamos tener cuidado de no prolongar esta actitud mental del sistema monetario autocrático cuando lo que nos proponemos es superarla.

No existe la psicología de la concesión (del crédito) en nuestro sistema. Todo queda enunciado en términos de derechos e interés mutuo. No hay nadie entre nosotros investido con poderes especiales, y por tanto no hay nadie que pueda favorecer a otros. Estamos persiguiendo el ideal de un auténtico sistema monetario porque el intercambio en dinero es indispensable para todos nosotros. Somos independientes. Somos independientes porque hemos descubierto que sólo a través de los otros aprovechamos plenamente nuestras propias posibilidades.

Si hacemos todo lo que consumimos, debemos limitarnos a un nivel de vida muy bajo. Si hacemos cosas que otros consumen y otros hacen lo que nosotros consumimos se eleva el nivel de vida general. Esto requiere intercambio y como ya hemos visto, el dinero es meramente un instrumento para facilitar el intercambio y por tanto significa explotar nuestra propia capacidad de producir riqueza. Pero no nos confundamos con el proceso de intercambio. No altera, o al menos no debería alterar, la regla de que consumimos sólo lo que producimos y producimos todo lo que consumimos.

Si hacemos todo lo que consumimos y consumimos todo lo que hacemos, ¿no se sigue que cada uno de nosotros es su propio cliente y que el auténtico sistema de intercambio es uno que nos permite comprar de todo lo que producimos y nada más? Si yo soy un zapatero y deseo un automóvil, yo puedo hacer ese automóvil haciendo zapatos, y cuando he hecho un número adecuado de zapatos, yo entraría en posesión de un automóvil. La transformación de los zapatos en automóvil es el servicio que me presta el intercambio, y la transformación del automóvil en zapatos y otras cosas es la forma en que el intercambio sirve al trabajador del automóvil. La función del intercambio es transformar nuestra producción en las cosas que queremos.

Si nos atenemos a lo básico en nuestro pensamiento hemos de concebir no sólo el derecho sino también la obligación de cada uno de nosotros a consumir todo lo que producimos, o, poniéndolo en términos de intercambio, debemos comprar todo lo que vendemos. Si nosotros vendiéramos, debemos comprar, y, por tanto, la solución del problema de vender nuestros servicios adecuadamente es comprarlos adecuadamente, indirectamente, comprándonos a nosotros. Para permitir que la acción y reacción natural del intercambio nos traiga seguridad y una prosperidad sin límite cada uno de nosotros debe estar capacitado para invocarlo a través de su poder inherente de emitir dinero.

Todos nuestros males económicos emanan de la locura de creer que nuestro poder de compra puede ser ejercido vicariamente, es decir, que el gobierno y aquellos pocos que tienen crédito bancario pueden hacerlo por nosotros. El poder de producir riqueza debe estar coordinado con el poder de emisión de dinero y residir en el mismo lugar –a saber, en cada uno de los hombres. Si el intercambio no hace trampas con nosotros, todos estamos trabajando para nosotros mismos; todos nosotros estamos comprando de nosotros mismos; todos nosotros estamos vendiendo a nosotros mismos. ¿Pero qué es lo que estamos comprando y vendiendo? Todos estamos comprando y vendiendo la misma cosa: energía humana, mental y física. Hay infinitas variedades de energía humana en forma física pero, básicamente, sólo hay un bien en intercambio que es la energía humana. Es el único valor.

Dinero laboral

Otros han comprendido esto y de esta premisa –que todo valor es trabajo, y que el dinero está basado en el valor- han llegado, acertadamente, a la conclusión de que el dinero debe estar basado en el trabajo. El error fatal, sin embargo, que los planificadores del dinero del trabajo han hecho es que ellos establecen una medida de trabajo, tal como una hora, como unidad de valor. Esto destruye por completo la función del intercambio, que es evaluar el trabajo. Cuando el intercambio no es libre para evaluar, está impedido, y estando impedido el intercambio, la producción se retarda.

Mientras que es verdad que el trabajo, mental y físico, es el único valor –y por tanto el único bien que pasa en intercambio-, no se sigue que el trabajo sea evaluable uniformemente. Afirmar que todo valor está hecho de trabajo, no es afirmar que todo trabajo sea igualmente valioso o incluso que todo trabajo sea valioso. El trabajo puede ser una

pérdida de tiempo; puede aplicarse de forma tan poco inteligente que carezca de valor.

En los muchos esfuerzos por establecer un sistema de dinero laboral, vemos cómo una lógica basada en una premisa fundada ha resultado frustrada por el viejo hábito de intentar establecer para el dinero una unidad fija de valor. Esta incapacidad para comprender la unidad abstracta de valor que comprende nuestro sistema ha sido la perdición de todos los pasados planificadores del dinero. En verdad, todos los sistemas de dinero que han existido y que puedan llegar a existir son sistemas de dinero laboral porque no hay nada más sobre lo que un sistema de dinero pueda basarse, ya que es el único valor. Pero un sistema de dinero puede, como lo han hecho todos hasta aquí, distorsionar el proceso de evaluar el proceso de intercambio de trabajo en perjuicio de los muchos y para beneficio de los pocos.

Todos somos trabajadores, y por tanto fuentes de riqueza, por cuanto que producimos o emitimos energía humana, pero debemos dirigir esa energía de un modo en que pueda gustar a nuestros semejantes; y en la medida en que respondemos a esta demanda será valorada nuestra energía –y no por el tiempo que hayamos consumido en proyectarla, ni por el sudor y esfuerzo con que nos hayamos sacrificado. A su vez, nuestros semejantes que participan en el intercambio deben proyectar sus energías a gusto nuestro. Estos procesos de proyectar y evaluar la energía son función del intercambio, y, después de que se ha determinado la evaluación, le toca al dinero expresar dicha evaluación; pero el dinero, si es verdadero, no tendrá influencia alguna en la determinación del valor. El dinero no es una medida de valor; es un método de estipular el valor determinado por el intercambio.

Así, el ideal por el que luchamos es mantener el dinero neutral durante el proceso de intercambio; y para hacer esto debemos mantenerlo disponible para cualquiera que desee utilizarlo dentro de ciertos límites. Estos límites no son fáciles de determinar.

El principio puede, sin embargo, ser expuesto simplemente:

Toda persona o corporación tiene derecho a crear tanto dinero –comprando– como sea capaz de pagar –vendiendo. Como ya hemos señalado, cada uno de nosotros es básicamente su propio proveedor y su propio cliente. El proceso de intercambio es de hecho un movimiento de enlace. El enlace va desde nosotros cargado con nuestra energía y retorna a nosotros transformado en la energía de otros. O viene a nosotros primero y nosotros lo devolvemos. El movimiento es iniciado por el poder del dinero; y cualquiera que carezca de poder monetario es incapaz de iniciar el enlace. Una economía que restringe el número de los iniciadores de enlaces, limita su productividad. El poder de iniciar el enlace es realmente el poder de comprar de uno

mismo, esto es, el poder de crear demanda para nuestros propios servicios. Un verdadero sistema monetario debe poner este poder a disposición de todos.

Mientras el poder de compra induce demanda para vender, no se sigue que este vínculo recíproco reaccione de forma invariable sobre un comprador en particular, dado que puede ocurrir que él no tenga el valor particular para el que se ha creado demanda. Por tanto, no podemos resolver el problema económico simplemente dando poder monetario y multiplicando el número de los iniciadores-de-enlaces. Si el problema fuera tan simple como esto, podríamos establecer el poder de creación de dinero para todos sin ningún límite asumiendo que las ventas equilibrarían automáticamente las compras en cada caso. Comprar crea demanda que ha de reaccionar sobre algún vendedor, pero no necesariamente en aquel que originó la demanda. No hay, sin embargo, forma de anticipar si un comprador particular puede crear demanda para sus propias existencias o servicios. Ya que esto es así, es obvio que el intercambio sólo puede funcionar sobre una base de ensayo y error. El problema a resolver es qué margen posible de error le será permitido a cada miembro del Intercambio Valun.

Una política inicial

Lo mejor que podemos hacer es establecer una política sujeta a enmiendas según nos pueda dictar la experiencia. Hay posibilidades de error, pero esto no debería intimidarnos, pues podría seguirse un daño mayor equivocándose por el lado más conservador. El intercambio no debe ser impedido incluso si algunos intercambios no alcanzan el nivel ideal. Es mejor permitir demasiado poder monetario que demasiado poco –porque es imposible para agentes de intercambio con éxito el abusar deliberadamente de este poder; mientras que es posible privar de sustento a agentes potencialmente prósperos.

Para ilustrarlo: Supongamos que un miembro tiene un poder de deuda de 10,000 valuns, es decir, tiene el poder de sobregirar su cuenta hasta los 10,000 valuns. Asumamos que ha bajado para sus compras hasta los 5,000 valuns cuando comienza a tener retorno de dinero de sus ventas; y que este ingreso corriente en su cuenta iguala o excede sus gastos corrientes. Sería imposible para él crear más valuns, porque sólo podrían ser creados disminuyendo sus ingresos –ya que los ingresos cancelan los valuns tan rápidamente o más que lo que podría crearlos. El ingreso de dinero destruye el poder de crear dinero, puesto que el dinero sólo puede surgir de la deuda en el balance. Sólo los que no tienen dinero pueden crear dinero.

La experiencia normal de los negocios es que ingresos y salidas se mantienen aproximadamente al día; y nuestro propósito es meramente proporcionar un margen de discrepancia. En algunas industrias éste es mayor que en otras, debido a los plazos de la facturación. Algunas industrias, particularmente en la agricultura, deben gastar por un largo periodo antes de tener rendimientos. Otras –por ejemplo, las ventas al detalle, como tiendas de comestibles- sólo tienen un lapso de una o dos semanas entre salidas e ingresos.

Debería hacerse un estudio de la facturación en varias industrias a modo de guía para las variaciones respecto a la regla general. Como regla general para el arranque del comercio en el Intercambio Valun, proponemos lo siguiente.

Cada empleador haría una lista de Intercambio con los nombres de los empleados que son miembros del mismo –junto con la cantidad de salario pagadero a cada uno en un periodo de tres meses, incluyendo agentes y propietarios. Estas cantidades constituirían el límite de deuda de cada uno de esos empleados.

Cada uno de esos empleados-miembros queda autorizado a escribir cheques hasta el límite estipulado. La cantidad del salario estipulada ingresa en la cuenta de Intercambio del empleado como ganada y simultáneamente adeudada a la cuenta de Intercambio de la nómina del empleado. Los cheques a escribir por los empleados serán deudas en sus cuentas. No se necesitarán más procesos de nómina. Así la creación de dinero comenzaría por empleados escribiendo cheques para sus necesidades. Si el empleado A tuviera un salario de 100 valuns al mes, su poder de deuda sería de 300 valuns. En otras palabras, podría sobregirar su cuenta hasta los 300 valuns.

El empleador tendría dos cuentas, una cuenta de nómina y una cuenta comercial. Su cuenta de nómina tendría un límite de deuda igual al total de su nómina para tres meses. Su cuenta comercial tendría un límite de deuda igual a $\frac{1}{2}$ de esta cantidad o tanto como le autorice su clase industrial según el estudio de facturaciones de las distintas industrias.

Con objeto de incluir en el poder de deuda a todos los miembros, para aquellos que no tengan nómina, quedaría provista una cantidad de 100 valuns por cada miembro.

Estos límites de deuda no serían préstamos, ni se aplicarían instrumentos para ellos, y la deuda real sería la cantidad de sobregiros en la cuenta. No habría una terminación para ellos, y podrían mantenerse indefinidamente. La razón para esto es que constituyen el suministro de dinero y son necesarios para el intercambio, y no hay razón para alternarlos. Los balances en deuda de algunas cuentas implican por supuesto ingresos en el balance de otras.

Por tanto sería imposible que todos los miembros tuvieran balances en deuda al mismo tiempo. Algunos podrían empezar a escribir cheques contra un balance positivo y no tener nunca balance de deudas, y algunos podrían permanecer crónicamente del lado de la deuda.

Con esta propuesta, el intercambio comenzaría por los consumidores comprando al detalle, y por los empleadores adquiriendo al por mayor. Al final del periodo de 3 meses, el empleador podría encontrarse a sí mismo con una deuda en su cuenta de nómina igual a las ganancias totales de sus empleados durante ese periodo. Este sería el límite de la cuenta de nómina. Para que sus empleados continuaran con sus cheques, él tendría que girar sobre su cuenta comercial –en la que habrían sido depositados todos sus recibos, y en el que habría un poder de deuda de la mitad de su nómina de tres meses.

Ejemplos

Un ejemplo: Un empleador tiene 50 empleados y su pago total por mes es de 5,000 valuns, o un total de 15,000 valuns para tres meses. Además de este poder de deuda sobre su cuenta de nómina, el tendría 7,500 valuns de poder de deuda en su cuenta comercial, para un total de 22,500 valuns. Sólo sus empleados podrían girar contra la cuenta de nómina. Al final de los tres meses su poder de deuda por nómina se habría acabado; y para mantener el poder de sus empleados de girar contra su cuenta de nómina, él tendría que transferirle a ella de su cuenta comercial lo suficiente para los tres siguientes meses. Los empleados tendrían un poder de deuda permanente igual a tres meses de salario.

Los empleados tendrían un poder de deuda los tres primeros meses equivalente a 1 y $\frac{1}{2}$ veces los tres meses de nómina durante los tres primeros meses, y un tercio de esa suma permanentemente.

Como ya se ha dicho, los límites de deuda propuestos son meramente una estimación de lo que proporcionaría una circulación suficiente para el arranque. La demanda para un poder de deuda adicional no debería ser una cuestión de solicitud individual, sino más bien una determinación del estudio sobre la facturación industrial sobre qué industrias requieren más y cuánto más. La cantidad determinada sería asignada a todo miembro dentro de esa industria en particular en razón de sus ventas el año o el semestre anterior.

En cuanto a los empleados, el límite de deuda para cada uno sería automáticamente ajustado por su salario, siendo la única cuestión si tres meses es el periodo adecuado.

Las personas que no tengan una base salarial, como los vendedores a comisión, comerciantes recién incorporados, y otros que no son empleados ni empleadores entrarían dentro del límite mínimo de deuda que podría ser, digamos, 100 valuns. Profesionales tales como los doctores, abogados, pastores religiosos, arquitectos, ingenieros, etc., serían clasificados, como los agricultores, dentro del comentado estudio industrial con una asignación de límite de deuda apropiada.

Cada miembro, con su límite de deuda asignado, podría entonces, dentro de ese límite, crear dinero “estilográfico” simplemente escribiendo cheques. Si requiriera moneda corriente, presentaría su cheque en el Contador de dinero corriente más cercano y recibiría billetes y monedas según su deseo. Si excediera su límite de deuda o sobregiro, sus cheques serían devueltos exactamente como se hace ahora cuando se supera el límite de crédito de un banco.

No habría problemas de nómina ni para empleadores ni para empleados. El Intercambio ingresaría automáticamente el pago prescrito en la cuenta de cada empleado cada día de pago y el empleado introduciría sus pagos en su talonario. Por supuesto, cualquier cheque recibido por cualquier miembro tendría que ser enviado por él al Intercambio para ingresar en su cuenta y adeudar en la cuenta del emisor del cheque.

Con este plan de poder de creación de dinero de los empleados, se le da un estímulo al empleo; porque cada empleado trae a su empleador su propio poder de deuda, y el empleador tiene tres meses de aplazamiento para los pagos del sueldo. Esto es una contribución vital hacia la venta de servicios laborales, porque hace menos prohibitivo el pago de nóminas. Cada empleado se hace un capitalista que aporta no sólo sus servicios sino también su propia financiación. Cada empleado compra en efecto sus propios servicios. Esto coloca al poder monetario en su punto más vital. También amortigua el desempleo; porque un empleado que queda fuera del mercado laboral no está obligado a dejar de comprar a menos que haya gastado su límite de deuda.

El dinero como estabilizador

Una vez que hemos establecido el principio de poder de deuda para los empleados, hemos liberado un poder para la estabilidad que no es posible cuando este poder está confinado a los empleadores o vendedores de bienes. Cuán lejos podemos ir en esta dirección, es algo que no puede preverse, pero es fácil ver que el poder de deuda en este punto puede ayudar positivamente a prevenir la depresión porque poder sostenido de compra significa demanda sostenida de empleo.

Cuando los bienes muestran una tendencia a acumularse en los almacenes, se está indicando que los empleados no han recibido sueldos lo bastante altos como para comprar los bienes que han producido. Se sigue entonces la reducción de producción; que implica reducción del empleo, y esto a su vez comporta reducción de las compras —acentuando el desequilibrio entre el suministro de bienes y el suministro de dinero. Una competencia perfecta debería eliminar este desequilibrio entre suministro de bienes y suministro de dinero porque debería obligar a que los salarios fueran adecuados. ¿Pero podemos esperar una competencia perfecta? Si bien el sistema monetario político es la principal distorsión de la competencia, hay otras influencias perturbadoras, que también son atribuibles a la intervención política.

Si no hubiera otra remedio que introducir una fuerza de compensación para equilibrar las desigualdades de la competencia imperfecta, se encontraría en el sistema valun el recurso ideal, por la simple medida de mantener el poder de deuda incluso con el desempleo. Esto evitaría la formación de la espiral de la depresión, y cortarían en ciernes la amenaza de la depresión misma.

Una depresión implica escasez de empleadores y exceso de empleados; ¿pero acaso no es menos amenazador cuando el poder de crear dinero está del lado de los empleados? ¿No induciría a algunos empleados a cruzar la línea y hacerse empleadores (desde el momento en que emplear a otros no implique un gasto inmediato de los fondos disponibles), tendiendo así a restaurar el equilibrio entre empleadores y empleados?

La finalidad del sistema valun es establecer un sistema monetario verdadero, y confiar en la competencia para mantener la economía estable. No está inspirado en el objetivo de establecer un sistema compensatorio para las desigualdades que puedan darse en el intercambio; pero podemos señalar que, si hay un programa compensatorio que deba ser perseguido, el sistema valun cubre efectivamente tal necesidad.

Demanda constante

Puesto que el empleo constante, con el consiguiente mantenimiento constante de la producción y el consumo, es el ideal de toda economía, ¿no podemos decidir hacerlo realmente considerando la relación empleador-empleado como existente entre todo el cuerpo de empleadores y todo el cuerpo de empleados, más bien que entre empleadores individuales y empleados individuales?

Si adoptamos esta actitud es simple proveer –en el Intercambio Valun- una agencia de empleo en la que los empleados-miembros se hallen registrados con toda la información de su cualificación. Los que eventualmente quedaran fuera del mercado laboral, podrían seguir girando a su cuenta hasta $\frac{1}{2}$ o $\frac{3}{4}$ de su sueldo más reciente hasta que otro empleador volviera a contratarlos.

Esta política puede justificarse sobre la base de que no habría desempleo salvo que se les haya pagado de menos a los empleados –haciendo así imposible para ellos comprar los bienes que han producido-, y la compensación al desempleo consiste en corregir esta desigualdad previa.

Durante el periodo de desempleo continuaría el consumo mientras que habría una disminución neta de producción, tendiendo así a restaurar el equilibrio entre producción y consumo. El empleado se *compraría efectivamente su vuelta al empleo*; porque su consumo induciría una demanda por producción, igual que su consumo previamente escatimado ha traído su desempleo.

¿Sería inflación esta emisión de dinero nuevo durante la fase de desempleo? No, no lo sería. *La inflación es la emisión de dinero contra algo sin valor*. Aquí tenemos emisión de dinero contra valores previamente producidos y con precios anormalmente altos, tan altos de hecho, que no habías suficiente provisión de dinero en manos de los empleados para comprarlos. En otras palabras, la condición de desempleo se produjo por *una inflación de suministro de bienes* –haciendo bajar a los precios- y la acción propuesta es una influencia deflacionaria sobre los bienes, llevando a los precios de nuevo a su estado normal.

Si, de todos modos, debemos elegir entre un nivel de precios alto, con empleo continuo, y precios más bajos con desempleo, la elección unánime sería a favor de lo primero.

Podemos ver a los socios del sistema valun como una comunidad dentro de la comunidad general –una comunidad interna donde son eliminados los males del sistema monetario político; y donde otros males, que pueden ser inevitables, son compensados, y la economía se mantiene estable.

No es el propósito de este estudio esbozar arbitrariamente una política de deuda. La política de deuda constituye las entrañas de todo el sistema, y si el principio democrático del poder monetario se respeta, todo lo demás es una cuestión de juicio y preferencia según el deseo de los miembros a través de sus servidores electos.

Es posible no sólo asegurar una prosperidad continua de todos los empleados miembros del Intercambio, sino incluso absorber gradualmente a los desempleados de entre los no-miembros. El ciclo de

producción y consumo no necesita empezar por la producción; puede comenzar con el consumo. Una persona desempleada puede realmente *comprarse un trabajo* consumiendo bienes existentes, induciendo así demanda de trabajo. Puesto que una persona teniendo poder de deuda valun puede gastar sus valuns sólo con suministradores que sean miembros del Intercambio Valun, su demanda sólo puede dirigirse al interior del sistema; y así toda reacción se queda en el interior de la comunidad valun.

No habremos abarcado enteramente los derechos humanos hasta que reconozcamos el derecho de todo hombre a ofrecer sus servicios a la sociedad por los medios prácticos de requerir los servicios de otros a través de su poder de emisión de dinero. En una sociedad de intercambio esto significa que emplearse uno mismo es emplear a otros induciendo una reacción de demanda por sus propios servicios. Por tanto, por pura justicia, no podemos negar a ningún hombre el derecho de emitir un cheque sobre su propia energía, incluso aunque, en el tiempo de la emisión, él esté desempleado.

Temores injustificados

El temor a la delincuencia moral, como un riesgo del poder de deuda ejercido por los individuos sin discriminación, puede reducirse a causa de la unidad del sistema contable. Un Intercambio Valun sería un libro de San Pedro en la tierra que podría condenar a un hombre infiel a la perdición económica. En el sistema monetario político, todo banco es un emisor individual de crédito y no hay un libro central; y uno puede defraudar repetidamente y todavía permanecer en la comunidad económica. No así en un sistema valun. Sólo hay un libro de deudas e ingresos. De cualquiera que emita valuns mediante su poder de deuda no se espera otra cosa que el que acepte valuns cuando se los ofrezcan por bienes y servicios a los precios corrientes del mercado. Si no hace esto, se mostrará pronto en su cuenta. Si ha estado deseando entregar sus existencias o trabajo a precios competitivos y no ha encontrado tomadores, la falta no es moral. Si sin embargo rechaza deliberadamente aceptar empleo o patronazgo, inmediatamente atrae el ostracismo de toda la comunidad valun. Este autoagravio es mucho mayor que cualquier daño al resto de los miembros reputados –que seguirán funcionando sin advertir su salida.

Habrán faltas honradas –puesto que los hombres siguen siendo igual de falibles- y el sistema debería proporcionar alguna forma de restablecer el poder de deuda de tales personas; pero esta es una de las cuestiones cuya decisión ha de dejarse al sentido común de los miembros.

La pregunta sobre qué ocurre con las deudas no satisfechas que resulten de faltas, no es peculiar del sistema valun. Las pérdidas en negocios son absorbidas en los precios de los bienes y esta es una de las influencias que tienden a elevar los precios. Hay de todos modos otras influencias que tienden a reducirlos –particularmente la pérdida de dinero corriente, que a su vez es contrarrestada por la presencia de falsificaciones. Estos factores no son serios y pueden ignorarse para el propósito del siguiente estudio.

Podemos asumir que todo emisor de valuns pagará con bienes o servicios todos los valuns que él emita; y la falta, por cualquier razón, en hacer esto no puede ser tan perjudicial para la economía como lo es una política pesimista que podría dificultar el intercambio. Es mucho mejor que el dinero sea emitido más allá de su liquidación real que el que sea emitido por debajo de su pago posible –puesto que esto último impide el intercambio, y esto a su vez retarda la producción de riqueza. Las horas ociosas de un hombre son una pérdida más seria que el dinero no pagado, y no debemos exponernos a lo primero por aferrarnos a lo segundo. La producción interrumpida es la única pérdida que constituye una pérdida neta.

Capítulo 8: Cómo determinamos la unidad

El método para fijarla y estabilizarla

Una unidad monetaria que no sea apadrinada y controlada por el gobierno político carece naturalmente de límites políticos, y está en su naturaleza una unidad potencialmente universal. El valun, siendo una unidad apolítica de dinero en empresa privada, no tiene límites en su campo de acción y, si es lanzado con éxito en cualquier localidad, puede y debe extenderse por cualquier otra parte del mundo.

No hay nada, por supuesto, que impida a cualquier organización de empresas privadas adoptar principios valun y establecer unidades con otros nombres, pero, si este llegara a ser el caso, serían como extranjeras las unas a las otras como lo son ahora las actuales unidades políticas, de las cuales hay ahora unas sesenta. La evolución probable será en todo caso una extensión del valun –porque, si demuestra éxito, no habrá necesidad de imitarla– desde el momento en que el sistema valun estará abierto a todos. Un lenguaje monetario universal sería ventajoso para todos, y establecer otro lenguaje es por lo mismo infligir un daño al propósito del comercio, que por naturaleza es interdependiente y unionista.

Así podemos enfocar el problema de determinar y definir el valun con la conciencia de que estamos creando un instrumento de comercio mundial tanto como uno para el servicio de los miembros del Intercambio inicial que se pueda organizar. Para ayudarnos a adquirir esta conciencia universal nos puede ayudar un repaso al políglota presente de unidades monetarias del mundo. Todas las unidades monetarias del mundo cotizan numéricamente por debajo del dólar excepto la libra esterlina que cotiza más alta.

Para comprender el significado de las diversas posiciones de las unidades monetarias en la escala, resulta útil retrotraernos al catálogo de valores relativos del Capítulo 5. En aquel ejemplo tomamos la oveja como unidad, convirtiéndola en la figura uno, y pusimos otros bienes en la consiguiente relación matemática. Así el caballo, por ejemplo, se convirtió en 5 porque fue estimado como cinco veces más valioso que la oveja o tan valioso como cinco ovejas. Si hubiéramos tomado al caballo por unidad, se habría convertido en la cifra 1 y la misma relación de valor hubiera arrojado un valor para la oveja de 0.20 o un quinto de la unidad. Si se hubiera adoptado la vela como unidad, la oveja hubiera arrojado un precio de 100 unidades y el caballo 500 unidades. Vemos así que su apreciación según el índice que

nos brinda numéricamente una unidad, más alta o más baja, no indica su posición en la escala de valoración.

Lo que indica la posición de unidades monetarias, en la escala de valor, es el registro que mantienen sobre su posición inicial en la escala numérica. Por ejemplo, la libra inglesa, antes de que empezara su declive, estaba a un precio de 4.86 dólares americanos. Ahora está oficialmente cotizada a 4.03 y, si la cooperación americana en reforzarla artificialmente fuera retirada, podría caer tan bajo como 2 o incluso menos. El que fuera colocada originalmente a casi cinco veces el nivel numérico del dólar no reflejaba ni crédito ni descrédito con respecto al dólar, pero el que haya caído por debajo de ese nivel sí que indica un descrédito.

Aislamiento monetario

Las unidades de dinero político son criterios aislacionistas artificiales, mientras que el comercio es por naturaleza unionista. Por tanto el comercio, que no debería tener límites ni diferencias de lenguaje, se hace a la fuerza políglota. En el comercio internacional se hace necesario por tanto traducir una unidad política a otras. A esto se le llama intercambio de divisas.

Aquí se crea otra esfera de relaciones en que, como en todo sistema relativo, existe la necesidad de un polo positivo —o la figura uno, para el caso. La primera unidad entre las unidades de dinero, o la figura 1, es determinada por el criterio de estabilidad entre aquellas naciones que tengan más comercio internacional. La unidad que varía menos en su poder en el comercio interno se convierte en el estándar internacional. El estándar internacional, desde que la libra inglesa perdió su liderazgo, es el dólar americano —que se ha convertido en el estándar de este siglo.

Ocurre que antes de 1934 el gobierno de los Estados Unidos se comprometió a dar \$20.67 por onza de oro, y desde entonces se ha comprometido a dar \$35 por onza, pero el hecho del compromiso original no afectó a la apreciación del dólar, ni cambió para elevar el precio del oro. Solamente significó que el equivalente del dólar podía expresarse en un determinado peso de oro. El dólar es y ha sido durante casi medio siglo el estándar monetario internacional con independencia de la política del gobierno de vincularlo al precio del oro. Por tanto todo el cambio de divisas es cambio de dólares, por más que algunos puedan confundirse a causa de su apreciación en oro. Si el dólar decae también decae el poder adquisitivo del oro —mostrándonos que es el dólar, y no el oro, el factor de control. El oro no ejerce su poder adquisitivo directamente sobre otros bienes, sino de

forma vicaria a través de su patrón, el dólar. Por tanto el descenso del dólar implica el descenso del oro. Este descenso conjunto continuará hasta que \$35 por onza sea un precio insuficiente para el oro. El oro y el dólar romperán entonces su compañía y el oro se comerciará sobre su valor real como todos los demás bienes.

Como todas las unidades políticas son extrañas las unas a las otras, así ha de serlo el valun con respecto a todas, incluyendo el dólar. A su debido tiempo, si el valun demuestra mayor estabilidad, le arrebataría el liderazgo al dólar, para convertirse en el criterio monetario internacional. Si alguna vez se alcanzara este punto sería la sentencia final para el sistema monetario político, y el fin inminente de todos los dineros nacionales de origen político; y entonces el mundo habría alcanzado la unidad en el plano económico, a despecho de las divisiones políticas.

Como ya se expuso en el Capítulo 5, se puede adoptar cualquier bien o unidad de valor como unidad monetaria. Con todo, en presencia de las unidades monetarias existentes es conveniente poner a la nueva unidad en paridad o en una fracción o múltiplo de alguna unidad de dinero ya existente. Evidentemente –asumiendo que el valun tenga que comenzar en los Estados Unidos, y siendo además el dólar el estándar internacional- es aconsejable basar el valun en el dólar. Como ya explicamos en ese capítulo, esto sólo equivale a dar la nota o tónica inicial; y a partir de ahí las dos unidades son entidades separadas. Esto no implica, ni debe ni puede implicar ninguna fijeza de relaciones. Pero si deseamos lanzar al valun en paridad con el dólar hay que identificar al dólar con una fecha concreta; porque ha habido grandes variaciones en el poder del dólar a lo largo de su historia. La siguiente tabla, realizada por el Banco de la Reserva Federal de Nueva York, muestra su nivel de apreciación, que nos muestra recíprocamente el aumento o declive del poder del dólar desde 1913 a 1939.

PROMEDIO ANUAL 1913—100

1913	100	1918	162	1923	169	1928	170	1933	130	1938	152
14	100	19	178	24	170	29	170	34	136	39	151
15	102	20	202	25	172	30	163	35	143		
16	116	21	170	26	171	31	150	36	147		
17	141	22	162	27	169	32	136	37	155		
	+41		00		00		-20		+12		

Bajo cada columna de cinco años se muestra el aumento o descenso en el nivel de precios desde el primer año al último de ese intervalo de tiempo, si bien habría que notar que incluso en el intervalo

que va de 1918 a 1922, y en que va de 1923 a 1927, en que el nivel de precios volvió finalmente al del primer año, hubo variación en los años intermedios. Desde el año de partida de 1913 el pico de subida en el nivel de precios estuvo en 1920, cuando alcanzó 202, indicando que el dólar tuvo aproximadamente la mitad de poder que en 1913. Ahora nos estamos aproximando de nuevo a ese nivel –y por supuesto la inflación continuará reduciéndolo hasta una posible extinción.

El ideal de estabilidad de una unidad monetaria nunca se ha conseguido ni se conseguirá por medio de una unidad monetaria política. Esto es así porque está constantemente perturbada –ya sea por el proceso de préstamo bancario, ya por la política fiscal. Ambas influencias son eliminadas en el sistema valun, y por tanto los negocios pueden finalmente esperar una unidad monetaria que tenga aproximadamente el mismo poder en una generación que en otra. Decimos aproximadamente, puesto que puede quedar mucho para la perfección, en vista de posibles influencias políticas, incluso aunque se elimine la influencia directa sobre el dinero.

El dólar de 1939

Con la organización del primer Intercambio Valun se organizará simultáneamente la Junta Central de Intercambios Valun, que será la autoridad suprema para la coordinación de todos los Intercambios Valun. Sobre ella recaerá la tarea de determinar y proclamar sobre qué dólar ha de basarse el valun. Sugerimos el año 1939 porque fue antes de que la inflación de la guerra tuviera efecto sobre el dólar, y antes de que las leyes de control de precios distorsionaran el índice de precios. En 1939 el nivel de precios era tal que había en el mercado muchos artículos a un céntimo, habiéndose alejado de ese rasero un gran número de ellos. El dólar se está haciendo tan pequeño que las monedas fraccionarias cada vez se usan menos. La unidad debería tener un poder tal que todas sus fracciones sirvieran a un amplio rango de utilidad de intercambio.

Asumiendo que se adoptara el dólar de 1939 como base del valun, sería necesario calcular la diferencia del nivel de precios entre esa fecha y el tiempo en que el valun fuera lanzado. No hay ninguna forma de hacer un cálculo preciso porque todos los índices de precios son ahora poco fiables, en razón de la ley de control de precios que hace ilegal poner precios a los artículos por encima de los techos oficiales. Esto induce a error a la agencia oficial de precios –porque ningún tratante se puede permitir dar sus precios de mercado negro, con el resultado de que los índices de precios reflejan solamente los precios del “mercado rojo”, esto es, aquellos precios que implican realmente

una pérdida del comerciante pero que se conforman a la ley. De todos modos, haremos una aproximación mientras algunos porcentajes se declaran arbitrariamente para el diferencial entre el dólar corriente y el valun.

Por ejemplo, si, en la época en que el valun se adopte, se estima que los precios son el doble que los de 1939, el valun se cotizaría a uno por dos dólares. Si los precios hubieran subido un 500%, el valun estaría 1 a 5. Es recomendable hacer una aproximación en cifras redondas como base de cambio –aunque, después de que los precios sean declarados en las dos unidades, será más simple declarar el precio del valun en dólares y céntimos. El método de indicar los precios de los bienes en las dos unidades, y el precio de los valuns en términos de dólares, fue esbozado en el Capítulo 6.

Estableciendo la relación

Proclamar la ratio del valun con el dólar es algo bastante simple. Hacerlo operativo es algo completamente diferente. La Junta Central puede proclamar la ratio –pero, para hacerlo, los miembros deben respaldarla mediante transacciones comerciales reales. Esto nos confronta con la pregunta de qué es lo que da significado a una unidad de dinero. Si pensamos a fondo la cuestión nos damos cuenta de que nada sino la práctica lo consigue. Existe la superstición popular de que el patrocinio de la autoridad del gobierno, o alguna garantía de amortización, o alguna reserva, determina el poder de la unidad monetaria. Pero sabemos que el dinero sólo adquiere significado por el acto de adquirir –y así todo el significado viene del intercambio mismo. Nada anterior o posterior o externo al intercambio contribuye en nada. Figurativamente, puede decirse que todos los miembros acuerdan dejar a la Junta Central el establecer la ratio valun-dólar, e incluso podemos imaginarlos a todos reunidos en asamblea levantando las manos y acordando aceptar la ratio anunciada. Pero esto no es suficiente. La concurrencia debe estar respaldada por *determinación a través de intercambios reales*.

Se plantea la cuestión, “¿qué hay detrás del valun?” De hecho, como en toda unidad de dinero, hasta que no se ha cambiado algo por ella, nada está detrás de ella. Cuando se cambia por algo, ese algo es lo que lo respalda. El respaldo material del dinero es aquello que el vendedor entrega a cambio; su respaldo moral es la promesa del comprador de respaldarlo con un valor equivalente cuando a su vez se convierta en vendedor. Más allá de esto, el dinero no tiene respaldo, y tampoco se necesita más que esto, aunque esto es indispensable. Lo que entonces se necesita para que el valun circule es nada más que

aceptantes y perspectiva de aceptantes. A los aceptantes iniciales se les debe prometer aceptarlos a cambio de ciertos valores que sean determinados por la ratio valun-dólar que haya sido oficialmente adoptada. Una vez que comience este proceso, ha de desarrollarse una actitud en los aceptantes que los indisponga a entregar el valun por menos de lo que ellos dieron. Después de que la unidad ha circulado un número de veces la actitud mental de los comerciantes cuaja en un hábito fijo de pensamiento; y la unidad se establece firmemente por sí misma.

Para lograr una base firme, es necesario que a los miembros del Intercambio se les prometa a un nivel de precios definido para un periodo de digamos tres meses, durante el cual ellos acuerden no subir ni bajar los precios en términos de valuns. El objetivo es conseguir tanto respaldo para el valun a un nivel dado como tantos comerciantes sean necesarios para establecer un firme hábito mental. Una vez que ese periodo de mutua promesa haya expirado, el funcionamiento de la ley de la oferta y la demanda deberían quedar sin restricciones. La consecuencia sería la variación en los precios de diferentes artículos, algunos más altos y otros más bajos, pero el nivel de precios debería permanecer aproximadamente estable.

La preservación de la estabilidad de la unidad no requiere ninguna acción positiva. Lo natural para ella es permanecer estable. Si con todo se manifiesta inestabilidad, ello ha de indicar la presencia de algún elemento poco natural. Los elementos de desestabilización son, como ya hemos expuesto, inherentes al sistema monetario político; no son innatos de un sistema monetario privado. Los comerciantes competitivos (cada uno en la necesidad de mantener bajos los costos para afrontar la competencia) y los consumidores (cada uno intentando conseguir tanto como sea posible por su dinero) tienden a mantener el suministro de dinero en equilibrio con el suministro de bienes, para mantener así un nivel de precios estable. Los posibles factores tendiendo a distorsionar la estabilidad en un sistema de dinero privado son discutidos en el Capítulo 5.

Después de que el acuerdo inicial de control de precios entre miembros valun haya expirado, sólo quedarán las influencias naturales y el precio en dólares de los valuns reflejarán la estabilidad del valun y el declive del dólar bajo el efecto de la inflación. Estos precios dólar-valun serán indicados por la Asociación de Contadores de Dinero Valun tal como se explicó en el Capítulo 6.

Los comerciantes miembros seguirán estos índices para fijar los precios de sus bienes en dólares. Así, si el valun marca un índice de \$3.25, un artículo a 1 valun tendría un precio de \$3.25, para el comercio que no se realice en el sistema valun. Como ya se ha dicho, todos

los miembros valun estarán obligados a tratar con no-miembros a base de dólares y por tanto deben mantener dos conjuntos de precios, uno en valuns y el otro en dólares.

El problema de determinar la unidad valun y estabilizarla será sólo el problema del primer Intercambio Valun. Intercambios con éxito estarán condicionados por su poder en razón del hecho de que miembros de nuevos Intercambios, como una condición previa a abrir un Intercambio local, deben haber tratado previamente con miembros de los Intercambios existentes, teniendo que aceptar el valun sobre la base de los Intercambios precedentes.

En el próximo capítulo explicaremos que cualquier persona o empresa en cualquier parte estaría cualificada para ser un miembro de Clase B en cualquier Intercambio Valun. Estos miembros de Clase B tendrían derecho a mantener una cuenta en un Intercambio y a comprar y vender libremente, pero no a sobregirar la cuenta –que es el proceso de crear dinero en el sistema valun, un poder reservado a los miembros de la Clase A.

Capítulo 9: Cómo organizar el Intercambio

La organización en estados del Sistema Monetario de Empresa Privada por el liderazgo del Gobernador o la Iniciativa de los hombres de negocios

Existen varias razones por las que la organización de Intercambios Valun deberían tener un alcance estatal.

Para nosotros es natural, tanto económica como políticamente, pensar en términos de zonas estatales. Los estados son nuestras unidades políticas primarias. Las constituciones de nuestros estados han sido escritas con una pauta de supremacía; con villas, ciudades, condados y otras unidades locales recibiendo garantías de poder de ellas, más bien que directamente de los ciudadanos. El poder soberano del ciudadano se eleva al gobierno del estado correspondiente, y de ahí es delegado por elevación al Gobierno Federal y por descenso hacia las subdivisiones. Somos, en primer lugar, ciudadanos de nuestros respectivos estados, y esto implica también ciudadanía de los gobiernos nacional y local.

Los trece estados originales eran naciones que acordaron entrar en una liga de naciones, llamada los Estados Unidos, en la que los ciudadanos de cada una pudieran participar en la elección de la cámara baja del Congreso; y las legislaturas del estado eligieran a los miembros del Senado. Para erradicar el mayor elemento de perturbación entre las distintas naciones, los estados acordaron no establecer fronteras al comercio o la inmigración en sus límites. Para procurar la solidaridad, acordaron delegar en el Gobierno Federal el derecho a declarar la guerra y hacer tratados con otras naciones. Para promover el comercio interno y la unidad, acordaron abstenerse de hacer otro dinero en sus dominios que la moneda de curso legal del Gobierno Federal. Con todo, la intención era mantener los poderes soberanos; la Federación no era una fusión.

Cuando, por la revolución, las trece colonias se convirtieron en estados independientes, cada uno tuvo su propia unidad monetaria, y así el intercambio entre estados fue intercambio de divisas, requiriendo la traducción de cada una en las otras. La ventaja de abolir esta multiplicidad de dineros era evidente, pero no se llegaron a comprender las implicaciones de entregar el poder de emisión del dinero al Gobierno Federal. Lo que se vislumbró fue la ganancia para todos por la uniformidad del dinero; pero lo que no se vio fue la pérdida de soberanía.

Ahora comprendemos que el poder del dinero del ciudadano privado es de hecho su soberanía, y que entregarla es entregar la soberanía. De manera que la transferencia del poder monetario de los esta-

dos al Gobierno Federal fue la transferencia de la soberanía de los ciudadanos al gobierno nacional, y la reducción del estado a la posición de un subordinado.

El sistema monetario político implica que el ciudadano inhibirá su poder natural de emisión monetaria, y hará el criterio de sus intercambios y la regulación del sistema monetario enteramente dependiente del gobierno que él reconoce como el poder competente sobre el dinero. Al hacer del Gobierno Federal el único poder emisor de dinero, los estados individuales transfirieron la lealtad de sus ciudadanos al gobierno nacional, puesto que ellos se hicieron dependientes de su poder monetario. El ciudadano ha visto así transferida su lealtad al gobierno nacional –fue tomada de los gobiernos estatales-, y estos últimos están ahora consternados por el aumento del poder Federal y la correspondiente subordinación del poder de los estados.

Lo que en realidad ha ocurrido es una inversión de la intención original del plan federal, en el que el gobierno nacional debía depender de los estados para concesiones de poder. El gobierno nacional, a través de su poder monetario, es ahora el poder supremo y en realidad tiene sujetos a los gobiernos estatales. La política fiscal federal determina ahora los límites de la soberanía del estado.

Hicieron falta muchos años para que se revelara esta debilidad estructural, porque, en los tempranos días de la federación, la economía dependía más de la emisión privada de dinero a través del sistema bancario, y de este modo el poder fiscal Federal permanecía en letargo. La política del Gobierno Federal hasta el año 1932 fue dejar a los bancos la función de suministrar dinero. Durante la administración Jackson, con la abolición del Banco de los Estados Unidos, la participación del gobierno en el suministro de dinero alcanzó su punto más bajo –con el gobierno limitándose a la mera acuñación de monedas de oro y plata con un cargo de *seigniorage* para cualquiera que trajera el metal a la casa de la moneda.

Mejor malo que ninguno

Estos eran los días de la banca salvaje, con bancos autorizados por los estados –cuando la circulación de papel era casi enteramente notas privadas de bancos emitidas por bancos irresponsables que confiaban en la ley de promedios de los viejos orfebres, y emitieron muchas más promesas de entregar oro y plata que los que sus recursos les permitían. Como ya hemos señalado, el dinero siempre se manifestará de mala manera si no puede hacerlo de la buena, y esto método de alternancias no ha sido a pesar de todo contrario a la industria. La era de la banca salvaje fue muy próspera, como lo ha sido

toda era de expansión monetaria. Con seguridad, tales épocas vienen seguidas de una reacción cuando la falsedad de la base de emisión se descubre; pero con todo el resultado neto sigue siendo beneficioso. El hombre debe tener facilidad de intercambio si quiere progresar; e incluso si tiene que ser engañado en algunos intercambios, es con todo mejor para él. Nada es tan contrario al progreso del hombre como la falta de intercambio, y el sistema monetario más fiel, si es inadecuado, es peor que uno sin fidelidad que induce al intercambio.

La idea del Presidente Jackson de limitar la participación del gobierno en el sistema monetario a la mera certificación de peso y pureza de las monedas de oro y la plata fue el concepto original de la función del gobierno cuando comenzó el dinero político, y de esa modesta participación a la función casi exclusiva de la emisión del dinero del gobierno actual, ha habido una gran oscilación del péndulo. La experiencia ha mostrado que tanto las políticas conservadoras como las derrochadoras han sido malas, y las políticas intermedias simplemente han compartido más de un mal o del otro.

Si la política de Jackson de dejar la economía en manos del dinero privado, hubiera estado acompañada de una regulación estricta y el examen de los bancos, el resultado hubiera sido todavía peor porque hay una deshonestidad intrínseca en el dinero privado bajo el actual sistema monetario político. Para un banco, emitir créditos pagaderos en dólares del gobierno que no están disponibles es igual de deshonesto que emitir billetes de dinero corriente pagaderas en monedas de oro que no están disponibles. Pero la deshonestidad no puede erradicarse porque autorizar a los bancos a hacer préstamos pagaderos en “dólares de banco” es darles el poder de expandir la provisión de dinero indefinidamente, sin una acción correctiva como la que se sigue en el periodo de deflación o fase de depresión del ciclo de negocios como resultado de préstamos en “dólares”.

La política del dinero privado de Jackson fue más tarde instrumentada por la estricta regulación de los bancos. Este largo esfuerzo de hacer del vicio una virtud culminó en el Sistema de la Reserva Federal, y alcanzó su clímax y desenlace en 1929 mostrando que la banca salvaje no era peor, con su irresponsable emisión de billetes, que el moderno método de la banca de emitir poder para escribir cheques basados en falsas promesas de entregar dólares del gobierno.

En 1932 la desacreditada política de Jackson fue abandonada, y entonces comenzó la nueva política del gobierno que está acercándose rápidamente al colapso. Con esta política de ilimitado poder de emisión de dinero, el gobierno afirma sobre la comunidad una dictadura financiera que subordina no sólo al ciudadano sino a todas las demás divisiones del gobierno. Todos se convierten en suplicantes

suyos y no hay límite para su poder más allá del agotamiento por inflación total. Es una política para comprar consentimientos. Como ya se ha esbozado, los gobiernos locales tanto como los ciudadanos se hacen suplicantes y por tanto se someten.

Poder monetario es soberanía

Los estados, para recobrar su independencia y soberanía, deben mirar a los ciudadanos, quienes a su vez deben afirmar su soberanía ejercitando su natural poder monetario. Estuvo bien que los estados entregaran su poder sobre el dinero, pero lo tenían que haber entregado a los ciudadanos, y no al gobierno. En la época en que se formó la federación no se entendía la naturaleza del poder monetario; y no se comprendió que es la esencia de la soberanía. Pero ahora lo sabemos y si queremos preservar la federación pero también el autogobierno, debemos tratar inteligentemente el problema del poder monetario.

Los estados han entregado su poder monetario, pero no los ciudadanos. Los ciudadanos simplemente *no han ejercido* sus poderes naturales, contra los cuales *no hay ninguna prohibición* ni en la constitución federal ni en las de los estados. Esto no es un asunto político —que requiera legislación o la rechace, enmiendas constitucionales, o alguna acción oficial— pero es, sin embargo, un movimiento profundamente político porque, en la medida en que la gente afirme su poder monetario, se afirma por sí misma su intimidad con el estado y el gobierno local —puesto que no hay otro poder que pueda cubrir este hueco. Hoy el gobierno Federal está entre el ciudadano y el gobierno local, distanciándolo y haciéndonoslo ajeno.

Si nuestros estados han de desarrollar su individualidad y contrarrestar la tendencia a la uniformidad que impone la dictadura monetaria, si el gobierno local y la empresa privada quieren ejercitar sus virtudes naturales, si ha de prevalecer la democracia en los negocios y el gobierno, y si ha de sobrevivir nuestro sistema federal republicano, debemos afrontar nuestros problemas y abordar su causa fundamental —el sistema monetario político.

Para lograr objetivos tan amplios y vitales, el gobernador o algún otro oficial público debería asumir el liderazgo de esta causa dentro de su estado. A falta de esto, el liderazgo tendrá que ser asumido por los ciudadanos privados. Se nos ofrece una oportunidad incomparable para el servicio público.

Mientras que el poder de emitir dinero es inherente a todo hombre, sólo puede tener lugar por un pacto entre muchos. Por tanto, el individuo por sí solo es impotente, y se requiere una *acción organiza-*

da. El método para organizar el Intercambio Valun no debería ser diferente de la organización de cualquier otro movimiento cooperativo. Sólo requiere la concurrencia de un número suficiente de personas y corporaciones que compartan sus objetivos –y esto, por supuesto, requiere a su vez propaganda.

Lo primero imprescindible es la organización de un “Comité del Plan Monetario” que patrocine la propaganda. Este comité debería estar compuesto de no menos de 12 personas con una posición tan notoria como sea posible. Cuanto más grande el número, mejor. Si fuera posible, debería estar representado cada condado o al menos cada distrito electoral.

Debería ubicarse en el centro urbano más grande del estado que fuera también la ubicación del Intercambio Valun cuando se organizara. Los fondos se recaudarían por contribución. Se utilizarían prensa, radio, buzoneos y foros para mantener informado al público del plan para organizar un Intercambio estatal para llevar a cabo intercambio de dinero por el sistema monetario apolítico y de empresa privada valun.

Después de hacer una cantidad razonable de publicidad, “El Intercambio Valun del Estado de _____” debería incorporarse como una corporación miembro sin fines lucrativos. Proporcionaría los siguientes agentes oficiales: Presidente, varios vicepresidentes, Secretario, y un Secretario y una Junta de Directores con cinco o más, con los agentes como miembros ex officio de la Junta. Los oficiales y directores deberían ser nombrados por el Comité del Plan Monetario, para estar en el cargo para los seis siguientes meses después del comienzo de operaciones –tras lo cual debería celebrarse la primera reunión de miembros y consiguiente elección. Se pagaría unos salarios nominales a todos los oficiales y directores, estando pendiente una resolución a ser presentada en la primera reunión de miembros estableciendo salarios para los 12 siguientes meses. La organización del intercambio se haría en forma estrictamente democrática, con un voto para cada miembro, ya sea un individuo o una corporación.

Ingresos del intercambio

El Intercambio debería depender en sus ingresos y gastos de un recargo de honorarios por la compensación de cheques. La cantidad por miembro sería nominal y la misma para individuos y corporaciones. La suscripción como miembro debería comprometer a los miembros a atenerse a las reglas del Intercambio tal como fueran adoptadas por la Junta, y a la obligación de pagar un recargo por cheque tal como fuera determinado por la Junta. Todas las personas residentes

en el estado o haciendo sus negocios en él serían elegibles como miembros de pleno derecho. Cada condado en el estado elegiría para la reunión de miembros un delegado con poderes de voto en representación de todo el condado.

La campaña de admisión de miembros debería comenzar sólo después de un avance de publicidad adecuado y no debería requerir más de 60 días completarla. Toda cámara de comercio, así como otras organizaciones, se alistarían en la campaña y se establecerían cuotas para cada condado. Es esencial inscribir a granjeros tanto como a habitantes urbanos. Los empleadores mayores se alistarían suscribiendo a sus empleados.

La inscripción de miembros debería declarar si los candidatos son empleadores o empleados y, si fuera esto último, su nombre, negocio y lugar del empleado. Si fuera empleador, debería declararse la naturaleza de su negocio y el número de empleados.

Cada empleador debería acordar pagar a sus empleados todo en valuns o en dólares, o parte en cada uno según prefiera el empleado, pero cada empleador debería, en interés propio, comprometerse a lograr un acuerdo sobre un criterio uniforme de manejo de nóminas. El Capítulo 6 esbozó cómo los “Contadores de Dinero Valun” suministrarán cambio de valuns por dólares, o viceversa, para personas que se encuentren cortos de una y largos de otra.

El requisito mínimo

El Intercambio no debería empezar a funcionar hasta que los tres comercios esenciales para la vida estén bien representados, a saber: comida, vestido y vivienda. Debería existir un ciclo completo para cada uno. Con esto lo que se quiere decir es que las industrias del vestido y la comida deben tener muchos detallistas que acepten valuns de empleados, y los detallistas deben a su vez tener mayoristas que se los acepten, y fabricantes que acepten de mayoristas, y granjeros que los acepten de fabricantes y envasadores. Los granjeros deben a su vez tener almacenes locales o casas de envío por correo con las que comerciar. Los hacendados deben tener proveedores que sean miembros. Si estas tres líneas están bien representadas, los procesos ordinarios de intercambio harán que el sistema se ramifique y expanda naturalmente.

Una condición previa para abrir y hacer funcionar al Intercambio sería la determinación y adopción de la unidad del valun. Esto ya fue tratado anteriormente.

Mientras que el valun ha de circular principalmente entre sus miembros, no ha de estar confinado sólo a ellos –puesto que ha de

desarrollarse naturalmente un contorno exterior de tratantes que lo aceptarán, ya sea porque sepan que pueden pasarlos a algún miembro del Intercambio, ya sea porque pueden venderlos por dólares a los “Contadores de Dinero Valun”. Este contorno externo de aceptantes se unirá tarde o temprano al Intercambio para poder disfrutar de sus prestaciones.

Cuando abra el Intercambio, cada miembro recibirá un talonario y tendrá derecho a girar cheques dentro de su límite de deuda –de acuerdo con las reglas del Intercambio ya delineadas en el Capítulo 7. Para dinero circulante en billetes y monedas ellos presentarán cheques al Contador de Dinero Valun en su vecindad.

Cualquier persona o corporación o institución fuera del estado tendría derecho a ser miembro parcial o de crédito (Clase B). La distinción entre miembro pleno o de deuda (Clase A) y miembro parcial o de crédito está en el poder del miembro pleno a sobregirar su cuenta; mientras que el miembro parcial o de crédito, sólo puede girar cheques si tiene un balance positivo en su cuenta. Estas dos clases de miembros serán de aquí en adelante denominados clase A y clase B. La razón para que haya una clase B es permitir miembros en cualquier parte fuera del estado sin necesidad de que la Junta tenga que extender poder de deuda a tales miembros. Habiendo Intercambios abiertos en los estados de tales miembros, ellos podrían transferir su cuenta al Intercambio local para ser así miembros de clase A.

A medida que se abran Intercambios en otros estados, podrían unirse a los existentes con fines de compensación bajo un control central –tal como se explicará en el Capítulo 10.

Los miembros no podrían, por supuesto, cambiar de entrada sus negocios completamente del dólar al valun. Por tanto estarían obligados a indicar sus precios y a comprar y vender en términos de dólares con los no-miembros, mientras que utilizarían el valun en todos sus tratos con miembros.

Los negocios con los Intercambios podrían tramitarse enteramente por correo –haciendo innecesario para los miembros visitar el Intercambio o tener más de un Intercambio en el estado. Los Contadores de Dinero Valun estarían en barrios comerciales –haciendo innecesarias sucursales de Intercambio, y minimizando los costes del sistema. El Intercambio podría ubicarse en un *loft*. El costo de funcionamiento del Intercambio debería tender al mínimo, de forma que los recargos por la compensación de cheques fueran pequeños. También habría un pequeño recargo por convertir cheques en dinero corriente, o viceversa, pero estos honorarios irían para los comerciales privados autorizados a operar en los Contadores de Dinero Valun.

Ningún ataque al dinero político

La salida del sistema de dinero político no contempla ningún ataque contra él, ni ninguna interferencia con aquellos que desean continuar usándolo en exclusiva. El objetivo es simplemente demostrar que se puede establecer una unidad más estable y equitativa mediante la empresa privada, a través del cual los usuarios ganarán dominio sobre sus asuntos económicos y políticos. Si esto llega a demostrarse, el crecimiento del sistema valun y la atrición del dólar decidirán automáticamente el asunto. Nuestra creencia es que al final el dinero político será abandonado en todas partes por falta de uso. Los gobiernos de los estados, ciudades, villas, condados y distritos, así como el gobierno nacional, tendrán derecho a ser miembros en los Intercambios de cada estado; pero, como explicamos en el Capítulo 10, sólo se les debería permitir ser miembros de clase B.

A medida que el sistema valun se desarrolle dentro del estado, el gobierno estatal recuperará el poder y prestigio que ahora ha perdido en favor del gobierno Federal; y los dos cumplirán así sus funciones respectivas sin necesidad de tener bajo control a los ciudadanos. Ambos gobiernos tendrían que ganarse el apoyo mediante el servicio, porque el único método de recaudación sería el dinero en efectivo. Ya no serían posibles sus engaños financieros. Esto sería un cambio refrescante para el gobierno estatal, y destruiría la burocracia que ha acosado a ambos y a la empresa privada.

Los gobernadores de nuestros cuarenta y ocho estados son unánimes en su denuncia de la burocracia y centralización del gobierno Federal. De hecho hay una rebelión de los gobernadores contra estas condiciones, pero la rebelión será fútil a menos que el ataque se dirija a la causa fundamental —el sistema monetario político. Los estados no pueden mantener su soberanía mientras el gobierno Federal controle el poder supremo de gobierno —el poder monetario. Debería haber una causa común entre los agentes del estado dedicados a la preservación del autogobierno y los hombres de negocios dedicados a preservar la empresa privada. Habrá que saber maniobrar tanto política como económicamente para llevar adelante la protesta general contra las condiciones imperantes y lograr el triunfo. El movimiento de los derechos de los estados, para lograr este objetivo, deben asistir al ciudadano para invocar el poder monetario.

Capítulo 10: Del estado al funcionamiento global

*El comienzo local de un sistema potencialmente universal,
para crear la unión económica dentro de
la separación política*

El mundo está acostumbrado a los sistemas monetarios políticos, todos los cuales han sido establecidos por el poder del estado –sin que tales sistemas hayan sido entendidos ni por el pueblo ni por los estadistas. Establecer un sistema monetario por procesos racionales, y mediante la cooperación voluntaria de sus usuarios, es algo que no tiene precedentes. La gente no quiere entender el dinero; solamente quiere usarlo. Esto es consistente con su actitud hacia cualquier utilidad. Se espera que el especialista entienda la teoría o filosofía o ciencia de las utilidades que se usan; se desea meramente disfrutarlas. Esta actitud es un corolario inevitable de la práctica de la especialización del trabajo para la producción de mayor riqueza.

Este bosquejo del sistema valun no fue escrito con la expectativa de que fuera leído y entendido por todos los miembros potenciales de Intercambios Valun. La esperanza, por el contrario, es que convenza a aquellas personas que tienen *vocación de liderazgo* para este gran proyecto humano. Sólo este liderazgo provocaría el seguimiento de las masas, puesto que ellas desean ser conducidas hacia objetivos. Decirle al hombre común que tiene en sí mismo el poder de crear dinero es algo interesante; decirle que puede obtener el control sobre sus asuntos económicos y políticos es fascinante, pero explicar las tripas y los mecanismos del nuevo aparato que ha de servirle es bastante aburrido.

Todo sistema monetario que ha existido hasta ahora ha sido defectuoso y contrario a los intereses de los pueblos. Pero se han transmitido como herramientas acabadas; ellos sólo tenían que utilizarlos, y así lo han hecho siempre con avidez. Del mismo modo, ellos usarán este sistema valun sin entenderlo, toda vez que puedan usarlo y haga sonar la caja registradora.

Mientras que un movimiento privado no puede tener el prestigio de un proyecto del gobierno, todavía debemos contar con el único poder que podemos ejercer –el poder de inspirar confianza. La fe brota constantemente. El hombre anhela confiar en otros hombres. Quienes nos dediquemos a estos grandes proyectos para la humanidad debemos inspirar a nuestros semejantes confianza en nuestra integridad y nuestro juicio por la sinceridad y persistencia de nuestro alegato.

Tenemos una gran ventaja. Consiste en el hecho de que cualquier puede probar el sistema valun sin que le cueste nada. Asumamos que

ponemos un precio nominal de inscripción de 1 valun por miembro y que estimamos el recargo por compensación de cheque en 3 cends, y entregamos a cada miembro un talonario de 100 cheques. El costo total ascendería a 4 valuns sin tener que anticipar el pago y con los cuatro valuns como la primera deuda en la cuenta del miembro. Así no hay prácticamente ninguna resistencia a la venta una vez que hemos alcanzado el punto en el que comienza realmente la inscripción.

Estos cuatro valuns pasarían a la deuda de cada cuenta para ser ingresados en la cuenta de la Tesorería del Intercambio. Así el Intercambio abriría con un balance de ingresos –y esto serían sus fondos de funcionamiento hasta que haya más demanda de talonarios por miembros antiguos o nuevos. Debería notarse que el Intercambio mismo no tendría poder de creación de dinero, sino que ha de operar sobre un balance de ingresos.

No hay que invertir capital en el Intercambio ni hay que hacer depósitos para abrir una cuenta para cheques. De hecho toda cuenta abre con un sobregiro, debido a los miembros y los recargos en talonarios. No se requieren fondos más allá de los fondos necesarios para promover el proyecto hasta el punto de la apertura de actividad. Es por esto que debemos depender de contribuciones voluntarias, o podemos tomar prestados fondos pagaderos de la cuenta de Tesorería cuando se estableciera.

Nuestra gran ventaja

Otra gran ventaja que tenemos es que no tenemos que ganar elecciones, o convencer a la mayoría, antes de entrar en funcionamiento. El sistema valun es sólo para aquellos que quieren ingresar en él. No hay nada que argumentar, como en los proyectos políticos en los que se propone imponer un plan o un sistema sobre aquellos que no lo favorecen. Aquellos a los que les guste pueden entrar; a los que no, pueden permanecer fuera.

¿Cuántos se necesitan para hacer funcionar un Intercambio? Esto no es fácil de responder. Depende en cierta medida de lo compactos que sean los socios, y también de lo variadas que sean las líneas representadas. Depende además de las ganas que tengan los miembros de arrancar. En todo caso sería aconsejable no emprender operaciones a menos de que haya la seguridad de que al menos un cuarto de los negocios de los miembros pueden hacerse en valuns.

Cuando tengamos nuestro primer Intercambio funcionando con éxito habremos conquistado la tierra –porque no habrá forma de parar la difusión del sistema. La publicidad para la idea –que en la promoción del primer Intercambio requerirá esfuerzo- vendrá auto-

máticamente con el buen funcionamiento. Pasará entonces al dominio de las noticias de importancia vital, y la prensa y la radio de todas partes informarán sobre el experimento. Nada podría ser mayor noticia que el hecho de que una comunidad de empresarios privados resolviera el eterno problema del dinero y hubiera encontrado la clave para la prosperidad y la sentencia para la filosofía colectivista y la propagación de la guerra.

Los promotores del primer Intercambio Valun deberían promover simultáneamente la Unión Comercial Internacional Valun que podría arrancar realmente sobre la base del dólar antes de que el valun se halle disponible. Tendría una publicación mensual o semanal dedicada a promover la idea del valun y al comercio mutuo entre los miembros de la U.C.I.V. Debería tener publicidad de los miembros, pujas comerciales –desarrollando un conocimiento entre los que pudieran ser miembros potenciales en el primer Intercambio valun. Si estuviera situado dentro del estado del primer Intercambio, serían miembros de clase A en perspectiva. Si estuvieran en cualquier otra parte, serían potenciales miembros de clase B.

La U.C.I.V. unificaría a todas las personas que puedan estar interesadas en el movimiento valun, y consolidaría estos intereses detrás de los esfuerzos locales de establecer sucursales de intercambio. Así miembros de clase B podrían hacerse miembros de clase A de Intercambios locales, y el trabajo preparatorio para la expansión del sistema actuaría continuamente. Cuando esté justificado, se podrán imprimir ediciones en otras lenguas.

Para servir como un unificador de todas las naciones habría que seleccionar –pongamos que partiendo del Esperanto- un léxico limitado de palabras comúnmente usadas en el comercio, y esto se traduciría en todas las lenguas para que los miembros valun de todas partes puedan comerciar sin dificultades con todos los demás. Habiendo roto los límites del aislamiento del dinero político, no deberíamos perder ninguna oportunidad de expandir nuestro sistema unificando el comercio.

Todos los Intercambios en los Estados Unidos y en otras naciones estarán federados a través de la Junta Central de Intercambios Valun que han de autorizar cada nuevo Intercambio. Debería estar constituida de cinco delegados elegidos por la Junta del primer Intercambio –uno a retirar en favor de un delegado de cada Intercambio con éxito hasta que cada Intercambio tenga un delegado en la Junta Central. Esto tiene la potencialidad de convertirse en una federación mundial de pueblos en el plano económico con un lenguaje comercial, y aboliendo todos los cambios internacionales de dinero.

¿A dónde conduciría un sistema de unificación como éste? Aquí dejamos libre a la imaginación, aunque uno sólo pueda concebir buenos resultados.

El resultado último podría no ser sólo el abandono completo del sistema monetario político, sino también la coordinación entre el sistema valun y el sistema político para fines de recaudación. Ciertamente, si el engorroso, engañoso y opresivo sistema de impuestos actual, con sus muchos incordios, pudiera ser unificado y hecho automático, no sólo reduciría la carga tributaria sino que la haría menos fastidiosa. Esto podría conseguirse adjuntando al recargo del cheque una cantidad a prorrata para cubrir los impuestos nacionales, estatales y locales. Esto distribuiría el costo del gobierno sobre la base de la capacidad de pago, puesto que la amplitud de talonario de cada uno, con ciertas excepciones y modificaciones, podría ser una indicación definitiva. Dado que las corporaciones meramente distribuyen el costo de sus impuestos en el costo de sus bienes, podría parecer aconsejable hacer todos los impuestos directos e individuales. Si se llegara a una coordinación semejante, implicaría necesariamente el derecho de los miembros del Intercambio Valun a aprobar la tarifa –y así habría un control adicional sobre los gastos del gobierno, por no hablar de la influencia restrictiva que tendría la abolición de todos los impuestos encubiertos.

Otra tendencia que podría resultar del sistema valun podría ser, además del declive del aislacionismo en el comercio, también un aguijón al aislacionismo político; y tal vez es esto lo que obtendríamos, si se piensa un poco a fondo.

El comercio como unificador

Los hombres se dividen en conceptos políticos, en religión, en costumbres sociales y raciales –pero se unen naturalmente en el comercio. No hay esnobismo en el comercio. El comercio es una democracia no declarada pero inextinguible. Personas de la más elevada cultura comercian con los de la más baja y la distancia no es ninguna barrera. No hay ideologías en conflicto en el comercio. Sólo tiene un motivo común –el propio fomento o beneficio.

Los gobiernos no contribuyen a este influjo unificador que es común a todas las gentes en todas las partes del mundo. Por el contrario, interfieren con él. Su mayor herramienta separatista es las diferentes monedas nacionales. A ello se unen sus distintas tarifas, subsidios y prohibiciones. Más tarde han llegado a usar el comercio como un instrumento de guerra económica. Los gobiernos son perturbadores del comercio y creadores de fricción internacional.

Si el comercio es un unificador y promotor de la riqueza y la interdependencia, mientras que los gobiernos son separadores, perturbadores y provocadores, ¿no deberíamos luchar por el aislamiento político y la unión económica?

No hay más necesidad de embajadores o de otros representantes del gobierno en otras naciones, de la que hay para las iglesias de enviarse plenipotenciarios entre ellas. Sólo son espías, provocadores e intrigantes. El comercio no los necesita. El comercio encontró su camino a través del mundo antes de que se inventara la Diplomacia. Los servicios que ellos puedan prestar a los comerciantes y viajantes pueden prestarlos mejor las agencias privadas –que carezcan de poder para atrapar a las gentes en disputas e intrigas.

La intervención de cualquier clase por un gobierno en los asuntos de otra nación no es antidemocrática, presuntuosa e indefendible. Todas las guerras son negociadas por diplomáticos. Si los gobiernos no tienen contactos entre sí, cesaría el fondo de provocaciones y los intereses financieros e industriales privados, y los fabricantes de guerras no tendrían herramientas para la explotación internacional.

Los acuerdos de comercio recíprocos para la reducción de tarifas y la negociación de acuerdos de las naciones más favorecidas no tiene méritos. Las tarifas son un método de tributación sobre la ciudadanía, y nada más. Mientras que están concebidas para beneficiar a intereses particulares, y es una de las formas más pobres de impuestos, no es negocio de nadie sino de la nación que las aplica. No puede perjudicar a ninguna otra nación. Ninguna nación necesita tener tarifas porque otra nación las tenga. A una nación de libre comercio no le afectan negativamente las barreras arancelarias de las demás naciones.

El engaño de que una persona no se atreva a cortar amarras con el control político del comercio hasta que otros lo hayan hecho es una trampa que mantiene al poder político por encima de todo. Esta conspiración de todos los políticos contra toda la gente obliga a cada uno a confrontarse con este callejón sin salida a nivel mundial que frustra nuestras aspiraciones de libertad. A menos que una persona sea lo bastante inteligente como para tratar aisladamente con sus propios políticos, y sus apoyos industriales encubiertos, un auténtico comercio libre nunca llegará. Ninguna persona aislada puede controlar a los políticos de todas las naciones, pero los políticos, unidos internacionalmente de espaldas a la idea de reciprocidad, frustran a todas las personas.

No hay nada semejante a “mano de obra extranjera barata”. Un trabajador americano, en proporción con lo que produce, no recibe más pago que cualquier otro trabajador. Lo que son es diferentes estándares de producción –y las localidades con bajos estándares productivos sólo pueden competir con las que tienen estándares altos en cosas en las que

hay alguna ventaja natural local. De todos modos, si alguna nación desea establecer barreras aduaneras contra las lacras de la “mano de obra extranjera barata” y el “dumping extranjero”, se trata de sus propios asuntos y no justifica represalias.

Las tarifas, subsidios, prohibiciones y patentes no contribuyen nada a la economía. Los argumentos que se presentan en su apoyo son pura lógica sintética diseñada para servir a intereses particulares que usan el poder económico de los gobiernos para su ventaja privada. El gobierno no puede contribuir absolutamente nada a la economía de la nación interviniendo en el comercio, ya sea internacional o doméstico. Es sólo un irritante, un pervertidor y un corrompedor.

Desarme monetario

Pero las interferencias comerciales son el menor de los males del gobierno. Su mal mayor es su poder de hacer guerras. Escapar a este mal será nuestra mayor victoria. Después de tanto tiempo, llegamos a una salida –pues el sistema valun, una vez que gane general aceptación y desplace el sistema monetario político, firmará la sentencia de Marte. Nada debería ser más obvio que el que los pueblos no se enfrentan espontáneamente. Deben ser agitados por demagogos –pero tampoco esto es suficiente. El demagogo *debe tener el control del poder monetario* antes de que pueda tener éxito con su demagogia. Todos los agitadores luchan primero por hacerse con el poder político –porque con él viene el poder monetario del gobierno. Antes de la precipitación de la guerra el demagogo de turno declara invariablemente ser un “hombre de paz”, y sólo está interesado en la preparación armamentística “para la defensa”. Pero ni siquiera osa revelar el costo de esto para el ciudadano. No lo financia con impuestos; el lo “toma prestado” –creando dinero por métodos que el electorado no entiende.

En el entreacto los diplomáticos empiezan a hervir la olla –y a su debido tiempo llega el incidente que precipita la guerra. Tanto antes como durante la guerra no se le permite al público averiguar el coste de la guerra –e incluso es engañado y llevado a creer que tiene efectos beneficiosos. Por ejemplo, nuestros ingresos nacionales después de impuestos fue, en 1941, de 88 billones de dólares; en 1942, de 104 billones; y en 1943, de 112 billones. Así, nuestro ingreso neto después de pagar los impuestos federales ha subido en dos años nada menos que 24 billones. Según esto, la guerra nos ha pagado unos dividendos per cápita de cerca de 200 dólares –si bien, de acuerdo con cálculos conservadores, nos costará a cada uno en torno a 3,000 dólares. Por supuesto, que nos estemos beneficiando de la guerra no es otra cosa que una ilusión de la inflación, pero, como otras escandalosas revelaciones que llegarán a nosotros tras

la paz, será demasiado tarde para hacer algo al respecto. Este es el juego de la guerra que juegan los políticos gracias al poder monetario político.

La guerra es puramente un juego de políticos, y no hay base natural para ella. No hay pueblo que quiera hacer la guerra a otro pueblo, y para arrastrar a la gente a la guerra, sus propios políticos deben engañarles y atraparles. Hay una forma y sólo una forma de acabar con este juego de la guerra de los políticos: negar al gobierno su poder de crear dinero, a través del cual se libra del control del ciudadano. Hemos oído hablar de la defensa de referendos de guerra. Nunca se han intentado –y hubieran sido una vergüenza para los fabricantes de guerras-, pero es concebible que incluso esto podría ser manipulado con éxito por un político astuto si tiene el control del poder monetario. Pero si le quitas su poder monetario, habrás impuesto sobre él un referéndum insuperable. Pues significaría que cada céntimo de gasto –al contado, y sobre la marcha- tendría que ser pedido al ciudadano y pagado por él. Así, cada paso requeriría su aprobación. No habría camuflaje posible, ni ilusión –y la propaganda quedaría neutralizada por completo. Esta es nuestra panacea para la guerra; la fórmula para la paz perpetua. El desarme monetario es el único desarme eficaz.

De manera que los que nos hallamos comprometidos en promover el sistema valun estamos favoreciendo un movimiento por la unificación mundial del comercio y la paz perpetua, por más que podamos no ser conscientes de este gran objetivo. Todo paso que demos hacia delante tiende hacia la unión económica mundial y al aislamiento político y a frenar el poder del gobierno de pervertir el intercambio exterior e interior y a fomentar la guerra.

La libertad monetaria no conoce fronteras ni límites. Presiona hacia la libertad incondicional. Una vez que el hombre adquiera el dominio del dinero, no habrá poder que lo coarte. Reducirá inevitablemente al gobierno al status de utilidad pública concebida para prestar servicios específicos, y no para controlar su destino. Descadenará sus poderes naturales para la producción de riqueza y atará las fuerzas malignas de la adversidad y de la guerra.

La democracia, para ser efectiva, debe ser aplicada al poder monetario. Una vez que el poder monetario sea democrático, todo será democrático. No puede haber autocracia o aristocracia –ni en el gobierno ni en los negocios- cuando se ejerce el poder monetario individual. El deseo de trabajar y ganar y el deseo de paz está en todo hombre. Dadle la herramienta del dinero y esculpirá su destino y el destino del mundo –una hermandad de paz y plenitud.

Capítulo 11: El liderazgo americano

La revolución intelectual

En las mentes de todos los pueblos luchando en esta Guerra, hay una reserva de resolución, una vez que el enemigo externo sea derrotado, para abordar los problemas internos. Por tanto, a la declaración de “paz” le seguirán medidas revolucionarias. También nosotros debemos tener una revolución. Tengámosla en nuestras mentes en lugar de en nuestros músculos. Así estableceremos, para otras naciones, una pauta que no sólo ahorre sangre sino también un tiempo valioso para intentar liberarse de los males existentes y los que amenazan. Una pauta universal así es posible, porque hay una causa común para las humanas tribulaciones, y una actitud mental parecida en todos los pueblos. La causa común de aflicción es la incapacidad de la gente de hacer dinero su propio trabajo y así ejercitar su propia libertad económica y política. La actitud mental común que los engaña es su creencia en “Santa Claus”.

El Gobierno se presenta invariablemente con la imagen de Santa Claus. A pesar de las frustraciones del paternalismo político, el prestigio político está ahora en su cenit. Los pueblos de todas las naciones han venido a creer que el Gobierno es un organismo de mejoramiento económico. El individualismo y la empresa privada se hallan bajo las alargadas sombras de las torres del estado. Las enseñanzas de los académicos y los viejos estadistas han sido olvidadas. Mientras que todavía hay algunos que dicen, “sí, pero”, el “sí” va haciéndose más ancho y el “pero” más estrecho. Hubo un tiempo en que aquellos que creían en los medios políticos de salvación, habrían dicho: “tiene que haber una ley”. Ahora dicen: “Tiene que haber una asignación”.

Cuando el Gobierno era más que nada una cuestión de leyes de prohibición, hombres como Thomas Paine se ganaron la concurrencia con el pensamiento de que “el gobierno es un mal necesario”, pero ahora que tenemos un gobierno por apropiación –que intenta cuidar de nosotros desde la cuna a la tumba- los hombres tienden a creer que el gobierno es una bendición necesaria. ¿Qué es lo que ha traído semejante transformación? Brevemente, la creciente necesidad de dinero, y por tanto la creciente dependencia del Gobierno que monopoliza el poder monetario.

A medida que avanza el proceso de especialización del trabajo con su mayor productividad de riqueza resultante, la necesidad de intercambios aumenta –con la consiguiente demanda para mayor suministro de dinero y su distribución más equitativa. Habiendo fijado una tradición en las mentes de los hombres el error de que el estado es la fuente del

dinero, el sistema monetario político es sometido a una presión creciente para afrontar las demandas que recaen sobre él. Esta presión se manifestó primero contra el sector bancario del sistema monetario político. Como hemos mostrado en los anteriores capítulos, los bancos proveen a los negocios con el poder de crear sólo dinero suplente, y esto expande la provisión total de dinero hasta que una deficiencia acumulada –que surge del cargo no liquidado de interés, y del balance entre dólares sustitutos y dólares del gobierno– precipita una reacción y tiene lugar la depresión –y el suministro de dinero se agota por las bancarrotas de bancos y prestatarios.

Este proceso de sequías e inundaciones de dinero bancario, denominado “ciclo de los negocios”, se ha sucedido en todas las naciones, pero tuvo mayores flujos y reflujos en los Estados Unidos –donde alcanzó su clímax en 1929. Después de esperar por cuatro años para que el ciclo se renovara por sí mismo, se elevó una demanda pública para que el gobierno interviniera para proporcionar el dinero necesario para el restablecimiento. Esta pauta de colapso final del mecanismo del dinero sustituto privado es común a todos los países –con el resultado de que el Gobierno interviene y se vuelve la fuente principal (si no la única fuente, como en Rusia) de suministro de dinero. El método de válvulas bancario, bombeando dentro y fuera, está siendo ahora reemplazado por el método de flujo constante del gobierno –que sólo tiene un ciclo– por el agotamiento de la unidad por la inflación y la creación de otra.

Al asumir la responsabilidad del suministro de dinero a la economía, el gobierno se ve en la obligación de encontrar vías y medios de canalizar la circulación. Se conciben así grandes proyectos de obras públicas, y subsidios varios y planes de beneficencia social, en un esfuerzo por facilitar el intercambio y el equilibrio entre el suministro de dinero y el suministro de bienes. Este fin se persigue, no sólo por la expansión de la provisión monetaria, sino también reduciendo la provisión de bienes. Esto último se hace necesario debido a que una sola fuente no puede proveer la circulación necesaria a menos que el Gobierno entre en la producción y distribución de bienes –como en Rusia. Hasta que no hayamos avanzado más en el condicionamiento de la socialización de la empresa privada, el Gobierno no se atreve en la producción de riqueza; por tanto sólo le resta reducir o destruir bienes –para aliviar el desequilibrio entre suministro de bienes y de dinero.

Se sacrifican animales y se destruyen cosechas, y se paga por su destrucción, para buscar la prosperidad a través de la escasez; pero que eso es una prosperidad de la postración se ve cuando se desenvuelve hasta su último grado de fuerza destructiva a través de la guerra. El militarismo es la flor de la semilla denominada “economía de la escasez”. Hay demasiados hombres, igual que hay demasiado material –deben ser

“escaseados” ocupando sus energías, y posiblemente consumiendo sus vidas, en los empeños destructivos de la guerra –o en servicios en tiempo ocioso de épocas de paz con levas permanentes.

Nos encontramos ahora con la más colosal manifestación de la filosofía de la economía de la escasez –produciendo dinero con una mano y destruyendo material y hombres con la otra para reivindicar esta filosofía, y no hay mentes dentro de ella que quieran ver una tremenda prosperidad de posguerra. Para ellos, escasez de bienes y abundancia de dinero significa prosperidad. No comprenden que el poder del dinero disminuye en la medida en que su respaldo en bienes disminuye, y que de este modo nos empobrecemos aunque se hagan pirámides de dólares.

Con la paz llegará el problema. Desmovilizar a los militares, y lanzarlos al mercado laboral, violará el principio de la economía de la escasez. Emplearlos en obras públicas, o en “trabajo hecho”, aumentará los dólares en circulación (de los cuales ya hay demasiados) sin aumentar los bienes consumibles, de los cuales hay demasiado pocos. Pero el Gobierno no puede dejar su papel de Santa Claus, y seguirá poniendo dólares de caramelo en los calcetines, incluso aunque provoque las consabidas convulsiones digestivas de la inflación. Si la gente persiste en creer que el Gobierno puede ser y es Santa Claus la misma civilización podría perecer. Una vez que una actitud mental se hace fija en las costumbres de un pueblo, resulta imposible el avance cultural y la decadencia es inevitable. La dependencia es derrotismo, y conduce a la degradación. Si aplastamos la iniciativa individual ya no queda nada que merezca ser salvado.

La ilusión de que hay un Santa Claus gubernamental existe en las mentes de todos los pueblos, y el resultado es chuparles la sustancia y despojarles de su iniciativa. Como hemos visto por estos estudios sobre el valun, el dinero sólo puede ser emitido por el proceso de compra, y el emisor de dinero tiene el mando de su esfera de influencia. Por tanto, el proceso del Santa Claus del Gobierno se reduce a comprar nuestras propiedades, logrando por la vía económica lo que de otra manera se hubiera conseguido por la confiscación militar, como se hizo en Rusia. Veamos como ha ocurrido y sigue ocurriendo esto en nuestro país.

Comunismo de Santa Claus

Cuando los estados crearon el gobierno nacional, fue designado por la Constitución para ser una federación de estados soberanos, en vez de una fusión. Los estados le concedieron al Gobierno Federal ciertos poderes de soberanía, tales como el poder de regular el comercio interestatal e internacional; declarar la guerra y la paz; “y acuñar moneda y regular

su valor”. Los estados de Maryland y Virginia le cedieron el distrito de Columbia, donde –además de en los territorios y aguas limitando la nación- se le concedió exclusiva jurisdicción. Todo lo demás se reservó para los estados. Nadie podía imaginarse que en las simples palabras –“acuñar moneda y regular su valor”- residiera la semilla de la que crecería la cepa en la que se extendería la soberanía federal, controlaría la soberanía de los estados, y alienaría a los ciudadanos. Hoy incluso hemos casi olvidado que somos, ante todo, ciudadanos de nuestros respectivos estados y que los únicos ciudadanos exclusivos que tiene el Gobierno Federal son los residentes sin voto del Distrito de Columbia, el hogar de nuestro Santa Claus.

Puesto que el Gobierno Federal funciona por apropiación de un poder que nuestros estados no pueden emplear –debido a su falta de poder monetario-, hemos transferido nuestro afecto al gran proveedor. El resultado fue delineado brevemente en nuestra introducción. Para datos adicionales puede leerse “La Burocracia fuera de control” de Lawrence Sullivan.

Acosados como estamos, con enjambres de agentes del Gobierno y toda suerte de regulaciones burocráticas, deberíamos reconocer que es la apropiación política la que se nos está echando encima; el Gobierno nos está comprando. La burocracia no es sino la maquinaria administrativa de una “adquisocracia” que se nos ha echado encima mediante el ilimitado poder de emisión monetaria del Gobierno. A menos que superemos el complejo de Santa Claus y declaremos nuestra independencia del poder monetario político, estamos condenados a convertirnos en gente desposeída, e incluso la repisa sobre la que colgamos el calcetín será propiedad de Santa Claus.

“La historia de la Libertad es la historia de la limitación del poder gubernamental, no su aumento. Por tanto cuando resistimos la concentración de poder, estamos resistiendo al proceso de muerte, porque la concentración de poder siempre precede a la destrucción de las libertades humanas”. –Woodrow Wilson.

Pero, ¿cómo podemos resistir este “proceso mortal”? Sólo puede ofrecerse resistencia a los abusos gubernamentales afirmando nuestra soberanía, y cuando dejamos de ejercer nuestro poder monetario estamos entregando nuestra soberanía. ¿Cómo podemos reclamar aquello que necesitamos, concretamente el dinero, si aceptamos que el Gobierno sea nuestra fuente de suministro monetario? “Nadie dispara a Santa Claus”, pero tampoco hay necesidad de dispararle. Sólo necesitamos dejar de escribirle cartas y comenzar a escribírnoslas a nosotros mismos a través de nuestro poder de emisión monetaria. Es la única salida para la gente, y la única salida para el Gobierno, que es

víctima de un poder perversivo arrojado sobre él y aceptado en la ignorancia de las leyes monetarias.

Declive del poder de los banqueros

En la época del presidente Wilson todavía dependíamos principalmente de los bancos para nuestro suministro de dinero –de una institución privada. Era un sistema aristocrático, dirigido en provecho del banquero y no de la economía. Pero había entonces entre nosotros un grupo privilegiado de ciudadanos al que se le permitía afirmar su poder monetario, que evitaban al menos que ese poder fuera ejercido por el Gobierno. Ahora el sistema bancario está socializado en todos los países y no tiene existencia independiente, ni recomendaríamos nosotros volver a ese sistema falso de poder privilegiado, incluso si se pudiera.

Pero hay que decir en justicia que este sistema construyó América y otros países. Muchas de las industrias que ahora están entre nosotros le deben su existencia, industrias que nunca podrían haber surgido bajo el actual monopolio monetario político. Pero esto ya fue, y no hay vuelta posible; debemos ir hacia adelante.

En el paso del sistema bancario privado –el último resto del mecanismo monetario privado con el que el dinero empezó- puede ser pertinente señalar que estaba predestinado a culminar la socialización al entrar bajo el control político. El Gobierno, con su patronazgo del dinero, estableció un doble estándar para el dinero –dinero político y dinero bancario sustituto. El dinero privado o bancario suplente sólo podía expandirse en proporción con el suministro de dinero político existente, y cuando excedió esos límites –y fue obligado a satisfacer las demandas de expansión del comercio- se precipitó la depresión. Estos ciclos de auge y depresión vinieron con creciente frecuencia y gravedad. Después de la última guerra el Gobierno adoptó una política presupuestaria de superávit –vaciando así de dinero político a la economía, con el objeto de retirar bonos-, reduciendo la base sobre la que la pirámide de dinero bancario suplente había sido erigida; y esto precipitó el peor de los colapsos del dinero privado. Este fue el golpe final del mecanismo del dinero sustituto privado, pero la desaprobación pública hacia el sistema de crédito bancario estaba destinado a traer, tarde o temprano, una demanda de dinero del Gobierno, que no conoce oscilaciones del péndulo, puesto que sólo cuenta con el ciclo que conduce hacia la inflación total. No hay nada que pueda forzarlo a equilibrar su presupuesto, ni hay dispositivo de seguridad. De manera que la ilusión dura más y la desilusión es más profunda y

mucho más peligrosa que en el ciclo relativamente corto del sistema de crédito bancario.

Hoy el sistema bancario, en todas las naciones, no es sino un agente del gobierno –un dispositivo engañoso para la financiación política. Con el sistema monetario –que es la sangre vital de la economía- socializado de este modo, es inevitable que la economía entera devenga socializada, a menos de que encontremos una solución.

Para hacer esto, nuestro pensamiento debe atenerse a lo esencial. Debemos comprender el gran hecho liberador de que el poder monetario está en todos nosotros, que no debe ser pervertido por el control político, y que debe ser ejercido democráticamente para asegurar la democracia tanto económica como política. De otro modo, el actual proceso de sometimiento tendrá que continuar. Toda nación del mundo está en la garra del poder monetario político; y, a menos que los ciudadanos afirmen su poder monetario privado, iremos por el camino de Rusia –donde el Gobierno afirma sin piedad su completo dominio, e impone la esclavitud económica en nombre de la ideología. Ya tenemos en América las semillas del opio ideológico con el pensamiento de que “el Gobierno le debe a todo hombre un medio de vida” y en el paternalismo denominado “logros sociales”. Esto señala “el proceso letal”.

Las prendas ideológicas son capas para los feos hechos. Violando las leyes del dinero –de lo cual el pueblo mismo es responsable- los gobiernos se han convertido en víctimas de una falacia en la que emiten dinero en nombre del pueblo. Ningún gobierno puede emitir dinero salvo adquiriendo algo; y por tanto, la creación de dinero por el Gobierno –efectuada a través de la financiación del déficit- desarrolla inevitablemente la apropiación del gobierno y el desposeimiento privado. Como la fatalidad de este proceso se manifiesta por sí misma, se inventan justificaciones “ideológicas” para condicionar favorablemente a las mentes; narcóticos para una operación que de otra forma resultaría más dolorosa. Cuando en la evolución desde la economía de la escasez –bajo la cual el gobierno destruye riqueza y ralentiza su producción- hay que dar el paso siguiente, con la intervención en las industrias productivas y la distribución de sus productos, el giro debe llegar a la gente bajo capa de bonitas justificaciones ideológicas y eslóganes. El orden natural nunca tiene justificaciones ideológicas ni necesita mecanismos de defensa.

Protestas vanas

Nuestros cuarenta y ocho gobiernos estatales, de los gobernadores para abajo, están en revuelta contra los abusos del Gobierno Federal y su ominosa amenaza para la soberanía del estado, pero sus protestas

aisladas son en vano. El rescate sólo puede venir de la acción privada del ciudadano a través de la afirmación de su poder monetario. Con esta afirmación el poder gobernante se pondrá al nivel del suelo en cada estado y se reducirá proporcionadamente en el gobierno central. Si no hacemos esto el proceso de sometimiento de los estados y los ciudadanos seguirá su camino hacia la socialización.

No hemos acertado a comprender que el poder de deuda del Gobierno Federal es su poder monetario. Se han creado por este proceso cerca de doscientos billones de dólares de déficit, y continúa a un ritmo de unos cinco billones por mes. Con estos dólares deficitarios compra todo lo que es adquirible, y después de que el proceso haya seguido todo su curso por la inflación total hasta la total desvalorización del dólar, poseerá títulos sobre todo lo que haya adquirido mientras que la gente se habrá quedado con recibos de papel. El proceso puede entonces repetirse por la creación de una nueva unidad monetaria. No existe nada parecido a una bancarrota del Gobierno, puesto que su propiedad no se puede reclamar, y no hay nada parecido a una “Deuda del Estado”, desde el momento en que todo lo que “debe” no es sino una promesa de emitir otra promesa, y así hasta el infinito. La gente nunca ha comprendido el círculo vicioso del poder monetario político. Estamos siendo socializados por un proceso que está más allá de nuestro conocimiento, y más allá del poder del gobierno de detenerlo sin nuestra ayuda, que sólo puede darse por la afirmación de nuestro poder monetario privado.

El congresista escribe a casa

Decir que los dirigentes de los gobiernos estatales se opongan al poder en expansión del Gobierno Federal no implica que los dirigentes federales se hallen felices con la situación, o que esto sea el resultado de una trama o un malvado designio. Es posible que entre los burócratas haya algunos de ideas socialistas que puedan decir “así lo hemos planificado”, pero ciertamente que no se hayan entre nuestros representantes electos. No hay senador o diputado en Washington que no comparta el resentimiento de los oficiales del estado y la preocupación de las personas que piensan en cualquier parte sobre la seria situación existente y los peligros que se ciernen. Ellos tienen dolores de cabeza y de corazón a causa de los incesantes llamamientos de los electores a hacer lo imposible. Finalmente, con el programa de acción privada para afirmar el poder monetario, un congresista puede escribir a casa a los viejos que le piden hacer algo por ellos y liberar al gobierno de su dilema.

Hasta que no asumamos nuestra responsabilidad de monetizar nuestro propio trabajo, el gobierno tendrá un problema insuperable, no importa quienes sean sus dirigentes, y sus esfuerzos por hacer para uno

lo que sólo uno mismo puede hacer para sí están condenados a terminar mal –y con resultados peores cada vez. Tú puedes, en tu perplejidad, sentir que el Gobierno debe cambiar. Pero no es el Gobierno el que necesita cambiar, sino tú. Debes ser apto no sólo para el autogobierno político, sino también para el autogobierno económico. De hecho, sin este último el primero es imposible. No puedes apoyarte en el gobierno. Tienes que apoyarte sobre tus propios pies; y es en ti que se ha de apoyar el gobierno.

Afirmando nuestro poder monetario, salvaremos la democracia política mediante la fundación de la democracia económica; marcando una pauta al mundo para una revolución pacífica que todos puedan emular, y pueda ganarse así lo que nunca puede ser ganado por la violencia ni por revoluciones de ópera bufa.

Democr a económica

La democracia económica es una democracia al cien por cien; la democracia política es meramente el gobierno de una mayoría que tiraniza siempre a muchas minorías. Por más que la frustración de estas minorías resulte trágica –conteniendo siempre las semillas del progreso mientras la mayoría acostumbra a representar la inercia– la democracia política no puede a pesar de todo funcionar de otra forma.

La democracia económica, tal como es afirmada a través del poder monetario que existe en todos nosotros, no implica tiranías ni represiones de ninguna especie. Cada voto cuenta, y cada votante gana su elección. Las elecciones se celebran en todos los mercados, en todos las granjas, pueblos y ciudades, todos los días y a todas las horas. Cuando t  ejerces tu poder monetario arrojas el voto total en esa soberanía exclusiva que eres Tú. John Jones, el de la puerta de a lado, vota por los bienes con marbete amarillo; t  votas por los bienes con marbete azul. Nadie tiene que rendir cuentas al otro –todos ganan. El fabricante de bienes con marbete azul puede tener a la mayoría de los clientes –pero eso no interfiere con el fabricante de marbete amarillo que también sirve a una minoría, no importa cuán pequeño sea su número.

Puesto que la democracia política es injusta con las minorías y la democracia económica es justa con todos, la esfera de la primera debe minimizarse y la esfera de la última agrandarse. Esto será la consecuencia lógica cuando hayamos afirmado nuestro poder monetario individual y dependamos menos de los medios políticos para lograr unos fines. En última instancia tendremos una completa separación del dinero y el estado –y así habremos logrado el funcionamiento armonioso de estas dos democracias gemelas.

¿Quieres tomar parte en esta la más fundamental de todas las revoluciones para rescatar tanto al pueblo como al Gobierno de un error fatal? Si es así, debes primero de todo tener una revolución de un solo hombre en tu propio interior dejando atrás todos tus miedos y tus dudas sobre tu inherente poder monetario. Una vez logrado esto, confabúlate con otros revolucionarios con ideas similares. Empezad a hablar –no en cuchicheos, pues esta es una revolución en una pecera y con un altavoz. No puede herir a nadie. No vamos a hacernos con el gobierno; ni siquiera vamos a intentar ganar las elecciones. Esta es una revolución evolutiva y cooperativa –los que están en el poder están dentro y los que están fuera permanecen como antes, tranquilamente y sin problemas.

Comienza por irradiar el nuevo credo en parlamentos reducidos con grupos pequeños. Usa este libro como un libro de texto, leyéndolo y discutiendo los capítulos. Aumenta el número hasta que podáis reunirnos en algún restaurante u hotel donde podáis tener suficiente espacio por el precio de una comida. Si estás en el campo, pregunta por el uso de la casa del condado, la escuela o los cuarteles generales de los granjeros. Si hubiera otros grupos valun en tu ciudad o tu condado, buscad la fusión o la federación. Desarrollad el comercio tanto como el intercambio social entre vosotros. Mantened informados a la prensa y radio de vuestras actividades. Alistad a las iglesias y fraternidades y organizaciones comerciales. Sed metódicos; sed persistentes.

Recordad que estáis impulsando una revolución para terminar con las revoluciones políticas –una revolución que hará libre de una vez por todas a la empresa privada- y que dará al estado y al Gobierno Federal auténtica estabilidad y un lugar definido en el esquema de la vida –en el que se les permitirá a hombres y mujeres ejercitar sus destinos individuales sin intrusiones políticas ni limitaciones económicas, y donde se acabará con la amenaza de las guerras.

Agarrémonos a esta verdad fundamental y decidamos:

El dinero sólo puede ser emitido por el acto de comprar, y sólo puede ser respaldado por el acto de vender. Yo compro y yo vendo. Por tanto, yo tengo el derecho, el poder, y el deber de ser emisor de dinero.

El Gobierno no debería vender. Por tanto no tiene forma de respaldar las emisiones de dinero. Mientras continúe emitiendo dinero sin respaldo está destruyendo gradualmente el sistema monetario y socavando la empresa privada de la que depende nuestra vida. La única alternativa del Gobierno para la emisión de dinero sin respaldo es respaldarlo entrando en la fabricación y venta de bienes. Esto significa monopolio del gobierno y dictadura sobre todos nosotros. El Gobierno puede darnos un dinero fundado y completamente respaldado. La dictadura soviética es, de momento, el único gobierno en el mundo que respalda sus emisiones de dinero. Todo rublo está respaldado por bienes en

las manos del gobierno y disponibles para sus súbditos en la medida de sus magras posesiones. Pero la competencia ha desaparecido y esto significa que ya no se sirve al hombre; él es sólo una unidad de poder humano en la máquina que muele los medios de una miserable existencia sin libertad ni individualidad. Podemos tener dinero fundado y estabilidad y pleno empleo mediante el comunismo y lo tendremos si eso es todo lo que necesitamos. Pero debemos tener todo esto con libertad y competencia y libre empresa. Por tanto, nosotros mismos debemos hacer sólido nuestro dinero y estable nuestra economía asumiendo la función de emitir el dinero y finalmente negándosela al gobierno.

Este objetivo no puede llevarse a cabo por un ataque sobre el sistema monetario político. Sería una locura atacar un sistema existente sin establecer primero uno mejor; y, cuando esto se haga, no habrá necesidad de atacar al viejo –porque morirá de atrición. A medida que más gente entre en el sistema monetario privado, habrá menos comercio con el sistema monetario político; y el triunfo se obtendrá puramente por la prueba del servicio público y la preferencia pública. Así, como veis, no necesitamos ninguna legislación ni acción política de cualquier clase. Si la idea de un sistema monetario privado es fundada, sólo depende de nosotros demostrarlo por nuestra propia y privada determinación.

En todo caso esto no quiere decir que no necesitemos gobernantes –incluso aunque no pidamos ninguna acción oficial. Necesitamos su ayuda por su prestigio público y su capacidad de audiencia. Se puede buscar su ayuda por su interés sincero en el bienestar público, y también porque su cooperación con los movimientos públicos conduce a una mayor promoción política para ellos mismos. Por tanto, el gobernado y todos los legisladores, y los funcionarios federales, estatales, municipales, y alcaldes, deberían mantenerse informados del movimiento e invitados a él. El movimiento debería tener una influencia unificadora sobre todos los elementos de nuestra sociedad; y esto será una gran contribución a nuestra seguridad común en los problemáticos días que tenemos por delante.

La tormenta inminente

Se está preparando ahora una tormenta de dimensiones planetarias que amenaza a toda nación. La unidad monetaria de las distintas naciones ha de pasar por la ordalía de la inflación; y pocas, si es que alguna, podrán sobrevivir. El dólar, que ha sido la Estrella Polar de la navegación monetaria internacional, está siendo sacudido de su posición; y el mundo podría quedarse sin estándar. El comercio internacional, para sobrevivir, recurrirá al trueque; y toda nación tendrá una

lucha contra el posible colapso del intercambio de divisas y aun del dinero a nivel interno. La inflación desbocada y el final de la guerra pueden llegar simultáneamente –y cada una de ellas puede precipitar la otra.

El mundo debe encarar un serio desengaño. Los gobiernos modernos han jugado de una forma horrorosa con sus pueblos. Han hecho creer a la gente que el gobierno –incluso en la guerra- no necesita ser una carga fiscal para el electorado, sino que puede revertir el proceso, y, por medio de presupuestos desequilibrados, puede incluso recompensar a la gente. Sólo es un nuevo y engañoso método de impuestos que caerá sobre la gente todo de golpe cuando se intente cambiar el dinero por bienes. El colapso será igual al de todas las burbujas especulativas de la historia encerradas en una sola.

Cuando llegue la crisis, habrá una carrera entre los hombres y el dinero –pues ambos buscarán empleo. Si el dinero llega a los mercados antes de que los hombres lleguen a los puestos de trabajo, puede tener lugar una subida de precios tan drástica y amenazante que los fabricantes cesen su actividad hasta que pare la tormenta –y esta parálisis de producción puede ocurrir mientras que los precios se disparan hacia el cielo. Estemos preparados para estas contingencias. Un gran número de gente no escuchará nuestro programa para una unidad monetaria estable hasta que, con el pánico, busquen un techo para la tormenta. Es imperativo que los elementos pensantes y previosores de nuestra sociedad comiencen el programa valun antes de que el dólar se tambalee demasiado; y que ellos se encuentren preparados para la súbita avalancha que puede venir de la desbandada general ante la inflación.

El caos es un clima favorable para una revolución emocional; pero no para una revolución intelectual como la que nosotros apoyamos. Hemos de tener pues pulso firme, pasos seguros y cabeza fría. El mundo necesita mucho estas cualidades, pues las condiciones se harán cada vez más críticas hasta que pasemos del concepto político o centralizado del dinero al método privado y difundido de ejercitar el poder monetario. Con la tecnología desarrollando cada vez formas más especializadas de trabajo, y aumentando por lo mismo la necesidad de un intercambio fluido, la sociedad está, bajo el sistema monetario político, dirigida hacia el gobierno centralizado y la sujeción. La única salida para esto reside en la capacidad del hombre para empuñar el poder monetario y salvar así a la civilización de la decadencia. La cuestión es –el dinero o tu vida.

EL NUEVO ENFOQUE DE LA LIBERTAD

PREFACIO DEL AUTOR

Eso que llamamos autogobierno es el arte de gobernar al gobierno. Se ha desarrollado lenta y dolorosamente. Ahora, por el Ábrete Sésamo a la tiranía facilitada por la universal ignorancia del dinero, queda amenazada con convertirse en un arte del pasado. El moderno método del estado de engañar al ciudadano con dinero falsificado amenaza la civilización mediante una confusión de lenguas monetarias e incapacita a la sociedad para el autogobierno hasta que su ignorancia del dinero se disipe y el gobierno del gobierno sea restaurado por la separación del dinero y el estado. Considerando la trascendencia del tema, ¿dónde hay un amigo de la libertad que no conceda prioridad a su solución sobre cualquier otra reforma?

*Yo te pregunto,
Sinceramente,
E. C. Riegel*

PRÓLOGO

¿POR QUÉ las aspiraciones humanas de libertad quedan frustradas a pesar de todos los recursos que el hombre ha adoptado hasta el presente? Responder a esa pregunta ofreciendo un nuevo enfoque es el propósito de este libro.

El hombre siempre ha soñado la tierra prometida de la libertad y sin cesar ha perseguido su ideal. Aun quedando siempre insatisfecho con los logros de su presente, continúa aferrándose a esa esperanza para el mañana. Ha rechazado la idea de un gobierno autocrático y ha adoptado el democrático. Pero en su afirmación de auto-soberanía, ha abdicado por ignorancia de su poder inherente y más vital. No sólo ha permitido al estado pervertir ese poder, sino que se lo ha adjudicado, abortando así de forma inevitable todos sus mecanismos y recursos para conservar la libertad.

Tan universal es esta inocencia sobre nuestro propio poder, la autoimpuesta frustración en la búsqueda de la libertad, que el hombre se hace él mismo tirano sobre el hombre, sin que se aprecie ningún imponente poder por derrocar. Sólo se requiere una revolución en la mente del individuo para llevar a cabo el mayor avance hacia la libertad de todos los tiempos. La perplejidad actual inducida por la degradación mundial y generalizada del orden social lleva a la introspección cuando la impotencia del estado se hace evidente en su intento de liberar al hombre de un vicio que el hombre mismo se ha impuesto a sí mismo. Es el hombre el que debe liberar al estado, no el estado al hombre.

Cuando se creía que la tierra era plana, la creencia se basaba en lo inmediatamente obvio y por eso era universal. Hasta que surgieron pensadores que osaron desafiar lo obvio, la humanidad permaneció ajena a sus autoimpuestas limitaciones físicas, intelectuales y morales.

Lo mismo ocurre hoy. Lo obvio debe ser desafiado por la razón. Una idea falsa universalmente extendida debe ser abandonada y reemplazada por el concepto verdadero para lograr la liberación humana –de hecho, para salvarla del descenso en otra oscura edad. ¿Cuál es este error universal?

Es la creencia en que la emisión del dinero es una función del estado. Ciertamente, los hombres difieren en sus ideas en cuanto a cómo la función ha de realizarse, creyendo algunos que deben imponerse ciertas garantías, y creyendo otros, al otro extremo del espectro, que sólo el estado debería ejercer el poder sobre el dinero con la completa exclusión de la competencia privada. Hágase una encuesta en las academias, parlamentos, bancos, mercados, hogares rurales y urbanos.

Incluyamos personas de todas las edades, desde los chavales apenas conscientes del dinero hasta las cabezas canas, y encontraremos un 100 por ciento sosteniendo la superstición de que el estado juega un papel indispensable en el sistema monetario. Desde la escuela primaria hasta los mamotretos académicos, toda la literatura saluda la idea del dinero político. ¿Acaso no es tan obvio para nosotros que el dinero y el estado son inseparables como lo era para el hombre antiguo que la tierra era plana? ¿No vemos el nombre del Gobierno estampado sobre monedas y billetes? Y si somos lo bastante ilustrados como para saber que los cheques son dinero tan verdadero como la moneda corriente, ¿No vemos al Gobierno emitiendo cheques? ¿No vemos al sistema bancario bajo la aparente necesidad de una regulación del Gobierno? ¿No está la unidad monetaria definida por ley, y no hay innumerables leyes que aparentemente la regulan?

Contra esta evidencia y creencia tradicional afirmamos –y en este libro nos proponemos probar– que ningún gobierno ha emitido ni puede emitir otra cosa que dinero falsificado, que adquiere su sustancia por el robo al dinero genuino con el que se mezcla; y en esta cuestión hay una aguda confrontación entre viejo y nuevo pensamiento. Si el nuevo pensamiento que afirma que el dinero puede surgir sólo de fuentes privadas es correcto, puede cabalmente comprenderse que la sociedad se ha esclavizado a sí misma bajo un concepto falso y ha dejado sin abrir la puerta del concepto liberador para un nuevo enfoque de la libertad.

Es un hecho sorprendente que ninguna constitución de estado ni declaración de derechos humanos haya proclamado jamás el derecho a la libertad de emisión de dinero. Y sin embargo este derecho es inseparable del derecho de negociación e intercambio que es el fundamento mismo de la libertad. La ignorancia del hombre de las leyes del dinero lo han hecho ciego a la auténtica piedra de toque de la libertad, sin la cual no hay forma de embridar al estado ni facilitar nuestra propia capacidad de progresar y prosperar. Estamos ante la aurora de un nuevo enfoque para el viejísimo problema de la emancipación humana de la superstición, con la perspectiva de un impulso tremendo al espíritu de conquista sobre las fuerzas de la oscuridad y la depresión.

Puesto que todas las escuelas de pensamiento monetario honran el concepto del dinero político, de ello se sigue que el nuevo enfoque es un desafío para todos. Poco importa si el lector ha sido instruido académicamente en sus ideas del dinero o si meramente las ha absorbido del entorno; para adquirir el dominio y la liberación que este libro promete, debe estar preparado para reexaminar el tema sin prejuicios.

En este tratado no hay bestias negras ni chivos expiatorios sobre los que el lector pueda echar la culpa de los males que padecemos, para aliviar así su conciencia o airear sus emociones. Si en alguna

parte hay culpa, el dedo apunta directamente hacia ti, y no hay coartada alguna. No hay grandes cerebros que hayan conspirado para esclavizar o explotar la sociedad imponiendo el prevaeciente sistema. Todos ellos son tan ignorantes de los fundamentos del dinero como tú, aunque algunos son lo suficientemente astutos como para alinear-se ellos mismos de manera favorable con el orden existente, exactamente como a ti te gustaría hacerlo.

Igual que toda la responsabilidad es tuya, así es todo el poder. ¿No es una satisfacción abordar el estudio de un problema que ofrece una solución que está dentro de tu capacidad realizar? Por una vez no te enfrentas con el descorazonador, si es que no imposible, empeño de buscar auxilio a través de la acción política con todo lo que eso implica. Tú eres realmente soberano, sólo con que te des cuenta de que tu poder con el dinero es tu poder soberano. No necesitas ninguna ley política para liberar tu poder para la paz y la prosperidad; tu eres el señor de tu destino por ley natural, con sólo que descubras la ley.

Comprende que el poder del estado para el perjuicio como para el servicio brota solamente de tu delegación de un saludable poder y tu imposición de un poder insano. El poder del dinero es un poder que tu no puedes delegar, ni puede el estado usurparlo. Sólo puede pervertirlo, pervirtiendo así el orden social entero. Tú y tus semejantes debéis ejercerlo, porque a menos que lo ejerzáis, ésta la mayor de las agencias cae en el barbecho y el progreso humano queda detenido.

Puesto que puedes observar la escena del mundo con todas sus miserias y su monótono panorama, la descorazonadora perspectiva de una solución para los problemas de la humanidad por medios políticos, y tu remota lejanía de las cortes a través de las cuales la salvación prometida es esperada en vano, te hayas entristecido por la impotencia y frustración. Pero si tú llegas a comprender que la ciudadela del poder es tu propio hogar y que tuya es la majestad y la soberanía, la tristeza quedará disipada por la alegría. Para que tenga lugar esta transformación debes comprender el poder del dinero y comprender que tú eres el poder del dinero.

El mundo no es plano, como sabemos, y el poder monetario del estado es un engaño. El carácter inherente del poder monetario al hombre es un hecho, como aprenderemos. Esta revolución en las mentes de los hombres asegurará la libertad, pues la libertad está constituida por el poder de intercambio sin restricciones, lo que a su vez significa paz y prosperidad.

Capítulo 1: ¿Qué es la Libertad?

LA PROPIA PRESERVACIÓN es la primera ley de la naturaleza, y la propia mejora de uno es la segunda. No podemos disputar con este orden natural incluso si quisiéramos. Pero uno puede pagar de palabra tributo a la ley natural y al mismo tiempo privar a sus palabras de su entero significado. ¿Nos damos cuenta de que al saludar la ley natural honramos al sistema denominado capitalista o de empresa privada y lo aceptamos como el único modo posible de vida?

Desgraciadamente, los términos *capitalismo* y *empresa privada* son interpretados como la búsqueda de segmentos de la comunidad más bien que de la comunidad entera. Un empleado es tan emprendedor privado como el empleador, y tan capitalista, porque él se esfuerza por su propio avance y posee herramientas de producción y cosas para el consumo. Debido al sesgo que se ha adherido a los términos citados, usaremos desde ahora el término *empresa personal*, o *sistema de empresa personal*, puesto que toda empresa, todo beneficio y todo consumo es personal.

El hombre es llevado a la empresa personal por la esperanza de ganancia, pero esta esperanza puede estar inspirada por la ilusión tanto como por la realidad. Puede ser “educado” para aceptar un desvío de su objetivo más bien que para tomar la ruta directa, pero siempre está inspirado por sus instintos adquisitivos –la ganancia personal. El socialismo, comunismo, fascismo y todas las otras formas de intervencionismo del estado no son sino intentos poco inteligentes de perseguir el sistema de empresa personal. No hay sino un modo de vida productivo, y ése es el sistema de empresa personal. Pero hasta la fecha, ha estado siempre gravado por el engaño de que el estado puede intervenir útilmente. El sistema de empresa personal nunca ha tenido que ser “vendido” al hombre, y ese sólo hecho prueba que es natural y no un producto sintético. Prueba concluyente de su verdad básica es la apelación invariable al propio interés del ciudadano que hace todo abogado de la intervención estatal, por más engañosos que sean los medios propuestos para lograrlo.

No solamente es acosado el hombre por el engaño de que el estado es o puede ser su ayuda en la búsqueda de ganancia, sino que sus instintos adquisitivos son atacados sobre supuestos morales como egoístas. El egoísmo es confundido con la codicia, que es la antítesis del egoísmo. Porque una persona codiciosa desea la propiedad de otros, creando así una resistencia contra él mismo que derrota su expectativa de ganancia injusta. El egoísmo en sus diversas gradaciones constituye la escalera

cultural por la que el hombre asciende desde el bruto a la civilización más refinada. Puede llegar a ser tan sublimado que puede parecer desinterés, y sin embargo sigue una línea recta, haciéndose siempre más inteligente y adquiriendo su gratificación de órbitas de indulgencia social cada vez más amplias.

Sí, el hombre es egoísta, puesto que su primera ley es la autopreservación y su segunda ley su automejora. Por tanto el egoísmo es la ley sublime del ser de las cosas. Pero para ser inteligentemente egoísta, el hombre debe ganarse el respeto y la cooperación de sus semejantes, y así es como el orden social proviene directamente del individualismo. Antes de que el hombre se gane la cooperación, debe tener capacidad y deseos de brindarla, y para que así sea debe desarrollarse material y espiritualmente. Hasta que no logra el nivel de cooperación egoísta con sus semejantes, no existe orden social. La sociedad ni siquiera habría comenzado con el principio socialista “de cada uno de acuerdo con su habilidad”; comenzó y se desarrolló sobre el principio “a cada uno de acuerdo con su habilidad”.

La cooperación entra en la existencia cuando el hombre es capaz de satisfacer los deseos de algún otro, y esta habilidad surge cuando ellos pueden producir más de una cosa dada de la que pueden usar para sí mismos. En otras palabras, la cooperación encuentra su expresión en el intercambio. Cualquier cosa que promueva el intercambio promueve la cooperación y el avance económico y social. A la inversa, todo lo que dificulta el intercambio es antisocial. El intercambio, entonces, es el criterio del progreso social y económico. El crecimiento de la libertad es enteramente el crecimiento del intercambio sin trabas.

El hombre es civilizado en la exacta medida en que ha desarrollado estos servicios de intercambio. Un pueblo disfrutando del libre intercambio es un pueblo liberado, y tal cosa no ha existido todavía, debido en gran parte a la interferencia del estado. Partiendo de la base del trueque, el hombre ha elevado lentamente el orden social hasta que una salida de las limitaciones del trueque se hizo necesaria. Entonces inventó el dinero, el cual, propiamente entendido y empleado, elimina todas las limitaciones al progreso.

El secreto de la productividad se halla en la especialización del trabajo, esto es, en la concentración sobre una tarea particular sin consideración de la necesidad inmediata del individuo por el producto derivado. Obviamente, el valor de tal producto depende de su intercambiabilidad, o como decimos en una economía monetaria, de cuán vendible sea. Lo viable que sea perseguir la producción de una mercancía depende justamente de hasta qué punto sea vendible. Así vemos que el intercambio limita o expande la producción de acuerdo con lo simple que sea su intercambio, y esta simplicidad es gobernada por la inteligencia o la

ignorancia que prevalezca sobre el sistema monetario. Para que el hombre sea liberado, ha de hacerse señor del dinero.

La ley natural, inspirando la empresa personal, lleva al hombre a ayudarse a sí mismo ayudando a otros. Para mejorar él mismo, debe contemplar y satisfacer las necesidades de otros, quienes a cambio satisfacen sus carencias a través del proceso de especialización del trabajo y el intercambio. Vemos así que la empresa personal es cooperativa y social. El individuo no puede determinar su vocación o actividad a despecho de los deseos de sus semejantes, puesto que son ellos los que deciden el valor para ellos de tal actividad y la recompensan acordeamente. Todo hombre es sirviente de todo otro hombre. Esta es la ley de la vida. Por tanto el individuo egoísta más inteligente es el más productivo, creativo, socialmente inclinado.

El guardián de la ley natural

La naturaleza no hace una ley sin una acción de mantenimiento. La ley natural tiene un guardián natural. En el proceso de intercambio, existe la regla de la competencia, o comparación, por la que se establece la igualdad. Los compradores, en un lado de la línea de comercio, compiten con los otros, y los vendedores, del otro lado, también compiten entre sí. Así tanto compradores como vendedores tienen asegurado un trato franco.

La competencia fuerza la cooperación, pues aquel que no tiene un trato justo es derrotado por su competidor. Por tanto, el intercambio que opera bajo la competencia *más libre* es el más justo. Frases tan estigmáticas como *competencia desenfrenada* o *competencia a degüello* son más sintomáticas de quien las usa que del principio de competencia, porque tales condiciones no tienen posibilidad de existir. La competencia siempre mantiene un equilibrio perfecto, desde el momento en que el comprador contiene al comprador y el vendedor contiene al vendedor. El precio de mercado bajo *libre* competencia está más allá de las críticas, pues no hay un juicio más elevado que pueda ser invocado que la voluntad compuesta de aquellos que comercian.

Bajo una economía de dinero, la competencia es particularmente esencial, ya que los valores se expresan en términos de la unidad monetaria, o unidad de valor, y los valores no serían determinables sin el proceso comparativo de la competencia. Así la competencia es indispensable para la operación del sistema monetario.

Los fenómenos naturales del sistema de empresa personal son la especialización del trabajo, el intercambio y la competencia. Ningún hombre lo ha planeado así; es puramente natural, y cualquiera de las leyes hechas por el hombre que se precia de apoyarlas o coartarlas es

una simple profanación. Todo surge de los instintos adquisitivos, guiados por la inteligencia natural.

El poder regulador de la competencia es omnipresente cuando es librado a su funcionamiento natural. Cualquier intento de burlarlo por monopolio es una derrota autoinflingida si el estado no interviene, primero influyendo el intercambio y, más tarde, “poniéndolo fuera de la ley”. Bajo libre competencia, cualquier comerciante que intenta burlar su disciplina puede obtener una ganancia temporal, pero cuando se establece la reacción, se encuentra a sí mismo sufriendo una pérdida. Esta es la penalización por violar la ley natural del sistema de empresa personal.

La competencia sirve a la ley del progreso y lleva a la sociedad a estándares de vida siempre más altos. Esto lo hace retirando el patrocinio de lo obsoleto y concediéndolo sobre lo nuevo y mejorado. La competencia está reagrupando constantemente compradores para llevar a la mayoría en apoyo de lo mejor. Así realiza un proceso electivo constante que lleva el principio democrático mucho más lejos que su operación política. Establece mayorías sin tiranía sobre las minorías. Todo el mundo puede patrocinar el producto o productor de su elección pagando el precio que su categoría merece.

La competencia es un seguro social. Está constantemente operando para el beneficio de la sociedad como un todo y en contra de los impulsos de codicia individuales. Conteniendo la avaricia de cada uno, trabaja para el beneficio de todos, y al derrotar así los impulsos antisociales trae mayor beneficio a cada miembro de la sociedad. El hombre no podría progresar en la escala social o mantener su progreso sin la ley de la competencia.

No le ha sido dado al hombre pensar socialmente. Piensa sólo individualmente, lo que está de acuerdo con la ley de su ser. Pero gobernándolo a él contra la autodestrucción está la ley de la competencia, o cooperación forzosa.

El hombre no se gobierna a él mismo; él es gobernado por sus semejantes. Cada hombre vigila a todo otro hombre, manteniéndose así cada uno dentro de los límites de la legalidad y la decencia, o, como penalización por la transgresión, imponiendo el ostracismo económico o social. De modo que hay entre los hombres un gobierno natural, que ninguna constitución o proclamación formal ha anunciado.

Este gobierno es mucho más efectivo para mantener una sociedad ordenada que el gobierno político. De hecho, como veremos, este último es mucho más perturbador que armonizador. La razón por la que el gobierno natural tiene más presencia y es más persuasivo no es sólo que contempla, sino que realmente paga dividendos a los electores a causa del avance social que sus leyes procuran. Gobierna mediante el bien

positivo, y castiga sólo negativamente, disminuyendo ese bien a través de la reacción de los semejantes a la conducta impopular.

Ningún hombre puede disfrutar la vida sin el respeto, patrocinio y sociedad de sus semejantes, y no se necesita ser juzgado y apresado por ningún procedimiento formal para perder éstos. Puede ser penalizado más severamente por el silencio y siendo evitado que por ningún castigo positivo. No hay apelación para el juicio de los semejantes; es corte para el primero y el último recurso.

La especialización del trabajo, intercambio y competición, principio triuno del sistema de empresa personal y ley sublime de la naturaleza, no puede mejorarse. Por tanto cualquier plan de los planificadores políticos puede ser contemplado como un intento de subversión y un esfuerzo de los planificadores por avanzar a expensas de la sociedad. Cualquier plan para “proteger”, “mejorar”, o “refrenar” el sistema de empresa personal tiende a pervertir, aunque esto no implica que la empresa privada o personal funcione perfectamente ni lo haya hecho nunca, puesto que nunca ha estado libre de la perversión política. Ha sido siempre víctima de los planificadores políticos.

El transgresor de la ley natural

El móvil del individuo es conseguir tanto y dar tan poco como sea posible. Pero por este móvil el hombre no se habría elevado por encima del bruto. Le hace inventar métodos para reducir el trabajo, y así, con un gasto de energía dado, aumenta constantemente su productividad y eleva su nivel de vida. Pero el móvil conseguir-mucho-dar-poco no sólo conduce a una mayor producción, también tienta al hombre a quedarse con la producción de otros. Por tanto, el hombre debe ser gobernado para el bien de la sociedad. La ley de la competencia es este gobierno.

La competencia es un gobierno mundial. Reina dondequiera que hay intercambios y relaciones sociales entre hombres. No tiene capitolio, pero funciona en toda plaza de mercado y sobre todo contador. Detecta al no-cooperador y al estafador y administra rápidamente la pena merecida.

Es el summum de la imparcialidad. Disciplina al rico tanto como al pobre, al grande y al humilde, con una justicia ecuánime. Esto irrita al potencial infractor.

En general, la competencia le gusta a los compradores y les disgusta a los vendedores. Puesto que todos nosotros somos a la vez compradores y vendedores, puede verse que nadie recuenta la ley de la competencia como una bendición sin mezcla. De todos modos no estamos divididos al cincuenta por ciento en nuestra inclinación o aversión por la ley, porque algunos de nosotros actuamos más a menudo como comprado-

res y otros actúan más frecuentemente como vendedores. Un trabajador asalariado puede vender sus servicios en una venta simple cubriendo un periodo de semanas, meses o años, mientras que es comprador varias veces al día. Naturalmente, él será más consciente como comprador, y consumidor es como se le llama generalmente. Los empleadores y comerciantes compran servicios y bienes en cantidades mayores –menos transacciones– que las que ellos venden. Así pues, son más conscientes como vendedores, y entre ellos se da el mayor número de potenciales infractores de la ley de la competencia.

Ahora bien, ¿cómo encuentra un escape el impulsor infractor a la estricta e imparcial ley de la competencia? Paradójicamente, lo encuentra en eso que es comúnmente considerado como el agente que hace valer la ley: el gobierno político. A lo largo de los siglos, el estado ha asumido la máscara de defensor de la ley y el orden. Pero, de hecho, es el gran propagador de la anarquía y el desorden. Se muestra como el Paladío de nuestras libertades, cuando sus leyes y promulgaciones tienden continuamente a destruirla. Es a los capitolios del mundo a los que mira el potencial infractor de la ley en busca de dispositivos para inclinar el intercambio a su favor. Siendo el monopolio supremo en este dominio, el estado es la madre de todos los monopolios que asolan a la humanidad. Pero para su intervención en los asuntos económicos de los hombres, ningún monopolio podría perdurar más que un breve periodo, y aun eso a costa de sus protectores. Y todavía aquí, de nuevo, se presenta a sí mismo como el protector de la gente frente a los monopolios. ¿Acaso no promulga leyes antimonopolio para probárselo a los irreflexivos? No muestra, sin embargo, cómo, a través de su imposición de tributos, concesión de patentes, licencias, subsidios, tarifas, tratos preferentes, y, por encima de todo, por su control del sistema monetario, restringe la competencia y así establece y mantiene monopolios.

A través de su poder para inclinar el intercambio a favor de grupos de presión, el estado atrae a los miembros de cada lobby y a los suplicantes ventajistas que no quieren que la ley natural de la competencia se aplique a ellos mismos. Su ejemplo es seguido por más y más grupos hasta que finalmente, si no son frenados o frustrados, terminan por dañar al sistema de empresa personal hasta el punto de la parálisis, con la consiguiente dictadura y cesión social.

El proceso es insidioso, porque sólo una parte minoritaria de la ciudadanía es conscientemente vendedora y tiende a utilizar el estado para conspirar contra la competencia. El político busca para la elección a grupos organizados dentro de esta minoría, porque ellos pueden reunir votos o suministrar fondos de campaña. Habitualmente, no más de la mitad los electores cualificados van a las urnas, haciendo así posible que aproximadamente un cuarto del total decida la elección. Lo que llama-

mos democracia –en la esfera política- funciona, no por la regla de la mayoría, sino por la regla de las minorías organizadas. Entre estas minorías hay, por supuesto, muchos primos, que no consiguen sacar ninguna ventaja especial, sino que caen en la clase de la gran mayoría que es explotada de este modo. Así es posible para los grupos minoritarios dentro de la minoría prostituir el estado y convertirlo en el enemigo del orden natural.

Estos ataques al sistema de empresa personal se hacen invariablemente con la pretenciosa fachada de ayudarla. Valga como testimonio esta declaración del Presidente Truman en su mensaje del 30 de Julio de 1948 al Congreso:

“Tenemos ahora el desafío de cumplir la promesa al pueblo americano contenida en la Ley de Empleo de 1946 que ha de ser la política de nuestro gobierno de *'utilizar todos sus planes, funciones y recursos ... para promover el máximo empleo, producción y poder adquisitivo'* en una economía de libre empresa”.

Aquí queda enunciado en lenguaje conciso el propósito del Congreso y el Ejecutivo de darle el beso de la muerte a la empresa competitiva, puesto que toda medida para “promover” la empresa competitiva no actúa sino para distorsionarla. No habría desempleo ni quiebra en la producción o en el poder adquisitivo si no fuera por la intervención del gobierno en la empresa libre y competitiva.

Es difícil de explicar la obsesión de la idea pública en favor del estado, cuando se contempla su presente y su historial de prácticas contrarias al interés público.

En el complejo entrelazamiento de los efectos de la intervención estatal en el comercio, es invariablemente capaz de desviar la culpa de sí mismo a los negocios para las malas consecuencias, mientras siempre se presenta como un amigo de la empresa libre y competitiva. Incluso tiene éxito en estigmatizar como mercado negro a aquellos que mantienen vivo el intercambio competitivo a pesar de las leyes del estado para suprimirlo.

Cualesquiera que puedan ser los ideales reales o profesados de quienes organizan y conducen los gobiernos políticos, lo que nos muestran los antecedentes es que todo lo que se ha logrado hasta ahora es la concentración de poder –poder que invariablemente es apresado por grupos interesados y a menudo secretos que lo usan para coartar el funcionamiento de las leyes naturales. Se yergue en medio de los hombres naturales como un mecanismo ya preparado y útil para la conspiración contra el interés público y a disposición de aquellos que desean confabularse contra la gente para explotarla y engañarla.

No parece haber otra salvaguarda contra esto que frenar drásticamente el poder del estado. Este libro ha sido proyectado para mostrar un instrumento con tal propósito –un nuevo enfoque de la libertad.

Autogobierno

El *autogobierno* es un cliché de la *democracia política*, y su tardía formulación es sólo el nombre de una ficción. Democracia y autogobierno empiezan y terminan en el comercio. Una vez que el poder es cedido al estado, en igual medida ya se ha rendido el autogobierno. El único autogobierno que el hombre puede disfrutar es aquel que se reserva para sí mismo y no delega en otros. La mayor consecución de la “democracia política” y del “autogobierno político” sólo puede consistir en minimizar la interferencia con el funcionamiento de la democracia real y el autogobierno que es natural al hombre a través de su poder de negociación en el mercado.

El hombre no ha inventado todavía un esquema de vida que permita el autogobierno completo. Ha estado siempre bajo la ilusión de que la meta puede ser conseguida por medios y procesos políticos, cuando son estos mismísimos procesos los que lo obstaculizan. Lo mejor que puede esperar del estado es que obstaculice lo menos posible.

El gobierno natural del hombre es el mercado libre. Sólo aquí se obtiene igualdad, democracia, y autogobierno, porque el sistema de intercambio ofrece libertad de elección a todo el mundo y automáticamente premia los servicios y penaliza los perjuicios. Los controles y equilibrios sintéticos que los constructores de constituciones tan trabajosa y vanamente elaboran para el gobierno político están presentes en forma natural en el mercado libre, pues allí el vendedor contiene al vendedor y el comprador contiene al comprador bajo la benéfica ley de la competición, que es la ley de la cooperación. Por cada mala acción en el mercado libre hay un correctivo natural, y este poder correctivo fluye naturalmente del individuo y se funde con el de otros individuos similarmente dispuestos. Así surge automáticamente y de forma instantánea una conjunción de fuerzas saludables que sobrepasa a las viciadas.

El concepto común del mercado es que es puramente un mecanismo material en el que la avaricia ha de ser gobernada por una fuerza exterior. Pero es la más espiritual de las agendas que podemos lograr. Contiene dentro el poder de amalgamar el idealismo de sus miembros en triunfo invariable sobre el mal, y este es el único organismo de esta especie que está a disposición del hombre. El mercado libre puede traer a la tierra una aproximación del reino de los cielos, pues hace valer la regla de oro.

El hombre nunca ha disfrutado del mercado libre, puesto que el gobierno político siempre ha interferido con sus benévolos manejos. El desequilibrio entre operadores así creado ha llevado al hombre a buscar interferencias compensatorias, magnificando progresivamente la intervención del gobierno político y reduciendo la democracia y el autogobierno.

El mercado es el único dominio donde el hombre puede ser soberano, y el llamado autogobierno del estado no es sino un coto a esa soberanía. Todo poder del estado es una disminución del poder del individuo –una reducción del autogobierno. Si el hombre pudiera darse cuenta de que cada ley política promulgada significa la revocación de una ley natural, y que es sólo por la última que él se puede gobernar, y que el mercado libre es el gobierno ideal que anhela, la tendencia hacia el estatismo se invertiría y ganaría la libertad.

La ley política más efectiva por la que el estado invade el autogobierno y la democracia es aquella que le permite falsificar el voto en dinero del ciudadano por el que únicamente puede ejercitar su soberanía sobre el mercado y gobernar al gobierno. Hasta que el hombre no niegue al estado este poder de invasión, la búsqueda de la libertad es inútil, porque con la pérdida de su poder sobre el dinero está condenado a la sujeción. O nos gobernamos a través del mercado o somos gobernados por el estado, dado que la naturaleza evita siempre el vacío. Donde el gobierno democrático termina, empieza el gobierno tiránico. Si no nos gobernamos a nosotros mismos democráticamente a través del ejercicio y protección de nuestro voto dinerario en el mercado, el voto político se convierte en una parodia de instrumento de defensa democrática contra la tiranía. Nuestra preocupación por la creciente apatía entre la ciudadanía en el ejercicio de su derecho al sufragio político debería redirigirse a asegurar la integridad y poder del voto monetario de la gente, puesto que es nuestro voto en dinero y no nuestro voto político el que es un instrumento de democracia y autogobierno.

De hecho, un pueblo que no conoce la diferencia entre el dinero creado por la empresa personal y el simulacro de dinero creado por el estado, no está cualificado para el autogobierno en estos tiempos modernos en que los gobiernos políticos recurren tan libremente al nuevo método de falsificación a través de “préstamos” bancarios. Exploraremos esto con más espacio. Por ahora, baste decir que el analfabetismo monetario descalifica al votante en la única democracia en la que puede ejercitar el autogobierno. Lo deja sólo con el ilusorio voto político, que suelta en vano en un esfuerzo de detener la esclavización progresiva que resulta de la corrupción de su voto de dinero.

Todas las declaraciones de libertad y cartas magnas de la historia, dedicadas a adquirir y proteger un voto político, no igualarían el

poder liberador de una declaración de separación entre el dinero y el estado, implicando como lo haría el libre ejercicio de un incorruptible voto en dinero.

¿Qué es la libertad?

Las libertades pueden ser enumeradas como cuatro o como cuarenta, pero estas no son sino ramas del tronco de libertad que supone el intercambio sin restricciones. La libertad, en el plano civilizado, comienza con el intercambio y se ha expandido lo que se ha expandido el intercambio.

Somos libres en la medida en que somos capaces de disfrutar de trato social. Este disfrute se mide por nuestra abundancia mental y material, que a su vez depende de nuestra productividad, y dependiendo ésta de nuestra facilidad de intercambio; ya que producimos para nosotros sólo indirectamente a través de intercambios con nuestros semejantes. Ese intercambio es el cuello de la botella de la libertad y los placeres.

La llamada libertad política es negativa en tanto que su óptimo se logra por la menor intervención en nuestros asuntos, lo que nos deja libres para ensanchar nuestra libertad por nuestros esfuerzos cooperativos con nuestros semejantes. Este estado ideal no se ha logrado nunca, puesto que el estado ha impedido el intercambio y con ello la libertad. Las garantías constitucionales, en la medida en que son efectivas, son meramente restricciones sobre los poderes del estado para invadir los derechos humanos. Ellas no traen libertad alguna. Sólo procurar limitar al estado y dejar sin trabas nuestra búsqueda de la libertad. No hay métodos políticos para adquirir la libertad.

Para adquirir libertad, debemos inventar métodos que maximicen nuestra productividad y de este modo minimicen nuestro gasto de trabajo. Pero es inútil esforzarse en esto, salvo en la medida en que desarrollemos nuestra capacidad de intercambio, puesto que es a través de la acción recíproca del intercambio que la producción es digerida. Nuestra habilidad para inventar métodos de ahorro de trabajo y aumento de la producción ha superado hasta ahora nuestra capacidad para facilitar el intercambio. Esta deficiencia permanece a mitad de nuestra senda de progreso.

Todos los impedimentos al intercambio brotan del estado, por lo que hay que echarle la culpa al hombre en su ignorancia de las leyes naturales. Los efectos perversos del estado no surgen del plan del estadista, sino de su receptividad a los esquemas de los grupos de presión y la ausencia en las mentes del electorado de un auténtico concepto de los límites de la verdadera actividad del estado. Existe una

profunda superstición en las mentes de los ciudadanos que proyecta el estado como el instrumento supremo del progreso y la prosperidad, y así el hombre concede apoyo moral a planes y esquemas que subvierten tanto el estado como la economía.

Esta creencia en la eficacia de la intervención política en el sistema de empresa personal, con la degradación y restricción política de la libertad resultante, es una fuerza contraria al poder liberador de la inventiva mecánica que busca reducir el costo en trabajo de la producción y ampliar la libertad. La primera ha retardado grandemente a la segunda, y, si la tendencia continua, cobrará ascendencia y terminará por convertir el movimiento social en delegación. Es un peligro muy real, porque una intervención creciente por parte del estado causa la mayor distorsión de la empresa personal, no recayendo la culpa sobre la verdadera causa, sino sobre el aparente mal funcionamiento de los negocios, induciendo erróneamente a pensar que el remedio para ello está en mayores y mayores controles políticos, hasta llegar a las dictaduras.

De este falso diagnóstico de los males económicos brotan las llamadas ideologías del socialismo, comunismo, fascismo y todo lo demás. Nadie ha elaborado ideologías sobre la empresa personal; no tiene ideologías. No es una forma de vida; es la forma de vida. No está planeada y brota de los impulsos naturales del hombre. Ni tan siquiera es necesario que sea entendida, porque el hombre natural e instintivamente se mete en ella. Pero es necesario entender qué es hostil a ella. Lo que es hostil a ella es hostil a la libertad.

Considera cualquier clase de trato que puedas desear con tus semejantes, y encontrarás que es facilitado o retardado en la medida en que tú y el otro han disfrutado de libertad de intercambio, incluso aunque no haya intercambio material en el trato que visualices. La vida se basa en la libertad de intercambio y el acuerdo mutuo, y el intercambio es la piedra de toque del acuerdo mutuo porque implica la satisfacción de ambas partes. Todo lo que impide el libre intercambio es una fuerza contra la armonía y la mutualidad, una influencia antisocial. Todas las leyes políticas controlando el intercambio limitan el derecho del hombre a la elección libre de ataduras y atacan a la base de la libertad.

Capítulo 2: ¿Qué es el dinero?

LA CIVILIZACIÓN comenzó con el intercambio, y el intercambio empezó con el trueque. El trueque es el intercambio de cosas por cosas, que cada transacción completa en sí misma, no dejando ninguna demanda u obligación por una u otra parte. Obviamente, tales transacciones requieren el contacto de los comerciantes, cada uno de los cuales tiene algo que el otro desea. Tales contactos no son fáciles de hacer, y había que encontrar una salida de este método limitado de intercambio que permitiera al hombre elevar su nivel de vida más allá de las necesidades inmediatas.

El primer mecanismo al que se recurrió consistió en adoptar, como criterio de valor, algún bien que fuera de uso común. Una lista de los bienes adoptados de esta guisa a lo largo de los tiempos y lugares incluiría la sal, pieles, granos, ganado, tabaco, metales, etcétera. El comerciante que los aceptaba los encontraba útiles no sólo para él mismo, sino que gracias a su aceptación general, tenía la seguridad de que podría usarlos para obtener los bienes deseados por intercambio. Este fue el primer paso en el proceso de liberar el intercambio, un proceso que culminaría en el dinero. Un refinamiento en este importante primer paso sobrevino con la adopción de metales preciosos tales como el oro y la plata como bienes intermediarios. Esto puso de manifiesto un mayor énfasis sobre la utilidad del intercambio más bien que por el consumo, y marcó la fase final del trueque simple, o intercambio de valor-por-valor, antes del amanecer del dinero.

Debido al uso de metales preciosos como la última y más alta fase del intercambio en trueque simple, el siguiente paso en la dirección precursora del dinero fue la introducción de la promesa de entregar estos metales. Hasta el día de hoy persiste la creencia de que el dinero, para ser sólido, debe prometer la entrega de oro o plata. La cualidad esencial del dinero, sin embargo, es su promesa de entregar valor en un bien dejado a la elección del poseedor. Pero a pesar de la especificación de un bien dado estipulado en la promesa, la promesa se acercó más a ser dinero que nada anterior porque comportaba un intervalo de tiempo entre la primera transacción y la finalización del intercambio, cuando el valor ha sido recibido por ambas partes. Introdujo también un elemento de fe.

La necesidad de dinero ha estado siempre muy por delante de los instrumentos disponibles para utilizarlo. Debido a que la necesidad era

y es siempre tan urgente, el comerciante ha aceptado cualquier cosa que haya ofrecido la perspectiva de un intercambio por trueque no-directo. Al obrar así, se ha expuesto él mismo a las estratagemas de los charlatanes tanto como a los reformadores sinceros. No ha tenido una base que lo guíe. La única lógica que ha sido capaz de emplear ha sido elegir los mejores medios cuando dos o más han estado disponibles.

¿Por qué el hombre se empeñado consistentemente en salir del simple trueque cuando, debido a su gran simplicidad, ofrecía seguridad contra el engaño mientras que los sistemas monetarios lo han traicionado invariablemente? ¿Por qué ha de tener el hombre dinero? No es ni herramienta de producción ni producto. No es ni comida, ni vestido, ni vivienda, ni adorno. No tiene ningún valor, y sin embargo es indispensable para el hombre moderno.

¿Por qué es indispensable? Porque la riqueza del hombre produciendo posibilidades a través de la especialización del trabajo no puede ser explotada a menos que el intercambio de bienes y servicios pueda ser separado en dos partes, con un operador recibiendo un valor y el otro recibiendo sólo la posibilidad de un valor. Por tanto aquello por lo que el hombre ha estado esforzándose es la oportunidad de adquirir sin entregar casualmente su propio valor. Si debe completar el intercambio en una transacción, queda reducido al simple trueque, y el trueque simple le exige encontrar a alguien que tenga lo que quiere y quiera lo que tiene. Hacer esto requiere tanto tiempo y esfuerzo que pierde lo que de otra manera podría ganar con la especialización del trabajo.

Imaginemos dos personas cara a cara, uno en posesión del valor que el otro desea, y el otro no teniendo nada de valor. ¿Cómo pueden hacer negocios? Obviamente el que tiene las manos vacías, comerciante potencial, debe tener algún medio de inducir al comerciante poseedor para que le transfiera el valor deseado. Si él pregunta qué es lo que el poseedor quiere en intercambio y promete entregar este bien deseado más adelante en el tiempo, y si esta promesa es aceptada y el poseedor entrega su valor, el que hace la promesa ha establecido un crédito. Pero la transacción no es una transacción en dinero, incluso aunque el prometido acepte una evidencia escrita de la promesa. Deberíamos detenernos entonces aquí, para comprender que el dinero y el crédito son sinónimos. El promisor no ha ganado la libertad del dinero, porque ahora debe buscar, encontrar y entregar el bien específico prometido. La transacción de trueque se ha separado sólo parcialmente, por la introducción de un intervalo de tiempo. Para acogerse a la facilidad del intercambio con dinero, el potencial comerciante debe entregar poder de requerimiento sobre algún comerciante o comerciantes sin identificar que puedan y quieran entregar un valor equivalente a opción del poseedor.

El empleo del dinero como medio de intercambio no implica un cambio con respecto al trueque. No es sino un método para separar completamente el trueque en dos partes. El aceptador de dinero da por lo tanto valor pero recibe sólo la promesa de un valor, la cual, cuando es traspasada al siguiente vendedor, requiere su mitad de la transacción del trueque partido. El introducir un elemento de tiempo en el trueque y el dar al aceptador el poder de requerir su mitad de cualquier comerciante y en cualquier bien, en cualquier tiempo, es lo que acelera y multiplica el intercambio, poniendo en libertad más cantidad y variedad de producción y de este modo elevando los estándares de vida.

Si el dinero es el liberador del intercambio, es también el vehículo de la fe y la confianza humana. Su sustancia es la promesa de que aquel que toma dará también. Esta promesa de fe es la base del poder de emitir dinero. En términos simples, significa que aquel que use dinero para cubrir sus adquisiciones debe estar preparado para cumplir su promesa vendiendo. En otras palabras, las personas que incurren en un intercambio monetario acuerdan dar y tomar cosas por comercio, al precio del mercado, en la moneda que sea el instrumento monetario en cualquier parte. De este modo el comerciante confía en la promesa del que usa el dinero de que honrará su uso con pago a la vista.

Una sociedad acostumbrada al comercio sobre la base de su fe en su dinero está expuesta al engaño como nunca lo estuvo en el sistema de trueque simple. Es imperativo, por tanto, que el hombre domine el dinero, de manera que pueda asegurar la fidelidad de la promesa implícita en lo que acepta como dinero, y no sólo pueda excluir de su poder de uso a todos los indignos de él, sino que pueda admitir en él a todos los que son dignos –incluyendo aquellos ahora excluidos bajo el existente sistema monetario político.

Si el dinero ha de cumplir su función como el liberador del intercambio, debe ser protegido de la polución de los falsos usuarios, y debe también estar libre para extraer suministros de todas las fuentes dignas. Cuando más ancha sea su base, mayor altura tendrá su cima y más grande será su servicio a la humanidad.

El dinero como organizador

Para el avance económico y social, los hombres deben especializar su labor y facilitar sus intercambios. Para madurar los frutos de esta operación, deben organizarse en grupos cooperativos aunque estén ampliamente dispersos.

El dinero cumple su función a través de su circulación. El esquema cooperativo entero está hecho de círculos monetarios, uniendo a hom-

bres que en general se hayan distantes entre sí pero que tienen un interés común en el círculo cooperativo. El dinero organiza estos círculos de cooperadores sobre una base democrática, porque cada cual es a su vez capaz de elegir a su suministrador. Mientras cada uno tiene contacto con y conocimiento de sólo los que se encuentran inmediatamente a derecha e izquierda, esto es, aquellos a los que vendió y de los que compró, el círculo formado por el dinero que pasó a través de sus manos puede implicar a decenas o centenas de otros, todos los cuales son esenciales para el funcionamiento exitoso de su intercambio.

Tomemos un ejemplo hipotético. Un comerciante de ropa de Ohio pide prestada una suma de dinero de un banco que envía a un fabricante de confección, que lo envía a un recolector de lana de Australia, que lo manda a un suministrador en Inglaterra, quien lo envía a su suministrador en Argentina, que lo envía a otro suministrador francés, que lo envía a un suministrador sueco, quien lo envía a un suministrador indio, que lo envía a un suministrador cubano, y así hasta que vuelve al comerciante en Ohio que comenzó el círculo. Un círculo así es muy improbable, porque está confinado a comerciantes al por mayor sin que el dinero pase por las manos de los empleados a través de las nóminas en algún punto. Evitamos esto en el ejemplo puesto que sería demasiado complejo seguir todas las ramificaciones.

Lo que queremos mostrar con este ejemplo es que el comerciante de Ohio inició y terminó un círculo monetario que dio vueltas alrededor del mundo y realizó cambios entre comerciantes que no se conocían entre ellos, salvo por el conocimiento que cada uno tenía de su proveedor y su cliente. La entera fábrica económica y social está tramada por círculos semejantes. Imaginemos el intrincado entrelazamiento de intereses económicos y actividad si algunos o todos los factores incluidos en el círculo tomaron prestado dinero de sus bancos e iniciaron nuevos círculos monetarios por su propia cuenta, y contemplemos cuán esencial es para la economía que este poder de uso sea ampliamente sostenido.

Podríamos creer que el dinero circula indefinidamente, pero esto es un error. El dinero tiene un periodo de vida que dura desde que es expedido hasta que es amortizado. Esto no implica que las expediciones individuales estén identificadas. Significa que una cantidad equivalente es normalmente retirada por el usuario a través del pago del "crédito" de su banco, y así es como el dinero es retirado. Tampoco es que haya un tiempo de vida definido. Unos círculos monetarios son más largos que otros. La longitud está determinada por cuándo en el círculo es encontrado un comprador para los bienes o servicios ofrecidos por el usuario o emisor. Además, un usuario puede equilibrar su cuenta retirando dinero de círculos diferentes de aquel que ha puesto en marcha.

Descarga así su obligación a la economía retirando de cualquier parte una cantidad de dinero cualquiera que sea igual a su propia emisión.

El dinero es el organizador de los auténticos cooperadores, es decir, de aquellos que entran en competición, y el eliminador de aquellos que no lo hacen. Así eleva los niveles de vida y cultura siempre a niveles más altos. Es el más grande agente civilizador del que dispone el hombre, y su mayor liberador. Una exposición elocuente del orden social, en tanto que desarrollado a través del uso de dinero en intercambio, es la que nos da Spencer Heath:

“La organización social eleva al individuo miembro desde el estado de ser como *criatura*, dependiente del entorno y arbitrariamente sometido a él, hasta la libertad y abundancia, dependiente pero no sometido por la sociedad de la que es funcionalmente parte. Sin los servicios de sus semejantes sociales, su vida entera está gobernada por las exigencias del entorno y la circunstancia. Su vida está determinada sin consideraciones por su elección y voluntad, y debe obedecer, bajo pena de muerte y la extinción de su raza. Pero cuando él entra en las relaciones sociales de servir a muchas personas y ser servido por muchas, la productividad, la creatividad de esta regla de oro del intercambio lo eleva de un estado de necesidad casi completa y lo pone en una abundancia relativa que lo libera de las compulsiones de un entorno sin socializar y le concede amplias alternativas y opciones para el ejercicio de su espontánea voluntad. Y cuando ha sido introducido, sus actos de servicio e intercambio se hacen por contratos voluntarios bajo el consentimiento de su propia voluntad de acuerdo con aquella de su semejante –la 'voluntad social'–, surgiendo sus expresiones no forzadas en los foros del intercambio. Más allá de lo fructífero de los servicios realizados e intercambiados, y de ésta todavía demasiado limitada libertad mutua y acuerdo de voluntades individuales, las energías de los hombres son emancipadas hacia actividades no prescritas por las necesidades de afuera sino por la preferencia y elección –por realizaciones de la voluntad espontánea e intrínseca. Por este don de libertad a sus miembros, la sociedad es correspondida con todas esas investigaciones espontáneas, descubrimientos, y la práctica, recreación y disfrute de las artes creativas y estéticas ¹.

Ciudadela, Mercado y Altar

Sistema y unidad

La palabra *dinero* tiene dos significados: el concepto y el instrumento que manifiesta el concepto. El concepto monetario es un concepto de contabilidad y un sistema de comercio a trueque-partido en el que el dinero surge de un saldo deudor o débito y vuelve mediante un crédito de compensación. Los débitos representan dinero emitido y los créditos dinero aceptado. El instrumento monetario puede especificar la transferencia, como en un cheque, o puede tomar la forma de dinero corriente (billetes y monedas), lo que no especifica ninguna transferencia y resulta válido en manos de cualquier poseedor.

Los instrumentos móviles que evidencian el proceso contable no necesitan tener un valor intrínseco. Son como artículos de contabilidad flotantes que, al llegar al banco autorizado que actúa como contable central y casa de compensación para el sistema, causan la transferencia de su suma desde la cuenta del que hace la transferencia a la del que la recibe. Así, el sistema depende y es un reflejo del libro de registros privados de los comerciantes. Cuando un comerciante envía a través del sistema monetario un manifiesto de dinero, arranca figuradamente una página de su libro de cuentas para permitir que pase la entrada a través del sistema.

El banco no tiene poder para emitir dinero de ninguna forma. Él solamente autoriza a los comerciantes a hacerlo cuando incurren en débitos en los libros del sistema. La única manera para el emisor en que tal emisión de dinero puede hacerse es escribiendo una orden al banco autorizado. De este modo el cheque se convierte en la forma inicial de dinero. Si se desea que el crédito sea transferido a una persona específica, así lo declara el cheque. Si se pretende transmitir crédito a personas sin identificar, ordena al banco que suministre moneda circulante o en efectivo. Vemos entonces que los cheques son la forma iniciadora del dinero, y que la moneda corriente no es sino una transformación. Debería notarse también que la moneda corriente es igualmente la emisión del que escribe el cheque y tal como lo requirió en el cheque. En efecto, él meramente ordenó al banco certificar su crédito mediante la emisión de instrumentos en el nombre del banco, quien a cambio de asumir la responsabilidad adquirió un crédito de la cuenta del escritor del cheque. Pensar en la moneda corriente como dinero y en los cheques como “sustituto del dinero” es un profundo error.

El banco autorizador no tiene poder ni para emitir ni para prestar dinero, aunque parezca a primera vista que ejerce ambos poderes. No presta ni su capital, ni sus beneficios ni sus fondos de ahorro. Simplemente autoriza al llamado prestatario a aumentar el suministro

de dinero, y sus depósitos muestran un aumento inmediato con la suma de lo que llamamos préstamo. El dinero efectivo que el banco da puede llevar el nombre del banco o aquel del Gobierno, pero sin embargo es la emisión del que escribió el cheque que lo requirió.

El dinero, como hemos visto, no tiene valor, y esto no es menos cierto para la moneda corriente. El dinero meramente permite al valor en abstracto, disociado de cualquier bien específico, ser intercambiado por un valor equivalente en cualquier bien en cualquier tiempo o lugar, a instancia del poseedor. Mientras que las monedas de metal son útiles como dinero corriente para hacer cambios y transacciones pequeñas, el hecho de que ellas puedan tener un valor intrínseco no las hace, por tanto, superiores al papel como moneda. De hecho, lo cierto es lo contrario. En la medida en que tienen un valor intrínseco, no son dinero en absoluto, sino instrumentos del trueque simple. Ellas son sólo instrumentos monetarios (trueque-partido) por el balance de su valor nominal. Un bien nunca puede actuar como dinero, puesto que el propósito mismo del dinero es obviar la necesidad de transferir un valor del comprador al vendedor, y, de este modo, escapar de las limitaciones del trueque completo y ganar la libertad y facilidad del trueque partido.

Puesto que el dinero es la matemática del valor, así una suma de dinero es expresada en términos de una unidad abstracta de valor. Tal unidad de valor puede ser alcanzada inicialmente igualándola con el valor de algún bien o grupo de bienes en un momento dado del tiempo. Cualquiera que pueda ser el valor seleccionado de esta forma se convierte entonces en una unidad o la cifra 1. Para establecerla como la unidad monetaria, en todo caso, debe haber intercambios reales, en los que los compradores emitan y los vendedores acepten la emisión sobre la base seleccionada. Tales intercambios reales establecen el poder de la unidad, y los aceptantes, es decir, los vendedores, tienen entonces un poder fijo establecido en sus mentes y se comprometen a conseguir a cambio para las unidades tanto o más valor que el que dieron. Así una unidad monetaria se establece por el precedente de intercambios reales y de ningún otro modo. Ninguna ley o autoridad puede dar un poder fijo a una unidad monetaria. Debe ser fijada en el comercio en competencia real.

Al comienzo de una nueva unidad monetaria, sería teóricamente correcto lanzarla a la par con algún artículo o artículos con un valor como bien. Puesto que en todo caso ya existen unidades monetarias en funcionamiento, sólo sería necesario en la práctica basar una nueva unidad en alguna de tales unidades existentes, o en una fracción o múltiplo. Por que si constituimos una cesta de mercado con varios o todos los bienes que ya están en intercambio y tabulamos, por ejemplo, sus precios en dólares, encontraremos que un dólar representa una cierta fracción

del total. En otras palabras, todas las unidades monetarias existentes ya están basadas en una cesta del mercado, y una nueva unidad monetaria tendría que basarse en una cesta de mercado aceptando una unidad existente como criterio para la nueva. Así es como el dólar americano se estableció, introduciéndose en paridad con el dólar español entonces habitual en los estados. A partir de entonces siguió su propio curso. El dólar español hace mucho que pasó a la historia, pero proporcionó el trampolín para lo que luego se ha mostrado como la unidad más estable en el mundo.

Teniendo en cuenta que el valor sólo puede ser determinado en competencia, podríamos definir el dinero como sigue:

El dinero es una obligación expresada en términos de una unidad de valor y emitida por un comprador en intercambio con el valor de un vendedor. Es transferible y aceptable para otros vendedores por un valor equivalente, y es finalmente pagado por el emisor por un valor equivalente.

Capítulo 3: La Separación del Dinero y el Estado

Como ya se ha expuesto, el dinero opera en círculos desde su nacimiento por el emisor hasta su muerte por el emisor. En otras palabras, la circulación del dinero es una cadena de crédito en la que el emisor es el primer y último eslabón. Los eslabones intermedios lo aceptan y lo pasan, con la previsión de que su promesa implícita de valor será pagada por el emisor, que fue el primero en recibir valor –aunque se desconozca su identidad. No hay forma de determinar cuándo el emisor pagará una suma equivalente a su emisión, pero desde el momento que su crédito –su poder de emitir dinero–, es limitado tanto en tiempo como en cantidad, él está obligado a pujar por dinero ofreciendo sus bienes o servicios en el mercado a precios competitivos. Dos factores son por lo tanto indispensables para un sistema monetario –limitación del poder emisor, y competición.

Bajo el sistema político-monetario imperante, ninguno de estos dos factores está presente en las llamadas emisiones de dinero del estado. Por lo tanto, no son dinero. El estado domina el sistema monetario y se autoriza él mismo a hacer emisiones en cualquier grado que elija. Y sin embargo, por el otro lado, no ofrece nada al mercado con lo que pagarlas. Aunque legales porque así lo ha establecido la ley, tales emisiones son ilegales por la ley natural.

La falsificación legal del estado actúa sobre la circulación del dinero exactamente igual que la criminal de los falsificadores privados. Pero es mucho más seria, porque la última, cuando es detectada, puede ser sacada de circulación, mientras que las emisiones del estado son indistinguibles del dinero real y, dado que están legalizadas y no tienen límite, hacen infinitamente más daño.

El efecto de la falsificación en la circulación del dinero es aguarlo o inflarlo, reduciendo así el poder de cada unidad. Esto se refleja en un nivel de precios más alto para bienes y servicios. Exactamente igual que echar agua en la leche aumenta su volumen de líquido, requiriendo un mayor volumen para un mismo valor de nutrición, así la inyección de falsificaciones en la circulación del dinero reduce el poder de cada unidad. Es un error, por tanto, decir que el estado ha aumentado el suministro de dinero o incrementado el poder adquisitivo. Lo que simplemente ha hecho es devaluar la unidad y aumentar el número de unidades, sin afectar el suministro total de dinero. Con un número mayor de unidades monetarias pujando por un suministro dado de bienes, el

poder de cada unidad debe caer, esto es, los precios deben subir. Esta es la ley de la competencia surtiendo el efecto inevitable.

Mientras que el suministro total de dinero incluye todas las unidades de las cuentas de los bancos comerciales y de ahorro y el dinero en circulación, sólo la suma que accede al mercado actúa bajo el influjo de la competencia. El dinero en el mercado, y los bienes en el mercado, determinan el poder de la unidad o el precio de los bienes. Por tanto, el efecto de falsas emisiones no se manifiesta mientras hay reservas ociosas y bonos del estado pendientes que prometen convertirse aún en más unidades. Si se sigue el pánico del comprador y estas reservas tuvieran que volcarse súbitamente en el mercado, se producirían estragos.

Cuando el estado emite una gran cantidad de pretendido dinero, aplaza la reacción a esto induciendo a la gente a “ahorrar”, esto es, a guardarse de verificar el poder de la unidad diluida en el mercado. Así pospone el día del juicio, pero crea el peligro de que sus falsas emisiones provoquen resultados posteriores súbitos y catastróficos.

El estado, no teniendo poder de emitir dinero, no puede establecer una circulación de dinero por su propia cuenta. Sólo puede ganar poder en sus emisiones mezclándolas con el dinero genuino emitido por los comerciantes. El estado debe por tanto erigir un sistema en el que el verdadero dinero sea emitido por los emprendedores personales, como base para explotar la economía con sus propias emisiones. Este es el sistema político-monetario. Continuará asolando la sociedad hasta que la gente aprenda a separar el dinero y el estado.

Mediante la parodia de emisiones de dinero, el estado no sólo grava encubiertamente a la gente a través del proceso de “adquirir” con papel sin valor, sino que además perturba el intercambio al causar que el poder de la unidad se someta a cambios frecuentes de valor, haciendo así imposible que los comerciantes se comprometan por adelantado sin un gran riesgo o que determinen con precisión sus costos e ingresos. Se consideraría intolerable que el estado pudiera proclamar y proclamara un cambio frecuente y sin noticia del poder de la unidad, y sin embargo este mismo efecto es que el produce de forma encubierta mediante sus emisiones de pretendido dinero en la circulación.

La democracia derrotada

Esta capacidad de los gobiernos de inyectar falsas emisiones en la circulación es la base de su poder para repartir riqueza entre los grupos de presión a expensas del resto de la comunidad. Estos impuestos encubiertos subyacen a toda la tendencia hacia la confiscación de riqueza y la gubernamentalización de la empresa personal. Roba a Pedro, sin que tan siquiera lo sepa, para subvencionar a Pablo, que es agradecidamen-

te consciente de la largueza del gobierno. Y ahora vienen los socialistas, comunistas, fascistas y otros varios intrigantes para confundir a Pedro quien, sin importar qué ismo escoja como remedio, echará con toda seguridad la culpa de sus males a los negocios. Puesto que el gobierno siempre se declara ante la gente como su protector, lo que obviamente hay que hacer es darle más poder para proteger al público de los “estafadores”, “especuladores”, “contrabandistas”, “piratas” y demás lobos del mundo de los negocios. El prestigio de los negocios cae puesto que la propaganda política arroja sobre ellos la culpa que debería caer sobre el gobierno.

No hay ninguna guerra de ideologías. No hay otra cosa que una epidemia de hurtos de grupos de presión perpetrados contra el público desconcertado por el dinero falsificado. Los beneficiarios de estos asaltos se guardarían de falsificar con sus propias manos, pero cuando el gobierno lo hace por ellos, ellos fácilmente se unen a grupos de presión para explotar una fuente tan aparentemente inagotable. La propaganda colectivista no es sino una fuerza colateral para promover confiscaciones y controles. La influencia que provoca es el reclamo ofrecido por el gobierno de conseguir algo por nada. Igual que los ciudadanos son demasiado débiles como para resistir este reclamo, también los políticos son demasiado débiles como para no ofrecerlo, pues rechazar “beneficios” es arriesgarse a la pérdida del cargo. Si el orden social puede evitar la desmoralización, no puede permitirse que continúe el poder corruptor de la largueza del gobierno.

Para oscurecer la consecuencia lógica de inyectar en la corriente del dinero billones de unidades falsificadas, los gobiernos recurren a controles de precios supresores. Con el funcionamiento de la ley de la oferta y la demanda, que es cardinal para el librecambio, así obstruido, la industria se atrofia, desarrollando una demanda pública de intervención del gobierno. El crimen de la falsificación conduce al gobierno de un vicio a otro en un esfuerzo de escapar a las consecuencias de este pecado original. Es este huir de las consecuencias de los pasados errores, más que la persecución consciente de una meta, lo que trae los efluvios de las dictaduras sobre nosotros. El gobierno va transformándose por el escapismo en una tiranía de conveniencia. Esto explica la aparente paradoja de la tendencia constante hacia lo dictatorial a pesar de las declaraciones oficiales defendiendo la libertad.

El primer acto del político ambicioso es agarrar el poder de emisión de “dinero” del gobierno. Es por este medio que compra literalmente su camino hacia sus objetivos. Su valor para él reside en el hecho de que a través suyo puede evadir la resistencia pública a los impuestos. Equilibrar el presupuesto requiere que el costo de cada proyecto sea revelado inmediatamente al electorado a través de impuestos obvios.

Falsificando dinero, no sólo elude la resistencia a la venta de sus proyectos, sino que incluso crea la ilusión de prosperidad por el estímulo temporal dado a los negocios por el gasto. Naturalmente, un presupuesto desequilibrado no significa otra cosa que impuestos aplazados, a través de precios inflados; pero pueden aplazarse hasta que se haya conseguido el objetivo, e incluso entonces, puede huirse de la culpa pidiendo a gritos a los negocios privados que “paren ya de robar”.

Examinemos los métodos de cualquier dictador o potencial dictador o atolondrado escapista, y veremos que su herramienta esencial es la falsificación del dinero. Todo lo demás es escenografía y propaganda. Sin esta herramienta, el gobierno estaría obligado a ser honesto y frugal, porque todo ciudadano se resiste a los impuestos mientras no se le engaña.

Sin la palanca de la falsificación del dinero a disposición del gobierno, no habría guerras salvo por mandato popular, porque habría que pagar el precio consciente e inmediatamente. El potencial fabricante de guerras conquista y domina a su propia gente, antes que nada, por el narcótico del dinero falsificado. Si la gente puede tener un poder de veto a la guerra, debe empezar por denegar al gobierno su poder de falsificar el dinero.

Tampoco sobreviene necesariamente el comunismo o el estatismo al pueblo a través de un golpe político o una revolución. Su proceso más insidioso y peligroso va evolucionando a través de la falsificación del dinero, a pesar de las sinceras manifestaciones que salen por las bocas de los políticos, tranquilizadamente aceptadas por el público. Emitir dólares falsificados en la corriente monetaria es reducir el poder de todos los demás dólares, y así los elementos de frugalidad de la comunidad son drenados continuamente y se consigue el propósito de nivelar la riqueza. A medida que avanza este proceso de robar a lo productivo, destruye los incentivos de la producción y sabotea la empresa personal.

El público no atribuye este empobrecimiento y desmoralización resultantes a la parodia emisora del gobierno. Hecha la culpa al sistema de empresa personal. Así la mente colectiva se va deslizándose desde su fe natural en la empresa personal a la búsqueda de salvación por el gobierno, y esto ocasiona el apoyo popular para que el gobierno asuma los medios de producción y distribución. Bajo el confuso y confundidor término inflación, que es causado por la falsificación monetaria del gobierno, el proceso de confiscación continúa e incluso es ciegamente apoyado por emprendedores personales que creen que están actuando en una economía libre. Bajo el proceso del remedo de dinero, nuestra denominada economía libre no es sino una correa de transmisión para la confiscación.

El poder monetario es un poder soberano del hombre. Debe ejercerlo y protegerlo si quiere gobernar al gobierno y el comercio y adquirir dominio sobre su vida. Sin tal dominio, no podemos tener democracia, paz, ni prosperidad.

La separación del dinero y el estado

Debido a la general ignorancia de las leyes del dinero, los hombres no han sido alertados del peligro que tiene tanto para la economía como para el estado el que se admita la participación de este último en el sistema monetario. En América se ha dado el mal de las emisiones gubernamentales, tanto en la época de las colonias como en la del Gobierno continental, y por eso la Convención Constitucional rechazó en votación la proposición de permitir al Gobierno emitir moneda, o como entonces se llamaba, “billetes de crédito”.²

Pero ni estaba, ni está claro para la mayoría de la gente hoy, que el poder de “tomar prestado” dinero de un banco comercial es realmente el poder de crear dinero. De ahí que al añadir al:

Artículo 1, Sección 8, Párrafo 5. “El Congreso tendrá el poder de acuñar moneda, regular su valor y el de la moneda extranjera, y fijar el estándar de pesos y medidas”.

las palabras “y emitir billetes de crédito”, no negaban, como se pretendía, el derecho del Gobierno de ejercer el poder de emisión, debido a la inserción de la cláusula siguiente:

Artículo 1, Sec. 8, Par 2. “El Congreso tendrá el poder de tomar dinero prestado a crédito de los Estados Unidos”.

Esta última cláusula, interpretada como el poder de tomar prestado dinero ya creado de la gente, y no de los bancos comerciales, hubiera sido consistente con la intención de los hacedores de la Constitución de negarle al Gobierno el poder de crear “dinero”, o, hablando más claro, el poder de falsificar; puesto que, como ya hemos visto, ninguna ley establecida puede otorgar poderes a un gobierno para emitir dinero contraviniendo la ley natural de que sólo un comerciante competitivo puede ser un emisor de dinero. Pero esta cláusula no limitó al Gobierno en tomar prestado dinero realmente existente, sino que le autorizó a “tomar prestado” de bancos comerciales. Este poder, al ser ejercido por un comerciante competitivo, es el poder de crear dinero; al ejercerlo el gobierno, es el poder de falsificar el dinero.

El *Artículo 1, Sección 8, Párrafo 5*, recién citado, es popularmente malinterpretado como una concesión del poder de emisión. Pero los debates sobre la cláusula, como evidencia la decisión de pegar las palabras “emitir billetes de crédito”, muestran que la cláusula pretendía meramente conceder el poder de estipular lo que sería la moneda del

terreno, y acuñar (pero no emitir) monedas procedentes del metal llevado a la casa de moneda por los propietarios privados. El Congreso nunca ha interpretado esta cláusula de otra forma, y consecuentemente las malas prácticas no han venido de aquí.

Antes de la Guerra Civil, el Gobierno tomó prestado muy poco dinero, y si alguna parte de él fue “tomada en préstamo” de los bancos, fue en todo caso trivial. Pero con la llegada de la Guerra Civil, se dio un paso que su proponente, Salmon P. Chase, Secretario del Tesoro, admitió que era inconstitucional, si bien quedó justificada en nombre de la gran emergencia. El Gobierno, por vez primera, emitió “billetes de crédito”, llamados comúnmente “*greenbacks*”. De todos modos, estos respresentaron cantidades modestas, e incluso actualmente la emisión total de moneda por el Gobierno es una cantidad modesta en comparación con su carga sobre la circulación con dinero “en préstamo” a través de cheques de bancos que inflan los depósitos de los bancos y la circulación.

Sin embargo, no podemos precisar en cuanto a la autoría de nuestros 28 billones de moneda corriente, pues, como ya se ha afirmado, la identidad del emisor de dinero se pierde en el proceso de transformar un cheque en efectivo. No podemos saber qué parte brotó de cheques que fueron extraídos de depósitos creados por “préstamos” al Gobierno de bancos, pero lo que sí sabemos es que la parte que lleva sólo el nombre del Gobierno (certificados de plata sobre todo) es sólo de unos 4 billones aproximadamente. El balance son las notas de la Reserva Federal, que, aunque portan la “garantía” del Gobierno, son no obstante responsabilidad de los bancos de la Reserva Federal cuyos nombres llevan. El error común es contar sólo billetes y moneda corriente como dinero, cuando las provisiones totales de dinero incluyen todos los depósitos de los bancos, ya sean comerciales o de ahorro. El dinero surge de la cuenta de contabilidad en los libros de un contable central, en el sistema presente, un banco comercial, y en su forma inicial es un cheque, del que sale moneda corriente. Puesto que sólo una parte menor de los negocios hacen sus transacciones con moneda corriente, la mayor parte de las provisiones de dinero permanecen en depósitos de bancos y son transferidas mediante cheques.

Al comienzo de este capítulo, afirmamos que los aspectos esenciales para un emisor de dinero son la limitación de la emisión y el comercio en competencia, y afirmamos también que el gobierno no da nada a cambio de su emisión. Que no hay limitación a las emisiones del gobierno, y que no puja en el mercado para el pago del dinero, es patente. Pero el lector puede sentirse ofendido con la afirmación de que no da nada a cambio del dinero en impuestos que recauda. El “servicio” del gobierno consiste principalmente en disfavor o perjuicio, pero cualquiera que su servicio real pueda ser, no lo ofrece en intercambio, esto es, el ciudada-

no no tiene otra opción que tomarlo o dejarlo. Puesto que no hay forma de determinar qué constituye un servicio excepto por intercambio voluntario y competitivo, y puesto que los gobiernos no están sujetos, en su actuación, a una prueba semejante, no tenemos tampoco ninguna forma de separar el servicio del gobierno del perjuicio del gobierno.

Por tanto en la relación entre un gobierno y sus ciudadanos no se produce un intercambio, sino una exacción, y la exacción o confiscación no es ningún sustituto para la puja en competencia. La última es un elemento absolutamente esencial para cualificar al emisor de dinero, pues la competencia es un proceso de valoración, y es sólo de esta forma que un valor equivalente puede ser garantizado en su pago o reconquista de un dinero igual al recibido en su emisión, garantizando así la estabilidad de la unidad monetaria.

A pesar de todo, la enfermedad de la emisión de “dinero” por el gobierno no sería tan mala si el estado recuperara en impuestos una suma equivalente a su emisión, esto es, si equilibrara su presupuesto. Pero la práctica de la emisión es tan seductora que excluye virtualmente tal posibilidad. Es un método disimulado y secreto de impuestos que resulta un gran peligro tanto para la economía como para el estado. En lugar de estar obligado a gravar a los ciudadanos por el método obvio de extraer dinero suficiente para satisfacer sus necesidades, lo que encontraría una sana resistencia, el estado aparece ante el electorado no como un extractor de dinero, sino como un suministrador. Así es como se ha llegado a la idea de que gastando en cualquier proyecto, meritorio o no, el gobierno “aumenta las existencias de dinero” y beneficia a la economía.

En ausencia de resistencia del ciudadano, esto es un Ábrete Sésamo para toda suerte de gastos, apoyando y subvencionando intrigas de muy otras agendas, y conduciendo a la subversión no sólo del gobierno democrático, sino también de la democracia más vital y más grande, el sistema de empresa personal. Difícilmente sobrevivirá intacto si el estado emplea un sistema subrepticio de gravámenes semejante a la emisión de “dinero”, confundiendo al electorado sobre el auténtico coste del abuso del gobierno.

La historia del dinero es un acta de la injusticia resultante de la cooperación a veces pérfida y a menudo inocente entre banqueros y políticos. Invariablemente ha producido desastres. Mientras exista el sistema monetario político, continuarán tales alianzas y prevalecerán los malos frutos. La separación del dinero y el estado haría imposible cualquier coalición de planificadores políticos e intrigantes financieros, ya sean nacionales o extranjeros. La clara corriente de prácticas monetarias sanas ya no estaría enturbiada por la falacia y la intriga. En lugar de basar el dinero en leyes políticas y licencias, el sistema monetario apolí-

tico descansará sobre el principio, gobernado por ley natural, de que ningún poder delegado estará sujeto a la captura ni de necios ni truhanes, dejándole a la gente el pleno y libre ejercicio de sus poderes inherentes de producción e intercambio.

La unión monetaria de las gentes

El espíritu de hermandad entre todos los hombres mantiene su presión hacia la unión. Esta aspiración, con su ideal de paz y prosperidad para todos, busca su realización a través de un gobierno político mundial que, en todo caso, no puede realizarse sin disminuir los poderes soberanos de los estados nacionales existentes. Como ya apuntamos, el estado, cualesquiera que sean los ideales de su fundación y las creencias de su función protectora que residan en las mentes de la gente, es a pesar de todo el agente de grupos de explotación que lo invocan para burlar el funcionamiento de las leyes naturales. No es, tal como hoy funciona, el defensor de la ley ni el protector de la sociedad, sino el infractor de la ley y el enemigo del orden social. Y sin embargo todo esto no ha ocurrido por la planificación de ninguna suerte de genios malvados. El estado es él mismo la víctima del desajuste que resulta de la general ignorancia del dinero.

Si fuera posible confederar las naciones existentes, tampoco se lograría nada si el actual sistema político-monetario continúa en funcionamiento en los estados constituyentes o incluso exclusivamente en el estado confederado. La nueva estructura sería todavía un instrumento para intereses particulares frente al interés público, puesto que todavía podría ejercer y ejercería su poder de falsificar dinero, desfondando así la laboriosidad de las gentes, y conduciendo a guerras civiles quizás más destructivas que las guerras entre naciones.

Si, como comprenden todos los abogados de la unión mundial, la confederación no puede cumplirse sin que algunas naciones entreguen poderes considerados provocativos, es oportuno preguntarse si los provocativos y omnipresentes poderes de los actuales estados podrían ser extirpados sin que fueran trasplantados al nuevo estado confederado. Nosotros creemos que esto puede y debe hacerse, y que cuando se haga, conseguirá muchísimo más que un gobierno político mundial. Sólo implica el reconocimiento de que el gobierno mundial ya existe en el plano económico, y que todos los gobiernos políticos se alinean en formación de ataque contra él con más seriedad que con respecto a las guerras entre estados. De hecho, estas últimas no son sino el resultado de los primeros.

Todas las gentes del mundo tienen interés en el intercambio y están deseosas de participar en él. No hay aquí conflicto de ideologías, ni dife-

rencia alguna de motivos. Pero hay una confusión de lenguas, en la que el gobierno de cada pueblo obliga a sus ciudadanos a usar un lenguaje monetario que no sólo necesita ser traducido con los otros, sino que requiere cambios constantes en la interpretación interna de cada uno por cuanto el estado desestabiliza la unidad monetaria a través de las emisiones falsas. De este modo los estados provocan tanto separación internacional como confusión interna.

Cuando los pueblos del mundo tengan un lenguaje monetario común, liberado por completo de cualquier gobierno, se facilitará y estabilizará el intercambio del que se seguirán paz y prosperidad incluso sin un gobierno mundial. Negándole al estado su poder de diluir el dinero, los males que conducen al conflicto y a la guerra serán eliminados. La unión de las gentes, y no de los gobiernos políticos, es lo que el mundo necesita.

El gobierno natural que tiende a unir más que a separar existe bajo las leyes naturales del sistema de empresa personal, a saber, la especialización, el intercambio y la competencia. Funciona sin ningún decreto. Se hace inoperante sólo cuando los gobiernos intervienen para influirla. Por tanto no necesitamos leyes hechas por el hombre para establecerla o controlarla; necesitamos sólo la ausencia de tales leyes para que tenga todo su influjo. Ocurre que no hay ningún estatuto político que prohíba la liberación del gobierno natural del hombre. Luego podemos proseguir este acto de liberación sin pedir la acción política para rechazar o promulgar estatutos.

Para poner en práctica el gobierno natural del hombre, no necesitamos sino establecer un lenguaje monetario potencialmente universal que no tenga ningún carácter nacional o político, y esto está dentro de las posibilidades de los emprendedores en todas las partes del mundo. Una vez que semejante sistema monetario apolítico llegue a la existencia, puede quedar librado al interés propio para atraer participantes en todas partes. En la misma medida en que los comerciantes hagan negocios a través del sistema apolítico, disminuirán sus transacciones en el sistema monetario político. Por este proceso los dineros políticos serán abolidos y el sistema apolítico triunfará y la sociedad será unida en el plano económico. En otras palabras, sólo necesitamos invocar la ley de la competencia dando a los empresarios la oportunidad de elegir entre un dinero nacional y uno universal, entre la inestabilidad y la estabilidad, entre la infidelidad y la fidelidad, entre el riesgo y la seguridad, entre los obstáculos y la facilidad de intercambio.

Capítulo 4: El poder del dinero en el hombre

EL DINERO NO PUEDE funcionar sin competencia que determine los valores. Tal proceso de determinación de valores es el único medio de garantizar a los que aceptan el dinero que tendrán disponible a su vez un valor equivalente al entregado. Se sigue que la estabilidad de la unidad monetaria depende de la espontánea acción y reacción de todos los participantes en el intercambio competitivo, y no del crédito que merezca el emisor, quien, aunque conocido para el banco o la contabilidad central, no está identificado con su emisión en la corriente real de circulación. Esto predispone a la idea de que el poder emisor debe ser ejercido sólo por el rico.

Ni debería confundirse tampoco el crédito del que surge el dinero con el crédito comercial ordinario. El crédito comercial implica la promesa de entregar dinero o bienes al acreedor. Está sujeto a demora por decisión, y está más rígidamente estructurado que el crédito creador-de-dinero, puesto que estipula un acreedor específico y una fecha de vencimiento. El crédito creador-de-dinero no está sujeto a demora intencional. El emisor está impaciente por pagar la suma de su emisión, puesto que hacerlo implica sólo conseguir dinero más bien que darlo. Esta impaciencia de parte de cualquiera de conseguir dinero vendiendo bienes o servicios es el respaldo de seguridad del crédito creador de dinero. Por tanto, ya que existe universalmente, el criterio del poder creador de dinero no es un criterio de responsabilidad moral del emisor, sino de su capacidad de intercambio.

En otras palabras, el matiz determinante del potencial emisor de dinero no es su responsabilidad moral o material, sino su capacidad de entregar valor al mercado a cambio del dinero que desea prontamente. Para ser breve, cualquiera que tiene bienes o servicios comerciables está cualificado para emitir dinero en la medida de tal capacidad. Todo el mundo depende hasta tal punto del dinero, el medio de intercambio, que no necesita ser persuadido moralmente para que dé sus bienes o servicios a cambio. Por eso es por lo que se mete en negocios.

De hecho, la necesidad de dinero es una condición previa a la emisión. Para emitir dinero, uno debe estar sin él, puesto que el dinero surge sólo de un balance de deuda en los libros del banco autorizado o el tenedor de cuentas central. Ningún dinero puede surgir de un balance en tinta negra, pues tal balance indica que el tenedor figura como acreedor de la economía, habiendo entregado obviamente más valor al mercado del que ha tomado. Esto no significa que en su propio libro de cuentas él

esté en una situación de acreedor, porque allí también cuenta el peso de su crédito comercial. Pero si en los libros del banco o del contable central del dinero él figura como acreedor a la economía, no puede ser un emisor de dinero sin establecer primero un balance en números rojos.

La afirmación de que un potencial emisor de dinero debe estar sin peculio requiere una explicación matizada de que esto no incluye la moneda que ya se posee, puesto que obviamente no hay registro de esto en las cuentas del contable central. Tampoco significa que no se pueda realizar un préstamo a alguien que sostenga un balance de números negros. Pero el “préstamo” no constituye una emisión, y antes de que el inversionista pueda escribir nuevo dinero, debe agotar su balance en números negros. Ni significa el “balance en números rojos” un descubierto como aparece en la cuenta del inversionista. Significa un déficit cuando la suma de la nota que representa el “préstamo” es tomada en cuenta. El hecho de que sólo aquellos sin dinero pueden ser emisores de dinero muestra que la aptitud de la circulación del dinero requiere la aptitud de los emisores, y que las provisiones nunca pueden ser adecuadas para una economía sana cuando el número de emisores está limitado.

Puesto que la responsabilidad moral no es un requisito para el emisor de dinero, y sólo los sin peculio pueden ser emisores, debemos abandonar la idea de que la emisión de dinero es la prerrogativa exclusiva de la élite y los ricos. Todo el dinero surge de aquellos que no tienen ninguno, y en la exacta medida en que la política de emisión de dinero esté gobernada por el esnobismo y las ideas aristocráticas, estará la economía hambrienta y restringida.

Debemos reconocer también que es más probable que esto decepcione a las firmas o corporaciones, con su capacidad de recoger dinero a través de las ventas, que a los trabajadores asalariados. Las instituciones de negocios se limitan al marketing de artículos específicos, que el mercado puede devolver en el lapso entre el momento de la emisión del dinero y el momento en que se compromete a recuperarlo por las ventas; mientras que los trabajadores a sueldo tratan con material en bruto, su trabajo, que puede ser intercambiado para la producción de cualquier bien para el que haya demanda. Esta flexibilidad de la aplicación del trabajo hace al poder de pago del dinero menos especulativo por parte de los empleados que de los empleadores.

Por ejemplo, tomemos a un fabricante con mil empleados, y comparemos la emisión de 100.000 unidades de dinero por el empleador con la misma suma tal como sería emitida por los empleados a una razón media de 100 por cada uno. Supongamos que la empresa pueda fracasar y la compañía quede fuera del negocio. Los empleados estarían aún en el negocio, puesto que ellos pueden vender su trabajo a otros

empleadores incluso si el producto de su anterior empleo fuera invendible para su antiguo empleador. El hombre, el fabricante de energía humana, tiene menos de especulador que el empleador que ha convertido la energía en un artículo específico. Lo vendible de este último queda limitado a una categoría particular de bienes, mientras que el primero es el productor en bruto de toda mercancía.

El trabajo, como los servicios, es de hecho la única mercancía con trato en intercambio, y su valor es determinado en intercambio. Ahora bien, si el dinero está basado en el valor, y el único valor reside en los servicios humanos, mentales y manuales, puede verse que todo el dinero es dinero de servicio. ¿No se sigue entonces que el hombre, la fuente de todos los valores, es la fuente natural de todo el dinero?

En todo productor hay inherentemente un poder de emitir el dinero necesario para negociar su producción en intercambio. De ahí que en la medida en que humanicemos nuestro concepto del dinero y el intercambio, ampliamos su poder de fomentar el orden económico y social. Como hemos visto, un emisor de dinero inicia un círculo de dinero, y son estos círculos los que organizan la cooperación en la sociedad. Cuantos más organizadores de círculos tenga la economía, más grande resulta el efecto para elevar los niveles de vida. Con seguridad, no todos pueden actuar como iniciadores de un círculo de dinero al mismo tiempo, desde el momento en que, como ya apuntamos, uno debe estar en una posición deudora para convertirse en emisor de dinero, es decir, uno debe estar sin dinero, y por tanto aquellos con dinero están descalificados como emisores, mientras mantenga ese status. Pero bajo el sistema monetario existente, muchos que están naturalmente cualificados quedan descalificados artificialmente. Esto impone una limitación sobre los iniciadores del intercambio, y en la medida en que el intercambio quede limitado, ha de quedar limitada también la producción.

A los productores o potenciales productores se les debe permitir siempre despertar el intercambio y así, en consecuencia, la producción, cuando se ahoga por una deficiencia de circulación del dinero. En otras palabras, ningún producto debería depender de los círculos monetarios iniciados por otros. Cuando ningún círculo le incluye y queda sin dinero, él no sólo se sirve a sí mismo sino también a la economía al iniciar un círculo por su propia cuenta. Pues si no lo hace, debe dejar de comprar, reduciendo así la demanda para la producción de otros, extendiendo el contagio del desempleo. Comprando, él absorbe trabajo materializado, creando así demanda para más, que reacciona a su vez sobre él, desde el momento en que cuando compramos a otros compramos indirectamente de nosotros mismos. Esta es la garantía contra el desempleo y la depresión. No requiere sino el reconocimiento de que todo hombre es su propio empleador y no se le

debe negar la oportunidad de emplearse él mismo empleando a los demás, esto es, comprando la producción de otros.

Dos falsas ideas asolan nuestras ideas del dinero. Una es la de admitir a los gobiernos –que ni tienen ni pueden estar investidos con el poder de emitir dinero- en la circulación del dinero, y la otra es que excluye a aquellos que por naturaleza están cualificados para emitir. Así el dinero y el intercambio y la producción padecen una deficiencia de auténtico dinero y una sobrecarga de dinero falso.

Para resolver nuestros problemas político-económicos, debemos erradicar estos dos males. Nuestro genio inventivo, tan maravilloso en la mecánica, debe volcarse en ingeniárselas para alcanzar un sistema monetario que libere la invención en las industrias, puesto que sin un sistema de intercambio fácil y fiel, el progreso ulterior es obstaculizado y la invención industrial se vuelve inútil.

El concepto clave en la organización de un sistema monetario nuevo y adecuado debe ser el reconocimiento de la dignidad del hombre como productor y fuente de los medios de intercambio. El individuo debe ser visto como elector en una democracia económica que determina por su voto monetario el curso tanto de la economía como del estado, y nunca se le debe negar el uso de tal voto. Si se respetan estos recursos, la democracia económica disolverá en su funcionamiento los males que ahora existen y así progresivamente confinará las actividades del estado y disminuirá sus intervenciones en los asuntos económicos de la gente.

La democracia política es ilusoria y además una trampa cuando se propone reflejar la voluntad pública en el terreno económico. El voto es demasiado infrecuente, e incluso entonces, implica un esfuerzo especial. Se compromete a garantizar la delegación de poder para resolver la acción legislativa y ejecutiva de una miríada de cuestiones, algunas de las cuales ni siquiera estaban contempladas en el momento de acudir a las urnas, y siendo todas en general abstractas, requiriendo una objetividad y un supuesto entendimiento de las complejas interacciones de fuerzas que ni el elector ni el elegido poseen.

La democracia económica, del otro lado, usando el voto del dinero, permite al elector lanzar su voto subjetiva y frecuentemente en el curso regular de su vida mientras busca su felicidad. Él puede votar y asegurar lo que desea incluso si se halla en minoría.

Buscar la liberación de nuestras limitaciones no a través de la democracia política, que en el mejor de los casos sólo puede obrar negativamente en la invasión de los derechos naturales por el estado, sino persiguiéndola con medidas positivas a través del dominio del dinero, utilizándolo como un voto sin ataduras en una democracia económica que no conoce limitaciones políticas –este es el nuevo enfoque de la libertad y la hermandad humanas.

Ensayo 1: El Pacto del Dinero

Si el dinero no es sino un instrumento de contabilidad entre compradores y vendedores, y no tiene valor intrínseco, ¿Porqué siempre ha habido tanta escasez de él? La respuesta es que el productor de riqueza no ha sido también el productor de dinero. Ha cometido el error de dejarlo en manos del monopolio del gobierno.

Si tú deseas intercambiar una cosa por otra cosa, está claro que lo único que necesitas es el consentimiento de la otra parte, ¿no es eso? Esto muestra que el comercio es esencialmente un asunto privado. Ahora, si tú quieres adquirir algo de otro y dar un recibo a cambio, sigue siendo exclusivamente asunto de los dos, ¿no? Un recibo, por supuesto, no es dinero, pero ya nos vamos acercando. Sigue pensando en ti mismo y el otro compañero y no te preocupes de ningún poder exterior.

Supón que tu otro compañero dice, “Yo acepto tu recibo si puedo dárselo a alguien más a cambio de algo que necesito.” ¿Qué harías tú? Tómate tu tiempo. A nuestros antepasados les llevó unos cuantos siglos entenderlo.

Nuestros antepasados lo encajaron en el esquema de depositar oro y plata y otras cosas valiosas de orfebrería y platería, que a cambio dieron a sus ahorrantes recibos de depósito, que ellos podían firmar para alguien más, que podía asignarlo a otro, etcétera. Más tarde pasaron a hacer los recibos al portador, y eso eliminó la necesidad de firmas. Así los recibos circularon sin volver otra vez al depósito. La mayoría de los titulares no estaban interesados en el metal almacenado en depósito, pero todos deseaban un medio de intercambio. Este fue el nacimiento del dinero corriente.

Claro que el depositario tenía alguna información desde dentro. Se dijo para sí: “Puesto que la mayoría de los recibos nunca vuelven, ¿porqué no puedo emitir algunos sin depósitos? Probó, ¡y vaya si funcionó! Ése fue el comienzo del dinero “falso”. Los comerciantes estaban dando valores en intercambio por los recibos, y esto los mantenía firmes. Pero el depositario los sacó a circulación sin nada que los respaldara, y de este modo inventó la inflación.

La deshonestidad inicial no fue sino la primera de una cadena ininterrumpida de perfidias que han sido perpetradas hasta el día de hoy en los anales del dinero, tanto mientras el dinero era un asunto privado como después cuando se convirtió en un monopolio político. Pero esta historia de engaño demuestra que cualquier cosa que la gente crea que es dinero sirve como dinero mientras así se crea. Así los hombres salieron del trueque y entraron en la fascinación del

intercambio de dinero mediante ilusiones, y todavía hoy un sistema monetario no necesita solidez para lograr su uso.

Tras estos comentarios al margen, volvemos a la pregunta en espera todavía de respuesta –qué harías tú si tu compañero deseara un recibo que pudiera pasar a otros? Por supuesto, esta vez queremos una solución honrada, no una artimaña. Tú debes escribir tu recibo de manera tal que sea aceptable para un tercero del que nada sabes y que quiere pasarlo a otros, y así sucesivamente. Obviamente, tu no puedes escribir el recibo en términos de cosas, puesto que los otros tipos podrían no querer aquellas cosas. ¿Qué hacer entonces? ¿Decir que tú tendrás que hablarlo con los otros sujetos? Esto es justo lo que propone el plan valun. La propuesta valun es meramente un plan para una convención en la que un número considerable de comerciantes se unen y acuerdan entre ellos mismos cómo escribir recibos para bienes y servicios a ser intercambiados entre ellos y entonces disponen la maquinaria para la contabilidad y compensación de esos recibos. Significa simplemente llevar a cabo acuerdos privados y entendimientos sin preocuparse sobre la política o de cualquier poder fuera de los comerciantes mismos.

Si, ahora, estás dispuesto a reunirte con otras personas para construir un sistema monetario de empresa personal, ya habrás concluido que la base de una auténtica emisión monetaria no es una promesa de pagar, sino una promesa de aceptar. El propósito del dinero es permitir comprar. Por tanto sólo puede surgir de un comprador y, para ser consumado, debe ser aceptado por un vendedor. Obviamente, esto debe implicar algún acuerdo. La única promesa que puede hacer el comprador, y por tanto la única que implica una transacción monetaria, es que el comprador aceptará el dinero a cambio de sus bienes o servicios al mejor precio que pueda conseguir cuando la ocasión se le presente. Este pacto común entre comerciantes en un sistema monetario es el único pacto subyacente al dinero. No se necesita nada más ni nada más puede ser añadido.

Ensayo 2: Ignorancia del Dinero

Escribiendo a Thomas Jefferson en 1787, John Adams dijo: “Todas las perplejidades, confusiones y aflicciones en América vienen de la absoluta ignorancia de la moneda, el crédito y la circulación”. Absoluta ignorancia es el término apropiado, y todavía está entre nosotros. Es aplicable a nuestras academias, contadurías, legislaturas, tanto como al hombre de la calle. No sabemos qué es el dinero, de dónde surgen sus virtudes y sus vicios, cuales son las leyes naturales

que lo gobiernan, ni su influencia determinante en la tendencia de un pueblo hacia la democracia u otras formas de gobierno.

Dos fuerzas presionan ahora por su solución. Una es la creciente especialización del trabajo, que requiere del hombre hacer más intercambios en la medida en que reduce su autosuficiencia. En otras palabras, cuanto más reduce el hombre su parte en la producción total, más intercambios son necesarios y por tanto más crece el uso de dinero. La otra fuerza que hace imperativa la solución del problema del dinero es el crecimiento del fascismo y la contracción de la democracia en la medida en que los gobiernos ejercen el poder de emisión del dinero.

Herbert Spencer, escribiendo su *Estática Social*, dijo:

Que las leyes que interfieren en la moneda corriente no pueden promulgarse sin la inversión de la obligación del estado, es evidente; pues tanto prohibir la emisión como imponer la recepción de ciertas notas o moneda a cambio de otras cosas, es infringir el derecho de intercambio –es impedir a los hombres intercambios que de otro modo hubieran realizado, o es obligarlos a hacer intercambios que de otro modo no hubieran hecho.

Y más adelante:

Tan constantemente se ha asociado la moneda corriente con el gobierno, tan universal ha sido el control ejercido por los legisladores sobre los sistemas monetarios, y tan completamente han venido a dar este control por supuesto, que apenas parece que haya alguien que se pregunte qué sucedería si fuera abolido. Quizás no hay otro caso en que se asuma de una forma tan unánime la necesidad de supervisión del estado, y en ningún caso provocaría la negación de esa necesidad una sorpresa semejante.

En los tiempos de Spencer, la especialización del trabajo y la necesidad de intercambios monetarios libres no se había desarrollado todavía como hoy. Su desafío al poder monetario del gobierno pasó por tanto desapercibido. Pero debemos hacerle caso ahora. Atrevámonos a cuestionar la propiedad del poder sobre el dinero del gobierno –y especulemos sobre “qué sucedería si fuera abolido”.

Otro inglés, Arthur Kitson, escribiendo en 1894 en *Una Solución Científica a la Cuestión del Dinero*, dijo:

Para el hombre promedio, la moneda que no tiene la autoridad o timbre del gobierno es inconcebible; y sin embargo no hay ninguna buena razón por la que las comunidades no puedan crear y controlar su propia moneda sin ayuda ni intervención de los gobiernos, exactamente igual que incurren en deudas o responsabilidades sin semejante ayuda o intervención.

¿Es o no es verdad que, para usar el lenguaje de Spencer, “prohibir la emisión o imponer la recepción de ciertas notas o moneda es infringir el derecho de intercambio”? ¿Y no es acaso cierto que, volviendo a las palabras de Kitson, “no hay ninguna buena razón por la que las comunidades no puedan crear y controlar su propia moneda”?

La libertad de intercambio es ahora tan imperativa, y la centralización de poder político tan amenazante, que es nuestro deber preguntarnos si nuestros males económicos y políticos y la amenaza a la paz no se deben al mal emplazamiento del poder del dinero en el estado —y cómo podría ejercerse mejor este poder para el progreso, la prosperidad y la paz.

Ensayo 3: Los socialistas de derechas

Hay tres clases de socialistas: los de izquierdas, o grupo marxista, que creen que el gobierno debería poseer y controlarlo todo; los socialistas de centro a mitad de camino, que creen que el gobierno debería poseer e intervenir en los servicios públicos; y los socialistas de la derecha, que creen que el gobierno sólo debería controlar el sistema monetario.

Los socialistas de derechas son de largo los más peligrosos, porque ni siquiera son conocidos como socialistas y se llaman a sí mismos *capitalistas*, *individualistas*, *empresarios privados*, etc. Ellos pueden incluso creer que son antisocialistas y expresar su fe incondicional en la empresa privada. Son no sólo el grupo de socialistas numéricamente más grande, sino que son también los más influyentes a nivel individual. Entre ellos están los principales industriales y mercantilistas y banqueros y estadistas.

Los socialistas de derechas creen que con la producción y distribución de prestaciones funcionando en propiedad de los intereses privados, y con las prestaciones monetarias en manos del gobierno, se puede tener libre empresa. Ellos creerían también que si un hombre posee un automóvil, no necesita preocuparse sobre quién o qué controla el combustible.

Empresa privada significa el derecho entre los hombres a llegar voluntariamente a acuerdos en el intercambio de sus bienes y servicios. Estos acuerdos, unos escritos, otros de palabra, unos implícitos y otros explícitos, existen a millones, y sobre su fidelidad descansa toda la estructura social. En una economía de dinero, todos estos contratos son expresados en términos de la unidad monetaria, que está ella misma basada en un contrato —el contrato básico que es el fundamento de toda la pirámide de contratos.

¿En qué consiste el contrato del dinero que hace posible o imposible el desempeño fiel de cualquier otro contrato? Pregúntale a cualquier hombre de negocios, banquero, abogado, economista o hombre de estado, y encontrarás que su idea es no sólo vaga, sino que implica a la legislación. En otras palabras, cree que el dinero es un producto político.

En contraste con esta creencia universal, la verdad es que el estado es incompetente para legislar sobre el dinero e impotente e incapaz de emitirlo. La sustancia del dinero es provista enteramente por la empresa privada. La intervención del estado en el dinero es en el mejor de los casos un impedimento a la empresa privada, y con la confirmación del poder emisor, se vuelve un agente activo de socialización. Y es así que quienes creen o aceptan el poder político del dinero —y su número es legión— son los más peligrosos, aunque inocentes, socialistas.

Mientras que la gran mayoría de la gente no tiene ideología, aquellos que piensan sobre el tema de la empresa privada y el socialismo son virtualmente todos socialistas de las tres clases mencionadas. Es un hecho sorprendente que debemos reconocer antes de que se formen las líneas finales de batalla. Los potenciales amigos de la empresa privada deben convertirse en amigos reales, en vez de inocentes compañeros de viaje con aquellos que podrían destruir nuestras libertades.

La empresa privada, para sobrevivir, debe controlar sus tres prestaciones, a saber, los medios de intercambio, los medios de producción, y los medios de distribución. Para controlar los medios de intercambio, debemos tener una separación del dinero y el estado.

Ensayo 4: La revolución ensombrecida

En el siglo veinte la gente de todas partes asocia la revolución con los dramáticos eventos que ocurrieron en Rusia durante la Primera Guerra Mundial. Pero tuvo lugar todavía una revolución mayor de la que la mayoría de la gente no es consciente. Esta revolución fue más

gradual, más sutil, y de más largo alcance en sus consecuencias. Fue una revolución en la política fiscal del gobierno, que no sólo ha financiado el desarrollo socialista en este siglo por los ingresos que ha proporcionado al estado, sino que ha potenciado aún más estos desarrollos mediante el subsiguiente debilitamiento y desmoralización de la empresa personal.

El poder de cualquier gobierno de hacer que el paternalismo parezca práctico, socializando así insidiosamente la economía, descansa enteramente en la creencia de que puede hacer y hace dinero. Este es el error fundamental del que todos los proyectos socialistas reciben su insospechado sustento. Atribuir al gobierno el poder de emitir dinero, haciendo de él una aparente fuente de riqueza que sacude el suelo para cualquier oposición al estado de bienestar. Si el gobierno tiene el poder de emitir dinero real, ¿qué podría haber de malo en el paternalismo y la ideología socialista?

La práctica del déficit financiero desvía las mentalidades desde los medios económicos de conseguir las cosas a los medios políticos. Pues, obviamente, cuando el gobierno puede sacar continuamente sin meter nada a cambio, se fortalece y en la misma proporción debilita la empresa personal. Esto las condiciona para la progresiva socialización y dictadura. El secreto de este proceso descansa abrumadoramente en el poder del Gobierno para diluir la corriente de dinero. Las ideologías tienen poco que ver con ello; ellas son un acompañamiento más que una causa.

El giro revolucionario en las finanzas gubernamentales ha tenido lugar, en los Estados Unidos, desde 1931. Este es el historial del déficit de financiación de guerra y la subsiguiente reducción de deuda:

	<i>Déficit Total</i>	<i>Reducido a</i>	<i>Año</i>
GUERRA REVOLUCIONARIA	\$75 millones	\$ 45 millones	1812
GUERRA DE 1812	127 millones	0	1836
GUERRA CIVIL	2.8 billones	961 millones	1893
PRIMERA GRAN GUERRA	25.5 billones	16 billones	1930

Es evidente que la práctica tradicional del Gobierno fue dejar crecer el déficit bajo la tensión de la guerra y reducirlo durante la paz subsiguiente. El poder del Gobierno de emitir dinero fue por tanto frenado por la política fiscal. La creación de dinero fue normalmente la función del hombre de negocios privado, y el sistema bancario permaneció en gran medida como sirviente de la empresa personal. En el año de depresión de 1931, sin embargo, se estableció un déficit de paz por vez primera. Poco después, se adoptó la política de tratar la depresión como si fuera una guerra, tratando de aliviarla mediante presta-

mos y gasto público. Este déficit, grandemente expandido durante la Segunda Gran Guerra, se ha convertido en un hábito establecido que constituye una auténtica revolución político-económica. Ahora el crédito está controlado por el Gobierno, los bancos no son sino ramas del Tesoro, y el déficit financiero es la política establecida.

Semejante política por un gobierno es, con toda inocencia, el comienzo de un proceso que culmina en el estatismo, que no es sino el receptor de la bancarrota de la empresa personal. Emitiendo unidades monetarias, el gobierno adquiere la sustancia y el trabajo de la gente, sin darle nada a cambio. Simultáneamente, se desestabiliza el intercambio, del que depende la empresa personal, y por este proceso de sabotaje la gente, desesperada, es obligada a pedir finalmente la intervención del gobierno en la producción y distribución de los bienes necesarios para la vida. En otras palabras, el proceso de emitir unidades monetarias, sin dar nada a cambio de ellas, lleva finalmente a pedir que el gobierno devuelva algo por su emisión. Con esto, la gente eleva su petición por la estatalización. Pues cuando el gobierno entra en la producción y distribución, se acaba el librecambio y toda libertad.

Se cree que dijo Lenin: “La forma más segura de anular el orden social es corromper la moneda corriente”. Ciertamente un instrumento fundamental en la revolución bolchevique fue la falsificación intensiva de la moneda del Zar teniendo este objetivo en mente. Se nos recuerda esta política deliberada en el siguiente curioso pasaje:

“Me gustaría dedicar este mi imperfecto trabajo a aquello que, por la perfección de su propio trabajo y su abundancia sin límites me dio el impulso para escribir estas páginas. Me refiero a las imprentas del Comisariado para el Pueblo de Finanzas. El gobierno revolucionario de Francia se las arregló para subsistir y pagar la guerra gracias a las emisiones de papel; los “asignados” salvaron la Revolución Francesa. El papel dinero de la República Soviética sostuvo al Gobierno Soviético en sus momentos más difíciles, cuando no había ninguna posibilidad de pago para la guerra civil fuera de los impuestos directos. ¡Gloria a la imprenta! Con toda seguridad, sus días están contados ahora, pero ya han cumplido tres cuartas partes de la tarea. En los archivos de la gran revolución proletaria, junto a los modernos rifles y ametralladoras que segaron a los enemigos del proletariado, tendrá un lugar de honor esa otra ametralladora del Comisariado del Pueblo de Finanzas que atacó al régimen burgués por su retaguardia —su sistema monetario— convirtiendo la ley económica burguesa de la circulación del dinero en un medio de destrucción del mismo régimen y en una fuente de financiación de la revolución ³”.

Se encontró que el dinero, el odiado emblema del capitalismo, es de todos modos indispensable al progreso, y desde la revolución los dictadores de Rusia han estado intentando restaurar este instrumento del orden social. De este modo se han visto forzados a la postura de intentar recuperar el principal instrumento del capitalismo –evidentemente, sin retractarse de su ideología. Finalmente se han tenido que volver hacia sus vecinos para saquearlos bajo pretextos de “liberación” y “democracia”.

Los gobiernos no comunistas, aunque inocentes de cualquier intento de destruir los sistemas monetarios, están sin embargo procediendo gradualmente y por etapas para conseguir los mismos fines que tan planificadamente realizaron los comunistas –y el medio para conseguirlo es el mismo, la falsificación, si bien en una variedad legalizada. Así, los gobiernos no comunistas se dirigen ciegamente hacia el colapso. Los gobiernos comunistas, por su parte, están esforzándose por evitar el colapso mediante intentos desesperados de robar aquello que los primeros en su ignorancia están sabotando. Por tanto la confrontación capitalismo-comunismo es falsa. Es niebla oscureciendo la auténtica cuestión, que es la política fiscal. La auténtica cuestión se plantea en términos de dinero falso y verdadero.

La socialización, que ahora amenaza a todas las naciones del mundo y es realmente indeseada en todas ellas, está siendo aplicada forzosamente a los pueblos y gobiernos a resultas del déficit financiero, que es la roca de Lorelei para todos esos políticos tan repletos de buenas obras. Ella promete alivio a los afligidos sin costo para nadie. Renunciar a esta ilusión, una vez aceptada, requiere más coraje del que pueden tener los políticos, y así el barco del estado es conducido hacia las rocas. No veo otra salida que el que la gente declare la separación del dinero y el estado, y terminar de una vez por todas con los presupuestos desequilibrados con su impulso inevitable hacia la socialización y la interferencia con los derechos personales.

Ensayo 5: La guerra

Tendría que ser obvio, incluso para un observador superficial, que son los políticos los que crean las guerras, y de esta observación podría seguirse lógicamente que los políticos tienen una afinidad con la guerra. La guerra es una salida para la frustración política y un peldaño para la ambición. Desvía la responsabilidad de las desastrosas consecuencias de la mala administración y aparta los ojos de la gente de los hechos más embarazosos.

Mientras que la guerra sirve a los propósitos de los políticos, nunca sirve a los propósitos de la gente salvo defensivamente. Por tanto, el poder de hacer guerras debería estar fuera de las manos del gobierno y residir entre la gente. Para hacer esto, debemos negarle al gobierno el control sobre el instrumento esencial de la guerra, que es el poder del dinero. Si el poder del dinero es reservado a la gente, la gente tiene el poder de veto sobre la guerra, puesto que ningún gasto de guerra puede hacerse sin su consentimiento. Sin el poder del dinero bajo su control, los políticos no tienen ninguna garantía de que el dinero esté disponible y carecen de medios para propagar el espíritu de guerra.

Examinar las varias razones por las que los políticos han estado espoleando a las naciones hacia la guerra no es una materia de mucha importancia, como tampoco la tiene limitarla a una u otra causa. Lo que sin embargo es esencial es detectar y eliminar los medios por lo que esto tiene lugar. John T. Flynn señala en su *Mientras vamos marchando* que Mussolini y Hitler controlaron sus naciones y finalmente llevaron al mundo entero a la guerra a través del poder monetario que cayó automáticamente en sus manos con la captura del gobierno.

Este poder sobre el dinero es invariablemente el poder que lleva al déficit financiero. Nunca ha habido una guerra basada en el dinero en efectivo. Y cuando examinamos el poder para crear deuda, encontramos que es simplemente el poder de falsificar dinero. Así se le hace pagar a las gentes por la guerra bajo la ilusión de que están siendo pagados por conducirla. Después de la guerra, caen en facciones y mutuas acusaciones, echándose unos a otros la culpa por la inflación con epítetos tales como *extorsionistas*, *mafiosos*, *especuladores*, *estafadores*, *ladrones*, *estraperlistas*, etc. La única queja contra el político es por su fracaso en tomar medidas contra este o aquel grupo a instancia de sus acusadores. El político, que es el autor de toda esta miseria, escapa a la culpa y se le suplica para que sea el salvador.

El político que quiera financiar la guerra con éxito debe primero hacer la guerra con éxito a su propia gente, y para lograrlo, los engaña a través del déficit financiero. Habiendo conseguido con este engaño que la guerra aparezca lucrativa y rentable, es capaz de conducir a su gente a la acción militar. Todo soldado y toda esposa y madre de soldado, todo trabajador en guerra, todo industrial en guerra, todo banquero en guerra, todo burócrata, es “pagado” por sus servicios al dios de la guerra. Y con todo, ¿cómo pueden ser pagados realmente cuando no producen nada, sino que por el contrario, destruyen? Destruye esta ilusión y habrás destruido el poder del político para conducir al pueblo a la guerra.

El nacionalismo monetario es el único nacionalismo que es hostil a la sociedad. Una vez que sea abolido el poder de alienar monetariamente a los extranjeros y de corromper el suministro de un pueblo con falsas emisiones, las interferencias económicas menores se disolverán o dejará de molestar. Pero mientras nuestros gobiernos sean enormes máquinas de falsificación, Marte puede reírse de nuestros proyectos de paz.

Ensayo 6: Lo natural de la competencia

La libertad completa de elección llega al intercambio mediante lo que conocemos como competencia, que es el proceso por el que funciona la selectividad y se garantiza la afinidad económica. Este indispensable gran principio de la vida es a menudo estigmatizado como un mal, y es la víctima, si no el objeto consciente de todos los ataques de la economía planificada contra el orden natural. Si no podemos mantener el principio de libre competencia inviolado, no tiene sentido buscar la libertad para el dinero, pues el dinero no es sino el servidor de la competencia. El dinero facilita la competencia, y si se quiere limitar la competencia, la búsqueda de un sistema monetario verdadero es un objetivo contrario.

La competencia es inherente al intercambio. Lo que es impedimento para una también es impedimento para el otro. La competencia es la garante de nuestra libertad básica, puesto que sin libertad para tratar allí donde las necesidades y preferencias de uno estén mejor servidas, todas las otras libertades terminan atrofiándose. La competencia es la escala que pesa lo que vale el servicio de cada hombre a su semejante. Si no hay nada que lo impida, se logra la mayor igualdad, porque cada uno de los tratantes ha recibido la máxima satisfacción.

Esto no implica que a todos se les recompense igualmente, sino más bien que a todos se les deja lo justo. Ni excluye esto la acción de la buena o la mala fortuna. Uno puede, por buena suerte, descubrir un valor natural o método mejorado o poseer un talento especial con una provisión muy limitada y por tanto más apreciada. Uno puede, por mala suerte, mal juicio o esfuerzo inútil, perder poder comercial e incluso perderlo todo. La competencia inspira a la empresa, compensa al que la sirve bien y castiga al que lo hace mal. Es el sistema universal de policía a través del cual todos vigilamos el comportamiento económico de los otros. Con su funcionamiento, la sociedad aísla lo malo y honra lo bueno. Nunca se equivoca; nunca es injusta. Es infalible. Aunque aquí estamos tratando solo con la conducta del hombre

en los negocios, merece la pena comprender que la competencia es tan universal que gobierna toda la conducta humana.

No ha de leerse en este tributo a la regla de la competencia una afirmación de que los competidores no sufren desventajas que hace que el sistema de competencia parezca dura. Implica, sin embargo, que tal dureza es el resultado de la distorsión en el sistema económico –principalmente a través de la rama monetaria- en que algunos comerciantes escapan a la saludable influencia de la competencia ganando así un poder comercial innatural contrario a sus competidores. El remedio para los malos efectos en la competencia es más competencia, desde el momento en que es su falta la que produce la parcialidad.

Ni debe llegarse a la conclusión de que la competencia no permite a la sociedad eliminar lo que resulta indeseable. ¿Quién más podría permitir el progreso? ¿Quién más podría disponer de medios de castigo para lo indolente, lo vicioso, lo asocial? ¿Quién podría ser más democrático?

Lo obsoleto, lo inadaptado, lo indeseado ha de ser eliminado. En la vida hay muerte; en la muerte hay vida. Esta es la ley del progreso. La competencia es meramente su vía.

Finalmente, dejemos claro que la competencia no disminuye la oportunidad de cualquier hombre de crecer relativamente rico, si tal recompensa viene por servicios rendidos y pagados voluntariamente. Meramente permite a la sociedad derrotar al extorsionista. Tampoco libra a ningún hombre de ser relativamente pobre. Meramente le asegura contra la pobreza si puede y quiere rendir un servicio a sus semejantes.

Ensayo 7: El capitalismo esencial

Para el entendimiento común, el sistema capitalista significa el sistema de ganancia o beneficio. Para darle sentido a la discusión, aclaremos el concepto de beneficio distinguiendo entre beneficio y beneficio de papel. Un beneficio de papel es un sueño o previsión de poder disfrutar de riqueza. El disfrute real o uso de la riqueza es el único beneficio realizado.

“Producción para uso” no es sino otra forma de decir producción en lugar de beneficio. El sistema de beneficio es por tanto el sistema de uso, con el que nadie se puede pelear. El capitalismo es el sistema de garantizar el uso o beneficio de la propiedad privada, y puesto que no hay ninguna otra forma de adquirir esa seguridad, no hay ninguna

falta que encontrar en el capitalismo claramente entendido. El deseo de uso o beneficio es natural, la propiedad como medio de asegurarlo es natural, y el dinero libre como medio de transmitir y adquirir propiedad, son los tres elementos de esta saludable trinidad.

El efecto del valun sobre el sistema capitalista será permitir que el capitalismo se atenga a su propia naturaleza y sea conocido por lo que realmente es, a saber, el promotor cultural del hombre al facilitarle la primera y más grande ley de la naturaleza, la ley del egoísmo. El más cooperativo, el más social y el más elevador principio de la vida es el egoísmo, y el capitalismo es su sirviente. El impulso de adquisición, que es la fuerza conductora del enriquecimiento, ocasiona el descontento cuando no se alcanza, pero nunca por su realización. El capitalismo nunca es criticado cuando funciona. Sólo cuando es abortado es causa de pena y amargura.

Las decepciones han desarrollado la extraña lógica del colectivismo, que argumenta que desde que el capitalismo no ha funcionado justamente para todos, no debería trabajar para nadie. Los colectivistas también pasan por alto el hecho de que el capitalismo no ha funcionado justamente debido a la interferencia del colectivismo. El que sufre el funcionamiento parcial del capitalismo es víctima del colectivismo sin saberlo. La pretensión del dinero político y toda intervención política en la empresa personal son tramas colectivistas. El auténtico capitalismo busca terminar con las interferencias políticas; su tarea es la organización de la sociedad sobre una base puramente económica con completa libertad de acción y garantizada para todo individuo.

El capitalismo es la vida misma. No hay otro punto de partida en la evolución más allá del impulso de vivir –la ley de la autopreservación–, y ahí mismo es donde el capitalismo empieza. La preservación propia implica el propio avance, y así toda la vida sigue una línea capitalista consistente e inalterable. De manera que, a pesar de los impedimentos del colectivismo, el capitalismo funciona porque no hay en absoluto otro sistema que funcione.

El sistema capitalista ha estado impulsando el mundo a lo largo de varios billones de años. Aquel que quiera abolirlo deberá hacer un nuevo universo basado en un nuevo principio.

Ensayo 8: La democracia realizada

Debemos impulsar una nueva búsqueda de la Democracia en los mercados en lugar de en los parlamentos del mundo.

Siempre ha estado profundamente arraigada en las costumbres del hombre el ideal de la libertad y, ligado con él, la conciencia social de la igualdad de oportunidades, o democracia. La democracia, como agente, aseguraría el ideal, la libertad. Cómo aplicar la democracia ha sido el problema a través de los siglos.

Hasta ahora, la aplicación ha sido política, y el método ha sido el consentimiento del gobernado. Obviamente, no puede esperarse un consentimiento unánime, de modo que se ha recurrido a la voluntad de la mayoría. La regla de la mayoría es por tanto el más alto ideal concebible en la esfera política. Esto nos deja, en el mejor de los casos, con una tiranía sobre la minoría. ¿Es semejante ideal digno de nuestro esfuerzo?

No hay elección en el plano político. O aceptamos este ideal o nos volvemos desde la conocida aplicación política de la democracia a otra. Afortunadamente, ahora tenemos la esperanza de una democracia económica a través de un verdadero sistema monetario que hará realidad el sueño de la democracia.

El dinero debe ser el registro perfecto del deseo y el evaluador de las satisfacciones. Es el medio de mantener al hombre siempre sintonizado con sus semejantes. Es una corte de arbitraje bajo la que pueden arreglar fácilmente las diferencias. Puede ser el elevador constante del orden social. Puede minimizar los impuestos y las intrusiones políticas. Puede ser el preservador de la paz. Puede disolver los lazos de los estratos sociales. Puede hacer de la competencia una cooperación perfeccionada. Puede brindar seguridad. Puede hacer que todo votante gane la elección. Puede gobernar por el consentimiento unánime de los gobernados.

No hay mayorías ni minorías en la elección del dinero. El voto es unánime, y todo el reparto es para el individuo. Uno empuja su voto en el mostrador y toma las ganancias. Otros individuos están haciendo lo mismo; nadie resulta el perdedor. Todos tienen su elección.

La elección es constante. La campaña de publicidad y ventas al votante nunca cesa. Los votos se realizan en cualquier minuto del día.

Los candidatos son innumerables bienes y servicios, ninguno de los cuales puede tener el apoyo continuo de los votantes sin una satisfacción continua. No hay periodos de elección. No hay requisitos de edad, residencia, o ciudadanía para los electores. Ni garantía de permanencia para el elegido. Todo está en flujo constante, respondiendo

al deseo y capricho del elector. Esto es una democracia idealizada y realizada.

¿Pero no están los votos injustamente distribuidos? Ahora estamos llegando a ello. El caso es que el dinero ofrece posibilidades con las que ni siquiera puede soñarse en el dominio político. Debemos perseguir esta promesa y salir del dominio político si queremos realizar la democracia.

Si se garantiza una justa distribución de los votos en dinero, el sistema de elección monetaria puede realizar la democracia ideal. Semejante justa distribución nunca se ha conseguido. Pero puede conseguirse. Si se dedicara a la persecución de la democracia monetaria sólo una pequeña fracción del esfuerzo que se ha dedicado a la búsqueda de la democracia en el dominio político, estaríamos ahora disfrutando, a través del sistema monetario, de la democracia última.

Ni tan siquiera el más modesto ideal del gobierno de la mayoría ha sido nunca conseguido en la democracia política. Es dudoso que alguna vez haya prevalecido la mayoría en las urnas, si contamos a los votantes cualificados en los que no se ha despertado el interés suficiente como para acudir a las urnas. En los Estados Unidos, donde el porcentaje de votantes es probablemente el más alto, una cuarta parte de los electores cualificados ha sido suficiente para conseguir una elección. Pero ni siquiera este segmento gobierna: sólo decide quien gobernará, y los gobernantes así elegidos gobiernan a la mayoría no electora así como a la minoría que lo eligió.

El gobierno representativo no es sino una dictadura limitada, en la medida en que la democracia política no da al representante ninguna pauta formal u oficial sobre cómo responder a la acción deseada por la circunscripción. Concediendo que sea honesto y consciente, debe todavía basarse en su propio juicio sobre lo que está bien y qué pudieran preferir los electores. Y este proceso es el que ha servido de molde a nuestros millones de estatutos. Sobre estos estatutos se han proclamado millones de decisiones en las cortes judiciales, basadas también en váyase a saber qué intenciones de los legisladores, y coloreadas por la nebulosa sustancia de la opinión pública.

Incluso si fuera posible para el ciudadano presentar su voluntad sobre todas las cuestiones implicadas en el gobierno político, no podría sacar el tiempo necesario del que dedica a ganarse la vida. Pero en el mismo proceso de ganarse la vida él está presentando sus preferencias en la calle principal varias veces al día a través de sus votos en dinero. Compárese esta facilidad con las elecciones políticas una vez por año, bienio o cuatrienio.

Nuestros mercados son nuestras verdaderas urnas, en las que el granjero, el fabricante, mayorista, detallista y consumidor están aceptando o rechazando proposiciones constantemente. ¿Por qué nos engatusamos solos con una parodia de democracia cuando tenemos la maquinaria para una perfecta? Pero también hay una parodia en nuestra democracia potencialmente ideal, el sistema monetario. Esta parodia es la criatura de la parodia madre, la democracia política. Nuestro sistema monetario es una creación política, y así el número de votos monetarios y el poder que cada uno de nosotros podemos poner en los mercados es influenciado por la acción política. Así no sólo perseguimos la insensatez de la democracia política, sino que con su inanidad estropeamos además el funcionamiento de la verdadera democracia en nuestros intercambios diarios. Para lograr la democracia, no sólo hay que renunciar a la premisa falsa de la realización política, sino que debemos rescatar el dinero, la auténtica fuente de la democracia, del influjo destructivo del estado.

Una vez que hayamos separado el dinero del estado, encontraremos que las actividades e intervenciones del gobierno pueden dominarse en gran medida. Con una democracia monetaria, las aspiraciones humanas pueden conseguirse, y las funciones del estado quedarán muy confinadas. El dinero unido al estado tenderá inevitablemente hacia la socialización. Separado, puede ser nuestro liberador.

APÉNDICE

Esbozo de los requisitos para un Sistema Monetario de Empresa Personal

Para la realización de su ideal, cualquier esbozo para un sistema monetario apolítico y universal debe basarse en un mérito demostrado para ganarse a los participantes de los sistemas monetarios políticos y, mediante la piedra de toque de la competencia, ha de probarse digno de una aceptación universal por parte de los empresarios personales. Un sistema así no puede comportar ningún poder en monopolio. Si no responde a las necesidades y preferencias de toda la gente, debe afrontar la competencia con otros sistemas.

La unidad de tal sistema podría llamarse el *valun* (*valor unidad*), y el sistema, *sistema valun*. Cuando se desarrolle un sistema valun, funcionará a través de los departamentos de los bancos existentes u otras corporaciones o mediante individuos o grupos de individuos, capitalizados o no. Existirá libertad para la iniciativa privada y libertad de participación de todas clases en el funcionamiento del servicio tanto como en la utilización de las facilidades del sistema.

La participación será completamente voluntaria. No se promulgará ni rechazará ninguna legislación. Debe empezar en el área local, pero subsiguientemente, no teniendo carácter político y por tanto siendo *anacional*, será capaz de extenderse en cualquier parte y hacerse universal, desplazando progresivamente todas las unidades monetarias políticas. Mientras que muy bien podría haber distintos sistemas compitiendo al comienzo, parece probable que tarde o temprano uno de ellos se vuelva universal, puesto que el comercio naturalmente tiende a unificar y a adoptar un solo lenguaje monetario.

Los gobiernos, nacional, estatal y local, participarán en el uso de valuns como aceptantes y transmisores, pero no como emisores. La práctica de la falsificación legal de los medios de intercambio, ahora consentido por todos los gobiernos nacionales en el sistema monetario político, será imposible en un sistema valun.

Aunque el dinero, en la medida en que es genuino, ha surgido siempre de la empresa personal, el primer sistema valun será el primer sistema monetario en afirmar el control del dinero como la exclusiva prerrogativa de sus verdaderos emisores, repudiando la idea del estado como un factor contribuyente y rechazando su intervención en él. Es por esto que el concepto valun es el primer concepto del dinero que puede ser racionalizado.

La falta de racionalidad y la confusión universal que existe sobre el tema desde las bases hasta las academias y parlamentos se debe a la aceptación de un error básico, a saber, que el dinero es una creación del estado y debe tener un status de curso legal y regulación política. Si uno acepta esta falsa premisa, sólo confusión puede resultar, como ha resultado en toda la literatura y jurisprudencia del dinero. Si rechazamos este postulado, liberamos nuestros procesos mentales y podemos dominar fácilmente el tema.

No se necesita pensar mucho, una vez planteada la proposición, para darse cuenta de que el dinero es un recurso de los comerciantes, que fluye de transacciones de adquisición y venta, y que cualquiera que no sea comerciante no puede estar cualificado como emisor de dinero. ¿Cómo podría un gobierno ser una excepción a esta regla?

Algunos contestarán que los gobiernos rinden servicios y que contribuyen así de un cierto modo al mercado. ¿Pero es el servicio del gobierno entregado al mercado? ¿Es adquirible? Ciertamente, el gobierno rinde una mezcla de servicios y perjuicios, pero no hay forma de apreciar la parte buena y rechazar la mala. La única forma de separar el servicio y el perjuicio para poder evaluar el primero es sometiénolo a lo prueba de precios del mercado competitivo –con puja voluntaria. A los ciudadanos no se les venden los servicios del gobierno; se les obliga a pagar los impuestos, lo que es simple confiscación. El dinero es para el intercambio voluntario de bienes y servicios. No tiene ningún elemento coercitivo ni instrumentos engañosos, y por tanto no tiene lugar para los recaudadores de tributos, creadores de impuestos y falsificadores. Un mafioso o un extorsionista no se justificaría con el pretexto de que sólo extorsiona para ofrecer “servicio” y “protección”.

Hasta que no se encuentre algún modo para que el servicio del gobierno pueda ofrecerse en el mostrador, el ciudadano debe aguantar el menú del día en sus impuestos y resistirse a ellos lo mejor que pueda. Pero él no puede resistir ni tan siquiera comprender sus impuestos si se admite que el gobierno ofrezca créditos a cambio, permitiéndosele así emitir así su parodia de dinero en la corriente del dinero auténtico, haciendo de cada comerciante un recolector subrepticio de impuestos y exhibiendo ante los ojos de la ciudadanía engañada la carga de los precios más altos y la inflación.

La recaudación de impuestos debe funcionar fuera y no dentro del sistema de crédito de dinero. El gobierno debe ser obligado a conseguir sus impuestos por la vía difícil –sobre el mostrador, donde el ciudadano pueda ser consciente de ellos y pueda ofrecer la resistencia apropiada. No podemos gobernar al gobierno y estabilizar el intercambio hasta que no acabemos con el poder político para falsificar dinero. Falsificar dine-

ro, si el falsificador es lo suficientemente activo, puede destruir el orden político, económico y social por entero. Así arribamos al primer principio cardinal de un sistema monetario sólido y honesto:

Los gobiernos, y todos los otros que no compran y venden bienes o servicios en comercio competitivo, deben ser excluidos de entre quienes tienen el poder de emitir dinero.

Retornando desde la urgencia de las crisis de inflación con origen político al examen de las menores, aunque más frecuentes, crisis de crédito de los bancos privados, conocidas también como *ciclos de negocios*, podemos hacernos la pregunta, ¿Cómo ocurren? Y lo que encontramos es que estas crisis surgen en razón de un doble significado dado a la palabra *dólar*. Por el proceso de “préstamo” bancario el prestatario crea dólares de talonario que el banquero acuerda convertir en dólares corrientes a la vista, mientras que él, el banquero, tiene restricciones legales sobre la cantidad de dólares contantes de la que puede disponer. Con el aumento del número de los dólares de talonario, la cantidad de demandas de moneda corriente comparadas con la cantidad realmente disponible se hace más dispar, y con la precipitación de la crisis, las demandas potenciales se convierten en demandas reales, con las consiguientes demoras de los bancos y prestatarios en la tendencia a la baja del ciclo hacia la depresión.

No necesitamos entrar aquí en la cuestión de qué es lo que precipita la crisis. Basta con darse cuenta de que no se precipitarían si la palabra *dólar* en la transacción del prestatario no tuviera un significado diferente que la palabra *dólar* tal como se usa en los pasivos de los bancos con respecto a sus ahorradores e inversores. Al servir a las necesidades de la comunidad comercial, el banquero está obligado a prometer más de algo de lo que es capaz de entregar. Igual que el depositario tímido que emitió más promesas de oro de las que podía cumplir, el banquero moderno promete lo que no tiene, no porque lo escoja, sino porque está obligado a obrar así para cumplir con su función bajo del actual sistema monetario político.

El sistema monetario político tiene siempre un gran peligro especulativo que no debería existir en un sistema monetario verdadero. Con su eliminación, el ciclo de los negocios podría ser eliminado. Así llegamos al principio cardinal número dos del sistema valun:

No ha deber ninguna distinción en cuanto a volumen de intercambiabilidad entre cheques valun y valun corrientes. El poder de emitir cheques y el de emitir moneda corriente deben ser coexistentes.

Estos dos son los únicos principios indispensables e inalterables en un sistema monetario verdadero. Todo lo demás es cuestión de preferencia y sólo puede ser trabajado en el crisol de la práctica.

Cualesquiera que acepten estos dos principios cardinales están, no importa cuáles sean sus opiniones en otras cuestiones políticas, calificados para participar en la tarea de lanzar el sistema valun, pues el sistema contempla la solución de todas las cuestiones colaterales por el proceso infalible de competencia entre bancos, que serán libres de seguir cualquier política que quieran fuera de estos dos principios cardinales ya enunciados.

La flexibilidad de política podría conseguirse por el simple expediente de requerir de cada banco que ajuste a su propio funcionamiento sus reservas con garantías. Tal reserva, así como los gastos generales, deberían, por supuesto, imponer un coste sobre sus poseedores de cuentas, y así la política más exitosa cosecharía su ventaja competitiva gracias a los gastos de operación más bajos.

Por ejemplo, tomemos las dos cuestiones de política que están sujetas a mayor cantidad de controversia —el estándar y la base del crédito.

Los abogados del “estándar” argumentan que una unidad monetaria, para tener sustancia y ganar aceptación, debe especificar una medida con un bien específico entregable a la vista. El grupo opuesto, entre los que se cuenta el que esto escribe, sostiene que esto es totalmente gratuito. Sostiene que el mérito del dinero es que es intercambiable con cualquier bien y en cualquier suma que el mercado, en competencia, ordene, y que la fijación de precios (que es esencial para la idea de estándar) es anatema para el libre intercambio.

En cuanto a la cuestión de la base del crédito, la escuela tradicional sostiene que la riqueza en caja es la base adecuada. De esta forma se pone el énfasis en la actuación pasada, con lo que se tiene una visión hacia atrás, aristocrática y conservadora.

La escuela opuesta, a la que se adhiere este escritor, basa el crédito en las perspectivas de futuro. Cree que el propósito del dinero es la generación de nueva riqueza partiendo de la energía humana, no siendo la riqueza ya realizada necesariamente generadora de dinero. Esta visión mira hacia delante, es liberal, democrática y dinámica.

Aquí, entonces, tenemos visiones opuestas sobre dos cuestiones vitales que podrían discutirse teóricamente hasta el Día del Juicio sin llegar a una solución. Si permitimos a tales cosas ocupar nuestras mentes en este momento, nos estamos poniendo obstáculos nosotros solos, mientras que si lo dejamos a la prueba práctica, el proceso de competencia, que tiene respuesta para todo, lo resolverá por su propia cuenta.

Deberíamos recordar que el concepto de valun proporciona, por vez primera en la historia, la oportunidad de desarrollar una ciencia monetaria por procesos puramente voluntarios. No implica ninguna legislación ni ninguna coerción. Se le da la mayor libertad a la iniciativa, ya que

cualquier persona o grupo puede abrir un banco valun y llevarlo siguiendo la política que le parezca más científica o más popular, teniendo la oportunidad de probarlo mediante competencia.

Asimismo, una vez que el sistema valun esté en funcionamiento, debe pasar y ganar las pruebas de la competencia en el actual sistema monetario político y polígloa. Si sus principios cardinales son correctos, debería tender a unificar los negocios de todo el mundo en una unidad monetaria de empresa personal.

Los que queramos favorecer el dinero de empresa personal, tendremos que concentrar todo nuestro pensamiento en los principios cardinales del sistema valun, asegurándonos de que sean firmes, para dejar el resto a los procesos de la práctica y la experiencia.

Notas

1 *Citadel, Market and Altar*, Spencer Heath; The Heather Foundation, 1957, page 196. (Citado por Riegel de una redacción previa a la publicación)

2 *Records of The Constitution*, Max Ferrand; Volume 2; E. H. Scott, *Madison's Journal of the Constitution*, Charles Morris, *Making of the Constitution*.

3 Preobrazhensky, Eugeny A., *Bumazhnyeden'gi v epokhu Proletarskoi dictatury* [El Papel Dinero durante la Dictadura del Proletariado.]

